

eTerciopelo



El
ERROR
más
OPORTUNO



UNA NOVELA DE LA SERIE BAY TOWN

LORY SQUIRE

El error más oportuno

Lory Squire

Una novela de la serie Bay Town



TERCIOPELO

EL ERROR MÁS OPORTUNO

Lory Squire

A veces es necesario dejarse llevar... y cometer los más alocados errores.

ACERCA DE LA OBRA

Anne Mayers era la corrección en persona. Era cariñosa, alegre, servicial y siempre esta disponible para todo y para todos. Le encantaba sentirse útil y ser de ayuda... Pero, ¿qué era de su propia vida?

Ah, esa también era correcta. Tenía un novio que era perfecto y estaba a punto de comenzar una vida que también lo era. Junto a él.

Pero el destino, como siempre, es travieso...

Cuando Anne menos se lo espera, su vida se vuelve del revés y le hace replantearse su filosofía de vida. ¿Para qué tanto romanticismo? ¿Para qué tanta perfección? ¿Por qué esperar siempre ese momento maravilloso, cuando a nadie le importas un pepino?

Así que Anne se pone el mundo por montera... y se permite cometer un error.

Aunque puede que ese error sea, a fin de cuentas, el más oportuno.

ACERCA DE LA AUTORA

Jane Seymour es el seudónimo que utiliza Lorena Escudero para la serie de libros Bay Town, novelas románticas independientes ambientadas en un rincón del norte de Yorkshire, en Reino Unido.

La autora nació en Redován, Alicante, en 1979. Estudió Traducción e Interpretación en la Universidad de Alicante y también cursó estudios en la Universidad de West Sussex, Inglaterra, y en la Universidad de Leipzig, Alemania. Se licenció en 2002 y a partir de entonces ha trabajado como traductora autónoma, principalmente en el ámbito jurídico. Sin embargo, no fue hasta el 2014 que decidió al fin emprender el camino de la narrativa, y desde entonces no ha cesado de publicar libros.

En estos momentos se dedica por completo a la maternidad y a la literatura.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Capítulo 1

25 de junio de 2014

Anne se puso la bata a toda prisa y salió al pasillo tratando de que no la pillara su supervisora.

No llegaba tarde. Nunca llegaba tarde... Pero ese día era muy especial. Y como era tan especial, se había ido a la peluquería —lugar que no pisaba más que un par de veces al año— para domar su melena castaña y rebelde, a la esteticista para darles un poco de forma a sus pobladas cejas, y se había sometido además a una tortura a base de cera ardiente aplicada por todo el cuerpo.

Y cuando decía por todo, decía por *todo* el cuerpo. Estaba más suave que un bebé. Si le pasaban una pluma por la piel susurraría y todo. Era como si se hubiera quitado varios kilos de encima, de lo ligera que se sentía.

Así que solo llegaba un pelín tarde. Unos minutejos de nada. Pero con la mala suerte que tenía, seguro que la amargada de la supervisora la pillaba y le montaba una buena. De todas formas le daba igual. Estaba segura de que no la echarían porque no había persona más dedicada a su trabajo en la residencia de la tercera edad de View Court que Anne. Nunca había recibido ninguna bronca de sus supervisores y, a esas alturas, estaba empezando a pensar que no era justo para sus compañeros que fuera tan aplicada en su labor... Todos le decían que era tan servicial y puntual, que incluso llegaba antes de lo necesario, y eso dejaba a los demás a la altura del betún.

Pero ¿qué podía hacer si había nacido así? Le aterrorizaba faltar a su deber, y aunque parecía que el corazón se le iba a salir del pecho del miedo que tenía, tampoco se iba a acabar el mundo. Si le echaban un sermón, al menos sus compañeros ya no le tendrían manía.

Caminó de puntillas por el pasillo hasta llegar a las habitaciones de los internos. Las zapatillas chirriaron sobre las baldosas, pero nadie salió de la

oficina de administración para ver de quién se trataba. Era su hora de atender a los ancianos antes de acostarse en la cama y su novio le había dicho que pasaría a visitar a su madre, la señora Davies, antes de que acabara el turno de la tarde porque quería darle una sorpresa a ella, a Anne, en presencia de la mujer más importante de su vida. Ella era la segunda.

¡Eso significaba mucho, muchísimo! Había conocido a Nick hacía casi un año, cuando este ingresó a su madre en la residencia porque esta tenía problemas de movilidad y él, que se pasaba el día fuera de casa trabajando, ya no podía atenderla.

Para Anne había sido un flechazo. Y por lo visto, para él también. Se llevaban bastantes años, más de quince, pero él parecía un caballero recién salido de una película de los años cuarenta. Era tan amable, y tan educado, y tan elegante, y tan guapo... Y además, era un sol con su madre. En cuanto le vio sentado por primera vez en su silla, junto a la cama de la señora Davies, hablándole con ternura mientras le cogía la mano, el corazón se le había derretido como el chocolate fundido.

Nick la había mirado, había sonreído, y a partir de entonces fueron inseparables. Comenzaron siendo amigos, pero pronto se dieron cuenta de que hablaban mucho más por teléfono que unos simples amigos, y comenzaron a salir.

Él era estupendo. Era maravilloso. Siempre tan servicial, su Nick... La trataba como si fuera una delicada dama del siglo diecinueve; le abría la puerta del coche, la dejaba pasar primero al entrar en los locales, le besaba la mejilla cuando se encontraban y le daba un abrazo y un largo beso al despedirse. Y además, le decía que ella, la pequeña y regordeta Anne Mayers, era preciosa, inteligente y divertida. Se lo pasaban tan bien juntos...

Tan solo les faltaba hacer el amor, pero ese era un detalle que, sin saber cómo, habían pactado dejar para la noche de bodas. Era un secreto a voces que él le iba a pedir en matrimonio esa noche. Y a lo mejor no esperaban a la noche de bodas... ¿Quién sabía lo que podía ocurrir? Mejor prevenir que no que la pillase con sus bragas más viejas, y pelos en los lugares más inesperados.

Se sentía de lo más sexy con su ropa interior megaajustada debajo de la bata verde.

Comenzó a hacer la ronda desde la esquina más cercana a la habitación de su futura suegra, cuya luz podía ver encendida desde el pasillo. Cuando llegó a

esta, Nick estaba sentado junto a su madre con una enorme sonrisa de satisfacción en la cara. La señora Davies era un sol. Estaba recostada en la cama, toda arropada y con su brillante pelo blanco recogido en un moño que, a buen seguro, le había peinado su propio hijo.

—Hola —susurró con timidez al atravesar el umbral. No le gustaba interrumpir aquellos preciosos momentos madre-hijo, porque era como entrometerse en algo íntimo.

La señora Davies giró la cabeza hacia ella y sonrió.

—¡Mi querida Anne! Te estábamos esperando, ¿verdad, Nick?

—Así es, cariño. Anda, ven y siéntate a mi lado, ¿quieres? —Le señaló una silla que había colocada estratégicamente junto a él.

Ella se le acercó, lo miró a los ojos y sonrió, emocionada. Se cogieron de la mano y Nick se volvió de nuevo hacia su madre.

—Mamá, hoy es un día muy especial para mí. Bueno, para mí y para Anne..., y queríamos compartirlo contigo.

A la señora Davies se le iluminó la cara. Les miró a ambos y sus pequeños ojos grises casi refulgieron de felicidad.

—Si es lo que creo que es, hijo, me vas a hacer la mujer más feliz del mundo... —le contestó, apretándole la mano.

—Espero que lo seas, mamá. Quería hacer esto en tu presencia porque sé que te hará muy feliz. —Entonces le soltó la mano y se giró de nuevo hacia Anne. Su expresión se tornó seria, apoyó una rodilla en el suelo y sacó un estuche del bolsillo de la chaqueta—. Mi querida Anne Mayers, quería pedirte hoy aquí, delante de la persona más importante de mi vida —ella pasó esa expresión por alto, dado que daba por hecho que a partir de entonces puede que la cosa cambiara—, que me hagas el hombre más feliz del mundo y te conviertas en mi esposa.

Dicho aquello, abrió la cajita y le mostró a Anne un anillo con un pedrusco enorme, que ojalá fuera un diamante. Ella no habría sabido distinguirlo de un burdo cristal, pero si fuera un diamante ya habría alcanzado el cielo, no podía pedir más.

Le picaron los ojos, le escocían por las lágrimas que, al final, dejó que rodaran por sus mejillas.

—Oh, Nick... Oh, mi amor... ¡Claro que sí! ¡Claro que me casaré contigo!

Se abalanzó sobre él para besarle y apretó sus labios contra los de él mientras lo hacía. Era una grosería darle un beso con lengua delante de su

propia madre, y se reprimió porque sabía que a él no le gustaría demasiado la idea.

Cuando al fin le soltó, seguía tan feliz que no escuchó el pequeño sonido que provenía de la cama donde la señora Davies había encontrado el camino hacia el Nirvana y ahora se hallaba en él, loca de felicidad y con una expresión congelada que así lo demostraba.

—Oh, Dios mío, ¡mamá! —gritó Nick.

El anillo nunca llegó a estar en el dedo anular de Anne.

Varias horas después, el doctor Morgan confirmó la causa de la defunción: un ataque cardíaco masivo que provocó una muerte súbita. Seguramente, ni ella llegó a enterarse de su propio fallecimiento, pues la parca la había alcanzado cuando todavía lucía una sonrisa en la cara.

Nick estaba devastado. No cesaba de llorar y se aferraba a Anne como si fuera su salvavidas. De hecho, aunque ella lo sentía infinitamente por él, empezó a preocuparse de verdad por su estado. A veces gritaba, a veces lloraba como un bebé e incluso exigía que su madre volviera. Fue así durante todo el entierro y en el velatorio de después, que ella había ayudado a organizar junto a las vecinas de su novio porque este se encontraba en un estado lamentable para hacerlo por él mismo. El médico de la residencia —el doctor Morgan, marido de su amiga Lillie— llegó a recetarle pastillas para dormir, para que así pudiera estar más tranquilo y descansar aunque fuesen unas pocas horas.

Anne se encargó de recibir a los vecinos, amigos y familiares, de servir las bebidas, de organizar las viandas que la gente les traía, y hasta de darle pañuelos a Nick cada vez que se le acababan.

Justo estaba acariciándole la espalda en plan amantísima y sacrificada esposa para calmar uno de sus ataques de llanto cuando alguien entró por la puerta y se hizo un silencio sepulcral.

Todo el mundo se calló. Nick, que seguía sollozando, dejó de llorar al darse cuenta de que algo en el ambiente había cambiado.

Anne se volvió hacia la puerta de entrada del salón y se encontró con un joven un poco mayor que ella, con medio lado de la cabeza rapado y el resto teñido de rubio platino. Llevaba un piercing en el labio y unos pantalones tan ajustados que no dejaban nada a la imaginación.

¿Quién sería? No había oído nunca hablar de ningún familiar de la edad de ella, que recordara. Todos eran mayores.

Fue entonces cuando Nick levantó poco a poco la cabeza y clavó su mirada en el recién llegado. Todo el mundo les observaba. Anne desvió su mirada del uno al otro, pero el tiempo parecía haberse detenido. Hasta las partículas del aire habían dejado de flotar.

De repente, Nick se levantó de su silla y tendió levemente las manos hacia el chico, que en un visto y no visto recorrió la distancia que les separaba y le abrazó.

«Qué bonito», pensó Anne. Debía de tratarse de algún antiguo amigo, o de un compañero de trabajo o algo así. Nick no hablaba demasiado de su trabajo.

Su novio comenzó a llorar todavía con más fuerza sobre el hombro del joven, que comenzó a acariciarle la espalda para que se calmase. Se apretó todavía más contra él, tanto, que casi se estaba aplastando contra su pecho.

El chico le cogió la cara entre las manos y se la alzó para que le mirara.

—Lo siento —le dijo, mirándole a los ojos—, pero ya no tienes de quién esconderte.

Y le besó.

Le dio un beso tan profundo, ansioso y lleno de carga sexual que, al principio, Anne no asimiló lo que estaban viendo sus ojos.

«Esto ya no es tan bonito», fue lo primero que pensó.

No, señor. Nada bonito. En realidad, ¿qué demonios estaba ocurriendo allí? ¡Su novio se estaba besando con otro hombre!

Se giró hacia la gente que se había reunido en el salón, y algunos de ellos la miraron con compasión.

¿Compasión? ¿Por qué? Alguien debía decirle algo a Nick. Ella era su novia, y se estaba besando con un chico. En el velatorio de su madre. Justo cuando le había pedido que se casara con él.

Algo no cuadraba.

Volvió a mirar a quien consideraba su prometido, pero no dejaba de besarse con aquél desconocido. De hecho, vio mucha lengua de por medio, de esa que nunca aparecía cuando la besaba a ella. Se estaban sorbiendo hasta el alma, y encima habían comenzado a susurrarse contra los labios una y otra vez que se querían, que se echaban de menos, que no podían vivir el uno sin el otro.

Anne frunció el ceño. Aquello debía ser una broma. Era una broma, ¿no? ¿Dónde estaba la cámara oculta? ¿Por qué el suelo parecía hundírsele bajo los pies?

—Pero ¿qué coño es esto?

Al fin. Al fin una voz amiga. Anne se giró hacia la puerta otra vez y vio a su hermana Nicky, en avanzado estado de gestación, que lanzaba dardos envenenados con los ojos a los dos amantes. Y cuando Nicky lanzaba dardos envenenados con los ojos, parecía que los lanzaba de verdad, porque eran de un color verde que a veces parecía refulgir y lanzar rayos y centellas. Y estaba embarazada, y parecía salida del mismísimo infierno.

—¡Eh, tú! ¡Gilipollas de mierda! ¿Te estás besando con otro tío en el velatorio de tu madre? ¿Tan desesperado estabas? —La pareja se había separado y ahora ambos miraban a Nicky, estupefactos—. Si no fuera porque tengo la barriga a punto de explotar, te partía la cara de una patada, pedazo de cabrón asqueroso. ¡Mira que hacerle esto a mi hermana, en un día como hoy! No tienes sentimientos.

Se acercó todo lo rápido que pudo hasta su hermana, que todavía seguía petrificada y con los ojos llenos de lágrimas por la mortificación, y tiró de ella hacia la calle.

—Y tú —le dijo a Nick antes de salir por la puerta con Anne a rastras—, que sepas que te tenía calado, pero no esperaba que fueras tan imbécil como para llegar a este punto. ¡Espero que este te ponga tantos cuernos que no te quepa la cabeza por la puerta, imbécil!

Entonces tiró de nuevo de su hermana y se la llevó por la calle hasta su coche. Milo, su marido, estaba saliendo justo de él.

—Vuelve a casa de mi madre en el coche, Milo —le dijo Nicky—. Yo llevaré a Anne en el suyo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él con cara de póquer.

—Que el imbécil de su novio ha elegido precisamente el día de hoy para salir del armario.

Capítulo 2

Anne se sentía en una nube, y no precisamente de felicidad: en este caso se trataba de una nube espesa y confusa en la que parecía haber entrado y de la que no se veía capaz de salir.

Siguió aturdida a su hermana, hizo todo lo que esta le ordenaba pero no pudo mediar palabra hasta que se encontró en zona segura: su casa. Se sentó en la cama, sobre su desgastada colcha de color rosa, y miró las paredes que todavía continuaban decoradas con el papel de flores que llevaba allí desde que tenía uso de razón.

—Espérame aquí —le dijo Nicky antes de desaparecer por la puerta.

Como si se fuera a marcharse a alguna parte. Lo que quería era desaparecer, que se la tragara la tierra, que el mundo se hundiera y dejara de existir. ¿Era real lo que acababa de pasar? ¿De verdad que no se lo había imaginado?

Gimió y se tapó la cara con las manos.

Su hermana llegó de nuevo y le tendió un vaso con hielo y una bebida desconocida.

—No quiero nada —le dijo ella—. Tan solo quiero acostarme y morirme. Déjame en paz.

Se tumbó y le dio la espalda a Nicky. No quería ver a nadie. Y su hermana, precisamente la hermana más valiente y dura de las tres, había presenciado en primera persona cómo la dejaban en ridículo.

Comenzó a llorar en silencio porque no sabía cómo podría afrontar aquello. Ella quería a Nick. Mentía: adoraba a Nick. Siempre había creído que era el hombre perfecto, que...

—Levántate ahora mismo, o te echo el *gin- tonic* por la cabeza —amenazó Nicky desde atrás.

—¡Yo no bebo! ¡No quiero un *gin- tonic*! ¡Quiero que esto sea solo una pesadilla! —le gritó.

Su hermana le dio la vuelta a la cama para ponerse frente a ella y le dio un tirón para que se levantara. La agarró fuerte del pescuezo y le puso el vaso en los labios.

—Bébetelo cubata o te lo meto a la fuerza con un embudo, te lo juro —la amenazó, al tiempo que tiraba de su melena castaña hacia atrás.

—¡No me gusta el alcohol!

—¡No seas nenaza! Bebe, te ayudará a tranquilizarte.

Le puso el vaso en la boca y Anne tragó. Como Nicky no se lo apartaba, siguió tragando hasta casi llegar al final, cuando se atragantó y lo separó de un empujón.

—Buena chica, en unos instantes estarás más serena y podremos hablar de ello.

—Ya, o me habrás emborrachado tanto que mañana estaré igual, o peor todavía, porque además tendré resaca.

—Pero al menos te habrás enfrentado a la realidad.

Anne calló. Volvió a taparse la cara con las manos.

—Nicky... Dime una cosa.

—Ajá, siempre que no esperes que te mienta.

—No. —Negó con la cabeza—. Quiero que me digas la verdad —levantó la vista y la miró directamente a los ojos—: ¿Mi novio es gay?

—Ay, señor... —suspiró Nicky—. Este día tendría que llegar tarde o temprano. Sí, Anne tu novio es gay.

Ella se miró los pies.

—¿Y los demás lo habéis sabido siempre?

Notó el peso de su hermana junto a ella cuando se sentó en la cama con movimientos pesados.

—Me temo que sí, pero sin pruebas no quería alarmarte.

—O sea, que he sido una estúpida, como siempre —se quejó.

Era un desastre. Un maldito desastre. De las tres hermanas, ella era la menor y, con creces, la que parecía tener la cabeza mucho más en las nubes que el resto. Sus hermanas lo achacaban a su pasión por las novelas románticas, pero ella sabía que, en realidad, era y siempre había sido una soñadora que no encajaba en ese tiempo. Quizá si hubiera nacido antes... Pero tampoco, porque no podría haber aguantado verse sometida a los dictados de un marido o de cualquier otro hombre.

Anne era, simplemente, una soñadora en una época en que todo era

demasiado realista y cínico.

—No has sido una estúpida, Anne, has sido... tú. Yo qué sé —se quejó su hermana—. No sé qué decirte, te has enamorado del hombre equivocado porque creías que tenía unas virtudes que en realidad no tenía. Te ha engañado. No te sientas mal, quien la ha cagado ha sido él, que se ha portado como un cerdo mentiroso. Si me lo encuentro por la calle otro día, te juro que le daré un puñetazo.

Anne volvió a cubrirse la cara con las manos y comenzó a sollozar de nuevo.

—No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo no he podido darme cuenta durante todo este tiempo?

—Porque solo veías lo que querías ver. Es lo que os pasa cuando os enamoráis.

—¿Y tú con Milo? ¿Es que solo ves lo que quieres ver o qué?

Su hermana suspiró.

—Lo mío con Milo fue distinto. Fue una guerra de voluntades hasta que decidí rendirme, pero eso es un caso aparte. Por lo general, y según tengo entendido, las personas tienden a enamorarse y desenamorarse varias veces en la vida. Así que, que te rompan el corazón es de lo más normal del mundo, pequeñaja.

—Ya no soy pequeñaja. Tengo veintidós años y nadie se había fijado en mí hasta ahora, Nicky. Y el tipo que se fija, resulta que es gay. ¡Gay! ¡He estado saliendo con un gay! ¿Te das cuenta de lo estúpida que eso me hace de cara a los demás? ¿Y de lo estúpida que me siento yo ahora mismo? No solo soy estúpida, soy una ilusa; una chica gorda y fea que no se atreve a ver la realidad: que nadie se enamorará de mí.

—¡Mamá, sube otro *gin- tonic*! —gritó Nicky.

—¡Marchando! —se escuchó la voz de Jeanette desde la cocina.

—Escúchame, ahora te vas a beber otro *gin- tonic* mientras a mí se me salen los ojos de envidia, y vas a hacer una cosa.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me plante en medio de una plaza y grite lo gilipollas que he sido?

—No: te vas a mirar al espejo y vas a ver la chica fantástica que eres, ¿entendido? Eres lista, aunque no tanto como yo, pero ya sabes que eso es difícil de alcanzar, y además eres guapa y tienes un pelazo, y aunque tengas

dos o tres kilos de más, a mí me gustan. Y si me gustan a mí, seguro que le gustan a un montón de tíos, lo que pasa es que no sales a por ellos.

—Menuda gilipollez.

En ese momento entró Jeanette en la habitación con la otra bebida en la mano, que le tendió a su hija con un gesto de decisión.

—Toma, bebe y cuéntame ahora mismo lo que te ha hecho ese idiota de Nick.

Ella tomó la bebida. La verdad es que se había tranquilizado un poco, la primera parecía haberle hecho algo de efecto, pero no pensaba confesarle a su madre lo humillada que se había sentido tan solo una hora antes.

—Se ha morreado con otro tío en el velatorio de su madre —contestó Nicky por ella.

—¿Qué? ¿Que ese inútil le ha hecho qué a mi hija? ¡Ahora mismo voy y le pienso sacudir...!

—¡Mamá! Ya basta. —Anne se levantó de la cama y comenzó a dar vueltas por la habitación—. He sido una estúpida durante mucho tiempo, pero eso se va a acabar. No quiero que habléis más del tema delante de mí, ¿de acuerdo?

—¡Hola, chicas! ¿Alguien puede decirme qué ha pasado? He estado en el velatorio de la madre de Nick y resulta que allí no estabais ni tú ni él. Y todo el mundo me miraba como si fuera una alienígena. ¿Pasa algo raro?

Era su hermana Linda, la mayor de las tres y, en opinión de Anne, también la más madura y sensata. Y guapa, porque tenía la suerte de haber nacido rubia y con los ojos azules, no como ella, que era tremendamente sosa. Además, estaba casada con su antiguo novio de la infancia, Tanner Adams, que se había convertido en una estrella mundial de la música.

¿Por qué todo el mundo a su alrededor conseguía los ideales que tanto ansiaba?

—No quiere que hablemos de ello —respondió la madre.

—El gilipollas de Nick ha salido del armario en el velatorio —añadió Nicky.

Anne suspiró, volvió a sentarse en la cama y le dio otro trago a su bebida. Aunque se sentía como una mierda, al menos el alcohol le estaba calmando los nervios.

—Ay... mi pequeña Anne... —dijo Linda, acercándose a ella y rodeándola entre sus brazos.

Jeanette se sumó al grupo, y pronto las tres estaban abrazadas mientras

Nicky las observaba.

—Soy un desastre. Un completo desastre. No sé cómo he podido creer que alguien me quisiera a mí igual que os han querido a vosotras. Soy la más fea, la más gorda y, encima, la más tonta —continuó ella regodeándose en su pena, mientras Linda y su madre la abrazaban e intentaban calmarla.

—Ahora mismo vengo —dijo Nicky, y se levantó de un salto de la cama, que chirrió al librarse de su peso.

La hermana oscura bajó las escaleras agarrándose su frondosa barriga y encontró a su marido, Milo, sentado en el salón viendo un partido de fútbol. Al fin podía sacar algún provecho de las miles de amistades que su perfecto marido parecía tener por todas partes.

—Eh, Milo.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Cómo está Anne? —le respondió él al tiempo que se levantaba del sofá y se acercaba a ella para darle un abrazo.

—Está como se supone que debe de estar una persona cuando un gilipollas le rompe el corazón.

—Vaya... ¿En un grado del uno al diez?

—Veinticinco.

—Eso sí que es malo, sí.

—Escucha, necesito tu ayuda.

Milo entrecerró sus preciosos ojos azules, casi tan claros como el agua del mar, y sonrió.

—Temo muchísimo lo que vas a decirme.

—No lo creo. Tú y tus amigos estáis muy acostumbrados a estas cosas. Escucha, ¿tienes algún amigo que no sea demasiado cabrón y esté dispuesto a ligar con mi hermana?

Él echó la cabeza hacia atrás, levantó las cejas y se pasó una mano por la barbilla.

—Eh... ¿A qué te refieres exactamente con ligar?

Ella frunció el ceño.

—Pues a ligar, a acercarse a ella y decirle un par de piropos, no sé. Algo que le suba la moral, pero sin pasarse, ¿de acuerdo? Que es mi hermana pequeña.

—No sé, Nicky, no me parece justo para tu hermana que le montemos algo así...

Ella se puso las manos en sus redondas caderas y separó las piernas,

dispuesta a combatir.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no es justo o que mi hermana no va a gustarle a ninguno de tus amigos? Porque solo se trata de que se acerque y le diga unas palabras, nada más. No creo que les cueste tanto, vamos.

Él respiró hondo, como si estuviera aliviado y a la vez resignado.

—Bueno, si solo es eso... Supongo que podría organizar algo, sí.

Nicky se relajó.

—Bien, pues organízalo rápido porque ahora mismo le cambio de ropa, la visto de fulana y me la llevo de pubs. Está con la moral demasiado baja y no pienso permitir que ningún estúpido le haga creer que no vale nada, ¿de acuerdo? —le dijo, amenazándole con el dedo.

—¡Eh, que yo no he tenido nada que ver!

—¡Me da igual! Eres un hombre y, como tal, te corresponde cargar con tu parte de culpa. Saca el teléfono y arréglalo ya mientras yo la emperifollo.

—Lo que no se haga por una mujer... —murmuró Milo al tiempo que se llevaba la mano al bolsillo trasero de sus vaqueros.

—¿Cómo dices? —Nicky, que había comenzado a subir las escaleras, se giró y le miró a través del umbral de la puerta del salón.

—Nada, cariño, que he pensado en alguien que creo que a tu hermana le entusiasmará, ya verás.

Capítulo 3

—¿*Q*ué demonios me has puesto?

Estaba algo confusa. La voz le sonaba un tanto pastosa, pero pensaba que controlaba por completo todo lo que ocurría a su alrededor. Además, ya no se sentía tan mal. La humillación y la pena por haber sido abandonada delante de todo el mundo, justo después de que le pidieran matrimonio y creyera que era el momento más feliz de su vida, había dado paso a una especie de sensación de resignación que la hacía sentirse etérea, casi ligera.

Nicky y Linda se habían empeñado en cambiarle de ropa y arreglarla para salir. Ella se había negado rotundamente, claro está, porque, ¿cómo iba a salir a la calle el mismo día en que la habían dejado plantada? Cuando todo el mundo se enterara de lo sucedido se iba a hablar mucho del asunto. Muchísimo. Y si la veían por ahí...

—¿Y qué más da que te vean? Es mejor que lo hagan, que piensen que tú ya lo sabías, mujer. Así no creerán que te han dejado plantada —la trató de calmar Nicky.

Linda le lanzó una mirada reprobatoria antes de hablar.

—Cariño, es mejor para ti que salgas y te despejes, que veas otro mundo aparte del que siempre vives. Y cuanto antes lo hagas, mejor. Podrás superar antes tu fase de duelo.

—¿Mi fase de duelo? —se sentía un poco aturdida, así que no entendía muy bien de qué estaba hablando su hermana mientras le pintaba los labios de un brillante color rojo.

—Claro, cuando hay una separación siempre hay una fase de duelo. Pero te garantizo que tú no estarás sola, ya verás. Y la tuya va a pasar rapidísimo.

Anne se miró al espejo y se sorprendió de lo que vio reflejado en él: Nicky le había dejado un antiguo vestido negro suyo que ella solía llevar amplio, pero que a Anne se le ajustaba por todo el cuerpo. Quizá en alguna otra

ocasión habría pensado que estaba ridícula, pero en ese momento se gustó, incluso aunque potenciara sus curvas en vez de disimularlas. Linda le había ondulado el pelo, que brillaba mucho más de lo normal, y le había hecho la raya superior de los párpados y pintado los labios de rojo.

—¿En serio que no parezco una pendona?

Las hermanas se miraron y se apresuraron a responder:

—No... No...

—Qué va, ni un poquito.

—¡Oh, mi niña! ¡Estás guapísima! —interrumpió Jeanette, que había salido y vuelto de nuevo con su propio *gin-tonic* en la mano.

—No sé... No me siento muy cómoda... —continuó, aunque cada vez que se miraba al espejo se sentía más segura. Más sexy.

¿Nick? ¿Quién era Nick? Nick era un farsante. Y le había tocado a ella cruzarse en su camino, pero tenía que caminar con la cabeza bien alta. Sí. Porque ella era una Mayers, y las Mayers nunca se rendían.

La metieron en el coche a empujones y salieron disparados con Milo al volante. A su alrededor parecía desarrollarse una conversación distendida, pero ella solo podía mirar por la ventanilla y preguntarse cómo había llegado hasta allí. Sobre todo, cómo había llegado a estar apretujada en el asiento trasero del pequeño Fiat de Milo junto a su madre y Linda.

—Oye, ¿y tus hijos dónde están? —preguntó Jeanette a su hija mayor.

—Con Tanner, mamá, ¿con quién van a estar? Además, él trabaja cuando quiere, y se le dan muy bien los bebés. Y ya de paso que estoy aquí, me quedo. Creo que necesito pasar una tarde con vosotras.

—Eso en mis tiempos no era así, pero gracias a Dios que ha cambiado, porque ahora las mujeres podemos salir solas donde y cuando nos dé la gana, sin tener que dar explicaciones a nadie. No me las tenéis que dar ni siquiera a mí, que lo sepáis.

—Gracias, mamá, pero te recuerdo que me lo acabas de preguntar.

—Es pura costumbre, nada más. Y porque sabes que soy cotilla por naturaleza. —Entonces se giró hacia el asiento delantero—. Y tú, Nicky, si te sientes muy cansada con esa barriga ya me ocupo yo de que Anne se divierta, puedes irte a descansar si quieres.

La interpelada puso los ojos en blanco.

—Si estoy cansada me sentaré en un taburete, no te preocupes, mamá.

—Esto... —añadió Milo—, estaba pensando que quizá sea mejor dejaros

una tarde de chicas. Ya que vais las cuatro, me encuentro un pelín raro estando solo con vosotras, quizá queráis un poco de intimidad...

Su mujer le dio un codazo y le miró con los labios fruncidos.

—No puedes irte. Tú habías quedado con alguien allí, ¿no?

—Ah, sí, es verdad, lo había olvidado.

Anne apartó la cabeza de la ventana para mirar el perfil de su cuñado. ¿Cómo podía ser tan guapo? ¿Serían todos sus amigos igual de guapos? ¿Se enamoraría uno perdidamente de ella, como le había ocurrido a sus hermanas?

Sintió ganas de llorar de nuevo. El efecto del alcohol estaba comenzando a disiparse, pero por suerte, ya habían llegado.

Cuando entraron en el local, abrió la boca de par en par.

—¿Por qué habéis elegido este sitio tan... guay? —les preguntó, indecisa—. No sé si entrar. Me siento un poco fuera de lugar.

—Tú calla. Yo soy la mujer de Tanner Adams, y Nicky es... Bueno, ella es la mujer de Milo James, que tiene amigos en todas partes y podría ser el *top model* del siglo.

—De hecho, sí, el dueño es un conocido mío —dijo él antes de abrirles la puerta que daba paso al interior del lujoso y glamuroso Ink Lounge & Bar.

Nicky se detuvo y las hizo detenerse a todas de golpe.

—Por Dios, ¡cuánto *brilli brilli!* Me duelen los ojos solo de mirar el sitio. ¿Cómo demonios se te ha ocurrido traernos a este sitio, Milo?

—Porque está muy de moda, cariño, y... bueno, no querrías llevar a tu madre al Underground, ¿no?

Anne recordó la vez que estuvieron en aquella discoteca y habían visto a varias parejas montándose en vivo y en directo, y sonrió. Le habría gustado ver la cara de su madre al contemplar aquello... Aunque mejor pensado, no, no fuera a ser que se acercara a los jóvenes y empezara a darles una reprimenda allí mismo.

Mejor aquel sitio. Era más tranquilo. La música era muy guay, y la decoración parecía sacada de... una combinación entre *Alicia en el país de las maravillas*, *La bella y la bestia* y una pirámide egipcia, y no había demasiada gente ante la que pudiera hacer el ridículo con su ajustado atuendo.

Allí podía sentirse hasta glamurosa y todo. Y había espejos por todas partes, donde poder mirarse.

Oh, cielos. Había espejos por todas partes, donde poder mirarse.

Metió barriga y se colocó junto a su hermana Nicky, que estando

embarazada estaba algo más voluminosa, para tratar de pasar lo más desapercibida posible. Sin embargo, las mujeres se dirigieron a toda prisa a una de las mesas que hacía esquina y que tenía un sillón mullido y aparentemente bastante cómodo, y les dejaron a ella y a Milo las dos sillas de enfrente.

Mierda. Allí no podría disimular sus kilos.

Después de un par de deliciosos cócteles con sabor a fresa a los que no se les notaba el alcohol en absoluto, dejó de preocuparse por su físico y por los acontecimientos de aquella misma tarde y empezó a reírse con las bromas de Milo y las pullas de Nicky. Linda también se había bebido dos cócteles y tenía las mejillas sonrosadas y la mirada brillante.

El local comenzó a llenarse, pero la única que parecía estar atenta a todo lo que pasaba alrededor era Jeanette, que revisaba el atuendo de todos los jóvenes con avidez.

—Eh, Anne —dijo Milo, tensándose de pronto—, acompáñame a la barra a traer otra ronda, ¿quieres?

Nicky miró hacia la puerta y frunció el ceño. Después miró a su marido y le dio una patada por debajo de la mesa, abriendo mucho los ojos al mismo tiempo, pero Milo se encogió de hombros.

—Ejem, vamos, creo que tu madre y Linda necesitan otra.

—Vale, pero yo no bebo más o me pasaré el rato yendo y viniendo del baño —replicó ella.

Se levantó y acudió con él a la barra. Milo llamó al camarero y, de repente, se giró a su derecha y lanzó una exclamación.

—¡Ey, Troy! ¡No esperaba encontrarte por aquí! ¿Qué tal estás?

Se estrecharon la mano y Anne trató de asomarse por la espalda de Milo para ver al recién llegado, pero era imposible con aquel armario de hombre que tenía por cuñado.

—Esto... ¿No me habías dicho que...? —comenzó el otro.

—¡No, qué va! Estamos muy bien, gracias —trató de disimular él para que su amigo no soltara ninguna indiscreción—. Mira, te presento a mi cuñada Anne, que está celebrando... eh... su soltería de nuevo.

Milo se hizo a un lado y Anne se quedó pasmada. El comentario que había hecho su cuñado le hizo ponerse colorada, pero no más de lo que ya estaba por la ingesta continuada de alcohol...

El recién llegado se giró hacia ella y le clavó los ojos directamente en el

escote, y no en la cara. No los apartó de allí hasta que Anne levantó la mano para cubrirlo con disimulo y se la tendió, temblorosa, para presentarse.

¡Ese tipo daba miedo!

—Hola, Anne Mayers —dijo, casi en un susurro.

La mano seguía extendida, pero el chico no hizo movimiento alguno. Durante unos segundos continuó con la vista clavada en el mismo lugar, luego sonrió de medio lado y la miró a los ojos.

Tendió la mano y se presentó.

—Troy Jackson, para servirte.

Le apretó la mano con algo más de fuerza de lo normal y Anne se estremeció.

Llevaba tatuajes hasta en las manos. No era algo extraño, últimamente estaba muy de moda que los chicos se llenaran el cuerpo de tinta, pero es que los brazos de Troy no dejaban casi ningún espacio en blanco y los grabados le llegaban hasta los dedos. Además, llevaba un *piercing* en la ceja izquierda y unos cuantos anillos en las orejas.

Se encogió un poco ante la atenta mirada de Troy.

—Voy a llevar las bebidas, chicos, ahora mismo vuelvo —sugirió Milo a su lado.

Ninguno de los dos se movió. Troy no le soltó la mano ni dejó de mirarla, y Anne no sabía dónde esconderse. ¿Tendría algo en el ojo? ¿En la barbilla? ¿Se le habría caído sirope de fresa sin darse cuenta?

Se pasó la mano por la cara para comprobar si tenía manchas de algo, y fue entonces cuando Troy sonrió y le soltó la mano.

—Sé que suelo intimidar a la gente, pero no hay por qué tenerme miedo —le dijo. Cogió un taburete y se sentó frente a ella con el brazo apoyado en la barra—. ¡Una pinta de Guinness, por favor! —pidió al camarero.

Si él lo decía... Pero ella estaba un poco abrumada. Era demasiado hombretón. Demasiado grande, demasiado llamativo, demasiado... varonil. Parecía sacado de un catálogo de guerreros medievales, y podría haber sido así de no ser porque llevaba el pelo, que suponía largo, engominado y echado hacia atrás en una bonita onda. Además, tenía unos labios gruesos, sensuales, y unos ojos claros cuyo color no sabía definir pero que parecían una mezcla entre el verde y el color miel. Llevaba una camiseta de manga corta blanca y ajustada y unos vaqueros negros, también ajustados. Menudos muslos.

Se sintió pequeña y vulnerable, una presa fácil para un lobo al acecho...

Justo como Caperucita Roja en medio del bosque.

Entretanto, Milo se había acercado a la mesa a dejar un par de bebidas. Las tres mujeres que había allí sentadas observaban al recién llegado con distintas impresiones.

Jeanette le miraba con una ceja arqueada y cara de no haber visto un hombre en su vida. Linda masticaba gominolas a cámara lenta, y Nicky tenía el ceño muy, pero que muy fruncido.

—¿En serio no se te ha ocurrido alguien mejor para mi hermana?

—Eh, no tenía demasiado tiempo para organizarlo, sabes. Y Troy es un buen chico.

—Ya, será un buen chico para ti, pero a mi hermana se la va a comer viva, y ya te advertí de que no quería que la tocaran ni un pelo.

—No, no se la va a comer viva, tranquilízate. Solo es un cordero con piel de lobo.

—¿Seguro? Pues ese cordero con piel de lobo ha estado en la cárcel, según tengo entendido.

—No ha estado en la cárcel —le susurró él para que no les oyeran desde atrás. Las otras dos Mayers se le acercaron subrepticamente para escuchar lo que les iba a contar—, estuvo condenado a trabajos para la comunidad, que no es lo mismo.

—Claro que es lo mismo. A mí nunca me han condenado a trabajos para comunidad. ¿Cómo has podido elegir ese chico? ¿Y si resulta que ahora la bobalicona de mi hermana se enamora de él?

—Tu hermana no es una bobalicona, Nicky —intervino Jeanette—. A lo mejor lo que le hace falta es un tipo duro de esos para que la espabile.

—Ya lo creo que sí —añadió Linda, comiéndose otra gominola del tarro del que se había apoderado—. Apostaría a que tiene tatuajes también en los abdominales. Y que los tiene bien marcados —continuó mientras miraba al chico con picardía.

—Mira, Nicky, dale una oportunidad. Sabe lo que tiene que hacer, y sabe que no debe pasarse de la raya. Además, tú más que nadie deberías saber que no se debe juzgar a las personas por su exterior, es una lección que aprendimos hace tiempo, ¿no crees? —continuó Milo.

Nicky apretó los labios y se echó hacia atrás tocándose la barriga.

—Voy a estar vigilando de cerca a ese cordero con piel de lobo, que lo sepas, y como me entere de que le ha tocado un pelo a mi hermana... Más vale

que sea solo para recolocárselo en el peinado.

—Pues yo quiero que me lo cuente todo —terció Linda.

—Anda que yo... —añadió Jeanette entre dientes.

Capítulo 4

*T*roy volvió a estudiar a la chica con atención. Sí, era una de las Mayers, recordaba haberla visto antes... Pero también la recordaba mucho más pequeña y menos... mujer.

Ni por asomo se habría imaginado nunca en una situación de aquellas con una Mayers, sobre todo por las bromas que solían hacer lo amigotes sobre ellas. La mayor había cazado a Tanner Adams, el famoso músico, y la mediana a Milo James, el soltero más codiciado de la ciudad, considerado casi un héroe por todos... ¿Pero él? Aparte de ser un perdedor que seguramente no merecía a ninguna de las chicas de su clase, no deseaba verse atrapado por nadie. Y mucho menos por una mujer.

No quería tener familia y estaba totalmente decidido a evitarlo a toda costa.

Pero cuando Milo le pidió el favor... No hubo manera de negarse. Él había intercedido a su favor ante el juez, cuando había sido el juicio de la gran pelea en la que se había visto envuelto hacía unos años. No era más que un chaval lleno de rabia que había reaccionado de manera desmesurada por un comentario de uno de los pijos de la ciudad contra los de su clase y, sobre todo, contra la gente de color. Su madre era mulata. Una mulata de piel muy clara y larga melena, pero mulata al fin y al cabo... Y él no lo había tenido fácil en aquel pueblo de mierda.

Milo le había salvado el pellejo al testificar que el otro tipo le había provocado una y otra vez, cosa que había sido cierta, pero fue él quien, de todas formas, no pudo controlarse y soltó el primer puñetazo.

Por suerte solo le cayeron unos cuantos meses de trabajo comunitario, pero eso fue suficiente como para no poder optar a ningún trabajo digno a causa de los malditos antecedentes. Se había convertido en un paria, un tipo al que todos tachaban de problemático, y eso que, antes de meterse en aquella pelea, no había dado nunca de qué hablar.

Desde entonces se había cuidado mucho de meterse en líos, pero las cosas no habían sido nada fáciles. Buscaba empleo tras empleo y casi nadie le abría las puertas de su negocio. Cuando terminó el instituto había hecho un curso de carpintería que le gustaba mucho, pero nadie quiso tomarle de aprendiz. Preferían siempre a chicos blancos, chicos de buena familia, y no con madres de color. Por aquél entonces él era el único chico que provenía de una familia de raza negra... Su padre era blanco, pero eso no contaba, porque todos decían que su madre de color se había casado con el viejo para que la mantuviera.

Se dio cuenta de que no dejaba de mirar a la chica... o mejor dicho, sus generosos pechos y sus caderas, y se prometió a sí mismo que la trataría bien, pero que no llegaría más lejos, por mucho que le apeteciera. No debía dejarse embaucar por una Mayers. Esas mujeres debían tener algo de brujas, porque los hombres parecían caer fulminados a sus pies... Pero ese no sería su caso. No señor. Se limitaría a hacer el favor que le habían pedido, y lo haría bien. Nada más.

A las chicas les gustaban los tipos peligrosos, y él, sin duda, podía explotar ese lado de su personalidad con ese pequeño bollito.

—¿Cómo es eso de que estás celebrando tu soltería? —le preguntó, por entablar conversación.

Anne se puso colorada como una berenjena, porque ya estaba roja antes... y apartó la mirada. Juraría que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

«Oh, no, por favor, una llorona no», rogó él para sus adentros. No podía soportar ver a las mujeres llorar. Era algo que él no podía evitarles y que le provocaba demasiada frustración.

—Pues es precisamente eso, que estoy soltera de nuevo. Y sin compromiso —le replicó ella sin mirarle—. Y no creo que vuelva a tener ningún compromiso más en toda mi vida.

Él le dio un trago a la Guinness que el camarero le había puesto delante y dejó el vaso sobre la barra con algo más de fuerza de la deseada.

—¿Y por qué no? La vida es muy larga, y tú eres muy bonita.

Ella se giró de repente y le miró, algo sorprendida. Ah, ya sabía por dónde iban los tiros...

—No quiero que vuelvan a hacerme daño nunca más. Ni que me decepcionen.

—Siento decirte, cariño... que eso es inevitable si se quiere disfrutar de la

vida como es debido.

—Yo ya disfruto de la vida. Tengo a mi familia, y mi trabajo, y... —se quedó callada y suspiró—. Pues eso, que tengo muchas cosas. No necesito nada más.

El aire vulnerable y a la vez decidido de la chica era atrayente, no podía negarlo, pero también sabía que era peligroso. Muy peligroso.

«Limítate a hacer tu trabajo, no pienses», se repitió.

Frunció el ceño y fingió estar muy interesado en aquella conversación. Milo estaba haciendo su parte y no se había vuelto a acercar a ellos, así que suponía que debía actuar rápido.

—Estoy de acuerdo en que las personas no necesitamos mucho para ser felices. Pero sin duda, un rato de compañía de vez en cuando no viene mal. Eres guapa, con el tiempo seguro que cambiarás de opinión.

Ella le miró con cara de desconfianza.

—¿Te estás burlando de mí? Porque he tomado algunas copas y no estoy segura de que me estés hablando en serio o seas uno de esos a los que les gusta reírse de las chicas torpes como yo.

—¿Torpe? Te aseguro que no tengo ni idea de qué estás hablando, pero yo siempre hablo en serio. Eres muy bonita. Tienes unos ojos brillantes y preciosos, un pelo muy bonito y unos labios muy... —se quedó callado al mirarle la boca. Tenía unos labios generosos pintados de rojo que, se percató, le hubiera apetecido mucho acariciar con su propia lengua—, tus labios son preciosos. Seguro que lo sabes.

Ella levantó la barbilla.

—No, no lo sé. Soy una chica normal, y no me gusta que me engañen. Ya me han engañado bastante por hoy y por los próximos y venideros años, gracias —replicó, de nuevo al borde de las lágrimas.

Hizo el amago de marcharse hacia la mesa donde se encontraba su familia, lo cual le permitió echar un vistazo a ese culo tan espléndido de ella, pero le agarró del brazo con delicadeza y la retuvo a su lado.

—Lo siento, discúlpame si he dicho algo inconveniente, pero no era mi intención. Solo quería ser simpático contigo, no te disgustes. —Su tono de voz se suavizó para tratar de convencerla, porque no podía cagarla de una manera tan estrepitosa nada más quedarse a solas con ella. ¡Podía hacerlo! Solo tenía que usar un poco de su encanto natural, ese que funcionaba con otras aun sin él saber el motivo—. Vamos, siéntate, te invito a algo.

Ella negó con la cabeza.

—Ya me he tomado un par de cócteles.

—Pues tómate otro y así me acompañas. Esos cócteles son tan pequeños que parecen más bien un chupito.

—No sé...

Anne parecía algo confusa, así que él aprovechó para llevarla a su terreno y le pidió al camarero un cóctel con bajo contenido en alcohol. La ayudó a sentarse en una de las butacas y le sonrió.

—¿Sabes una cosa? A mí tampoco me gusta que me hagan cumplidos, me hace sentir incómodo.

—Ya —le dijo ella al tiempo que tomaba su copa y le daba un buen trago—, pero la diferencia entre tú yo es que tú eres... bueno, que estás como un queso, por definirte de alguna manera, y lo sabes.

Él se quedó estupefacto durante unos instantes, y después no pudo evitar reírse y mover la cabeza.

—Desde luego, me has sorprendido, pequeña Anne Mayers. No hay mucha gente que diga que estoy como un queso, más bien me dicen que... impongo.

—No soy pequeña. Bueno, sí, soy pequeña, pero no me llames pequeña, ¿quieres? Es algo que odio. Y claro que impones, mides casi dos metros y tienes espalda de atleta. Y muchos músculos, por todas partes. Y todos esos tatuajes... ¿Por qué te los hiciste?

Él volvió a sonreír.

—Travesuras de chico rebelde, pero esa etapa ya pasó.

—¿Y no te arrepientes de haberte decorado todo el cuerpo?

—Bueno, no tengo *todo* el cuerpo decorado... Aún me quedan algunos sitios por rellenar. —Le guiñó un ojo y le encantó ver cómo ella se sonrojaba de nuevo.

—Y... ¿tienen algún significado?

Esa pregunta se la solía hacer todo el mundo, pero no le importaba mostrarle a ella, esa chica que parecía tan inocente, una parte de sí mismo.

—Por supuesto. Llevo tatuados el nombre de mi madre y el de mis hermanos en las costillas. —Lo había hecho como una forma de expresar que eran una parte de sí mismo, personas sin las que no podría vivir—. Mis brazos tienen rosas y espinas, como la vida misma, y en la espalda... llevo tatuadas unas alas de ángel. Son las que menos me gustan de todos mis tatuajes. No soy un

ángel, que digamos. —Le guiñó un ojo antes de pegarle otro trago a su cerveza.

Ella puso cara de incredulidad.

—¿En serio? ¿Y por qué te las hiciste entonces?

Él volvió a reír.

—Una estúpida apuesta. Pero no me digas que no tengo cara de ángel caído.

Ella pareció estudiarle con intensidad, y él se lo permitió, porque sabía que lo que estaba viendo le gustaba. No a todas les atraía su aspecto, estaba claro, pero sí a casi todas. Y a quienes no atraía de buenas a primeras, solía ganárselas después si se lo proponía. Solo tenía que enseñar un poco sus músculos y su sonrisa para tener éxito en lo que se proponía. De todas formas, solo solía alternar con mujeres que pensaban más o menos de la misma forma que él.

Sonrió y mostró su blanca dentadura. Era uno de sus puntos fuertes, junto a sus ojos.

Anne carraspeó, pestañeó varias veces y le dio otro trago a su bebida.

—Creo que tienes cara de demonio, directamente —dijo al fin.

Se miraron durante un instante, y entonces la chica pareció desinflarse por completo.

—En serio, no sé qué estoy haciendo hoy aquí. No sé por qué me ha traído mi familia, y tampoco sé por qué estoy aquí hablando contigo. —Suspiró. Otro trago. Parecía que iba a llorar—. Esto es un desastre. Yo no quería salir, ¿sabes? Pero me obligaron. Me pusieron este vestido de mi hermana que me queda tres tallas más pequeño y que en cualquier momento va a explotar —él miró sus atributos, alzó las cejas y siguió escuchando su diatriba—, me han puesto estos morros rojos...

—Que te quedan muy bien —trató de decirle, pero ella no escuchaba, continuó hablando sin más.

—Y me han sacado de casa porque dicen que así mi etapa de duelo pasará antes. ¡¿Que pasará antes?! ¿Cómo voy a poder olvidar alguna vez en la vida lo que me ha ocurrido hoy? ¡Es imposible! Nadie podría olvidarlo. Tú tampoco podrías. ¿Qué sentirías si tuvieras una novia, estuvieras muy, pero que muy enamorado, te pide matrimonio, su madre se muere y, tras el entierro, se besa con otra mujer delante de todo el mundo? Dime, ¿qué sentirías tú? Pues yo me siento exactamente igual, como una mierda. Estúpida, jodida y engañada mierda, así es como me siento. Y también siento estar contándote a ti

toda esta basura porque, ¿qué pintas tú aquí? Yo no lo sé, has aparecido sin más y Milo me ha dejado sola contigo, y ahora te toca escucharme. Lo siento. Soy muy mala compañía. Pero no puedo evitarlo, de verdad.

Se secó las lágrimas que habían corrido por sus mejillas y Troy observó por el rabillo del ojo que la mujer de Milo se levantaba, así que, rápidamente, tomó a Anne de la mano.

Curiosamente, escuchar a chicas parlotear sin parar le daba, por lo general, dolor de cabeza... Pero aquella chiquilla era distinta. Se notaba a mil leguas que tenía buen corazón, y uno de verdad, no como aquellas que fingían ser princesas pero llevaban algo mucho más oscuro por dentro. No, Anne era, sin duda, un corderito.

—Eh, cariño, te entiendo, yo también me sentiría como tú si me ocurriese algo así. ¿De veras tu novio te ha hecho eso? —Trató de sonar comprensivo, pero nunca antes había consolado a una mujer, así que no se le daba demasiado bien.

Ella asintió con la cabeza y se tapó la cara con las manos.

—Oh, Dios mío, ha sido horrible. En el mismo velatorio, ha venido un chico y se han abrazado y... se han dado un beso. Uno de esos que nunca me daba a mí, ¿sabes? —se destapó la cara y le dejó ver sus ojos llenos de lágrimas—. ¿Cómo pude estar tan ciega? Yo creía que él era educado, cortés, delicado conmigo... Pero no, resulta que era gay. ¡Gay! He estado con él durante meses. Por Dios, me iba a casar con él...

Él torció un poco el gesto.

—Cariño, ¿has estado con él durante meses y no te habías dado cuenta? Esto... ¿Funcionaba en la cama?

Ella volvió a ponerse morada de nuevo.

—Nunca nos acostamos. Creía que lo estábamos dejando para después de la boda.

—Entiendo...

—Soy tan ingenua... Es que soy una estúpida. Solo salgo de casa para ir a trabajar, y cuando tengo tiempo libre lo paso con mi familia o leyendo. ¡Leyendo estúpidas novelas románticas! Soy carne de cañón para cualquiera que necesite una novia postiza, porque claro, ¿quién iba a quererme a mí de verdad? Es humillante, en serio. Pero tú nunca pasarás por algo así, evidentemente, porque tú eres...

—Shh... —intentó calmarla él mientras le acariciaba la mano—, Anne,

tranquila, mírame.

Ella se calló y le miró, entre hipidos. Todavía podía ver por el rabillo del ojo que la mujer de Milo estaba levantada y solo eran las manos de su marido las que la detenían. Cuando Anne cerró la boca y le miró a los ojos, le dijo muy seriamente:

—Eres hermosa. Eres una chica muy guapa, lista y sensible. Y muchos tíos matarían por estar contigo, tenlo por seguro.

—¿Matarían por estar conmigo? —Se echó a reír. Era una risa sincera y desinhibida, y Troy disfrutó de aquel sonido contagioso—. En serio, no sé qué pretendes, pero creo que por hoy ya he tenido bastantes dosis de surrealismo, gracias.

Él entrecerró los ojos, que en ese momento parecieron dos amenazadoras rendijas verdes.

—¿Surrealismo? Pues nena, conmigo ibas a tener un buen viaje, eso te lo aseguro. Y de lo más real.

Se miraron a los ojos. Los segundos pasaron. Lo que había dicho, lo había dicho en serio. Si se acostara con él, le iba a demostrar lo que era pasar un buen rato y sentirse deseada... Pero no podía acostarse con ella. Solo podía consolarla. Había prometido hacer eso y solo eso. Nada más.

Aunque ahora que se estaban mirando de aquella manera, no le hubiera importado en absoluto irse con ella a la cama. Lo que es más, le habría gustado muchísimo llevarse a aquella chica tierna y jugosa a su cama, donde podría enseñarle un par de buenas cosas. Y sobre todo, podía enseñarle cómo era un hombre cuando está con una mujer a la que desea.

Cuanto más lo pensaba, más cachondo se ponía. Y más deseaba besar aquellos labios rojos. Y ponerle las manos en...

—Quiero viajar.

Él pestañeó varias veces.

—¿Cómo?

Ella abrió los ojos como platos y se tapó la boca con la mano, asustada por lo que acababa de decir.

—Ay, Dios mío... —susurró ella, sin poder apartar su mirada de la de él.

Ya no sonreía. Se quitó la mano de la boca y le dio un último trago a su copa hasta apurarla.

—Bueno, pues ya lo he dicho. Si tanto afirmas que podría atraer a cualquiera, ¿por qué no me llevas tú a la cama?

La mirada de Anne parecía decidida, pero al mismo tiempo inocente y esperanzada.

Se había metido en un buen lío.

Desvió la vista hacia la mesa de sus familiares.

—Esto... ¿te has dado cuenta de que nos están vigilando?

Ella se separó de la barra, le tomó de la mano y le acercó a la mesa, donde todos callaron al instante.

—Hola, familia. Este es Troy. Es amigo de Milo. Bueno, Milo, tú ya le conocías, ¿verdad? —Soltó una risita nerviosa—. Troy, estas son mis dos hermanas, Linda y Nicky, y mi madre, Jeanette.

Las dos hermanas le saludaron con mayor o menor entusiasmo, pero la madre solo sonrió y miró sus manos unidas.

Él intentó desasirse con disimulo, pero la mano de Anne le aferró más fuerte.

—Troy me va a llevar a que me dé un poco el aire, porque todos habéis contribuido a que esté un poco borracha... Así que después me acompañará a casa. ¡Nos vemos luego!

Todo el mundo se quedó sin habla al verles salir. Todos, menos Jeanette, que soltó una risa y se tragó una gominola.

—Juraría que ese chico le va a enseñar lo que es la vida a mi pequeña Anne.

—Yo te mato, Milo... ¡Yo te mato! —Nicky pareció despertar en ese momento de su trance.

Su marido la miró, la tomó de la mano y se la besó.

—Es tu hermana, Nicky. Seguro que no pasará nada.

Linda se echó a reír hasta que se atragantó. Jeanette la siguió y Nicky, que no había podido beber por su estado, las miró con rabia.

—Sois unas inconscientes. De verdad. Como llegue a casa embarazada, luego no me vengáis con lloros.

Las dos mujeres rieron más fuerte, pero no le hicieron ni caso. Cualquier mujer se sentiría tentada ante un espécimen como aquel, y si era Anne quien se lo llevaba, aunque solo fuera por unos momentos, no serían ellas quienes se lo impedirían.

Capítulo 5

—*La pequeña Anne, la pobre Anne, Anne la inocente, Anne la buena chica, Anne la trabajadora...* Anne la que siempre está disponible para todos, ¡Anne la idiota!

Había comenzado a caminar sin ver si Troy le seguía, pero la verdad era que tenía tantas ganas de desahogarse que poco le importaba en esos momentos, incluso aunque hubiera sido ella misma la que le hubiera obligado a acompañarle.

Con un fin específico.

En esos momentos, el fin específico estaba emborronado. El alcohol la había ayudado a desinhibirse, y tenía muchas cosas que decir. Había comenzado a caminar por la explanada en dirección al mar sin siquiera preguntarle a Troy si quería acompañarla, dejando salir toda la frustración que no había podido liberar ese día.

—Mírame —se dio la vuelta, le encaró y se señaló el cuerpo con las manos—. Vale que no sea una mujer de diez, ni que tenga un cuerpazo o sea alta y guapa. No, no tengo nada de eso, ¿pero es que no merezco que me tomen en serio? ¿Qué tengo en la cara, una señal que dice «permitido tomarle el pelo a esta persona»? Porque soy una persona, sabes, y tengo sentimientos. Muchos. A lo mejor demasiados. Y resulta que nadie me ha besado de verdad. Porque nunca he tenido novio. Solo he salido con Nick, y él no me besó como ha besado hoy a su... a su... ¡lo que sea! Pero he visto lengua, ¿sabes! ¡Lengua! Y a mí nunca me había besado con lengua. Ningún chico me ha besado con lengua.

Troy, que seguía de pie frente a ella escuchándola con las manos en los bolsillos, pensó que no tenía otra opción. Se las sacó, se acercó a ella con rapidez y, antes de que pudiera darse cuenta, le había enmarcado la cara con las manos y posado sus labios sobre los de ella.

Anne palideció. Los colores que hacía unos instantes inundaban su cara se despejaron del todo y le formaron manchas por el escote y el cuello. Al principio se quedó allí, quieta y con los ojos muy abiertos mirando la cara de Troy contra la de ella pero sin poder creer lo que veía. Después, notó sus manos cálidas sobre sus mejillas y, finalmente, se dio cuenta de que los carnosos labios de él se habían posado sobre los de ella y los acariciaba con ternura.

No estaba mal.

Cerró los ojos.

Qué bien se estaba así, pegada al pecho de un hombre enorme, con unos labios besando los suyos. Inspiró el aroma a hombre de Troy y luego soltó el aire, sin darse cuenta de que había sonado a suspiro de amor. ¿Qué más daba? Eso era lo que siempre había anhelado en secreto, que alguien la cobijara entre sus brazos como lo estaba haciendo él en ese momento.

De repente, algo cambió. Él comenzó a acariciarle los labios con la lengua y Anne, que sabía que tenía que aprovechar esa oportunidad única, unió la suya a la de él con timidez. Sabía que le estaba haciendo un favor, que lo hacía porque ella había dicho que nadie le había besado, pero en ese momento también pensó que debía gustarle, porque de otro modo no la estaría besando de esa manera. ¿Verdad?

Troy le abrió entonces la boca con la lengua y comenzó a acariciarle el interior con ella. Sus movimientos eran sutiles, como si estuviera acariciándole una parte delicada del cuerpo, que lo era, pero esa forma de besar hizo sentirse a Anne, en efecto, *deseada*.

Cuando tocó la lengua de Troy con la suya, este le quitó las manos de la cara, se acercó más a ella y las posó sobre su trasero, que apretó con fuerza para pegarla contra él.

«Oh, Dios, sí, ¡sí!», se repetía una y otra vez. ¡Le estaban besando de verdad, como cuando un chico se sentía verdaderamente atraído por una chica!

Aquel tipo enorme, musculoso y lleno de tatuajes y *piercings* le estaba besando como Nick nunca le había besado, y se sentía sensual, y bella, y... acalorada, porque sus pechos estaban aplastados contra el duro torso de Troy y allí solo había músculos. Era como los protagonistas canallas de sus novelas, todo músculos y testosterona, y... ¡Ostras! ¿Eso que notaba era su erección?

Comenzó a hiperventilar. Notaba el pene de Troy a la perfección contra su

estómago, y eso que se suponía que aquello solo era un beso. ¡Le había excitado! ¡Había sido ella quien había provocado aquello!

Al principio no sabía mover bien la lengua, pero al cabo de un rato aceptó el ritmo que él marcaba, pausado pero sexy: se la introducía, le acariciaba el interior de la boca y después volvía a salir para introducísela de una manera distinta, girando la cabeza y frotándose contra ella. Anne le rodeó la espalda con los brazos, pero solo alcanzaba a tocarle las costillas, que acarició para sentir aquellos impresionantes músculos bajo sus palmas.

No era un hombre para ella, pero desde luego, merecía la pena dejarse llevar para experimentar todo aquello que solo había podido leer en sus adorados libros.

Troy se separó un poco, le mordisqueó el labio inferior y después apartó su boca de la de ella.

—Muchacha... ¿no te habían besado nunca así?

Ella pestañeó varias veces e intentó no bizquear ni sonreír como una tonta. Negó con la cabeza, porque estaba demasiado abrumada como para hablar y no quería soltar ningún quejido que arruinara el momento.

Troy apoyó su frente sobre la de ella y Anne le colocó las manos sobre el pecho. El corazón le latía a mil por hora debajo de aquellos imponentes pectorales. Igual que a ella.

—No he salido demasiado, ni conocido a mucha gente —se limitó a responder.

Él asintió, pero continuó con los ojos cerrados y respirando con dificultad, circunstancia que Anne aprovechó para observarle mejor.

Su tez era morena, aunque de no conocerle bien podía pasar quizá por origen latino. Llevaba el pelo muy peinado, aunque se adivinaban algunas ondas, y su mandíbula cuadrada no dejaba lugar a dudas de que era de verdad un tipo duro, incluso aunque el suave hoyuelo de su barbilla le suavizara un poco la expresión.

—Troy.

Él abrió los ojos y la miró. Dios, visto así tan de cerca, sí que era guapo. Incluso con todos esos *piercings* y tatuajes. Era un chico malo. Ella había tenido a un chico bueno, y la cosa no podía haber salido peor. Necesitaba una especie de... revancha. Quizá necesitaba a alguien como él, que le hiciera cometer un error en su vida. Un gran error, pero quizá oportuno.

Troy levantó una ceja esperando a que ella dijera algo, y se separó un poco.

—Eso que me has dicho antes... ¿iba en serio?

Él movió la cabeza ligeramente hacia un lado y la miró con perspicacia.

—Exactamente, ¿a qué te refieres?

Ella inspiró para coger fuerzas y lo soltó. La vida continuaría siendo una mierda si seguía siendo tan tímida.

—A lo de que... tú me darías un buen viaje. O algo así —terminó, moviendo la mano para enfatizar que no recordaba con exactitud las palabras.

Troy se echó a reír y mostró sus perfectos dientes blancos.

—Si hago algo contigo esta noche, aparte de darte un beso o decirte cuatro palabras bonitas, Milo me matará.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Y por qué te va a matar? —quiso saber.

—Porque eres de su familia. Y ya sabes, no se juega con la familia... —carraspeó—. Y yo no soy un chico que de relaciones, Anne.

Apretó los labios con impaciencia y se puso las manos en las caderas antes de hablarle.

—Ya sé de lo que estamos hablando, no he nacido ayer aunque te parezca que sí. Y no me importa. Solo te estoy diciendo que estoy dispuesta. Y nadie tiene por qué saberlo.

Él se giró hacia la puerta del establecimiento, temiendo que por ella apareciera toda la familia de Anne y les pillara con las manos en la masa, y nunca mejor dicho. Cuando se volvió de nuevo, tampoco parecía demasiado convencido.

—A ver, ¿me estás sugiriendo que te lleve a cualquier parte, echemos uno rápido y después te devuelva a casa?

Ella se lo pensó.

¿Quería uno rápido? Desde luego, no *necesitaba* uno rápido. Sería su primera vez, y se suponía que le dolería y no lo pasaría demasiado bien. Así que uno rápido no era viable, no.

Demonios, ¿tenía que decirle que era virgen?

¿Por qué había hablado de nada de eso, para empezar?

Ah, sí, porque necesitaba hacer algo para acabar con aquella racha de mala suerte que llevaba adherida a ella toda la vida, y para no sentirse más miserable todavía cuando se levantara al día siguiente.

—No soy una cría. —Alzó la barbilla y le miró, desafiante—. Puedo hacer lo que me dé la gana. Ahora mismo le mando un mensaje a mi madre y le digo

que no me espere despierta.

Troy levantó las cejas y estuvo a punto de reír en voz alta, pero se reprimió porque, al parecer, Anne hablaba en serio. Se había sacado el móvil del bolso y estaba tecleando a toda velocidad.

—¿En serio quieres que... lo hagamos? —le preguntó.

Ella terminó, se guardó el móvil en el bolso y le miró con más determinación si cabe.

—Sí. Llévame a tu casa.

Troy se pasó la mano por la cara para intentar serenarse. Volvió a observar a Anne, que le miraba sin pestañear, desafiándole.

Joder, no era que no quisiera echar un polvo con ella... ¿Cómo no iba a querer? Era un tío, era humano y ella parecía un melocotón jugoso y maduro, listo para recolectar y saborear.

Se metió las manos en los bolsillos, porque con solo pensar en lo que ella estaba sugiriendo se le estaba poniendo dura otra vez.

—Milo no puede enterarse, en serio. Es un gran amigo, y...

—Milo no puede evitar que yo haga lo que quiera hacer, ya soy mayorcita.

Él volvió a suspirar.

—¿Me prometes que no esperarás nada de este encuentro? ¿Que solo va a ser sexo, sin más?

Anne volvió a suspirar, exasperada, y se cruzó de brazos.

—Escucha, lo he entendido. *Capisce, einverstanden, compris*, y te lo puedo recitar en más idiomas, si quieres. —Se cruzó de brazos antes de proseguir—. Pero si lo que pasa es que en realidad todo lo que me has dicho es pura palabrería y no te parezco atractiva en absoluto, entonces lo entenderé.

—¡Joder, Anne! —replicó él, indignado—, ¿pero tú te has visto bien? Tienes unas tetas y un culo que... Bueno, claro que quiero acostarme contigo, pero júrame por Dios que nunca se lo dirás a nadie —le replicó, acercándose todavía más a ella y susurrándole aquellas palabras casi al oído.

—Solo será sexo, y después cada uno por su lado —musitó, envalentonada.

Troy volvió a mirar hacia la puerta del local, le agarró de la mano, y tiró de ella hacia su destartalado coche.

—Vamos, no quiero que nos vean todavía aquí y sospechen.

Anne le siguió y sonrió. Troy la arrastraba con fuerza y, aunque ya habían acordado que sería solo sexo, sentirse deseada de aquella manera, tan primitiva y cruda, le parecía algo de lo más atrevido y apasionante. Todo lo

contrario de lo que le había ocurrido hasta ahora, y desde luego era un cambio que, sin duda alguna, en ese momento agradecía.

Le abrió la puerta de su desgastado coche, en cuya marca ella ni se fijó, y la hizo entrar de manera un poco torpe, como quien mete un paquete a la fuerza dentro de una mochila que ya está repleta.

—¡Ey! ¡No me toques el culo! —se quejó ella.

Él dio la vuelta, se metió en su lado del conductor y replicó:

—Tranquila, que después te lo tocaré mucho más, y sin ninguna tela de por medio.

Ella se puso colorada y asintió. El coche olía un poco a tabaco y estaba bastante viejo, pero el de Anne era muy parecido, así que se sentía como... en casa. No fuera de lugar ni demasiado torpe o burda, sino en casa. Y estaría muy tranquila de no ser por la imagen que se acababa de hacer en la cabeza de Troy masajeando sus posaderas sin ropa ninguna.

Lo iba a hacer. ¡Lo iba a hacer! Y ya era hora de hacerlo. No se iba a echar atrás. No, señor. Ese día, Nick había matado a la antigua Anne e iba a renacer renovada y mucho más libre y decidida.

Claro que sí.

Porque no le temblaban las piernas. No le temblaban en absoluto. Y tampoco estaba nerviosa. Pero nada de nada. Es más, miraba de reojo a Troy y no sentía nada... Nada más que un escalofrío por todo el cuerpo, porque el muchacho era intimidante, eso como poco.

Pensándolo bien: si se había decidido a hacer algo así, bien podía haber pensado en otro chico un poco más... normalito, ¿verdad? Pero claro, era él quien había aparecido en ese momento. Se tenía que conformar con el chico malo con brazos y pectorales de atleta y tatuajes hasta en las uñas. «¡Qué lástima!», pensó con ironía.

Salieron de la ciudad y entraron en un barrio un poco... descuidado, por describirlo de alguna manera. Las casas estaban dispuestas aquí y allá, sin ningún orden aparente, y algunas de ellas eran autocaravanas colocadas sobre una parcela repleta de rastrojos. Troy se detuvo frente a una de las casas viejas con la pintura blanca desconchada. Apagó el motor, suspiró, y la miró.

—Ya hemos llegado a mi casa. Pero todavía estás a tiempo de echarte atrás.

Sus nervios parecieron desaparecer de repente al mirarle a los ojos. Aquella mirada parda, que en la oscuridad parecía oro líquido, la hizo desear

mucho más ese algo que todavía no había experimentado: quería que esos ojos la miraran con deseo. Quería sentir lo que él fuera capaz de provocarle.

—Si piensas que soy una cobardica, es que no me conoces en absoluto —replicó.

Él asintió y abrió la puerta.

—Pues vamos.

Troy se volvió antes de entrar.

—Esto... Es una casa provisional, y soy un poco... excéntrico en cuanto a decoración se refiere, espero que no te importe.

Era la primera vez que Anne le veía dudar, la primera vez que se mostraba un tanto inseguro. Abrió la puerta y la tomó de la mano para acceder al interior, pero no encendió la luz. De todas formas, por las ventanas entraba algo de la de las pocas farolas que todavía continuaban con vida en la calle, y al principio no detectó nada extraño. Era un salón sencillo, con un sofá, una mesita pequeña y un mueble con un viejo televisor. Había algún que otro mueble accesorio más, pero no pudo distinguir de qué se trataba, porque en el instante en que la puerta se cerró tras ella Troy se dio la vuelta, la aprisionó contra la fría madera, y le colocó los brazos a ambos lados de la cara.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Todavía puedes echarte atrás —le dijo.

Su mirada era tan seria, y tan oscura, que sintió un pequeño escalofrío.

—No quiero echarme atrás. Tú... tienes experiencia con las mujeres, ¿verdad?

Troy sonrió, y su mirada se deslizó hacia los labios de Anne.

—Puede decirse que tengo bastante experiencia, sí.

—No tendrás novia, ¿no?

La mera idea de que tuviera novia y ella le hubiera arrastrado a aquello le hacía querer morirse. Había conseguido dar un salto y hacer aquella locura, pero no soportaría estar haciendo daño a alguien. Nunca lo había hecho y nunca lo haría, no. Territorio prohibido. Si tenía novia, se iba a largar de allí por patas.

—No tengo novia, ya te he dicho que no quiero compromisos —afirmó él, más serio de lo que había estado en toda la noche.

Que ya es decir, porque saltaba a la vista que Troy no era un tipo gracioso.

—Vale. Pues entonces estamos de acuerdo. —Él asintió con la cabeza, pero no hizo nada, continuó sin apartar la mirada de sus labios mientras parecía

meditar algo—. Te he metido en un buen lío, ¿verdad?

Él alzó la mirada y suspiró.

—Sería un estúpido si dejara escapar esta oportunidad. Aunque eso también me convierta en un capullo.

Y entonces, la besó.

La besó de nuevo como lo había hecho antes, primero posando sus labios sobre los de ella con suavidad y después acariciándolos con la lengua hasta adentrarse en su interior y probarla, despacio, sin prisas. Sus alientos se entremezclaron y pudo saborear el amargo sabor a la cerveza en su boca, tan cálida que todas las sensaciones de su cuerpo parecieron centrarse en ese punto único de su anatomía: la lengua.

Anne se sentía pequeña junto a él, y era una sensación maravillosa, porque siempre se había creído torpe y corpulenta. Pero Troy era tan grande y fornido que le hacía parecer una muñequita de porcelana a su lado. Cuando el beso se hizo más profundo y su boca comenzó a devorarla con ansias, él se agachó, apretó su pelvis contra la de ella y la levantó en peso sin apartar su boca ni un milímetro de la de ella.

Una alarma comenzó a sonarle sin cesar en la cabeza... Nadie la había levantado así. Ningún chico lo había hecho, ni siquiera al jugar cuando era más pequeña, pero Troy la había cogido entre sus brazos como si fuera una pluma antes de comenzar a caminar por el pasillo hasta la primera puerta que había a la derecha, la abrió de una patada y, sin dejar de besarla, se arrodilló sobre la cama y se tumbó sobre ella, empujándola con suavidad hacia atrás.

Anne abrió las piernas para que él pudiera apoyarse sobre su cuerpo y en ese momento supo que sí tenía miedo. Pero no de él, sino de las cosas que estaba sintiendo... Conocía muy poco a Troy, no sabía nada de él aparte de que era amigo de Milo. Eso debería bastar.

Pero... Era tan sexual. Esa forma de besarla la estaba volviendo loca. Quería hacer mucho más, quería desnudarse y que la tocara por todas partes, pero al mismo tiempo sentía pavor de que lo hiciera. ¿Qué pasaba si no la encontraba atractiva cuando estuviera desnuda? Quería disfrutar por completo de todo aquello, pero verse sumergida tan de repente en todas aquellas sensaciones nunca antes experimentadas la desconcertaba.

Estaba dividida entre el deseo de que él continuara deslizando las manos por su cuerpo y el temor a que lo hiciera.

Troy rozó su pelvis contra la de ella y sintió su erección, dura y potente

contra su propio sexo. Aquello la hizo sentir un anhelo del que solo había leído en los libros, pero sí, existía y la estaba devorando en ese momento. Quería sentirlo en su interior, rozarse contra él, volverse una gata salvaje. Quería hacerlo todo.

A la mierda con los temores.

Troy abandonó su boca y comenzó a bajar hacia sus pechos. Le pasó la lengua por el escote mientras le subía el vestido con las manos, y Anne se arqueó contra su tacto. Anhelaba el contacto que había perdido en su pelvis, pero quería que le tocara los pechos así, justo como lo estaba haciendo. Los amasó por encima de la ropa y hundió la nariz entre los dos para respirar con fuerza. De un solo movimiento, liberó uno de ellos del vestido y del sujetador y le rozó el pezón con su cálido aliento, sin llegar a tocarlo.

A ella ya no le importó verse, por primera vez, expuesta ante un hombre. Durante unos fugaces instantes pensó en cómo había podido sacar a Nick a tal velocidad de su cabeza y entregarse de aquella manera a ese desconocido, pero aquellos pensamientos perduraron solo hasta que la punta de la lengua de Troy le acarició al fin el pezón. A partir de ahí, todo su cuerpo floreció.

Con cierta timidez, llevó las manos hasta la cabeza de Troy y las enredó en su melena. Ella era una mujer sensual, ahora lo sabía, y necesitaba aquello de lo que se había visto privada durante demasiado tiempo. Su cuerpo estalló en deseo y se sintió hermosa, deseada y lasciva. Se regodeó en la sensación de aquella boca que le lamía el pezón una y otra vez mientras sus manos terminaban de subirle el vestido hasta la cintura, y continuaban ascendiendo.

Todos sus miedos se habían esfumado. Quería que la desnudara, que le lamiera todo el cuerpo justo como en ese momento estaba lamiendo su pecho.

Le subió el vestido y se lo sacó por la cabeza, y Anne permaneció quieta, debajo de él, con solo el sujetador y las braguitas.

Troy la miró a los ojos, y a ella le temblaron los labios, rojos e hinchados por los besos. Le desabrochó el sujetador, se lo quitó y lo tiró a un lado de la cama, donde unos segundos antes había aterrizado su vestido, sin apartar la mirada de la de ella. Después posó ambas manos en sus pechos, casi cubriéndolos con ellas pero sin alcanzar a hacerlo del todo.

Apartó la mirada y los miró mientras los acariciaba y alzaba hacia arriba, jugando con el pulgar para rozarle los pezones, endurecidos y húmedos por sus besos.

—Eres preciosa, Anne.

Ella cerró los ojos.

—No hagas eso.

No quería que rompiera con la magia del momento. No quería que hablase.

—¿Que no haga qué? —le susurró él, acercándose a uno de los pezones y soplando sobre él.

Ella se erizó y miró hacia el techo.

—Estropearlo. No lo estropees. Ibas muy bien.

Lo sintió reír contra su piel, volvió a erizarse y cerró los ojos. Dios, aquellas sensaciones que le estaba provocando eran embriagadoras. Y quería más, mucho más...

—Está bien, callaré mi sinceridad si es lo que quieres. ¿Quieres que te haga el amor en silencio?

Ella se retorció debajo de su cuerpo. Troy la cubría con su sola presencia, pero notaba su calor en todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. Le besó un pecho justo de la misma forma en que se había apoderado de su boca, sorbió de él y lo lamió antes de girarse hacia el otro.

—No especialmente. Me da igual si hablas, pero no quiero falsos halagos.

Las manos de Troy comenzaron a descender por sus costados hasta llegar a las bragas.

Abrió los ojos de repente y se olvidó de aquella maravillosa boca sobre sus pechos.

¿Qué bragas se había puesto ese día? ¿Era una faja reductora para el vestido? ¡No, por favor, que no lo fuera!

Pero dada la dificultad de Troy para bajárselas, por lo visto sí que lo era. Difícilmente podría tratarse de otra prenda íntima, porque eran su fondo de armario... y desde luego, ella no había planeado desde un principio acostarse con un desconocido esa misma noche.

—Joder, ¿esto qué es? ¿Un cinturón de castidad, Anne? Porque no hay quien te lo quite —le dijo él, separándose de su cuerpo para observar aquella prenda del demonio.

Con la destreza que solo poseen aquellas mujeres que se han quitado fajas durante prácticamente toda su vida, Anne levantó el trasero y se deshizo la prenda a toda velocidad. Deseaba evitar a toda costa el bochorno de que él la viera embutida en aquello, aunque sospechaba que ya había llegado demasiado tarde. Y ni siquiera pensó en que, tras librarse de su amiga reductora, estaba

quedándose total y crudamente expuesta, en todo su magnífico esplendor carnal, ante Troy.

Tan solo se percató cuando, de una patada, él hizo volar la faja por la habitación y fue a caer sobre algún mueble al que tampoco había podido prestar atención.

La cabeza de él había seguido el perfecto arco que había hecho la dichosa braga y, acto seguido, se volvió hacia Anne, cuyas piernas habían volado para librarse de su atuendo y ahora se hallaban encogidas junto al cuerpo erguido, y todavía muy, muy vestido, de Troy.

La observó con aquellos penetrantes ojos cuyas pupilas estaban tan dilatadas que parecían negros... La recorrió de arriba a abajo, desde el cuello hasta sus pechos, que ahora se cubrió a causa de un súbito ataque de pudor, y pasando por sus caderas hasta terminar en la zona que los muslos cerrados y una mano temblorosa trataban de ocultar.

—No te avergüences, Anne. Eres preciosa —le dijo, al tiempo que se levantaba de la cama y se colocaba delante de ella.

Por un momento ella no tuvo respuesta, pues se quedó obnubilada observando cómo Troy se quitaba la camiseta y dejaba al descubierto su pecho, abdominales y brazos, completamente decorados con tatuajes.

Madre mía, ¡lo iba a hacer por primera vez con un tipo completamente tatuado! Un chico malo. Muy malo. Tenía toda la pinta, y sus pectorales eran tan fuertes... Y los abdominales. ¡Nunca había visto tan de cerca unos abdominales así! Se sintió un poco estúpida por mirarle con tanta atención, pero no podía evitar observar los detalles. En cada una de las costillas izquierdas se podían leer tres nombres: Sally, Adam y Savannah. Su familia.

—Te dije que nada de falsos halagos —le respondió al fin.

Troy se desabrochó el botón de los vaqueros y comenzó a quitárselos sin apartar la mirada de ella.

—No es un falso halago. No tienes por qué avergonzarte de tu cuerpo, a mí me pareces perfecta.

Ella resopló. Ahora entendía a su hermana Nicky, todo el rato resoplando y renegando de todo. Había llegado el momento de que ella también se hiciera la dura. No podía aparentar ser un cría tonta y ñoña delante de ese... hombre. Era virgen, pero no estúpida.

—Ya, bueno, no te enamores de mí, ¿quieres? Te advierto que saldrás sufriendo —trató de bromear.

Él sonrió y tiró el vaquero a un lado. Llevaba unos slíps blancos que no cubrían en absoluto su enorme erección.

Anne nunca había visto una película porno. Alguna escena de pasada, cuando era adolescente y las niñas sacaban sus móviles y hacían tonterías, pero nunca había visto el órgano masculino en estado de excitación —sí había estudiado anatomía, pero aquello no tenía nada que ver con los miembros dormidos de los pacientes que había tratado—, y aquél era de un esplendor impactante. Recordó los pasajes de las novelas eróticas que había leído y en donde describían los penes de los hombres como «troncos», «vergas», «falos» e incluso «mazas», y ahora entendía el porqué. El «miembro viril» de Troy era grueso, bastante grueso, y largo, tanto que su punta rosada asomaba por encima del calzoncillo. No podía apartar la mirada de él, y como si estuviera leyéndole el pensamiento, Troy se fue bajando despacio, muy despacio, la prenda que lo cubría sin apartar la mirada de ella.

—¿Tienes miedo? —le preguntó.

Ella respiró agitada y levantó la mirada de aquella parte de la anatomía masculina que se suponía que debía introducirse en algún lugar en donde ella no había podido meter siquiera un simple y diminuto tampón.

—Pues a lo mejor un poco sí —no puedo evitar responder.

Adiós a sus pretensiones de parecer una chica dura.

Troy se acercó a la cama, con su miembro erecto rozándole el ombligo y cada uno de los músculos de su cuerpo flexionados y más tensos de lo que ella había podido apreciar antes. Los tatuajes le llegaban justo hasta la pelvis, lo cual hacía que la carne rosada y libre de tinta de su pene llamara mucho más la atención.

—Trataré de no hacerte daño. De todas formas, estamos a tiempo de dejarlo si no estás segura.

Se tendió junto a ella y su cara quedó a la altura de la de Anne. Alzó una mano y le acarició una mejilla con ternura, sus dedos la rozaron con tanta ligereza que le provocaron un escalofrío.

—Te he dicho que estoy decidida, y lo estoy.

Ese chico era el tipo perfecto con quien perder la virginidad. Era atractivo de una forma incluso casi peligrosa. Su aspecto de canalla rozaba lo amenazador, pero se estaba mostrando de lo más tierno y cuidadoso, casi como si estuviera hecho precisamente para adorar a las mujeres. Sería fácil hacerlo con él... y esperaba que también fuera fácil olvidarle después.

—Me alegro de que estés segura —fue lo único que él respondió antes de acercarse de nuevo a sus labios y callar durante un buen rato.

Justo el tiempo en que le hacía el amor.

Capítulo 6

*L*a oleada de pudor que la había invadido al sentirse desnuda ante los ojos de Troy se desvaneció por completo en cuanto él posó de nuevo sus labios sobre los suyos y le acarició el pelo. Después, continuó recorriendo su cuerpo con lentitud mientras le besaba los pómulos, la barbilla, el cuello. Su mano dejó un sendero ardiente por allá por donde pasaba: con un roce tan ligero como el de una pluma, le recorrió el hombro, siguió por los pechos, sobre los que dibujó círculos hasta llegar al pezón, que después saboreó con un tierno toque de la lengua, y continuó hasta su ombligo. En él se detuvo de nuevo, lo lamió con lentitud y colocó las manos a ambos lados de las caderas de Anne.

Ella temblaba, pero ya no tanto de pudor, sino de expectación. Cerró los ojos e intentó relajarse un poco más, porque todavía notaba su cuerpo en tensión ante aquella primera exposición de su desnudez. Para él era muy fácil mostrarse desnudo, pero para ella era todavía un escollo que debía aprender a superar.

Las sensaciones que él le iba provocando la ayudaron a olvidarse, poco a poco, de las imperfecciones de su cuerpo. Cuando le lengua de Troy se introdujo en su ombligo ella gimió y se arqueó. Cuando sus labios continuaron bajando y le separó los muslos para colocar su nariz sobre el vello del sexo de Anne, profirió una exhalación. Le colocó las manos en la cabeza con la intención de detenerle, pero él se las apartó, le levantó los muslos, y abrió los pliegues de su sexo para poder acceder mejor a ellos.

Nunca había sentido nada parecido, ni en sus fantasías más ardientes. El roce de su lengua sobre aquella tierna carne le provocó tal placer que se arqueó una y otra vez, de manera inconsciente, hacia él. Dejó de ser una chica rolliza para convertirse en una mujer exuberante dominada por la pasión, que se acrecentó conforme la lengua de Troy se volvía más atrevida, más osada, más hambrienta. Se introducía brevemente en su interior y después volvía a

salir, lamía sus sedosos labios y se centraba después en el clítoris, que chupaba con algo más de fuerza hasta hacerla casi gritar.

Aquello era... era... Dios mío, era lo mejor que le había ocurrido en la vida, y lo único en lo que podía pensar en aquellos momentos: en la boca de Troy poseyéndola, devorándola como si de un jugoso pastel se tratase. No quería que se detuviera, quería que aquello durase para toda la vida... Quería verse subida a aquella ola de placer indescriptible hasta caer desfallecida.

Él introdujo un dedo en su sexo, pero solo hasta la primera falange, y comenzó a realizar movimientos rítmicos en su interior, acariciando su vagina al tiempo que continuaba devorando su clítoris con húmedos lametones combinados expertamente con aceleradas succiones. Estas, sumadas al movimiento circular de los dedos de Troy en su vagina, que trataban de dilatar su abertura gracias a los fluidos que ella emanaba y a los de la lengua de él, la llevaron justo al borde del abismo.

Anne experimentó un primer orgasmo devastador, maravilloso, dulce y salvaje al mismo tiempo. Movié sus caderas con frenesí contra la boca de Troy hasta que el placer, que la inundaba en oleadas, fue decreciendo y dejándola completamente relajada y laxa sobre la cama.

Escuchó rasgar algo, supuso que el envoltorio de un condón, pero no podía reaccionar todavía a nada. Tras unos instantes, Troy ascendió por su ombligo, dándole suaves besos, aunque ella ni siquiera podía abrir los ojos para mirarle. Estaba exhausta.

Se colocó sobre ella, continuó acariciándole el sexo con las manos y extendiendo la humedad que rociaba su abertura, y respiró junto a su oído.

—Voy a entrar, cariño. No tengas miedo.

Ella abrió al fin los ojos y pestañeó. Troy le colocó los muslos alrededor de sus caderas y colocó su pene a la entrada de su vagina, presionando con suavidad. Cuando hubo entrado un poquito, se irguió y la miró a los ojos.

—¿Estás bien?

Ella le miró con ojos de cervatillo asustado. Sabía que le iba a doler, pero era lo lógico.

—Perfectamente, gracias —le sonrió y cerró los ojos—. No te preocupes por mí, sigue.

Él pareció dudar un poco, pero al final presionó un poco, y Anne sintió un pinchazo nada agradable. Procuró ocultar su incomodidad y se aferró con fuerza a sus hombros mientras él continuaba con aquella presión. Notó que los

músculos de sus hombros se tensaban bajo sus manos, y supo que él también se estaba controlando para no hacerle más daño. Se aferró a él con más fuerza e impulsó sus caderas hacia arriba, provocando que la erección de él la penetrara con mayor rapidez. Lo mejor era terminar con aquello cuanto antes.

El movimiento brusco la hizo gritar y desear no haberse metido en aquel lío, pero entonces Troy pareció deslizarse con facilidad en su interior y el dolor pulsante que notó empezó a disiparse con lentitud. Continuó aferrada a él con todas sus fuerzas hasta que logró asimilar aquella invasión en su cuerpo, y después se fue relajando poco a poco entre sus brazos. Él continuaba tenso, conteniendo su cuerpo y aferrándose a Anne con las manos crispadas, una de ellas en la cadera y la otra rodeando su cintura. Se meció de manera casi imperceptible, primero una vez, después otra. Anne notaba su respiración agitada contra el cuello, el sudor que emanaba de su cuerpo en tensión entre sus manos.

Volvió a moverse con mayor cadencia e intensidad, y a pesar de que no era del todo cómodo todavía, no le pareció doloroso.

Troy sacó la cabeza de su cuello, apoyó ambas manos a los lados de su cabeza y la observó. Ella también le miró mientras él salía de su interior y volvía a introducirse por completo hasta que sus caderas quedaron encajadas, momento en que sintió una pequeña corriente de placer que le ascendía por la columna vertebral. Él volvió a salir y a empujar sin apartar la mirada, y ella cerró los ojos porque esta vez, la incomodidad estaba dando paso a algo realmente placentero.

—¿Te hago daño? —le preguntó él junto a sus labios.

Ella abrió los ojos y los clavó en los de él, oscuros, salvajes. La manera tan consideraba en que la estaba tratando no casaba en absoluto con su imagen: su rostro torturado por la contención, el pelo, que ahora se había despeinado y le caía por la frente hasta la mejilla, y el anillo de la ceja, que brillaba gracias a la luz de la luna que entraba por la ventana, le hacían parecer un ser maligno recién salido del inframundo en vez de hombre gentil que le estaba haciendo el amor con tanta entrega. Ella ascendió las manos hasta los tatuajes de su cuello y contestó:

—No, ya ha pasado.

—Bien —le respondió él al tiempo que asentía con la cabeza y volvía a besarla después.

Junto al beso llegó otro envite, algo más fuerte, y después otro, más rápido.

Anne gimió contra sus labios y le pareció increíble que hubiera sido capaz de abarcar un órgano tan grande como el suyo, cuando antes lo había creído algo imposible.

Comenzaron a moverse el uno contra el otro, ella intentando seguir el mismo ritmo de su cuerpo y disfrutando cada vez más de la deliciosa fricción de piel contra piel. Troy la besaba y gemía cada vez que entraba en ella, con más fuerza, con mayor intensidad conforme el cuerpo de ella se adaptaba y aceptaba por entero el de él.

Finalmente, pareció dejarse llevar por sus instintos más primarios encima de ella y comenzó a mecerse casi con frenesí, gimiendo, diciendo su nombre una y otra vez.

—Anne... Anne... Joder, Anne...

—Shhh... Sin palabras —le susurró ella, casi sin aliento.

No quería hacerse ilusiones. No quería caer en la tentación de pensar que aquello era algo más que sexo entre dos desconocidos, porque ni lo era ni lo sería. Nunca.

Él la apretó más contra su cuerpo y ella gimió a su oído al sentir que tocaba un punto en su interior que le proporcionaba un placer muy similar, y a la vez muy distinto, del que le había regalado al jugar con su clítoris. Ese placer fue incrementándose al ritmo de las embestidas de Troy, que no apartaba su cara de la de ella, hasta que al final Anne, que no creía que fuera posible alcanzar un orgasmo en su primera vez, cayó de nuevo en la espiral de emociones que la había embargado antes, pero con mayor intensidad. Se agitó contra su cuerpo, se frotó contra él con frenesí y se dejó llevar, junto a él, que soltó un gemido gutural cuando su cuerpo al fin se liberó en el interior del de ella.

Empujó un par de veces más hasta vaciarse por completo en su interior, pegando sus caderas a las de ella de tal modo que parecían fusionarse el uno en el otro. Cuando, con un ronco quejido, embistió una última vez, apoyó la frente en la de Anne y trató de recuperar el aliento.

—¿Estás bien? ¿He sido demasiado brusco? —le preguntó con voz ronca.

Ella estaba casi en estado de shock. No podía creer lo que había ocurrido, ni lo que había sido capaz de hacer con aquel desconocido... Así como tampoco era capaz de creer lo que este le había provocado.

Negó con la cabeza, su nariz rozó la de él.

—No, ha sido... Ha sido genial —consiguió decir al fin.

La palabra «gracias» se le quedó atascada en la garganta. ¿Cómo le iba a

dar las gracias por haberse acostado con ella? ¿Es que acaso era un favor o algo así? Vale, sí, ella había propiciado el momento, pero él se lo había sugerido primero. Había sido cosa de dos y, ahora que había acabado, no se arrepentía. De ninguna manera.

Abrió al fin los ojos y le miró. Él también la estaba mirando. Le dio un beso ligero en los labios antes de volver a mirarla con mayor seriedad.

—No sé si he sido lo suficientemente cuidadoso. Nunca lo había hecho con una virgen —le confesó.

Ella negó con la cabeza.

—Es la primera vez que pierdo mi virginidad, no puedo comparar.

Ambos empezaron a reírse, y Troy volvió a hundir la cara en su cuello antes de suspirar y comenzar a retirarse de ella con cuidado para que no se saliera el condón. Se apartó y se lo quitó de un tirón mientras Anne observaba todo el proceso con curiosidad al tiempo que buscaba por los lados para ver si encontraba algo con lo que cubrirse. La colcha estaba manchada de sangre.

—Oh, Dios... —gimió.

Él, que estaba a punto de salir por la puerta con el condón en la mano, se giró hacia ella con gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre?

Ella alzó la mirada compungida hacia él.

—Te he manchado la colcha de sangre. Lo siento. Te compraré otra en cuanto pueda y...

Él se encogió de hombros y la interrumpió.

—Es solo una colcha vieja, Anne —sonrió de medio lado y la miró con intensidad—. Cada vez que vea la mancha, podré acordarme de ti.

Salió de la habitación y ella se quedó sola, sobre la cama, algo aturdida e indecisa. Se levantó con rapidez y comenzó a vestirse. Miró la mancha sobre la colcha. Claro que importaba, se veía a leguas que no era un chico que viviera cómodamente. La casa estaba en un barrio tan alejado y pobre que ni iluminación tenía. Incluso ellas habían podido tener una casa un poquito mejor, y eso que en muchas ocasiones habían dependido de la ayuda de otros.

Al terminar de vestirse, encendió la luz para poder observar mejor el destrozo y su mirada giró inmediatamente hacia el mueble de madera labrada sobre el que había ido a parar su especie de ropa interior.

Estaba sin barnizar, pero saltaba a la vista que había sido tallada hacía poco, porque todavía olía a madera fresca. Se trataba de una consola sencilla,

aunque el único cajón con el que contaba había sido tallado con una filigrana tan delicada y romántica que la sorprendió. ¿De dónde lo habría sacado?

Troy carraspeó a su espalda y ella se volvió asustada, como si la hubieran pillado haciendo algo malo cuando, en realidad, no estaba haciendo más que curiosear un poco. Seguía desnudo, y bajo la luz encendida de la habitación su cuerpo parecía más imponente. Le recorrió con la mirada intentando disimular la curiosidad que sentía por sus tatuajes y en general, por todo su cuerpo, pero en cuanto llegó a la zona en donde su pene se erguía semierecto apartó la mirada.

—Solo estaba...

—¿Ya te has vestido?

Las palabras de él se interpusieron sobre las de ella, y se encogió de hombros.

—Supongo que es hora de que me lleves a casa. —No quería parecer resignada, pero sí sentía algo de pena porque todo hubiera acabado.

Su noche de pasión había tocado a su fin. Aquella maravilla ya no se iba a repetir más, pero al menos la había disfrutado siquiera una vez en la vida. ¿Quién sabía si volvería a hacerlo?

—¿Estas segura de que quieres volver ya? —le replicó él.

Ella asintió con la cabeza.

—Es lo mejor.

¿Qué iba a hacer, si no? No podía quedarse y remolonear con él en su cama. Si lo hacía y él seguía portándose como se había comportado hasta el momento, estaba segura de que acabaría encaprichándose de él como una idiota y no era precisamente eso lo que tenía en mente.

Acababan de romperle el corazón de la manera más cruel e inesperada, y aquello había sido sexo y nada más que sexo. Del bueno, suponía, pero el hecho era que no podía comparar.

—Está bien, como quieras —contestó él al fin, agachándose para recoger su ropa.

Anne le observó con disimulo mientras se vestía. Todavía no podía creer lo que había hecho, ni con quién. Si su corazón no hubiera estado tan dañado en esos momentos, probablemente estaría soñando con irse de luna de miel con él a cualquier isla desierta, donde pudieran mirarse el uno al otro sin tapujos, tomaran cócteles en cáscaras de coco y volvieran a hacer el amor en aguas cristalinas y desiertas.

Podría soñarlo, pero no lo haría.

Esa noche sería la última vez que vería a Troy Jackson, y así estaba bien.

Ahora era una mujer distinta... despechada, pero también más sabia. Y debía empezar de nuevo y recordar aquella única noche en que había disfrutado de ese magnífico cuerpo sobre el de ella.

Capítulo 7

Cinco años después

Un, dos, tres... Un, dos, tres... Inhalar, exhalar... Un, dos, tres...

Aquello era el colmo. Nueve niños eran demasiados para ella. Se suponía que Leo tenía que ayudar, puesto que era su sobrino mayor y ya tenía diecisiete años, e incluso Hannah, la hija de su amiga Lillie —la reconocida cantante— y el doctor Morgan, que también tenía sus nueve años y ya no era tan pequeña, pero el resto de hijos de este matrimonio sumados a los de sus dos hermanas hacían la locura de once en total. ¿Y a quién le había tocado hacer de niñera?

¡Por supuesto! A la siempre disponible Anne. Ella estaba encantada de pasar tiempo con los niños, pero esperaba que los mayores le dieran un poco de apoyo, y no que Leo se dedicara a chatear por el móvil todo el rato y que Hannah se pusiera enferma por haber comido demasiados dulces. Ella ya le había advertido antes de que no lo hiciera, porque la niña llevaba una dieta estricta en casa impuesta, sobre todo, por el padre —que, como médico, tenía mil y una paranoias con respecto a la salud de sus hijos— y también por Lillie, a quien acompañaba en sus rutinarias dietas para mantener el tipo y lucir un cuerpo formidable tras haber dado a luz a tres niños.

Total, que en esos momentos Hannah estaba tumbada en un sillón quejándose del dolor de tripa y Leo sonriendo por el texto que mandaba alguna de sus nuevas conquistas. Tenía el pelo pelirrojo y alborotado, la cara con unas cuantas pecas y unos ojos verdes demasiado parecidos a los de su hermana Nicky. Hasta ahora había sido un muchacho desgarbado y más bien poco atractivo, pero gracias al deporte que practicaba con Milo su cuerpo estaba tomando la forma del de un hombre hecho y derecho y su rostro estaba madurando y dejando entrever que, quizá en menos tiempo del esperado, se convertiría en un tipo muy guapo. Y eso no le vendría nada bien, porque le gustaban demasiado las faldas.

Volvió a la Tierra al escuchar un chillido de Victoria, la hija de Nicky que tenía dos años, porque su hermano mayor de tres, Phillip, la estaba obligando a comerse un plátano sin pelar.

—¡Por Dios, Phillip! ¡Que la vas a ahogar!

Otro chillido a su espalda le hizo cambiar de dirección para comprobar que Parker y Evie, los gemelos de tres años de Lillie, estaban atando a Sebastian, hijo de su hermana Linda y que era un año mayor que estos, a la pata de la mesa de la cocina.

Miró el balancín donde estaba sentada Marie, que tenía un año y era la menor de todos ellos. Era hija de Nicky y Milo, que habían decidido tener los tres niños de golpe porque pensaban que así sería más divertido... Por suerte, la pequeña no parecía enterarse de nada de lo que ocurría a su alrededor y dormía plácidamente con su osito aferrado al cuello, pero Paulie, la hija de seis años de Linda, no estaba por ninguna parte.

¿En qué momento se había despistado? Comenzó a llamarla desesperadamente y la encontró en la habitación de Jeanette probándose una de sus antiguas pamelas. Era una de color rosa con flores amarillas, probablemente de los años setenta, y la carita de la niña quedaba casi completamente oculta debajo de ella.

—¡Mira, tita! ¡Me la puedo poner para la fiesta de disfraces del cole!

—Te he dicho cien mil veces que no desaparezcas de mi vista, ¿no ves que podemos perder a alguno de los niños?

La agarró de la mano y se la llevó al salón con el resto. Las parejas de la familia, progenitores de toda esa caterva de niños, habían decidido tener una noche libre. Todos juntos. En un mismo día. E irse a celebrarlo en amor y compañía.

Y ella, que era una ingenua, había pensado que Jeanette se quedaría a ayudar.

Nada más lejos de la realidad... Su madre había decidido que ella también tenía que salir ese sábado y había quedado con la madre de Tanner para acudir a un pub donde había un grupo que cantaba en directo las canciones de su juventud.

¡Todo el mundo pasándolo bien! Y ella, que libraba tan pocos sábados, estaba volviéndose loca poco a poco, gradualmente, porque las agujas del reloj parecían no querer avanzar.

—En serio, os quiero a todos —susurró en medio de todos los gritos—,

pero estoy muy cansada. Anoche me tocó guardia, ¿no podéis darme un respiro?

En los últimos años, Anne había continuado estudiando para poder ascender en el trabajo y ahora era ella quien supervisaba su planta y a todos los ancianos de mayor dependencia. Y no le temblaba la mano si uno de ellos se ensuciaba las sábanas y debía cambiárselas, porque aunque ahora no le correspondía hacerlo le parecía una tontería llamar a otra persona si ella estaba presente. Sí, sus abuelitos la adoraban, ella les adoraba a ellos y desde que el Doctor Morgan se emparejara con Lillie, también se llevaba mejor con él. Su vida laboral era perfecta, aunque la personal... Quizá dejara un poco que desear, a decir verdad.

Y ahora más que nunca se daba cuenta de ello, cuando observaba que su única vida social era con un grupo de niños de las más variadas edades.

—Oye, Leo, ¿por qué no me echas una mano con tus hermanos? Sebastian lleva un rato atado a la pata de la mesa y, si no contienen a los gemelos, me parece que van a formar con él un capullo de mariposa.

El aludido levantó la cabeza de su móvil con pantalla de casi siete pulgadas y alzó una ceja.

—¿Cómo dices?

Anne suspiró, se levantó y puso los brazos en jarras.

—¿Con quién chateas tanto? —le preguntó enfurruñada.

Leo se puso tan rojo que las pecas de la cara casi se difuminaron. Hannah gimió a su lado y se tapó la cara.

—¡No vayas a vomitar aquí en el salón, por Dios! —advirtió ella, justo a tiempo de coger un florero, quitarle las falsas flores de plástico y ponérselo delante de la boca para que no le llenara el sofá de vómito.

—Joder, Hannah, ¿qué coño has comido? —preguntó Leo a su lado, asqueado.

La niña empezó a llorar.

—¡Lo siento! —chilló, entre sollozo y sollozo de pura vergüenza.

—¿Vas a vomitar más? —le preguntó con tono paciente.

Ella negó con la cabeza y recostó la cabeza en el respaldo.

—No, ya estoy mejor, gracias. Lo siento de verdad, Anne.

—No te preocupes, cariño. Todos nos excedemos de vez en cuando.

Miró a la niña con preocupación. El pelo moreno se le había caído por la cara y la coleta que llevaba estaba medio deshecha, pero no parecía tener muy

mal color. Después de vomitar toda la porquería seguramente lo único que le quedaba dentro era la vergüenza de haber vomitado delante de Leo, de quien era fiel admiradora desde muy pequeña.

Cuando volvió con el jarrón limpio, su sobrino la miró de arriba a abajo.

—Tía, te estás haciendo vieja.

Ella levantó las cejas de la impresión.

—Vaya, gracias. Solo tengo veintisiete años, pero agradezco tu sinceridad desmedida.

—No lo digo por eso, tía, lo digo porque necesitas amigos. Yo debería estar por ahí fuera con los míos, pero tú no has tenido nunca una pandilla. Al menos que yo recuerde. ¿Por qué no te buscas a alguien para salir? Si quieres, le puedo decir a alguno de los hermanos mayores de mis amigos que te pidan una cita. Si sigues quedándote en casa todos los sábados te vas a convertir en una solterona que criará gatos y coleccionará novelas baratas.

Anne frunció los labios y miró fijamente a su sobrino.

—Me gustan los gatos. Y me gustan las novelas. Lo que no me gusta es que me organicen citas a ciegas, ¿entendido? Y necesito que me ayudes esta noche con los niños, que era lo que habíamos acordado.

—No, tía, no lo habíamos acordado, me lo ha ordenado mi madre, pero que conste que no ha sido de mutuo acuerdo. Pero como veo que andas más perdida que Adán en el día de la madre, creo que seré espléndido y te ayudaré en todo lo que necesites. ¿Qué quieres que haga?

—Que desates a tu hermano —volvió a repetir en tono cansado.

Leo se volvió hacia el móvil, que le pitó en la mano, y se olvidó de lo que le acababa de decir a su tía al instante para hundirse de nuevo en las profundidades de la vida social a distancia.

A lo mejor debía hacer ella eso. ¿Y si se entretenía con algún grupo de lectura, o con cualquier otro grupo con el que tuviera algo en común? Después de todo, se trataba de la era cibernética, ¿no? Y aunque ella no fuera muy dada a las redes sociales ni los chats ni ningún tipo de mensajería instantánea —si necesitaba algo no había más que llamar y pedirlo—, quizá iba siendo hora de que se rindiera a las redes y tratara de hacer amigos por la única vía que parecía funcionar hoy día.

No había salido con ningún chico en dos años, y el último fue un antiguo compañero de trabajo que lo que quería era conseguir un contrato fijo sin dar palo al agua. La atracción que habían sentido era nula y, cuando ella descubrió

lo que se traía entre manos, lo puso de patitas en la calle, sin miramientos. Él la amenazó con demandarla por acoso, ¡por acoso, a ella, que nunca se había atrevido a acercarse a un hombre por su propio pie! Sin embargo, su hermana Nicky le había dado muy buenas lecciones de defensa personal con el mero uso de las palabras. Es decir, que le había mandado a la mierda sin más y nunca se volvió a saber del gilipollas.

Y claro, tampoco es que hubiera chicos solteros haciendo cola en su puerta. Su figura no había cambiado en absoluto, y su pelo tampoco. Si a eso le añadías que siempre iba vestida con la bata de trabajo y los zuecos, poco más había que aclarar.

La puerta se abrió y sus dos hermanas entraron en tromba, junto a Lillie, seguidas por sus apuestos y maravillosos maridos. Las fulminó con la mirada. Estaba bien claro que el vino había corrido a raudales durante la cena.

—¡Oh, mi pequeña Anne! —canturreó Linda, toda contenta y emocionada. Parecía un hada del bosque, con su pelo rubio y sedoso y aquel vestido de gasa dorada que se había puesto—. Pobrecita mía, ¿se han portado bien los peques?

La aludida parpadeó varias veces y frunció el ceño.

—Nunca más. Todos juntos, nunca más, por favor —replicó.

Mientras los hombres se acercaban a los niños —observó por el rabillo del ojo cómo Milo alzaba a Victoria, que parecía ser su preferida, y se la ponía sobre los hombros para corretear por el salón—, Lillie, Linda y Nicky se sentaron en el suelo en torno a Anne, que se sintió como un cervatillo acechado.

—Bueno, ¿qué os pasa?

Las tres la miraban con ojos alegres y chispeantes, pero fue Nicky la primera en hablar.

—Hemos estado hablando de ti en la cena —anunció sin rodeos.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué es esto, una terapia o algo así?

Lillie negó con la cabeza.

—No, hemos estado pensando en cosas. Sobre ti. Sobre cómo ayudarte.

—¿Perdón? ¿Necesito ayuda en algo?

—Tienes una vida privada nula, hermanita mía, y te vas a cercando peligrosamente a la treintena. Yo que tú haría algo.

Anne se giró hacia Nicky, que fue quien había hablado, y la miró con

incredulidad.

—¿Intentas darme consejos? ¿Tú a mí? ¿En serio?

Su hermana se encogió de hombros.

—Toda la gente cambia, evoluciona. Y más vale que sea para mejor, porque también podrías acabar siendo residente fija de la residencia de ancianos en donde trabajas, dado que son los únicos amigos que tienes.

Anne inspiró con fuerza. Su hogar no había sido idílico. Las tres hermanas habían crecido con un padre que, por una injusticia del destino, se había quedado paralítico y habían tenido que sobrevivir a marchas forzadas, a veces incluso gracias a la caridad de amigos y vecinos. Ellas no habían podido crecer libres y despreocupadas como el resto de las niñas, y desde pequeña, Anne se había refugiado en todos los libros que había podido encontrar en cualquier parte en donde no tuviera que pagar por ellos, o que no costasen casi nada. De ahí su pasión por las novelas románticas, que eran las que terminaban en las cajas de los rastros a una libra, como mucho.

Y aunque ya no era tan joven, seguía siendo una soñadora. Parte del gran sueño de encontrar a una persona con la que sentirse totalmente identificada, que la comprendiera y la amara tal y como era y con quien compartiera miles de aficiones —o bueno, al menos algunas— se había esfumado hacía bastante tiempo... Pero en el fondo, ahí quedaba ella con su pequeño corazoncito y sus ideales irrompibles, creyendo firmemente que todavía podía tener una oportunidad. Era joven. Quizá fuera una ingenua, pero prefería seguir creyendo en una bonita historia porque eso la hacía feliz.

No acabaría viviendo en View Court. De eso nada, porque no todas las enfermeras tenían tanta paciencia como ella y, además, la mayoría de los ancianos casi no recibía visitas. No deseaba esa clase de vida. Quería una gran familia, como la que habían formado sus hermanas y Lillie.

—Podré ser la tía molona que viva en la habitación de invitados, ¿no? Tenéis casas muy grandes, ni siquiera notaréis que estoy ahí —trató de bromear.

Linda tendió la mano y le estrechó la suya.

—No, cariño, no se trata de eso. Hemos pensado que lo mejor es que te apuntes a actividades para *singles*.

—¿El qué? —la miró desconcertada.

—También habíamos pensado en buscarte a los chicos nosotras mismas, pero como no tenemos claro que el tipo que andas buscando sea el que

realmente necesitas, creemos que es más fácil que te apuntes a actividades donde hayan hombres solteros. También habrá muchas mujeres, pero no hay que perder la esperanza —prosiguió Nicky.

—Sí, desde luego, es totalmente esperanzador —respondió ella, irónica—. Y bueno, ¿eso es todo lo que habéis pensado para mí? ¿Nada más?

Las tres chicas bajaron la vista. Lillie se miró las uñas.

—Las opciones que teníamos nos parecían todas bastante horribles —confesó—, así que hemos pensado en dejarte libertad para elegir. Es un comienzo —terminó, encogiéndose de hombros.

—Ah, vaya, gracias, es un honor que me dejéis libertad para escoger. Nunca podré agradeceréoslo lo suficiente. —En cuanto dijo esas amargas palabras se arrepintió. ¿Qué pasaría si no encontraba a nadie y tenía que recurrir a ellas para no quedarse sola?—. Bueno, y eso que tenéis pensado... A ver, iluminadme. Cualquier cosa es mejor que pasar la noche tratando de dobligar a vuestras fieras. Si me libráis de otra tarde así, puede que hasta me lo piense y todo.

Nicky sacó su enorme móvil del bolsillo y comenzó a teclear como una loca.

—Hay varias agencias que organizan salidas nocturnas y jornadas diarias e incluso viajes para singles. Podemos empezar por algo sencillo, para que no te agobies.

Anne ya estaba empezando a agobiarse.

—Sí, por favor, comencemos por algo sencillo.

No estaba nada segura de que aquello fuera una buena idea, pero tampoco tenía nada mejor que hacer.

Seis días después

Parecía un pato mareado. Desde luego, si alguien la miraba por detrás bien podría pensarlo, porque se había puesto unos zapatos de tacón nuevos que todavía no llevaba con comodidad y, encima, al no llevar medias la parte interior de los muslos se le estaba irritando debido al constante roce. Si seguía así, tendría que vendárselos o no habría manera de caminar. Entre eso, los tacones y el bolso, que tenía el asa corta y debía llevarlo aferrado al brazo como las abuelas, era consciente de que la imagen que estaba dando no era para nada juvenil o siquiera atractiva.

Pero bueno, había accedido a ir para hacer nuevos amigos, ¿verdad? Sabía que no iba a ligar, seguramente habría chicas mucho más guapas y esbeltas que ella.

De todas formas, no tenía de qué preocuparse. Era solo una quedada inofensiva. Se había metido en una web por consejo de Nicky e inscrito para participar en una tarde de café y charla para *singles* en la que, seguramente, solo habría chicas... O al menos eso se decía para tranquilizarse. Cuando llegó al fin a la puerta de la cafetería respiró aliviada. Dos pasos más y se le levantarían ampollas en los muslos, y entonces sí que no podría caminar con normalidad en un par de semanas por lo menos.

El sitio era encantador. Ella llegaba temprano, para variar. Faltaban diez minutos para la hora, así que se dirigió a una esquina y se sentó en una mesa para dos. No tenía dónde elegir porque todas estaban organizadas de igual forma, y la cafetería estaba desierta todavía. Solo estaba el camarero tras la barra, que no se había percatado de su presencia porque había pasado como una exhalación para poder sentarse cuanto antes.

Cerró los ojos y suspiró. Qué delicia, un descanso para sus muslos y pies. Se dedicó a mirar por la ventana con curiosidad. Hacía viento, pero se había recogido la melena en un moño bastante tirante que no dejaba escapar ni un mechón. Se pasó la mano con disimulo tan solo para comprobar si todo estaba en orden por allá arriba mientras observaba distraída el paisaje de la calle.

—¿Anne?

Esa voz tan conocida le puso los pelos de punta antes incluso de mirar para comprobar de quién procedía. No podía ser. Aquello no, por favor.

Apretó los ojos con fuerza y deseó que no fuera realidad. Después, se giró despacio, casi a cámara lenta, y alzó la mirada rogando por que no fuera quien ella creía que era.

Sí, sí lo era.

Mierda.

—¿Nick? Hola... ¿Qué tal te va?

Su antiguo novio o lo que fuera sonrió con timidez.

—Bueno, me va bien, en general... —Miró hacia los lados para comprobar si había alguien más—. ¿Estás sola?

Ella asintió con la cabeza. No sabía qué decir. Le daba una vergüenza horrible admitir que acudía a un café para solteros, porque hacía más de cinco años que lo habían dejado —bueno, no con palabras, más bien *él* le había

dejado a ella en un funeral, delante de un montón de gente—, y admitir que seguía estando soltera era como el colmo de la ridiculez.

—¿Me permites que me sienta contigo? —le preguntó él con su típica actitud caballerosa.

¡Cómo la había cautivado toda aquella pompa y palabrería! Seguía siendo un tipo atractivo, pero ahora tendría cuarenta y seis años y se le estaban empezando a notar las canas en las sienes, que ya tenía casi blancas. Demasiados problemas, pensó ella.

—¿Puedo? —volvió a preguntar él, al ver que ella no le respondía.

—¡Ah, sí! Claro, claro... Yo... Solo iba a tomar un café y...

—¿Vienes a la quedada de solteros?

Ella sintió que la cara le ardía y apretó el bolso entre las manos. Carraspeó antes de hablar.

—Bueno, sí. Es la primera vez que vengo, no es que lo haga a menudo, pero mi hermana Nicky me metió en este lío y ahora no he visto la forma de escapar, ya sabes —sonrió.

Esperaba sonar sincera y despreocupada. Pero, un momento, ¿cómo sabía él que había una quedada de solteros allí?

—Tú... no vienes a la quedada, ¿verdad?

Nick pareció sonrojarse también. Descruzó una pierna para cruzar la otra y colocó las manos sobre su rodilla.

—De hecho, sí. Llevo viniendo a las quedadas un tiempo.

Ella se quedó sin habla.

—¿No te fue bien con... con...?

—No, no me fue bien —la interrumpió, cortante—. Y te rogaría que no sacaras ese tema a colación, por favor. Fue un error que no volverá a repetirse.

Anne pestañeó varias veces. ¿Cómo podía ser que un morreo de los buenos delante de un montón de gente fuera calificado como solo «un error»? No, allí había algo que no cuadraba.

—Oh, vaya... Bueno, no voy a contar nada, claro que no, por quién me tomas. —Se sintió estúpida. ¿Encima debía encubrirle? —Pero... Ejem, Nick, tú eres gay, ¿no?

Él volvió a azorarse.

—Bueno, no. Es decir, tuve aquel desliz hace años, pero... no, claro que no, busco a una pareja, ya sabes, una mujer que me comprenda y...

En ese momento llegó un grupo de tres personas compuesto por dos mujeres y un chico de unos treinta años y les saludaron, pero Anne estaba tan confundida por lo que acababa de decirle Nick que no les prestó la debida atención. Sonrió como una autómeta, extendió la mano y se presentó. Pronto llegó más gente y todos ellos se vieron envueltos en animadas conversaciones. Todos, menos ella, que no podía creer lo que observaba. Nick estaba hablando con las chicas como si no ocurriera nada. Estaba tratando de ligar con mujeres delante de ella. ¡Pero él sí era gay! ¿Por qué se empeñaba en esconderlo? ¿Y por qué tenía ella que cubrirle y dejar que hiciera daño a otras pobres ilusas como ella? ¿Y por qué debía hacer nada, si en realidad no era su vida, sino la de él y era lo que él había elegido?

Había ya doce personas en total y no había tenido tiempo de fijarse en ninguno de los chicos, que estaban en clara minoría, porque no podía quitarse todas esas preguntas de la cabeza. La incredulidad y las dudas le rondaban una y otra vez, sobre todo cuando Nick sonreía a alguna de las mujeres y trataba de coquetear tal y como lo había hecho con ella años atrás. Pero Nick también miraba a los chicos. Ahora que sabía cuál era exactamente «el problema» que había habido entre ellos, se fijó mejor en su forma de actuar y, aunque era cierto que coqueteaba con las chicas, se dio cuenta de que observaba a los chicos de reojo y trataba de intercambiar miraditas con ellos.

¿Estaría tratando de ligar a dos bandas? Dios mío, qué humillación. Aquello no podía ir a peor. Su autoestima estaba sufriendo un buen ataque, y de los agresivos, además.

—Te llamabas Anne, ¿verdad? —dijo una voz masculina a su lado.

Se giró y vio a un chico alto y desgarrado, quizá algo mayor que ella, que la miraba con interés.

Bueno, a lo mejor no sería tan desastrosa la tarde.

—Sí, soy Anne. ¿Y tú? —contestó al tiempo que extendía la mano.

Él sonrió y mostró una hilera de dientes no demasiado uniformes —uno de los incisivos sobresalía un poco—, pero aquella sonrisa de la daba un aire travieso y simpático que a ella le agradó.

—Soy Skippy. Skippy Jackson.

Le tendió la mano y se la estrechó con fuerza, y ella se dio cuenta de que desviaba los ojos durante una milésima de segundo hacia su escote.

Bueno, al menos podía estar segura de que no era gay, y ese era un punto a su favor.

—Encantado de conocerte, Anne. ¿A qué te dedicas?

Ella volvió a sonreír y comenzó a contarle los pormenores de su trabajo diario, y él contestaba con admiración y volvía a hacerle más preguntas que la animaban a continuar hablando. Poco a poco, la incomodidad de notar la presencia de Nick cerca de ella fue disminuyendo gracias a la animada charla con Skippy, que parecía ser todo un experto en las quedadas de solteros y las citas a ciegas, dada la soltura que tenía con ella y las miradas de recelo que le lanzaban las otras chicas.

—Anda, vamos a la barra y te invito a una copa, así podemos hablar con más tranquilidad, ¿te parece?

Ella miró de reojo a Nick. Este le devolvió la mirada, pero durante un instante fugaz. Después volvió a su conversación con otra de las mujeres que había llegado, que parecía igual de alucinada que lo había estado ella cuando habló con él por primera vez.

Pobre mujer. Y pobre Nick.

O no, estúpido Nick, que seguía empeñado en esconder lo que realmente era y en ser infeliz durante toda su vida.

Siguió a Skippy hasta la barra; el camarero les sirvió dos copas —a él un licor con hielo que ella ni conocía, y a ella un Cosmopolitan, el que siempre pedía desde que se enganchó a la serie *Sexo en Nueva York* porque le hacía sentirse sofisticada y especial— y continuaron hablando como si fueran amigos de toda la vida. La verdad es que hablar con Skippy era muy fácil. Él preguntaba, escuchaba, sonreía mucho y era divertido, y no hacía sentirse incómoda a Anne. Era una persona sencilla, natural y con mucho desparpajo, y cuando se dieron cuenta ya habían tomado dos copas y algunos de los que habían venido a la quedada de solteros ya se habían marchado... Nick seguía hablando con tres mujeres a la vez.

De repente, la puerta de la cafetería se abrió y una ráfaga de aire fresco nocturno le erizó la piel de las piernas. El local pareció quedarse en silencio en cuanto la puerta se cerró tras el recién llegado, así que ella se giró para ver a qué venía tanto revuelo.

Y allí, de pie en la entrada y mirando en su dirección con ojos chispeantes de furia, se encontraba nada más y nada menos que un amenazador Troy Jackson. Llevaba el pelo más largo que años atrás, pero tenía los mismos ojos, la misma constitución musculosa, la misma mirada aterradora.

Ahora sí que la tarde no podía ir peor. Imposible que empeorara.

Capítulo 8

Se acercó con los puños cerrados y una mirada asesina hacia donde estaban sentados ellos dos, y Anne, que pensó que toda aquella rabia iba dirigida contra ella —vete tú a saber por qué motivo—, se quedó de piedra cuando se acercó a su lado y ni la miró: se puso las manos en las caderas, entrecerró los ojos y respiró profundamente antes de dirigirse a Skippy.

—¿Dónde coño tienes el móvil?

El interpelado se puso colorado como un tomate. Tan rojo, que hasta las orejas parecían arderle y un hilillo de humo se asomaba por entre el pelo que las cubría parcialmente.

—¿El móvil? —le respondió, perplejo.

—Sí, el móvil. ¿Dónde cojones lo tienes? Llevo llamándote toda la maldita tarde. Me parece que has olvidado el reparto de hoy. Otra vez —gruñó—. Y de no haberte encontrado aquí ligoteando de nuevo, tu cuello correría peligro. Y mucho. De hecho, aún no lo descarto.

Ahora el que se había puesto lívido era Skippy y el que estaba todavía más colorado, de un tono casi amoratado, era Troy.

Skippy se sacó corriendo el móvil del bolsillo y se pasó la mano por la boca en un gesto nervioso.

—Vaya, lo había puesto en silencio... Lo siento mucho, Troy, de verdad, en serio. Me crees, ¿no? Es que tenía una cita y...

—¿Tenías una cita? —intervino Anne, tan sorprendida como el que más.

Los dos hombres se giraron a mirarla como si se acabaran de dar cuenta de que ella estaba, o seguía, allí.

Troy levantó las cejas, la miró de arriba a abajo y se pasó una mano por la cara.

—Ay, Dios... —replicó.

—Lo siento, Anne, quiero decir, no una cita, ya sabes que...

—¡Déjate de tonterías, idiota! Ahora mismo me vas a dar las llaves del coche y todos los documentos de entrega. Yo mismo me encargaré de ello, porque por lo visto tú y tu amiguita ya os habéis tomado unas cuantas copas. Y el lunes no quiero volver a verte por allí, has acabado con mi paciencia.

—Por favor, Troy, no me hagas esto —susurró acercándose a él—. Puedo ayudarte, de verdad. Ahora mismo vamos y te lo doy todo, tú no sabes...

—¿Vamos? De eso nada, dame las llaves de la furgoneta ahora mismo. Estás más que perjudicado.

—¡No estoy perjudicado, solo he tomado dos copas!

—¿Estás bien, Anne? ¿Ocurre algo? —la voz de Nick hizo que los tres se desviarán hacia él, que se había acercado sigilosamente por una esquina con el fin de cerciorarse de la seguridad de su antigua novia.

Si antes había pensado que la tarde no podía empeorar, ahora se daba cuenta de que nunca, nunca jamás debería haber pensado semejante locura, porque por lo visto atraía a la mala suerte.

Miró a Nick intentando aguantar las ganas de echar a correr de aquella maldita escena de comedia de situación y trató de que su voz no la traicionara.

—Em, sí, claro, este... Va todo muy bien, Nick, no te preocupes.

Su exnovio miró con expresión severa a Troy, pero este le devolvía su mirada, todavía furibunda, desde una altura tan superior y con tanta firmeza que, al final, el primero no tuvo más remedio que darse por satisfecho con su hazaña y volverse por donde había venido con el orgullo intacto.

—Bien. Si alguno de estos caballeros te molesta, no tienes más que decírmelo, ¿de acuerdo?

—¿Y tú quién eres? ¿Su padre? —intervino Skippy, que por lo visto sí que iba más perjudicado de lo que parecía.

Nick, que ya había comenzado a darse la vuelta, se volvió y alzó la barbilla para contestarle.

—No, soy su exnovio, aunque eso no es de tu incumbencia, chiquillo imberbe.

—¿Chiquillo imberbe? Tengo treinta años, vejestorio —le contestó el otro al tiempo que se levantaba del taburete.

Anne se tapó los ojos con una mano y suspiró.

—Ay, Señor, esto no me puede estar pasando a mí, por favor...

—Aquí nadie va a tocar a nadie, ¿queda claro? —se interpuso la rotunda voz de Troy.

Ella alzó la vista y vio que se había colocado delante de Nick, dando la espalda a Skippy para mantenerle a raya. Supuso que Troy sabía muy bien lo que hacía, porque Nick nunca se metería en una pelea a puñetazo limpio y, mucho menos, estando un tipo tan grande y amenazador de por medio.

—Dile a tu amigo que se calme, ¿quieres? —dijo su exnovio—. Si me entero de que le hace algo, que sepas que Anne tiene muchos amigos para protegerla.

«¿En serio?», pensó ella. No sabía ni que tenía tantos amigos, ni que él fuera uno de ellos. Le miró con los ojos entrecerrados.

¡Maldito hipócrita!

—¿Tú eres el tipo que la dejó por otro hombre en el funeral de su propia madre?

¡La leche! ¿Cómo se acordaba Troy de aquello? Se puso roja como un tomate de nuevo, pero Nick le lanzó tal mirada de furia, tanto a ella como al gigante que se alzaba frente a él con gesto irónico, que la vergüenza dio paso a la mayor indignación posible.

—Ese no es asunto tuyo, y no creo que debas ir esparciendo esos rumores por ahí, Anne. Es de mal gusto.

—¿De mal gusto? De mal gusto fue morrearse con otro tipo en el funeral de tu propia madre y delante de tu prometida. P-R-O-M-E-T-I-D-A, te recuerdo. Aunque nunca llegué a devolverte el anillo, ahora que lo recuerdo. Lo tiré por el váter.

Nick alzó un dedo en su dirección y dio un paso hacia adelante.

—¡No tolero que lances esas calumnias sobre mi persona! ¡Ahora mismo exijo que te retractes!

Ella rompió a reír.

—¿En serio? ¿Y qué debo decir, que un hombre llegó y te obligó a que lo besaras? ¡Venga ya, Nick! No voy a retractarme. Conmigo ya no te funcionarán las tácticas de caballero andante.

Troy, que había sujetado a Nick del hombro, tiró de él hacia atrás con poco impulso, pero dada la diferencia de pesos entre uno y otro hombre Nick fue a parar contra otro taburete, que volcó al suelo.

—¡Vamos a zurrar a este tío! —soltó Skippy, arremangándose la camisa.

—¡Aquí nadie va a zurrar a nadie! —le gritó Troy de vuelta.

Se giró hacia Anne, la tomó del brazo y tiró de ella hacia la puerta.

—¡Vamos, idiota! —le gritó a Skippy.

El otro, que se había acercado peligrosamente a Nick mientras todavía no había recobrado la compostura, se giró y salió corriendo del local tras ellos no sin antes simular que le daba una patada por el mero placer de ver encogerse al tipo sobre el suelo.

Troy caminaba furioso y continuaba agarrando a Anne con fuerza del brazo. Esta, que intentaba seguir el paso acelerado de él —cosa nada fácil, dado que era mucho más pequeña y llevaba unos zapatos del demonio—, se armó de valor antes de abrir la boca.

—¿Adónde me llevas?

Él se giró hacia ella y aflojó un poco su agarre.

—Lo siento, Anne, pero ahora mismo vas venir con nosotros. No tenemos tiempo que perder. El idiota de mi hermano pequeño la ha cagado otra vez, y tenemos que entregar el pedido antes de que acabe el día o perderemos al cliente.

—¿Tu hermano?

—¿Dónde has aparcado el coche? —le preguntó a Skippy sin responder a la pregunta que ella le acababa de hacer.

—A la vuelta de la esquina, al girar a la izquierda —gruñó el chico—. Y no necesitas tirar de ella así, Anne nos acompañará encantada, ¿verdad?

Ella alzó la mirada hacia Troy, no sin timidez. Skippy no sabía lo que había pasado con ellos dos cinco años atrás. Hacía demasiado tiempo. Tenía la estúpida esperanza de que no se acordara, pero sabía perfectamente que era tan solo eso, una esperanza estúpida, porque recordaba a la perfección lo que ella le había contado esa noche.

—No me molesta, pero puedo irme a casa y...

—No vas a ir a ninguna parte habiendo bebido. Yo os dejaré a los dos después —le respondió él rehuendo su mirada.

Anne contempló un momento su semblante ceñudo y deslizó su mirada por su cuerpo con disimulo. No podía evitar fijarse en él y tratar de detectar en qué había cambiado a lo largo de los años.

En apariencia, todo parecía seguir igual, sí. O puede que se le antojara un poco más grande todavía. Quizá hubiera practicado más ejercicio... Lo que sí había cambiado de manera más evidente era su pelo, que ahora llevaba más largo y atado en una coleta baja. El piercing de la ceja había desaparecido y le había dejado una pequeña marca, parecida a una cicatriz, y en vez de llevar las orejas llenas de ellos tan solo veía dos, uno pequeñito y otro en pico, que

salía de su oreja izquierda. Parecía más tranquilo, menos amenazador... O más bohemio.

Cuando llegaron a la furgoneta, le soltó la mano y se dirigió hacia la puerta trasera, que abrió para comprobar si su mercancía estaba allí, e intacta.

—¿Los papeles? —le preguntó a Skippy.

Este, que al lado de su hermano mayor parecía un crío larguirucho —y eso que Anne le echaba un par de años más que ella—, se dirigió con torpeza a la parte delantera, abrió la puerta del copiloto y rebuscó en la guantera.

—Mierda —se le escuchó decir.

Troy cerró la puerta trasera con fuerza y se giró hacia su hermano.

—¿Mierda, qué?

Skippy se dio la vuelta y le miró con cara de póker.

—No los tengo.

—¿Cómo que no los tienes?

—Me-me-me-me los debí dejar en la oficina.

Troy respiró con tanta profundidad que el pecho se le inflamó al menos el triple de su volumen actual. ¡Qué portento de hombre!

Le estaba mirando obnubilada cuando se giró hacia ella.

—Tú vienes delante conmigo. Skippy irá sentado con los muebles.

—¿En serio? ¿Por qué tengo que...? —comenzó a protestar su hermano, pero solo ver la cara con que le miró Troy hizo que se callara, abriera la puerta trasera y se metiera dentro sin mediar palabra.

Ella se giró hacia Troy, que clamaba los ojos en el suelo. Estaba evitando su mirada.

—Vamos —le dijo antes de girarse y dirigirse hacia el asiento del conductor a grandes zancadas.

Ella se quedó allí tiesa durante unos segundos, pero después corrió hacia donde él le había indicado, se subió y cerró de un portazo. Más le valía ir sentada que caminar hasta su casa de nuevo con el escozor de muslos y los zapatos diabólicos.

Troy ya había arrancado. La miró de reojo y salió a toda prisa, sin mediar palabra alguna.

Salió de la ciudad por el oeste, en dirección a Scalby, y después tomó Hay Lane y siguió por la carretera bordeada de árboles hasta un pequeño desvío, que tomó a la izquierda. Era una zona rural y tranquila, donde, según ella tenía entendido, solo había granjas. Y allí, al final del camino, al cobijo de una

arboleda había una cabaña de madera con un cobertizo del mismo material enfrente, pero más pequeño.

Troy detuvo el coche delante la casa y puso el freno de mano con un gesto bastante brusco.

—Esperad aquí —les ordenó.

Salió a toda prisa y entró en la casa.

La cabeza de Skippy asomó desde atrás, dándole un susto de muerte.

—Me va a matar —susurró, sudando.

—¿En serio? No creo que sea para tanto, ¿no?

El chico se pasó una mano por la frente mojada y continuó mirando hacia la puerta.

—Sí que lo será. Este cliente es un fichaje gordo, y como le fallemos con este pedido y no haga más, Troy me retorcerá el pescuezo.

Anne tragó saliva.

—Eres un exagerado.

Las copas que se habían tomado se habían ido volando por la ventana, y los dos miraban hacia la casa con cara de espanto.

—Tú no conoces a mi hermano.

Entonces ella pensó que sí le conocía, y bastante bien. Le había conocido íntimamente, pero eso Skippy no lo sabía... El caso era que el hombre al que ella había conocido años atrás no encajaba con nadie que fuera a romperle pescuezo a ninguna otra persona.

Obviamente, Skippy se estaba comportando como un gallina.

Abrió la puerta, toda decidida, y bajó de un salto al suelo terroso.

—Eh, ¡pero qué haces! No entres ahí, ¡te la vas a cargar!

Escuchaba la voz de Skippy a su espalda, pero ella era Anne Mayers y sabía tratar con gente con arrebatos de genio. Tenía a sus abuelos más que amaestrados, así que ese gigante de larga melena y tatuajes en el cuerpo no sería mucho peor.

Además, en la cama había sido un osito de peluche.

Subió las escaleras de madera con paso decidido y haciendo caso omiso al escozor de los muslos, que parecía haberse reducido un poquito. Sus tacones resonaron sobre la vieja madera y al entrar en el porche, donde había una mecedora y una pequeña mesa de jardín. Le pareció tan acogedor... Como la casa de la abuelita del bosque. Qué encantador.

Abrió la puerta y atisbó el interior.

—¿Troy? —preguntó, tratando de mantener un tono de voz firme y decidido.

Nadie respondió. Echó un vistazo al salón, que era la primera estancia a la que daba la puerta directamente, y adoró al instante todo lo que en él había: una enorme chimenea al fondo, un sofá y un sillón a juego, de un color tostado oscuro y de apariencia comodísima, con una alfombra en medio y una mesita de té sobre la misma. Había una manta de cuadros doblada sobre el sofá y un libro sobre la mesita. No había televisión por ninguna parte.

Era... Masculino, acogedor y totalmente destrozable. Un cambio enorme en relación con la casa a donde la había llevado a ella. Se imaginó a un tropel de niños recorriendo el salón, jugando al indio y persiguiéndose los unos a los otros... Pero agitó la cabeza y se sacó aquella estúpida idea de la cabeza. Troy era, por lo visto, un tipo solitario que no necesitaba la compañía de nadie, y seguramente mucho menos la de una pandilla de críos.

A la izquierda vio una puerta abierta, donde estaba la luz encendida. Supuso que era allí donde se encontraba Troy, así que se acercó intentando no dañar con sus tacones aquel suelo envejecido tan bonito.

—¿Adónde crees que vas? —dijo una voz grave a su espalda.

Se dio la vuelta para encontrarse con el pecho de Troy casi pegado a ella. Alzó la cabeza y le miró. Tenía cara de pocos amigos.

Vaya, esa parecía ser su cara habitual cuando no desvirgaba a chicas.

—Cuatro manos pueden más que dos. Vengo a ayudarte.

Su mirada se suavizó, se pasó una mano por el pelo hasta llegar a la coleta y suspiró.

A Anne le llegó un ligero aroma a menta.

—Escucha, estoy en un aprieto, uno bastante gordo, y si no lo soluciono pronto, todo se irá a la mierda, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza, expectante.

—¿En qué puedo ayudarte?

Él entrecerró los ojos.

—Eres una distracción innecesaria en estos momentos.

Ella se cruzó de brazos, indignada, y comenzó a dar golpecitos con un pie. Troy recorrió cada uno de sus movimientos, fijándose en especial en esa pierna que no paraba de moverse.

—Eres muy grosero, que lo sepas. Y si soy una distracción innecesaria, podrías haberme dejado en el lugar de donde me recogiste.

Sus ojos volvieron a posarse en los de ella y parecieron oscurecerse.

—¿Y dejarte rodeada de aquellos idiotas? ¿Del tipo ese que te dejó hace años y que ahora se estaba portando otra vez como un imbécil?

Ella resopló.

—¡Bueno, pero no era asunto tuyo! Yo puedo defenderme sola, que lo sepas.

—Ya, pero yo no soy tan malo como para dejarte allí tirada. Y ahora vamos, tenemos que encontrar esos malditos papeles ya.

Apretó la mandíbula y caminó hacia la puerta cuya luz estaba encendida.

—Este es mi despacho —dijo al entrar. Era obvio, pues había un escritorio y un estante lleno de carpetas clasificadas, además de varios libros—. Normalmente le dejo a Skippy preparados aquí los albaranes, así que si no lo ha cogido, debe de estar en este montón de aquí —hojeó el montón y, al parecer, encontró lo que buscaba—. Aquí está... maldita sea, voy a arrancarle el pescuezo.

—No vas a hacer tal cosa —le dijo ella, quitándole los documentos de las manos—. Vas a ir donde él tenía que haber ido, y vas a hacer su trabajo. Y mañana tendrás una charla con él.

Troy apretó los labios y apoyó ambas manos en el escritorio.

—¿Qué eres, su novia? —le preguntó alzando una ceja.

—¿Su novia? ¿Qué dices? Si nos hemos conocido hoy.

Él entrecerró los ojos.

—¿Es otra de tus aventuras?

La cara de Anne se puso como la grana.

—Mira, en serio, te voy a mandar a la mierda por eso que me acabas de decir... ¡Cómo puedes ser tan insolente! No me conoces de nada y...

—Te conozco lo suficiente, y sé que mi hermano no es para ti —atajó.

Ella cerró la boca.

—Tú no sabes quién es para mí y quién no.

Troy se irguió, se acercó a ella, le tomó los papeles de la mano y se acercó a su rostro:

—Puede que no, pero tú tampoco lo sabes.

Y dicho esto, salió en dirección a la puerta sin esperarla.

Anne echó a caminar con los puños cerrados y cara de pocos amigos. ¡Majadero! ¡Estúpido! ¡Pedazo de... alcornoque! ¡Neanderthal!

Se subió a la furgoneta y cerró la puerta con un golpe que ella creyó grande, pero que consiguió su fin a malas penas, lo cual la frustró todavía más.

Skippy seguía sentado en el asiento de atrás, mudo y prácticamente

invisible.

Pero ella no se iba a callar. Cuando ella se callara sería el día en que el mundo dejara de girar.

—Todo el mundo tiene fallos, pero no tienes por qué actuar como un besugo. A lo mejor tu hermano se ha olvidado porque tenía demasiadas cosas en la cabeza...

—Solo tenía este encargo hoy —contestó él con sequedad.

—O porque está preocupado por algo, ¿cómo vas a saberlo tú? —continuó ella sin escucharle—. Todas las personas tenemos nuestros problemas, y no por haber cometido un error hay que sepultarlos bajo tierra y no darles ninguna segunda oportunidad...

Troy seguía aferrado al volante, apretándolo con todas sus fuerzas y con la mirada fija en la serpenteante carretera, que había retomado en cuanto ella comenzó con su discurso.

—Ha tenido muchas oportunidades —refunfuñó, pero ella seguía sin prestarle atención.

—Además, no estaba haciendo nada malo. Solo había salido a una reunión con amigos, y estábamos charlando. Puede que se le olvidara, pero es tu hermano, no puedes echarle todo el peso de la culpa. Eh, Skippy, seguro que tenías muchas cosas en la cabeza, ¿a que sí? —se giró hacia él, pero el aludido se hundió más en su escondite, entre el mueble que estaba fuertemente envuelto y unas cajas de cartón. Anne volvió a mirar a Troy, que ahora tenía los labios apretados. Pero eso no la detuvo y continuó con su sermón tras cruzarse de brazos—. Estoy segura de que se portará mejor a partir de ahora.

—¿Portarse mejor? ¿Como un niño, o como un perro? —la cortó él, y le lanzó una mirada tan breve como ardiente al pecho elevado por sus brazos cruzados que Anne cambió de postura, incómoda.

—No, claro que no. ¿Cómo iba a decir yo eso sobre ninguna persona? Me refiero a que...

—Déjalo, Anne, mi hermano tiene razón. —La voz de Skippy sonó serena y clara desde atrás—. No hace falta que me cubras, tengo yo toda la culpa.

Hubo un silencio, tras el cual Anne decidió volver a hablar.

—Bueno, no debería preguntarte por qué lo crees, porque al fin y al cabo es una cuestión que debéis solucionar entre los dos hermanos... Pero tenéis que comprender que la situación es de lo más extraña. Esta tarde iba a acudir a un

café para solteros, y de repente me veo aquí, en una furgoneta de reparto con dos hermanos que...

—¿Un café para solteros? —interrumpió la voz grave de Troy, algo divertida—. ¿Y se puede saber qué es eso?

Ella se irguió en su asiento, orgullosa. Por nada del mundo se iba a dejar intimidar ni a sentir vergüenza por las cosas que hacía.

—Se trata de una quedada entre amigos para tomar café y conocerse, nada más.

Troy desvió la mirada levemente de la carretera y la miró de arriba a abajo.

—No sé para qué necesitáis nada de eso.

Anne miró por la ventana. Habían pasado Pickering y seguían por la A170 en dirección a Kirkbymoorside, pero no se le ocurrió preguntar hacia dónde se dirigían. La verdad era que le daba lo mismo, porque no tenía que trabajar y porque, de todas formas, ya no se podía bajar de la furgoneta e irse a casa andando.

—Puede que algunos no tengamos tu capacidad para relacionarnos con otras personas —le reprochó ella al fin.

—¡Ja! Aquí donde ves a mi hermanito, Anne, ha tenido más novias que las que se pueden contar con los dedos de las manos y los pies, e incluso con los de una docena de personas. No necesita ir además a esos lugares. Él solo sabe buscarse los problemas.

—¿Problemas? ¿A tener relaciones le llamas problemas? —estaba tan indignada que casi explotaba, pero no lo hacía porque tenía muy presente que Skippy seguía atrás, bien calladito para no jugársela de nuevo.

—Sí, he dicho problemas. Porque él es un imán para ellos, ¿entiendes?

A ella casi se le desencaja la boca.

—¿Problemas? O sea, ¿que los amigos son problemas? ¿Yo soy un problema?

Troy apretó la mandíbula y no dijo nada, y ante esa tácita afirmación, Anne cerró los puños con tanta fuerza que casi se corta las palmas de las manos con las uñas, por muy cortas que las llevara.

Cuando hubieron recorrido otros tantos kilómetros tras los cuales se sentía un poco menos dominada por la indignación, volvió a la carga.

—Yo no soy ningún problema, que lo sepas. Nunca he sido un problema para nadie, y tampoco lo seré nunca. Ni siquiera para Skippy. De hecho, seguramente sería muy beneficiosa para él, porque me encanta ayudar a las

personas. A quien sea. Soy servicial, y según dicen todos soy muy buena persona. Aunque no soy una santa —se puso colorada al recordar que fue con él precisamente con quien había perdido la virginidad en una noche de locura—. Pero no soy mala, ni mucho menos un problema. Cualquiera de vosotros dos debería estar agradecido de que sea vuestra amiga.

—Yo lo estoy —terció Skippy desde su escondrijo.

Troy miró por el retrovisor y lanzó rayos y centellas a través del mismo, así que Skippy volvió a sumirse en su mutismo e invisibilidad.

—Tampoco quiero que penséis que voy de sobrada ni mucho menos... Para nada, soy muy humilde, y aprecio mucho a mis amigos y mi familia y la gente con la que trato... Bueno, no a toda, porque siempre hay personas malas en todas partes, pero tengo la suerte de estar rodeada de gente buena y que se preocupa por mí, y...

«Ay, señor, ¡haz que pare de hablar, por favor, por favor!», pensó Anne mientras seguía parlotando y diciendo tontería tras tontería. Aquello ya no había manera de arreglarlo, pero por lo visto nadie le estaba prestando demasiada atención, así que mejor que mejor.

—¡Oh, Dios mío! —se interrumpió al final al percatarse del lugar al que se estaban dirigiendo—. ¿Vamos a donde creo que vamos?

Troy apretó los labios antes de contestar.

—Y más nos vale que todavía estén aquí, o podemos despedirnos —gruñó.

Quería preguntar quién estaría allí y quién se despediría si no lo estaba, pero su lengua, por una vez en la vida, supo ser precavida y callarse, expectante.

Le encantaba Duncombe Park. Fue el hogar de los condes de Feversham en el siglo diecinueve y, hoy día, era propiedad del barón Feversham, pero no estaba expuesta a visitas, como muchas otras propiedades de la zona. Esa era, para ella, un misterio... Y qué tenía que hacer Troy allí, muchísimo más.

La casa era todo un enigma. El séptimo barón Feversham, Jasper Duncombe, había sido desheredado por su padre debido a problemas con las drogas y a que se había dedicado a la producción de películas porno... Pero al morir su progenitor, y dado que era el hijo mayor, sobre él recayó el título y, por supuesto, la casa. Que nadie visitaba y nadie podía ver. Se le conocía, además como el barón del porno.

¡Qué intriga, por Dios!

Siguió callada cuando llegaron a la arcada, cuyas puertas de hierro se

abrieron al confirmar Troy su llegada con «el encargo». Se desviaron por uno de los caminos laterales, pero Anne no le quitaba el ojo a la majestuosa fachada de piedra grisácea, que bordearon hasta llegar a la parte principal de la casa: la escalinata con sus cuatro columnas.

Estaba allí. Estaba allí y no podía creerlo.

Antes de que Troy se bajase del coche ella ya se había apeado y cerrado la puerta de un solo y certero golpe. Cuando él abrió la puerta trasera y permitió bajar a Skippy, la puerta principal se había abierto y por ella había asomado la sombra de una mujer mayor, menuda y elegante.

—Pueden pasar, el señor Wilkes estará con ustedes en unos momentos.

Los dos hermanos cargaron con el bulto completamente envuelto que habían traído, aunque se notaba que no era demasiado grande y no era necesario que lo cargaran entre dos. Lo único que Anne esperaba era que no fuera un falo enorme, o un demonio de esos con cuernos que se tocaba el pito, o algo parecido.

Les siguió sin abrir la boca, para ver si nadie notaba su presencia, y entraron al enorme *hall* de madera tan barnizada, que la luz de la lámpara de araña parecía brillar por todas partes.

Mientras ellos colocaban la figura en el suelo con sumo cuidado, un señor trajeado y con bigote apareció por la puerta derecha.

—¡Vaya! Pensaba que no llegaría el encargo, Troy, estaba a punto de marcharme a casa.

—Señor Wilkes —asintió el aludido a modo de saludo, al tiempo que tendía la mano para estrechársela—. Mi hermano ha tenido un contratiempo y he tenido que dejar la oficina para entregar el paquete yo mismo, pero no hay problema, estaba acabado justo a tiempo.

—Bien, ¿podemos verlo? Se acerca la hora de cenar y ya sabéis... Si no llego a la hora, mis hijos y mis nietos no me dejarán ni gota.

Aunque sus palabras parecían amables, el gesto del señor Wilkes parecía decir «más te vale que esté bien o te daré una buena patada en el culo».

Cuando el mueble quedó al descubierto, Anne soltó un jadeo y se tapó la boca.

Era la cosa más bonita que ella había visto nunca, aunque no sabía exactamente lo que era. Era un mueble, eso estaba claro, pero no sabía si se trataba de una mesita de noche o quizá de una pequeña alacena. No debía medir más de un metro y era de color oscuro, casi diría que negro, con unas

molduras dorados y un decorado como de piedras preciosas en la puerta. Parecía elaborado para una princesa.

—¿Eso lo has hecho tú, Troy? —no puedo evitar preguntar.

Él y el señor Wilkes se giraron y la miraron, el primero sin mostrar emoción alguna y el segundo con las cejas arqueadas.

—Eso espero, señorita, de lo contrario me temo que el barón Faversham no estaría muy contento.

—Puede estar tranquilo —irrumpió Skippy—. Mi hermano es el mejor en esto. Échele un vistazo.

El señor Wilkes se agachó, se sacó una extraña lupa de acero inoxidable del bolsillo de la chaqueta y comenzó a darle vueltas al pequeño armario murmurando «ajá», «mm» y «oh» cada vez que observaba un detalle. Los dos hermanos no le apartaron el ojo de encima, Skippy visiblemente impaciente y Troy, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Es magnífico, ¡magnífico! —dijo al fin, tras un breve silencio que terminó por crisar a Anne—. Estoy seguro de que el barón la encontrará más que aceptable. ¿Tienes los documentos de entrega?

Troy se los sacó de la chaqueta y se los extendió.

—Tiene que firmarme uno para mí.

—Por supuesto, por supuesto. Es casi una obra de arte. ¿Cuánto has tardado en hacerla?

—Depende de cómo se mire —le respondió Troy.

El señor Wilkes negó con la cabeza, sonriendo, y firmó los papeles apoyándose en el mueble recibidor que había junto a la pared.

—Es magnífica. Casi podría pasar por una pieza original del siglo diecinueve, tras haber sido restaurada... En fin, el resto del pago se te abonará en la cuenta, como acordamos.

Troy asintió de nuevo.

—En diez días.

—Exactamente, diez días —señaló Wilkes—. Vaya... el mismísimo Luis XIV podría haber guardado aquí sus joyas. ¡Espléndida!

—Me alegro de que esté satisfecho, señor —concluyó Troy.

Entonces Anne se fijó en que la tensión parecía esfumarse y que sus hombros se relajaban de manera notable, al igual que las facciones duras de su cara. Sonrió, se despidió del señor Wilkes y ordenó, con un simple gesto de la cabeza, que le acompañaran de nuevo a la furgoneta.

Cuando llegó, soltó un suspiro de alivio y apretó el volante con los puños.

—Tienes suerte, Skippy, porque de no haber llegado a tiempo...

—Venga ya, Troy, no ha pasado nada...

Él se giró a la velocidad de un rayo y le señaló con el dedo.

—¡Nunca más! ¿Me oyes! ¡Nunca más! ¿Sabes el dinero que he invertido en esa pieza? ¡Ni el adelanto me llega para cubrir gastos! Si no hubiera podido entregarla, estaría completamente arruinado, ¿entiendes? ¡En la calle otra vez! Y no lo pienso tolerar. Me ha costado muchísimo dedicarme al fin a esto, y si tú no eres capaz de cumplir con un mísero horario de trabajo, lo siento pero tendrás que buscarte la vida como todos los demás.

Arrancó el coche y, sin decir nada, salió derrapando a toda velocidad por el camino de acceso.

Capítulo 9

No podía soportar más la tensión que se había ido acumulando a lo largo de la tarde. O mejor dicho, la había soportado, pero estaba a punto de explotar por alguna parte, y no sabía de qué forma.

De todas formas, todavía quedaban cosas pendientes. Cosas que, por culpa de su hermano menor, se habían visto implicadas en aquella tarde de locos y no había tenido el valor de dejar atrás.

Está bien, no eran solo cosas: era una mujer. Anne Mayers, para ser más precisos.

El mundo la estaba poniendo a prueba, pero estaba seguro de que acabaría superando tanto esa como todas las que se interpusieran en su camino. Ya lo había hecho con anterioridad, y podría volver a hacerlo si se lo proponía.

Hacía rato que Anne había dejado de parlotear a su lado, y por raro que pudiera parecer, que el sonido de su voz se hubiera apagado no le tranquilizaba ni aliviaba el dolor de cabeza que le había estado martilleando toda la tarde, sino que le hacía presentir que algo no andaba bien. Y eso no era bueno. Nada bueno.

La miró de reojo, pero ella seguía ensimismada en el paisaje nocturno de Yorkshire. Su mirada se deslizó sin querer —o sin haberlo pensado antes— por sus pechos, que se alzaban por encima de sus brazos cruzados, y continuaron hasta sus piernas, que tenía cerradas y muy juntas. Recordó aquella otra ocasión en que él abrió esas mismas piernas. Y ella le dejó abrírseles.

Apartó la mirada del jugoso cuerpo femenino que había junto a él y volvió a fijarla en la serpenteante carretera, apretando la mandíbula de la misma manera en que aferraba sus propios puños al volante para intentar encarrilar sus pensamientos.

Tenía que dejar a Skippy en casa. No se fiaba de dejarle por ahí suelto y que la volviera a liar otra vez. ¿Cómo había sido tan idiota de confiar en él con aquel encargo tan importante? Sí, había sido idiota porque su hermano llevaba días portándose como un adulto, y él tenía que continuar con los encargos que había dejado atrasados por culpa de ese proyecto. Un proyecto que le apasionaba, porque estaba seguro de haber podido reproducir la pequeña cómoda de estilo Luis XV que había solicitado el barón. Quería remodelar la casa, otorgarle el antiguo glamour que había perdido y reformarla para futuros proyectos, pero no todo el mundo era capaz de reproducir las obras de arte que habían ido desapareciendo con los años.

Y ahí estaba él, un pequeño carpintero con alma de artista, que había tenido la oportunidad de hacer uno de los mejores trabajos de su vida y, encima, pagado. Sus encargos solían ser, por lo general, bastante básicos, y aunque él encontraba mucha paz trabajando la madera, lo que realmente le gustaba era esculpirla, crear cosas con ella.

No tenía ayuda de nadie, a excepción de Skippy, que a veces se empeñaba en que era capaz de comportarse como un hombre hecho y derecho e intentaba demostrárselo, aunque nunca llegaba a buen puerto. Con él, siempre ocurría lo mismo... Cuando todo parecía ir como la seda, iba y metía la pata hasta el fondo, como había sucedido ese día. Y Troy no llevaba años trabajando en su propia casa y su propio taller para perderlo todo, por muy humilde que fuera el negocio.

—Espero que te quedes en casa de Sally y no salgas de ahí en toda la noche, como mínimo.

Fueron las únicas palabras que pronunció, pero Skippy no contestó. Debía de haber cumplido con su misión condenatoria, porque de otro modo le habría contestado que era incapaz de quedarse encerrado en casa, con su madre, un viernes por la tarde. Pero no pensaba ceder ante los aparentes signos de sumisión de su hermano. Ya le conocía, y si mostraba un poco de flaqueza volvería a hacer de las suyas mucho antes de lo esperado. Era lo malo de haber crecido con un padre demasiado viejo como para educar a sus hijos con propiedad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Anne cuando se detuvieron frente a la casa de su madre.

—Hay que dejar a Skippy. Luego te llevaré a casa.

Trató de ser lo más breve posible, porque no quería entablar ninguna

conversación con ella. Esa chica era peligrosa. Si empezabas a seguirle la corriente, en un segundo te verías entre las sábanas y, dos semanas después, con un anillo en el dedo. Y eso era algo que él no pretendía llevar nunca.

Como no provino ningún sonido ni de Anne ni de Skippy, él mismo bajó de la furgoneta y fue a abrirle la puerta. Si se ponía tozudo, tendría que demostrarle que con él no se jugaba.

Pero lo que se encontró al abrir la puerta no fue más que un Skippy con las piernas en alto y la boca abierta, durmiendo como un bebé de doce meses.

—Joder —susurró.

Desde el asiento de delante, Anne se giró y preguntó qué ocurría, pero no poder ver nada salió y fue a colocarse junto a Troy, que todavía seguía pensando si despertar a su hermano con un chorro de agua fría o llevarle a rastras para que aprendiera de una vez.

Anne, ante la vista del cuerpo larguirucho y desgarbado durmiendo a pierna suelta, comenzó a reírse sin control.

—Pobrecito mío —dijo cuando al fin pudo recuperar la respiración—. Estaba tan cansado que no ha podido aguantar.

Se giró hacia ella y contempló su rostro risueño, que observaba a Skippy como si fuera un alma cándida o un angelito caído del cielo. ¿Qué demonios habría pasado entre esos dos? Obviamente, el empeño de ella en defenderle no era normal. Y toda esa parrafada de que era una buena chica y tenía muchos amigos y todo el mundo la quería... No dudaba de que fuera verdad, pero ¿acaso estaba insinuando que tenía algo con su hermano? ¿O que le gustaba? ¿Se habría liado con él? Entrecerró los ojos y no pudo evitar volver a recordarle:

—Te he dicho que es mejor que te mantengas alejada de mi hermano.

Ella se giró hacia él con toda rapidez, y su melena, que hacía rato que ya no lucía tan lisa y brillante y ya había recuperado unas rebeldes ondas que se le escapaban del moño, le rozó el brazo.

—¿Quién demonios te crees que soy? ¿Una devorahombres, o qué?

Él se giró de nuevo hacia el cuerpo inerte de Skippy, pues era incapaz de sostenerle la mirada de aquella manera. Sabía que ella no era una devorahombres... Al contrario, era una mujer todavía joven, inocente y, lo que era peor, enamoradiza. Si se enamoraba de Skippy, acabaría con el corazón roto, y lo más probable era que también Skippy acabara muerto, porque Milo

no aguantaría que un amigo de la infancia le rompiera el corazón a su delicada cuñada.

Sin mirarle todavía a aquellos enormes ojos castaños, se limitó a responder:

—Yo no juzgo a nadie. Voy a sacar a este saco de patatas de aquí ahora mismo.

Se metió en la furgoneta y tomó a su hermano por debajo de los brazos para tirar de él hacia el exterior.

—Eh, rey de la fiesta, si no te despiertas te vas a dar un buen golpe en el culo —le advirtió antes de bajarle.

—¡Espera, hombre! Yo le agarro de los pies, no seas bestia.

Él le dirigió una mirada de reojo. ¿Pero qué demonios? ¿Es que de verdad le gustaba? ¿Estaba empeñada en tener algo con su hermano, incluso aunque estuviera viendo que era un bueno para nada? Sintió una punzada de rabia, y por un instante se preguntó si no serían, además, celos. Pero ¿celos de qué? Él nunca había salido con Anne. Nunca había sido su novia ni nada parecido, no podía tener celos de su hermano... Y sin embargo, no podía dejar que aquello sucediera. De ninguna de las maneras.

Ella se acercó e hizo lo que le había dicho, aunque a duras penas podía aguantar con el peso de las piernas de su hermano. Entre los dos, le bajaron con si fuera un saco de hortalizas y Troy tiró con casi todo el peso de él hacia la puerta de la casa. Al llegar, dejó el culo de su hermano en el suelo, le apoyó la cabeza en la pierna y se sacó la llave del bolsillo trasero del pantalón.

Cuando abrió, y antes de coger al bello durmiente, encendió la luz del salón y gritó.

—¡Mamá! ¡Ya estamos en casa, te traigo a Skippy en estado de coma!

Después, volvió a alzarle y Anne tiró de las piernas, haciendo un notable esfuerzo para llevarle hasta el sofá.

La madre de Skippy, a quien Anne no conocía, apareció desde el pasillo con el pelo despeinado y la bata de estar por casa a medio abrochar.

—Oh, Dios mío Troy, ¿qué le ha pasado ahora a este desvergonzado? Algún día me vais a matar de un disgusto, de verdad.

Él estuvo a punto de recordarle que hacía muchos, pero que muchos años, que él ya no le daba ningún disgusto, sino todo lo contrario... Pero calló, porque ese no era el momento de airear los trapos sucios delante de una desconocida.

Fue entonces cuando Sally se giró y vio a Anne, que la miraba con un poco

de timidez.

—Vaya, ¿y tú quién eres? No me digas que eres la pobre que ha caído esta noche en las redes del donjuán de mi hijo, porque te advierto que no te será fiel ni una semana —le informó con toda sinceridad.

Su madre no parecía tener la edad que tenía. Parecía ser mucho más joven, porque todavía lucía una piel morena tersa y brillante, al igual que el pelo, cuyas ondas negras como el azabache le caían sobre los hombros en una voluminosa cascada que le aportaba un aspecto más juvenil si cabe.

Anne titubeó y luego negó con la cabeza.

—No, señora Jackson, lo siento, yo... ¡no creí que fuera usted tan joven! Vaya, no quería decir eso, solo quería decir que su hijo y yo no...

—Oh... —desdeñó Sally con una mano—, no te preocupes. Todo el mundo piensa que todavía soy muy joven, pero tengo casi sesenta años, niña. No he hecho ningún pacto con el diablo ni lo necesito, por si quieres saberlo, pero así son las cosas. Y bien —se giró de nuevo hacia Troy—, ¿qué ha hecho ahora? No me digas que ha sido algo ilegal, porque te juro que esta vez no se lo perdono —advirtió.

—No ha hecho nada ilegal, pero casi me desmantela el negocio —le respondió él.

—¿Y está borracho?

Troy se giró hacia Anne, y Sally le siguió. Ambos la miraron, expectantes.

—Eh... Yo solo tomé dos copas con él, pero eso fue hace horas ya —les contestó ella, levantando las manos como si la hubieran pillado infraganti—. A lo mejor solo estaba cansado, no tiene signos de nada más —terminó, observándole con ojo clínico.

—Este qué va a tener... Lo que tiene es una cara muy dura y una facilidad para quedarse dormido donde le pille que ya la desearíamos muchos —añadió Sally, cabreada—. Bueno, chicos, gracias por traerle a casa. Hoy dormirá en el sofá —Les miró a los dos de nuevo y, de pronto, arqueó las cejas con expresión de sospecha—. Pero a ver... si tú... eh...

—Anne, señora.

—Anne, si tú no tienes nada con mi Skippy...

—No señora, nada. Solo charlamos, de verdad.

—Entonces debe ser que... —continuó ella, sin haber escuchado lo que Anne decía.

—Anne es amiga mía, mamá. Hemos salido juntos. —Troy interrumpió la

conversación a dos sin saber ni siquiera el motivo que le había impulsado a hacerlo.

Anne y Sally le miraron con la boca abierta, pero la primera no fue capaz de mediar palabra.

—¿Habéis salido juntos? ¿Cuándo ha sido eso? ¿Y ya no, o todavía sí?

Troy sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo. ¿Qué demonios le había hecho decir aquello, como si estuviera marcando su territorio? ¿Qué más daba si salía con Skippy o no? Vale que le preocupara que ella pudiera salir perjudicada, pero... ¿Hasta el punto de dejar claro que no era de su hermano menor, sino suya?

Tragó saliva y suspiró.

—Fue hace tiempo, mamá, y no tengo por qué darte explicaciones sobre mi vida privada. Ya lo sabes.

—¿Cómo que no? Nunca te he conocido una novia, Troy Jackson, en los treinta y tres años que tienes. ¡Nunca! Y ahora vienes aquí con esta chiquilla y me dices que has salido con ella, ¿cómo no quieres que sienta curiosidad? ¡Por Dios, empezaba a creer que eras gay! ¿Queréis una copa? De todas formas, este de aquí ni se va a enterar.

Sally, que parecía desesperada por ejercer de suegra, corrió hacia la cocina y los dejó allí, solos. Anne se giró hacia Troy con cara de espanto.

—Tú... Eso de que empezaba a creer que eras gay no será verdad, ¿no? — fue lo primero que salió por su boca.

Él, contra todo pronóstico, comenzó a reírse y se tapó los ojos con los pulgares.

—No me puedo creer que me preguntes eso.

—Claro que te lo pregunto. No sé si te acuerdas de mi historial. Vamos a ver, que tampoco es que yo crea que vayamos a tener nada ni...

Sally apareció entonces con una botella de licor de coco, que los dos miraron con cara de repugnancia, y tres vasos que comenzó a servir sin parar de hablar.

—Bueno, bueno.... No me lo puedo creer. Eres la primera chica que Troy trae a casa. ¡Qué barbaridad! Y yo que creía que no me iba a dar nietos... Porque ahí donde le ves, es un solitario...

—Mamá, déjalo. Tengo que llevar a Anne a casa —la interrumpió, por miedo a que acabara contando toda su vida en un instante.

—Bueno, pero al menos brindaremos —añadió ella. Les entregó una copa a

cada uno, que Anne miró con recelo, y prosiguió—: brindo por mi hijo, y por que al fin siente la cabeza.

Anne se atragantó con el espeso y bastante asqueroso líquido y Troy lanzó una mirada envenenada a su madre.

—Ya basta. Nos vamos.

—Vale, tú siempre tan arisco... ¡Qué habré hecho yo para que Dios me haya dado a estos hijos! Me merezco un poco de cariño y respeto, ¿no crees?

Él suspiró, tomó a una estupefacta Anne del brazo y caminó hacia la puerta.

—Adiós, mamá.

Cuando montaron de nuevo en la furgoneta, estaba tan avergonzado tanto por sí mismo como por su madre que era incapaz de mediar palabra con Anne, que a su vez parecía haberse atragantado con algo y tenía los ojos abiertos como platos.

¿Qué demonios acababa de hacer? Había metido la pata hasta el fondo. Nunca había presentado a ninguna mujer a su madre porque nunca había llegado a tener una relación tan seria como para llevársela a Sally y que empezara a coserle el vestido de novia. No pretendía casarse y traer al mundo un puñado de niños que tuvieran que enfrentarse a la dura vida de ser mestizo, y aunque hacía tiempo que la gente se había habituado a ver extraños de distintas razas por la zona, él sabía que los habitantes del pueblo de toda la vida todavía miraban con extrañeza a todo aquello que fuera distinto a ellos.

No quería ni buscaba nada serio. Nunca. No deseaba que sus hijos tuviesen los mismos problemas que él había tenido para salir adelante, primero a causa de una estúpida bronca en la que había acabado en el calabozo y condenado a trabajos para la comunidad y después porque nadie se fiaba de él para darle trabajo. Todos sus amigos habían logrado hacer algo con su vida, pero era a él al primero que echaban si ocurría algún problema laboral, porque nadie se fiaba de él. Ni si quiera se molestaban en averiguar qué era lo que había ocurrido realmente, lo más fácil era echar la culpa al mestizo problemático, y dilema resuelto.

Encontrar aquella granja medio en ruinas, reformarla y comenzar a trabajar por su cuenta había sido un largo y arduo camino, ¿quién querría una vida así?

Miró de soslayo a Anne, que ahora se miraba los muslos con el ceño fruncido.

Vale, no quería ninguna relación seria, y tampoco quería hacer daño a Anne... Pero no podía dejar que se viera envuelta en nada con Skippy.

Terminaría destrozada y con el corazón roto otra vez. Aunque, pensándolo bien, a lo mejor no era tan inocente como aparentaba ser. Nadie lo era. Igual su carita de muñeca y de niña buena solo escondía a una mujer odiosa con la que nadie quería estar por su mal carácter. Él solo la conocía de aquella noche hacía ya años... no sabía nada más de ella.

Y sin embargo, le inspiraba... ternura. Y lo que no era ternura también, por supuesto, porque cada vez que un atisbo de la noche que pasaron juntos asomaba a su mente, sentía un dolor insoportable en las pelotas.

Tenía que mantenerla alejada de Skippy. Si Milo se llegara a enterar de con quién había estado tonteando su hermano... no sería tan paciente como él, y con razón. Él solo podría sentarse y mirar cómo le daba una buena zurra.

Pero bueno, cabía la posibilidad de... Se rascó la barbilla mientras lo barruntaba. Sí, era posible. Un poco arriesgado, pero posible.

Si salía con Anne, si intentaba quedar con ella cuando todavía no era demasiado tarde porque Skippy no había llegado a encapricharse del todo de la chica, puede que la tormenta pasase rápido. En poco tiempo, se darían cuenta, como siempre, de que no estaban hechos el uno para el otro... y terminarían tan amigos.

Sí, podía usarse a sí mismo como maniobra de distracción para mantenerla a salvo, porque aunque Anne le gustaba y le provocaba sensaciones que ninguna otra chica le había provocado, estaba seguro de que, al igual que con el resto de mujeres, alguno de los dos acabaría dándose cuenta de que la vida que él podía ofrecer no era la más adecuada. A todas les ocurría, y si no era ella quien daba la espalda a la relación, entonces era él quien se encargaba de que hacerle ver que no funcionaba.

Era su práctica habitual, y hasta ahora no le había fallado.

Y Anne no era, ni más ni menos, que otra mujer más, igual que el resto.

Cuando terminó de repetirse esa frase en la cabeza, desconectó todos los interruptores de alarma que le advertían que era posible que estuviera buscando todas esas excusas solo para acercarse a ella... Y que, probablemente, en esta ocasión no fuera tan fácil romper la relación como había ocurrido antes. No, apartó aquellas ideas de su cabeza, las desechó como si de un trapo viejo y sucio se tratasen, y las tiró al cubo de basura más lejano de un rincón olvidado de su cerebro.

Troy necesitaba a una mujer, y Anne necesitaba a un hombre que cuidara de ella. Por un tiempo, serviría.

Capítulo 10

Anne estaba completamente paralizada.

¿Qué demonios acababa de ocurrir allí adentro? O ella no se había enterado bien o, si no se equivocaba, Troy le acababa de decir a su madre, a su estupenda, guapísima, maravillosa y mulata madre que parecía más joven y guapa que ella, que habían sido novios.

¡Novios!

Si ella nunca había tenido un novio formal. ¿Qué sabía de eso? ¿Acaso se consideraba ser novios haberse acostado una noche juntos? A veces, las relaciones de pareja la confundían tanto que ni siquiera comprendía cómo funcionaban. Ella debería vivir en otro país y otra época, donde todo fuera más sencillo... Pero no, le tocaba vivir en ese lugar y ese preciso momento, y no tenía nada claro lo que un chico buscaba de una relación. A esas alturas.

Así que, después de que Troy confesara a su madre algo que se escapaba a su comprensión, se había quedado, como muy pocas veces en su vida, sin palabras.

Tenía que revisar la conversación a conciencia.

Troy había dicho que no era novia de Skippy, eso estaba claro. También había dicho que no era su propia novia, pero sí que habían salido juntos hacía tiempo, ¿no? ¿Es que él pensaba que hubo algo más entre ellos? ¿No recordaría bien que fue solo una noche? No creía haberle dejado una huella tan marcada, vamos, porque no tenía ni idea de cómo hacer el amor y todo lo había hecho él... Y qué bien hecho, porque cualquier intento posterior, aunque se tratara tan solo de un leve toqueteo, no había alcanzado el nivel de aquella lejana noche.

Ella no se había enamorado de él. Para nada. En absoluto. Recordaba aquella noche con cariño, como todo el mundo recuerda una primera vez que ha sido buena. Pero no le había idealizado. No pensaba en Troy como aquel

chico duro y de aspecto maligno por fuera, pero tierno y atento por dentro. Tampoco pensaba en él como en el chico de los ojos pardos más bonitos que había visto nunca, ni recordaba la forma en que sus tatuajes le decoraban el pecho y los antebrazos, llegando incluso hasta los dedos de las manos.

Tampoco recordaba, como si fuera ayer, la manera en que la había besado antes de despedirse de ella, como si fuera la última vez en que una pareja de enamorados fuera a verse antes de un largo viaje.

No, no recordaba todo aquello de esa manera. Solo recordaba a Troy, el duro de Troy, el amigo de su cuñado Milo, que se había arriesgado a llevársela a casa en una noche de locura en que a ella le habían roto el corazón.

Pero era incapaz de pensar en él de manera romántica.

No, porque estaba claro que nunca, en la vida, iba a llegar a nada con él. ¿Anne Mayers, la pequeña, regordeta e inocente Anne Mayers, con Troy Jackson? Ni de coña. No podían ser más distintos. Él era un tipo que vivía encerrado en sí mismo y alejado del mundo, y ella... ella necesitaba hablar con la gente, tocarla, expresar sus emociones. Era una chica positiva, alegre, y él era... un ogro. Aunque un ogro tan guapo que daba miedo, pero un ogro al fin y al cabo. No había más que ver cómo hablaba con todo el mundo.

Ella le recordaba como alguien abierto y simpático, pero también era cierto que no tuvo demasiado tiempo de intimar con él, ni llegó a conocerle en su vida cotidiana. No sabía quién era Troy Jackson en absoluto, y nunca más se volvió a hablar sobre él en su círculo más cercano.

Se había esfumado, y ahora aparecía allí, como el héroe salvador de un hermano desastre, para entregar una obra de arte que había hecho él mismo con sus propias manos.

¿Quién era Troy Jackson?

«Ni te lo preguntes, Anne, no vayas por ahí», se dijo. «Si empiezas, terminarás sonriendo como una boba cuando pienses en él, te obsesionarás y vivirás soñando con él todas las escenas eróticas de los libros que has leído hasta la fecha, y si le vuelves a ver parecerás una boba tartamuda porque creerás que puede leerte el pensamiento y sabrá todo lo que has estado pensando sobre él y sobre su enorme y musculoso cuerpo y otras partes de su anatomía».

No. No debía emocionarse y pensar que tan solo una frase significaba algo. Además, ellos dos eran tan distintos como el día y la noche... ¿Qué podían

tener en común? Nada en absoluto, desde luego.

¿Podría pasar solo con sexo?

«¿Otra vez? ¡No sigas por ahí, Anne, por favor! Cambia de tema. Piensa en otra cosa», se dijo, casi desesperada.

Una bombilla se encendió en su cabeza.

—¡Oye! No sabía que eras todo un artista... En serio, ¿ese mueble lo hiciste tú solito?

Troy pareció salir del trance en que se había sumido y la miró como si no recordara que estaba allí. Respiró hondo y volvió a fijar la mirada en la carretera. Parecía algo azorado, aunque Anne lo creía muy poco probable.

—Bueno, sí. He encargado los apliques y adornos, pero la mano de obra es mía.

—Vaya... Era precioso, de verdad. No sabía que hacías cosas así. ¿Desde cuándo fabricas esos muebles?

Ese era un tema seguro, sí. Hablando de aquello llegaría sana y salva a su casa y todo acabaría como una aventura más. Una un poco loca, pero aventura y, por lo tanto, efímera, como todo lo que conllevaba pensar en Troy.

—Desde hace muchos años, pero no fue hasta hace unos pocos que pude al fin ahorrar lo suficiente como para montármelo por mi cuenta. No es un gran empleo, casi nadie necesita objetos decorativos de madera... Pero me basta para vivir. Y espero que me siga bastando, porque no pienso trabajar para nadie más en mi vida.

Anne observó los tatuajes de sus manos mientras aferraba el volante y pensó que, probablemente, la mayoría de la gente creyera que Troy no era de fiar. Después de lo ocurrido cinco atrás y de que él hubiera mantenido el secreto tanto como ella, sabía que sí que lo era. Aquella noche todo su ser le había dicho que era un buen chico, que podía confiar en él. Ahora, al verle cuidar de aquella forma de su hermano estaba un poco más segura de ello.

—¿Te gusta esculpir?

Él sonrió levemente, con los ojos fijos en el semáforo en rojo que tenían delante.

—Me relaja. Todavía no es demasiado tarde. ¿Quieres que te enseñe algunos de mis trabajos?

Ella miró el reloj. Todavía seguía viviendo con Jeanette, su madre, porque estaba sola y era la última de las hijas que le quedaban... No se atrevía a dar el paso de marcharse a vivir por su cuenta porque le preocupaba que, al

quedarse completamente sola, su madre se deprimiera. Además, no se estaba tan mal con ella, siempre y cuando no cocinara.

De todas formas, hacía mucho tiempo que Jeanette se acostaba sin mirar si sus hijas llegaban o no a casa, porque confiaba ciegamente en ellas... En algunas más que en otras, pero estaba claro que no era una madre controladora en absoluto.

Pero, ¿en qué estaba pensando? ¿De verdad se iba a ir de nuevo con Troy? Su casa no estaba tan cerca, y estarían ellos dos solos, y... ¿Quería que pasara de nuevo algo entre los dos, o la estaba invitando solo como amigos?

Entonces pensó con frialdad: ¿le apetecía ver sus trabajos? Recordó aquella extraña mesita que había visto en la casa en donde Troy vivía años atrás, y lo precioso que era el mueble que había visto esa tarde, y no tuvo duda alguna.

Solo iba a ver sus trabajos, nada más.

—Claro, me encantaría.

Troy se giró un poco hacia ella y sonrió de medio lado, y Anne se volvió a repetir lo que acababa de decidir: solo iban a ver sus obras.

Nada más.

La casa estaba igual de tranquila y mucho más oscura que cuando habían llegado la primera vez. Tanto, que casi daba miedo, pues no había iluminación alguna en bastante terreno a la redonda: los árboles que la cobijaban solo escondían oscuridad.

Troy aparcó frente al porche y Anne se bajó de la furgoneta de un salto, lo que le hizo acordarse de los malditos tacones del infierno que todavía llevaba puestos y que iba a tirar a la basura en cuanto llegase a casa.

—Ven al taller —le dijo cuando llegó junto a ella—, vas a ver algo que nunca le he enseñado a nadie. Puedes considerarte afortunada, ¿eh?

Ella sonrió ante la broma, pero se preguntó si aquello que acababa de decir sería verdad. Si lo era, ¿por qué iba a enseñarle sus trabajos a una desconocida antes que a cualquier otra persona?

Una vocecita en su interior le dijo: «Eh, perdona, no eres una desconocida, te acostaste con él». Y otra, más inocente y emocionada, le respondió: «¿Es que querrá que nos acostemos otra vez?». La primera, que era un poco más cínica, le replicó: «Ay, ay, ay... pequeña Anne, si quisiera hacer eso no te llevaría a su taller, sino directamente a su cama, y probablemente tú lo

aceptarías de muy buen grado porque te están saliendo telarañas por allá abajo y empiezas a sentir una debilidad horrible por este ser musculoso y enorme que tienes a tu lado».

Mientras le acompañaba, y después de que su cabeza guerreara contra sí misma, le volvió a mirar de reojo. Él se giró hacia ella y le sonrió antes de abrir la puerta que daba paso al taller exterior que había visto antes y que había dado por un simple cobertizo.

—Bienvenida a mi humilde rincón de solaz y reposo —bromeó.

Encendió la luz, y cuando ella entró, volvió a cerrar la puerta casi sin hacer ruido. Sin embargo, ese diminuto, casi imperceptible clic, hizo que Anne se sintiera atrapada en un mundo mágico.

La luz dorada iluminaba toda la estancia. El suelo estaba lleno de serrín y, en el centro, había una enorme mesa de trabajo con una pieza que estaba cubierta con una lona.

Pero lo mejor eran los objetos que había en las estanterías a ambos lados de la pared, junto a herramientas de todo tipo.

Comenzó a caminar y lo primero que tocó fue un pequeño caballito con un jinete y una lanza.

—Es Don Quijote de la Mancha, se lo hice a mi hermana cuando estaba estudiando literatura española y pensaba que no podría acabar la carrera — escuchó la voz de Troy a su espalda—. Ahora que está en York haciendo un master, me lo trajo para que no me olvidara de ella, como si viviera a miles de kilómetros de distancia...

Aunque su tono no era serio, ella notó ese matiz de añoranza que solo los hermanos que verdaderamente se quieren sienten.

—Es precioso. ¿La echas de menos? —le preguntó, mientras observaba la delicadeza de los rasgos del anciano y los músculos del caballo.

—A veces, sí. Pero me he acostumbrado a estar solo. Dice que me convertiré en un huraño. Le gusta hacerme rabiar.

Ella se giró y le vio sonreír, y no pudo evitar sonreírle de vuelta. Bajo todas aquellas capas de tinta, músculos y pelo largo y aparentemente descuidado, había algo que no podía ocultar: la luz de sus ojos. Y eso era algo que a ella no le pasaba desapercibido.

«No vayas por ahí, Anne», se advirtió. Volvió de nuevo a reiniciar su inspección y encontró un pequeño joyero a medio terminar, un oso con su cría y un antiguo reloj de pared cuyo marco estaba decorado con hojas y pajaritos.

—La mayoría son cosas que hice hace tiempo y no he podido vender, o que he dejado a mitad... A veces las hago por puro entretenimiento, porque no tengo nada más que hacer.

La voz de Troy sonó más cerca de ella cuando dio la vuelta y, en la esquina izquierda, tropezó con una pequeña mecedora para niños barnizada en color blanco. En el respaldo había tallada una niña sentada en el suelo que sujetaba un globo, y encima un espacio en blanco, como si le faltara algo.

—¡Oh, qué preciosidad! ¿Para quién era?

Troy se tensó junto a ella.

—Fue un encargo que me hizo una madre para su hija, pero no llegó a nacer.

—Vaya... Qué tristeza —replicó ella.

Había sido testigo de pérdidas de bebés, la más cercana de su amiga Lillie, que había sufrido muchas complicaciones y una pérdida, y sabía lo duro que era cuando algo así ocurría.

Él asintió con la cabeza, sin dejar de observar la pequeña mecedora.

—¿Y en qué estás trabajando ahora? —le preguntó al darse la vuelta y acercarse al banco central.

—Es una escultura, pero está a medias. No suelen encargar esculturas de madera, pero mi cliente colecciona figuras del David de Miguel Ángel y quería una de este material para su colección.

—¿Puedo verla?

El tono de las mejillas de Troy pareció encenderse un poco, pero asintió.

—Claro.

Levantó la lona que lo cubría. La pieza estaba recostada porque estaba trabajando en los rasgos de la cara, pero el torso estaba esculpido por completo y parecía... perfecto. Anne pasó las manos por el pecho y los abdominales del David y sintió la madera caliente.

—Es genial, Troy.

—Todavía no está terminado, no sé si conseguiré el efecto deseado.

Ella negó con la cabeza.

—No seas tan negativo. Seguro que puedes hacerlo. Eres un artista.

Él sonrió levemente y la miró de una forma en que no lo había hecho hasta ahora... Como si la estudiara por primera vez, como si estuviera grabando sus rasgos de memoria para poder retratarlos en una escultura.

Se sintió avergonzada, cohibida, y por un instante sintió deseos de esconderse debajo de la lona y decirle que no continuara observándola así,

pero no hizo nada de eso. Le observó acercarse a ella hasta quedar casi pegado, y se apoyó en la mesa para no caer hacia atrás. Sus ojos la seguían observando con una intensidad abrumadora, como si fuera el lobo y ella una tierna niña a la que podía saborear. Las piernas comenzaron a temblarle. Entonces, la cabeza de Troy descendió y, sin previo aviso, la besó.

Al principio, Anne abrió los ojos como platos por la sorpresa, pero justo cuando iba a cerrarlos y abandonarse a aquella tierna suavidad que Troy le estaba brindando, él se separó de ella y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Lo siento, no he podido evitarlo, yo...

Ella negó con la cabeza. Estaba muerta de vergüenza, y no sabía realmente por qué.

—No te preocupes, no ha sido nada.

Se separó de él, cubrió la escultura con la lona y volvió a plantarle cara, esta vez más segura de sí misma.

—¿Puedes llevarme a casa?

Él, que no se había movido de donde estaba, la observó durante un momento tratando de adivinar qué pasaba por su cabeza... Pero Anne se había cerrado en sí misma y no pensaba dar marcha atrás. Observó cómo encajaba la mandíbula y volvía a mirarle levemente los labios, pero no hizo nada más que separarse de ella de nuevo y dejarle su espacio.

—Claro, no hay problema —le respondió en un tono casi inaudible.

Agarró las llaves, que había dejado encima de la mesa de trabajo al entrar, y salió a la oscuridad de la noche seguido de una Anne silenciosa y abrumada.

No necesitó volver a indicarle el camino a casa, porque él lo conocía... Así que, durante el trayecto, ninguno de los dos fue capaz de pronunciar palabra.

A veces, Anne miraba la mano de Troy al cambiar de marchas y se sentía pequeña e insegura. ¿Por qué le ocurría eso con él? Si recordaba en la manera en la que se habían conocido..., no le gustaba pensar que era un caso de caridad para Troy. Pero él la había vuelto a besar. ¿Lo había hecho solo porque ella había halagado su trabajo? Si era la primera vez que le mostraba sus cosas a alguien, entonces a lo mejor era normal que se sintiera agradecido y le diera un pequeño beso como el que le había dado, ¿no?

Pero a ella le dolía. Y le dolía porque, en realidad, estaba empezando a ver a Troy a través de lo que los ojos le decían: como alguien hermoso, escondido tras una apariencia que era diametralmente opuesta a su verdadero yo. Pero

siempre había imaginado a su chico ideal como alguien más... corriente, comprensivo, cariñoso y amable. Y Troy no era, desde luego, lo que se dice corriente. Tenía una apariencia extraordinaria, un cuerpo de infarto y una mirada que podía hacer derretirse a cualquier mujer. A cualquiera.

¿Por qué jugaba con ella, una chica tan... normal e insignificante? Seguro que él estaba acostumbrado a salir con mujeres de esas que estaban todas delgadas, fibrosas, con la piel morena y llenas de tatuajes. Anne no podía ser su tipo, era imposible. Y odiaba sentirse así, como si no fuera merecedora de algo.

Troy aparcó la furgoneta en la puerta de casa, pero Anne no podía despedirse sin saber de verdad qué era lo que había ocurrido. Si no lo aclaraba sabía que después se volvería loca dándole vueltas.

—Oye, ¿te apetecería que nos viéramos algún otro día? Quiero decir, que saliéramos juntos y eso —habló él antes de que ella pudiera abrir la boca para preguntar nada.

Le miró con los ojos abiertos de par en par. Troy tenía la capacidad de dejarla muda, eso había que reconocérselo. ¿Qué estaba sucediendo? Primero decía que habían salido, luego la besaba, y luego esto. Entrecerró los ojos y le miró como si le estuviera lanzando dardos a través de ellos.

—¿Me estás tomando el pelo? —fue lo primero que salió de sus labios, sin filtro ni nada. Al ver la expresión dolida de él y cómo apretaba los labios, trató de explicarse un poco mejor—. Es decir... ¿En serio te gusto? No me parece para nada que yo sea tu tipo, Troy.

El color de las mejillas de él pareció subir un par de tonos, casi casi hasta llegar al morado. Incluso a través de su piel morena pudo notar cómo se había sonrojado.

—¿Quién dice que no seas mi tipo? ¿Es eso una excusa para decirme que no? Porque puedes decirlo libremente y no pasa nada, te lo aseguro. Puede que no sea la mejor opción disponible, pero sé encajar un no como respuesta.

En ese momento los dos se miraban con suspicacia. Bueno, más bien ella le miraba con suspicacia y él con algo de rabia. Había apoyado los brazos en el volante y así como estaba, inclinado y mirándola con la cabeza girada hacia ella, le pareció que se había tomado su pregunta demasiado a la defensiva.

No podía creerlo.

—No es eso, Troy. Es que... Nunca nos había imaginado juntos. Es decir, hace años pasamos una noche estupenda y todas esas cosas, pero tenía claro

que era eso, una noche... Y ahora, después de tanto tiempo, de repente nos vemos y me pides salir. Ambos somos mayores. Yo no estoy... o sea, que los años no han pasado para mejor para mí, como mínimo sigo estando igual, y... Mierda, mi madre está mirando por la ventana —se detuvo en seco, sofocada y muerta de vergüenza.

—¿Qué estás tratando de decir, Anne? ¿Estás intentando convencerme de que no me siento atraído por ti? —continuó él, sin importarle que Jeanette fuera testigo de su intercambio de palabras—. Porque no soy un tipo que suela mentir, y sí me siento atraído por ti. Quizá seas tú la que no quiere salir conmigo y estás dándole vueltas al asunto para intentar no herirme, pero que quede claro que soy perfectamente capaz de aceptar cualquier tipo de rechazo. Ya lo he vivido en otras ocasiones y aquí estoy. No ha pasado absolutamente nada.

—Eh... —titubeó. Estaba nerviosa y perdida—. No te estoy rechazando, simplemente me estoy planteando adónde nos llevaría salir como pareja, nada más. Es normal que sea un poco precavida, ¿no crees?

—Tienes prejuicios —replicó él.

—¿Qué? —seguía sin enterarse de nada y, además, estaba algo distraída con la sombra de la cabeza de Jeanette visible claramente a través de la ventana del salón—. ¿Prejuicios de qué? Te puedo asegurar que soy la persona que menos prejuicios tiene del mundo. Ni siquiera sé a qué te refieres.

—Bien, ¿entonces eso es un sí o un no?

Troy volvió a apoyar la espalda en el asiento y se cruzó de brazos, a la espera. Al hacerlo, los músculos de su pecho y sus bíceps se abultaron bajo la camiseta blanca que, además de ajustada, potenciaba el color de su piel.

Anne lo meditó dos segundos. Podía no salir con él, y quedarse con las ganas de saber qué pasaría. O podía salir con él y arriesgarse a que le rompiera el corazón, porque seguramente sería eso lo que acabaría pasando. ¿Correr el riesgo o no correrlo? Esa era la cuestión.

Quizá toda su vida se había equivocado al tratar de ir sobre seguro.

Y, joder, Troy era... Troy.

—Es un sí.

Y dicho esto, salió de la furgoneta, gimió por el dolor de pies y muslos, y le miró antes de cerrar la puerta.

—Pero ni se te ocurra jugar conmigo.

—No —dijo él con rapidez, meneando la cabeza—. Nunca he jugado con

nadie.

—Mi hermana Nicky te matará si me haces daño —volvió a repetir con un gesto amenazador. O todo lo amenazador que fue capaz de fingir.

—Lo sé.

—Y seremos siempre claros y directos —continuó ella—, de modo que cuando uno de los dos crea que la cosa no va a más, se lo dirá al otro lo antes posible.

Troy alzó las cejas.

—Eh... ¿vale?

—Bien, pues entendido. —Se puso la mano en la cadera y alzó la mirada, desafiante—. Tengo libre el próximo sábado por la noche. Puedes recogerme al salir del trabajo, en View Court —continuó, envalentonada.

—Perfecto —contestó él, mirándola como si fuera un complicado puzzle.

—Bueno, pues hasta luego.

Anne cerró la puerta de un portazo y se dirigió a casa, donde seguro que tendría que contar toda la historia con pelos y señales antes de irse a la cama...

No miró atrás, así que no vio cómo un perplejo Troy seguía allí parado, frente a su portal, mirándola con incredulidad.

No arrancó hasta que ella hubo entrado en casa, sana y salva.

Capítulo 11

*T*roy aparcó la furgoneta en la puerta de la entrada principal del geriátrico y esperó. No sabía exactamente a qué hora terminaría ella ni tampoco habían intercambiado teléfonos, así que pensó que lo mejor sería ir temprano y esperar a que ella saliera.

Como no se decidía sobre la hora en la que debía recogerla, allí estaba, a las cinco de la tarde, tras darse una buena ducha, peinarse su alocada melena y ponerse el atuendo más decente que tenía, que no era demasiado. Le bastaba con encontrar los vaqueros más nuevos y una camiseta que estuviera intacta y no pareciera recién salida de la Primera Guerra Mundial.

Por lo que sabía, Skippy no había intentado contactar con Anne, pero todo era posible. De momento, la noche que ella tenía libre la pasaría con él, y con eso se daba por satisfecho.

En parte.

Durante toda esa semana no había podido quitarse a Anne de la cabeza... A ella, y a su discursito antes de desaparecer. ¿Acojonado? Sí. No. Quizá un poco. Desde luego, su intención no era romperle el corazón, ni creía que esa posibilidad existiera nunca. Más bien al contrario. Se sentía un poco mal por haberla manipulado para que saliera con él a base de chantaje emocional — aunque en realidad, sí tenía sus dudas sobre que ella no tuviera prejuicios—, pero había logrado su propósito de que aceptara salir con él. Lo único que esperaba era que ella no pensase en un compromiso formal. Solo iban a salir; a probar qué tal les iba. Como todo en la vida, tendría fecha de caducidad.

Y era eso justo lo que le carcomía por dentro. Cómo llegarían a ese final.

En fin, respiró hondo, se cruzó de brazos y se acomodó en la furgoneta. El principal objetivo, que era mantenerla alejada de su problemático hermano, estaba conseguido. Si salía con él no estaría por ahí haciendo locuras con Skippy.

Y el segundo objetivo, que le había rondado por la cabeza desde que ella descubriera la figura sin terminar del David de Miguel Ángel, era repetir lo que habían hecho unos años atrás. Refunfuñó y se colocó mejor el paquete, que ahora le apretaba un poco porque se había puesto un vaquero quizá demasiado ajustado, o quizá porque había empezado a ponersele dura con solo recordar cómo ella le había acariciado los abdominales a la talla sin terminar, casi con reverencia. Había imaginado a la perfección aquellas manos blancas y pequeñas, con las uñas pintadas de rosa, acariciando su propio pecho y descendiendo hasta la zona en donde la necesitaba con más urgencia. Y lo había deseado, muchísimo. En ese momento la temperatura de su taller había subido como unos trescientos grados, pero fue capaz de controlarse lo suficiente como para no levantarla allí mismo y follársela encima de su mesa de trabajo.

Anne tampoco se merecía eso.

Dentro de lo posible, quería hacer las cosas bien, y no como solía hacerlas por lo general. Era un hombre impulsivo en cuanto a lo que el sexo se refería, y aunque lo suyo no era comprometerse, sí respetaba a las mujeres con las que se acostaba. Y a Anne la respetaba. Y mucho. Quizá porque era cuñada de Milo, o quizá porque años atrás se había entregado a él de la forma más inocente que hubiera podido imaginar... Algo en su interior se removió al recordar su cara asustada antes de que se introdujera en ella, el dolor que había soportado y cómo se había adaptado después a su forma de hacer el amor. Se había contenido con ella, no quería hacerle más daño del necesario, y creía haber hecho un buen trabajo. Aquella chica tierna, dulce y dolida había tocado un poquito su corazón. Lo había rozado y había despertado en él un anhelo de protección hacia ella, anhelo que se encargó de apagar asegurándose de que no se cruzaría nunca más con ella.

Pero el destino era travieso, y había vuelto a colocarla en su camino años después. No podía permitir que sufriera. Era incapaz de imaginarla con el desalmado de su hermano, y si estaba en sus manos, no lo pensaba permitir. Nunca.

Miró el reloj. Eran las seis. Llevaba una hora allí esperando, perdido en sus pensamientos y en cómo sobrellevar aquella situación, cuando la vio salir por la puerta principal.

De inmediato las manos comenzaron a sudarle, e incluso notó cómo le temblaban un poco las piernas. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Era solo una chica.

Anne se detuvo al ver la furgoneta con él dentro. Se quedó quieta unos segundos, pero después negó con la cabeza y sonrió, haciendo que su melena ondulada se moviera al viento. Se recolocó el bolso tipo bandolera que llevaba sobre la chaqueta y caminó más deprisa hacia donde estaba él aparcado.

Era solo una chica.

Una chica más, se recordó.

Anne se había pasado toda la semana dándole vueltas al asunto de Troy.

Una cosa es que se sintiera atraído por ella, que ya era difícil de asimilar debido a sus diferencias, y otra que lo estuviera hasta el punto de pedirle una cita.

¡Una cita con Troy Jackson! El chico malo, el rebelde del pueblo, el renegado... ¿En qué estaba pensando cuando aceptó? En que debía salir de su zona de confort, sí, pero ahora que había salido, no le gustaba nada la idea. Seguramente no aparecería, se olvidaría de la cita y no volvería a verle de nuevo, y cada uno seguiría con sus vidas como si nada... Y el pequeño y delicado corazoncito de Anne tendría otra muesca más que añadir a su historial de pérdidas.

Sería una pequeña, porque en realidad nunca había llegado a haber nada real entre ellos dos, pero una pequeña pérdida más. No quería ni debía ilusionarse porque, incluso en el hipotético caso de que apareciera, probablemente no tendría nada en común con Troy y, al final, cada uno seguiría por su camino.

Pero ¿y si aparecía? Bah, en realidad no lo creía capaz. No merecía la pena ni pensar en ello. Seguramente no vendría.

Y toda una semana así, dividida entre el deseo de que viniera para descubrir qué podía haber más allá de aquel intrigante físico y un mar de dudas sobre si aparecería o si podría funcionar.

Anne se conocía muy bien a sí misma: era una chica muy corriente, con sus defectos como todas las mujeres, pero muy romántica y soñadora, a más no poder. Necesitaba a una persona atenta y cariñosa a su lado, a alguien que fuera como ella, porque no creía posible que pudiera soportar una relación en donde su pareja no fuera capaz de mostrar afecto. Había nacido en una casa en donde no existían los pudores en cuanto a lo que sentimientos se refiere —a

excepción de Nicky, que era un acorazado letal—, y era incapaz de aceptar algo que fuera en contra de su naturaleza.

Cuando llegó la hora de irse a casa no podía controlar los nervios. Todo en planta estaba tranquilo, los ancianos ya habían cenado y algunos de ellos se encontraban en la sala común, jugando al bingo, o en la sala de baile, donde había acudido un músico que tocaba el acordeón para amenizar la tarde del sábado. Era asombrosa la facilidad con la que los ancianos disfrutaban de las cosas más sencillas. A veces, hasta ella estaba tentada a quedarse y bailar con ellos, solo por el placer de verles sonreír.

Se acababa de poner la chaqueta y colgar el bolso por encima cuando abrió las puertas batientes y enseguida divisó su furgoneta.

Había venido. ¡Había sido capaz de venir! No se lo podía creer... ¡Troy iba en serio!

Sonrió y meneó la cabeza, incrédula. Aquello no podía salir bien...

No podía, pero sería divertido intentarlo. ¡Al carajo con todo lo demás!

Corrió hacia la furgoneta, abrió la puerta del pasajero y se sentó dentro con una sonrisa pícaro en la cara.

—Hola, valiente vaquero. ¿Dónde piensas llevarme?

La boca de Troy se curvó en una ligera sonrisa y sus ojos se convirtieron en dos rendijas que brillaban a la luz del atardecer.

—¿Tienes hambre, vaquera?

Ella soltó una carcajada.

—No hace falta que me hagas nunca esa pregunta, ¡siempre tengo hambre!
—le respondió, agitada.

Vaya, ¿no se estaría pasando de sincera?

Bueno, y qué más daba. A la vista estaba todo... Ella era así, y no pensaba cambiar por nadie. Ni siquiera por el malote con corazón de oro, no señor.

—A sus órdenes entonces.

Él volvió a sonreír, arrancó la furgoneta y comenzó a conducir silbando.

En ese momento, Anne creyó que todo podía ser posible.

Pero el restaurante al que la llevó Troy era tan pijo, que en cuanto Anne puso un pie dentro de él se arrepintió de no haberse arreglado mejor para la ocasión. ¡Por Dios, si ni siquiera pensaba que él acudiría a la cita! ¿Cómo iba a saber que la iba a llevar a uno de esos restaurantes donde el camarero te coloca la silla y, si te descuidas, hasta la servilleta debajo de la barbilla?

Se sintió torpe y poco arreglada, con sus simples vaqueros rotos y el jersey

amplio que trataba de disimular su generosa zona pectoral, pero Troy parecía de lo más tranquilo.

—¿Qué desean beber? —preguntó el camarero una vez se hubieron acomodado.

Su pareja tomó la carta de vinos y pidió uno tinto con nombre francés. Anne miró con disimulo la carta y vio que el vino valía sesenta libras... Abrió los ojos como platos y después se fijó en la carta.

¡No entendía nada! Ni pajolera. Ella no hablaba francés. Bastante tenía con dominar su lengua materna, que ya era de por sí complicada. Los idiomas nunca habían sido su fuerte. Miró con disimulo a Troy, que estaba estudiando su carta con el ceño fruncido. ¿Le ocurriría como a ella, o él sí comprendería lo que allí había escrito?

Asomó los ojos con disimulo por encima de la carta y carraspeó.

—¿Has venido antes aquí a cenar? —le preguntó. Creyó que era la mejor manera de sondear, disimuladamente, qué plato podría recomendarle.

Esperaba que se ofreciera a pagar él, porque ella no había contado con echarse doscientas libras al bolsillo. Como mucho llevaría encima unas cincuenta, y la tarjeta de crédito había llegado ya a su tope.

—No, es la primera vez que vengo —le respondió él sin levantar la mirada de su carta.

Ella le observó perpleja. ¿Y ahora qué? Pues nada, a ser directa.

—Oye, no entiendo nada de lo que pone aquí y ni siquiera sé si me gusta. Yo soy más del tipo de chica que va a un *Fish&Chips* y les echa vinagre a las patatas, y hasta ahí es donde llega mi excentricidad. ¿Por qué no nos tomamos el vino y una ensalada y me llevas a otra aparte a comer una hamburguesa? —le susurró por lo bajo, por temor a que pudieran oírla el camarero o el maître.

Entonces, Troy alzó al fin la mirada y clavó en ella unos ojos risueños.

—Creo que es la mejor idea que podías haber tenido —comentó, tratando de aguantar la sonrisa y dejando la carta a un lado—. No tengo ni idea de francés, y además supongo que aquí los platos serán demasiado refinados para mi gusto... Sin embargo, pensé que te gustaría que te trajera a algún sitio así.

Ella se puso colorada. ¿Había pensado en ella de manera romántica? No lo esperaba, pero en cualquier caso le parecía adorable. Adorable, pero poco práctico, porque ella era de buen comer.

Trató de reprimir una carcajada, pero le salió un sonido bastante extraño, parecido al gruñido de un cerdo, justo cuando el camarero llegó con la botella

de vino que había pedido Troy, listo para servirles.

Entonces, no pudo reprimir la risa por más tiempo y comenzó a reír de manera estrepitosa, con lo que varios de los comensales de las mesas circundantes se giraron a mirarla con cara de albóndiga pachucha.

Troy, a su vez, comenzó a reír también al observarla, pero fue capaz de darle las gracias cuando le sirvió e hizo probar su copa de vino.

Estaba muy rico, pero él no sería capaz de distinguir entre un vino de veinte y otro de sesenta libras. Aun así, había querido impresionarla llevándola a un lugar bonito e invitándola a una cena de las de verdad, con buen vino, buena —o eso decían los entendidos— comida y un entorno agradable.

—Verá usted —comenzó Anne cuando el camarero preguntó si ya sabían lo que querían—, justo ayer me puse a dieta. Y resulta que puedo comer poco más que cuatro tipos distintos de hierbas, así que, ¿qué ensalada me recomienda?

Troy pareció atragantarse con el sorbo de vino que acababa de dar, pero se controló con rapidez y observó con atención el intercambio entre los dos.

—Yo pediré lo mismo, por favor —dijo, cuando ella se decidió.

La sonrisa de alegría de Anne fue contagiosa.

—Mejor terminarnos cuanto antes la ensalada y el vino, porque tengo un hambre de muerte.

—Estoy contigo —contestó él, levantando su copa para brindar con ella.

—De todas formas —le dijo ella después de dar un par de sorbos—, te agradezco que me hayas traído a este sitio, aunque solo sea por el vino. Está riquísimo. No sé si aguantará hasta que traigan la ensalada, te advierto. Y eso que no me suele gustar el alcohol.

—No te preocupes. —Los ojos de Troy se arrugaron en las esquinas—. Bebe y disfruta. Brindo por una noche especial —terminó, levantando su copa hacia la de ella.

Anne la rozó, algo azorada por la situación tan... romántica en la que se encontraba sin haberlo esperado.

—Por una noche especial —replicó.

Veinte minutos después, se habían acabado la botella de vino y las cuatro hojas de lechuga de distintas especies yacían dispersas por ambos platos. Troy se sacó la cartera, arrojó billetes suficientes para pagar la cena y la propina, y se levantó de la mesa.

—Creo que es hora de esa hamburguesa, ¿verdad?

Anne, que estaba de lo más relajada gracias al vino, no podía estar más de acuerdo.

—A esa invito yo —le contestó, guiñándole un ojo.

Troy sonrió, llegó hasta ella y, cuando se levantó, le puso la mano en la parte baja de la espalda para acompañarla hasta el coche. Ella sintió cómo el calor le atravesaba la ropa. Su mano era casi tan grande como la cintura de ella, y sintió un gran alivio de que fuera así. Le hacía parecer más... esbelta. Y no sintió el calor solo en esa zona del cuerpo en donde él le estaba tocando, sino que se extendió por todas sus extremidades hasta hacer que sus mejillas se sonrojaran todavía más. Le gustaba que él la tocara, sea como fuere, incluso aunque fuera aquel leve contacto. Cuando él la tocaba, se sentía... protegida, femenina y deseada, por muy idiota que pudiera parecer la idea.

Troy la llevó a una hamburguesería del paseo marítimo y allí pidieron todo lo que les apeteció, incluidos los helados de postre con sirope de caramelo. ¡Eran sus preferidos! Y le encantaba comérselos derretidos, con el caramelo deslizándose por toda la cuchara y la nata casi líquida... No podía esperar a probarlo, pero antes había que atacar la hamburguesa.

Se sentaron en una mesa apartada, cada uno con su bandeja. Anne agarró su hamburguesa, una de pollo, y le dio un buen mordisco. Cerró los ojos y disfrutó del maravilloso sabor, ronroneando de placer. Cuando los abrió, Troy todavía no había tocado su hamburguesa y la miraba fijamente.

—Esto sí que es una buena cena —dijo ella después de tragar.

Lo vio sonreír como hacía él, alzando levemente un lado de la boca.

—Pero aquí no hay vino —replicó. Agarró su hamburguesa y le dio un bocado tan grande, que casi se llevó consigo la mitad de la misma.

Ella no podía dejar de mirarle tampoco. Se lamió la comisura del labio, donde al parecer se le había quedado un poco de mayonesa. Troy siguió todos y cada uno de los movimientos de su lengua. Hacia arriba, hacia la comisura, hacia abajo otra vez...

—No importa, siempre lo podemos tomar después —sugirió—. La noche es joven, vaquero.

Le dio otro mordisco a la hamburguesa y se reclinó en su asiento. Troy hizo lo mismo, visiblemente más relajado.

—Cuento con ello, princesa —le respondió con una mirada enigmática—. Y bien, ¿qué tal te ha ido hoy el día en el trabajo?

Entre bocado y bocado consiguió contarle anécdotas sobre los ancianos a

los que cuidaban. Le explicó que una de ellas, la señora Dorothy Dennis, estaba enamorada del doctor Morgan, el marido de su amiga Lillie, desde hacía años y que la mujer tenía una inventiva inagotable a la hora de buscarse artimañas para acudir a la consulta los días que tocaba. La última de ellas había sido un problemilla de lubricación —que Anne remarcó haciendo el signo de las comillas con las manos— a la hora de hacer el amor, que había acabado en realidad en una consulta sobre preliminares antes del sexo. El doctor había llamado a Anne a mitad de consulta porque ya no sabía cómo salir de aquel atolladero, y habían acabado teniendo una conversación a tres sobre las lindezas del sexo.

¡Como si ella fuera una experta!

En cuanto dijo aquello se puso roja como un tomate, pero acto seguido comenzó a reírse de sí misma y de todo lo relacionado con su poca experiencia.

—Pero a nivel empírico, sabes —replicó—. Quiero decir, que leo mucho al respecto y soy una entendida del tema, pero físicamente no es que lo haya practicado mucho... —volvió a ponerse roja y reír al mismo tiempo—. Lo estoy arreglando, ¿a que sí?

Troy no podía evitar que su sonrisa le contagiara. Cada vez que la miraba y cuando más hablaba, más dulce le parecía, más ingenua, más joven y vulnerable.

Probablemente no fuera ese el caso. Lo más seguro es que fuera solo su percepción y que, en realidad, Anne no fuera la chica tan ingenua e inocente que él pensaba. Eso le vendría muy bien a su conciencia. Podría permitirse que ella le gustara cada vez más si todo quedaba bien claro desde el principio.

Y todo estaba muy claro. Y era muy sencillo, tan sencillo... Con Anne no necesitaba mostrarse como alguien que no era. No tenía que impresionarla, porque ella lo convertía todo en algo de lo más natural, incluso un vino español de reserva.

Se sentía tan cómodo con ella... Que no quería que la noche acabara. ¿Y por qué debía hacerlo? Ambos eran adultos.

—¿Quieres dar un paseo? —le preguntó en cuanto ella terminó de lamer el último sorbo de nata con sirope de caramelo, algo que había puesto a cien a Troy en menos de dos milésimas de segundo.

Necesitaba enfriarse, y lo necesitaba rápido.

—¡Claro! —le respondió ella, ignorante de cuál era la verdadera situación

de él.

Dejaron las bandejas en su sitio y salieron al aire fresco. Había anochecido, y era una preciosa noche en la que corría la brisa fresca y podían verse con total claridad las estrellas. Caminaron el uno junto al otro hasta pasar la zona de la feria y adentrarse en el paseo más tranquilo que bordeaba el castillo. Troy llevaba las manos metidas en los vaqueros porque, de no ser así, probablemente la habría empujado contra su cuerpo allí mismo, a la vista de todo el mundo, para probar el sabor a nata y caramelo de su propia boca.

Anne miraba hacia el cielo y sonreía. De un salto, se encaramó sobre el muro que daba al océano y suspiró.

—Este es el mejor lugar del mundo para vivir. Es tan bonito...

Él se colocó a su lado. Miró hacia abajo, en donde las rocas protegían el muro de los pocos viandantes que caminaban por la zona. Con la agilidad que solo puede conseguir una persona que corre por los bosques todos los días antes del amanecer, salvó el muro y bajó hasta las rocas. Se colocó frente a Anne y estiró los brazos.

—Vamos, ven aquí. No podemos perdernos una noche tan bonita frente al mar.

La sonrisa de ella se ensanchó y, con cuidado, giró su cuerpo para encaramarse al muro y no caerse de bruces sobre las rocas. No se fiaba de lanzarse así como así a los brazos de Troy. ¿Qué pasaría si, del impulso y debido a su peso, se caían los dos y tenían un accidente allí, donde nadie les encontraría en un buen rato?

Ni hablar.

Troy observó cómo descendía con mucho cuidado, disfrutando de lo lindo de la vista de las posaderas de Anne durante todo el camino. Cuando llegó abajo, se giró hacia él e intentó no pisarle, con lo que tuvo que aferrarle de la cintura para que no resbalara contra una de las rocas. Soltó un pequeño grito y él la aferró todavía más fuerte, haciendo palanca con sus fuertes piernas contra la dura superficie.

Los pechos de Anne le rozaron el abdomen y, de repente, ya no era capaz de pensar en otra cosa.

—¿Dónde nos sentamos? ¿Por aquí mismo? ¡Mira! Esta roca parece cómoda para dos —comenzó ella a hablar sin percatarse del agitado estado de Troy.

No hacía tanto que no estaba con una mujer, ¿cómo era posible que se le hubiera puesto dura con tan solo el roce de los pechos de ella?

Porque se los había imaginado claramente. Desnudos. Entre sus manos.

—¡Troy! —le urgió ella—. Vamos, siéntate y no te quedes ahí como un pasmarote.

Carraspeó y, tratando de disimular el bulto que había crecido debajo de sus vaqueros, tomó asiento junto a ella y respiró hondo.

—A mí también me gusta el mar. Es... inmenso y salvaje —comentó. Pensar en el mar le aliviaba, eso seguro—. Aunque confieso que soy más de campo.

Ella se giró hacia él, se colocó una mano en la barbilla y sonrió.

—A mí también me gusta mucho caminar por el campo. A veces tomo los senderos que bordean la costa y me hago rutas de horas enteras, solo por el placer de hacerlo.

Él alzó una ceja y se recostó un poco sobre la roca, estirando las piernas para estar más cómodo.

—¿De verdad? No te veía como una chica de campo —bromeó.

—Pues seguro que tampoco me veías como una chica de ciudad, ¿verdad? Porque no tengo pinta de cosmopolita ni de lejos. Mi amiga Lillie ha tratado miles de veces de convertirme en una chica sofisticada, pero al final se ha dado por vencida.

Él la observó con atención. Su cabello rebelde ondeaba al viento, y el aire salado del mar traía de vez en cuando un suave y delicioso aroma de mujer, dulce y ligero.

—¿Por qué cambiarte? Cada uno es como quiere ser —replicó—. Anda, ven aquí.

Una fuerte oleada de cariño le impulsó a tomarla de un brazo para que se recostase contra él. Notó cómo se tensaba, y también notó la dura piedra que se le clavaba en la espalda... pero necesitaba hacer algo así. Necesitaba acunarla entre sus brazos y absorber ese suave aroma con todos sus sentidos. Necesitaba... tenerla cerca. Era peligroso, pero pensaba que era completamente capaz de controlarse a sí mismo.

En cuanto el suave cuerpo de Anne se relajó a su costado, notó cómo la pierna de ella rozaba su muslo y cerró los ojos. Claro que era capaz de controlarse.

—¿Sabes una cosa? —Escuchó su voz serena junto a su pecho—. Mi hermana Linda quería ser astrónoma. Cuando era pequeña siempre estaba dando la lata con las estrellas, y ha sido ahora cuando al fin ha podido comprarse un telescopio en condiciones, porque en casa nunca pudimos

permitírnoslo. Ella me enseñó todas las constelaciones. En verano, solía quedarme dormida escuchándola.

La calidez de su cuerpo comenzó a calentar el suyo a la misma velocidad con la que Troy iba adquiriendo sensibilidad a su tacto, a cada roce de piel contra piel: la pierna de Anne se movía con suavidad, rozándole la espinilla, su brazo descansaba peligrosamente cerca de su estómago y casi podía sentir la curva de sus caderas a la altura de su cintura.

—Debió de ser difícil para vosotras —logró decir.

Tragó saliva y miró el firmamento. Se sentía como... borracho, allí tendido, bajo un manto de estrellas y rodeado tan solo por el runrún de las olas del mar y el aroma y la voz de Anne.

—Claro que lo fue, todo el mundo lo sabe, pero nos ha ido bien al final —replicó ella, con firmeza—. Y no es solo que mi hermana se casara con Tanner, sino que Nicky es una chica excepcional que creó una aplicación de la leche y yo... pues... estoy encantada de trabajar con mis abuelos. No me imagino haciendo otra cosa. ¿Sabes lo solos que se encuentran a veces? Tienen familia, pero la mayoría está demasiado ocupada con sus vidas, todos están criando a sus hijos o trabajando, o las dos cosas a la vez. A los abuelos se les ve un ratito los fines de semana, si es que no hay otro plan mejor, y viven día tras día encerrados en aquellas paredes. Cualquier cosa sobre la que hables con ellos, cualquier gesto, te lo agradecen infinitamente.

Troy pensó en lo que ella le decía mientras observaba las estrellas. Sin darse cuenta, le aferró la mano que tenía más cerca y se la llevó hasta su pecho, donde la apretó con fuerza. Él nunca había pensado en su vejez. Nunca se había planteado tener familia, y por tanto daba por hecho que pasaría sus días solo en la cabaña, hasta morir. No le había dado demasiadas vueltas, no tenía sentido.

Sin embargo, algo en la voz de Anne le hizo sentir una pequeña desesperación en su interior, como si, a esas alturas, se rebelara contra el destino que durante tanto tiempo había abrazado.

—Eres muy generosa —le dijo mientras le acariciaba los dedos de las manos.

Los de ella eran suaves, pequeños y estaban helados. Los de él eran grandes, rugosos por el trabajo y cálidos.

Anne se encogió de hombros.

—Eso me dicen. Pero también me dicen que soy muy nerviosa, y demasiado

habladora. Y que no tengo filtros, y que de tanto hablar se me va a caer la lengua.

Él comenzó a reír de nuevo y su pecho retumbó bajo las dos manos.

—¿Quién te dice eso?

—Mi hermana Nicky. Pero no hay que hacerle caso, le gusta demostrar su amor haciendo justo lo contrario de lo que socialmente se espera. Es así de complicada.

—Apuesto a que sí —susurró él—. Sin embargo, creo que tú tienes muchos más encantos.

No era dado a abusar de los halagos, pero era algo que realmente pensaba y no pudo evitar decirlo. Cuanto más tiempo pasaba con Anne más a gusto se sentía con ella, más cercano y más... comprendido, incluso aunque él no revelara nada de su pasado ni de su forma de ser.

Ella le dio un suave golpe con el pie y rio por lo bajo.

—Cállate —le dijo, avergonzada.

—¿No crees que tienes más encantos que tu hermana Nicky? Porque mira que es difícil no tenerlos. Tu hermana es como un acorazado de...

Anne no le dejó terminar. Le dio un manotazo con la mano libre en el pecho antes de gritarle que parara entre risas.

Fue ese momento en que Troy perdió el poco control que le quedaba y agarró ambas manos entre las suyas, de modo que la empujó a acercarse a él para mirarla directamente a los ojos.

Las risas cesaron. Él observó las pequeñas pecas que tenía en la nariz, los enormes ojos castaños y alegres, sus labios llenos y jugosos... Ella abrió la boca como para decir algo, pero no habló. Se limitó a observarle tal y como él hacía con ella: sus ojos, su nariz, su boca... Él quería besarla, y ella quería besarle. Lo sabía, lo deseaba y no podía evitarlo.

Le soltó las manos y la agarró por la nuca, acariciándole el cabello con suavidad antes de tirar de ella y unir sus bocas. Solo se oía el rumor de las olas y sus respiraciones, cada vez más aceleradas. Al principio, la única intención de Troy era tocarle los labios, como había hecho en el taller. Quería darle un beso tierno, casto, que no le empujara hacia nada más que escapara de su control. Sin embargo, el simple roce de su boca le llenó de calor. Sacó la lengua y lamó su labio inferior con ansia, recordando el sabor del helado de nata y caramelo que ella acababa de tomar, y en cuanto lo hizo, Anne abrió la suya y se entregó a él por completo, casi con fiereza. La apretó contra él, y

ella se colocó sobre sus caderas para poder besarle mejor. Se levantó para no aplastarse la espalda contra la roca y la colocó en una posición más cómoda, encajándola a la perfección sobre su dura erección, ya más que evidente.

Sin saber cómo había llegado hasta allí, Anne se encontró a horcajadas sobre Troy, frotándose contra él y disfrutando de cada roce de sus manos sobre su piel. Su boca la invadía, sus sabores se mezclaban en una perfecta combinación de dulce y salado y ella era incapaz de pensar en otra cosa que en él, en su cálida fuerza, en la forma en que la aferraba e los glúteos para apretarla contra su cuerpo, en su manera apasionada de besar. Todavía recordaba, como si fuera ayer, cómo eran sus besos... Y sabían exactamente igual que los de ahora: a locura.

Troy introdujo la mano por debajo de su camiseta y le tocó un pecho por encima del sujetador, rozándole el pezón con el pulgar una y otra vez.

Entonces se escuchó un grito a lo lejos:

—¡Marchaos a follar a casa!

Los chavales se rieron y se marcharon corriendo, pero Troy se separó de ella y la miró a los ojos tratando de controlar la respiración.

—Estoy de acuerdo con ellos. ¿Vienes?

Capítulo 12

Apenas podía creer que estuviera haciendo aquello, pero lo estaba haciendo. Y vaya si lo estaba haciendo.

Troy había conducido a la velocidad máxima permitida hasta llegar a casa, y en cuanto bajaron del coche, la levantó en peso agarrándola del trasero para ponerla a su altura y besarla sin darle tiempo a respirar. Subió con ella los escalones de la cabaña, que crujieron bajo el peso de los dos, y la soltó solo para sacarse la llave del bolsillo y abrir la puerta de un empujón con la punta de la bota.

Rodaron hacia adentro sin dejar de besarse, y ella suspiró entre sus brazos cuando, al fin, sus piernas chocaron contra uno de los mullidos sofás del salón y la recostó sobre el mismo. Anne abrió los muslos y Troy apoyó su peso en las rodillas y los brazos, que colocó en torno a su cara para no aplastar el pequeño cuerpo de Anne.

Él no había hecho promesas. No había hablado de nada más, le había dicho con claridad lo que deseaba... y ella había aceptado, porque lo deseaba tanto o más que él.

Anne necesitaba en su vida ese tipo de pasión desatada, ese placer descarnado que solo él le había hecho sentir, y quería volver a sentirlo. ¡Cómo deseaba volver a sentirlo!

No, él no le había hecho promesas. La había invitado a su cama, y ella había aceptado de buena gana. Puede que al terminar ella lo echara más de menos que antes, pero no quería pensarlo. Solo quería sentir, dejarse llevar y disfrutar de las sensaciones.

Troy se levantó del sofá, se quitó la camiseta por encima de la cabeza y se deshizo de los pantalones de un tirón. Después, la hizo erguirse hasta quedar sentada sobre el sofá, se arrodilló delante de ella y comenzó a desnudarla con mucha suavidad, sin dejar de mirarla a los ojos.

Anne lo agradeció, porque los labios habían comenzado a temblarle en el momento en que la camiseta había subido por encima de su ombligo. Trató de meter un poco el estómago, pero cuando se quiso dar cuenta él ya le había bajado los pantalones y no había manera de esconder nada de lo que quedaba a la vista.

—Eres preciosa, Anne —susurró Troy, sin parar de mirarla—. Me encantas. Todo en ti me gusta.

Ella cerró los ojos. Sabía que él no era una persona falsa, que lo que pasara por su cabeza debía ser cierto, pero aun así...

No le dio tiempo a seguir esa línea de pensamientos, porque los suaves labios de Troy se posaron en la hendidura que había entre sus pechos. Los posó allí, inhaló con fuerza, y los apretó con sus manos, acercándolos más entre sí. Su lengua rozó uno de los pezones por encima del sujetador y eso fue todo lo que ella necesitó para poner el cerebro en punto muerto y dejar de pensar.

Calor, calor, calor... Solo podía sentir calor por todas partes, pero sobre todo en aquellos puntos que tocaba su boca. Su cálido aliento la abrasaba y la hacía anhelar más, mucho más de lo que le estaba dando por el momento, y sabía que era capaz de hacerlo. Se irguió contra él, buscando que su boca se adueñara más de ella, y le tomó del pelo mientras él le mordisqueaba la línea que seguía el borde de su sujetador. Las manos de Troy buscaron ávidas el cierre, y ella se sintió por fin liberada de esa prenda que estaba entorpeciendo en todo momento su contacto con él.

¿Desde cuándo era tan descarada? La pregunta le sobrevino durante un segundo, y después se esfumó como polvo que lleva el viento en cuanto él cubrió uno de sus pezones con su boca.

Era descarada con él, porque sabía que con él no debía tener temores ni vergüenzas. Porque no había nada escrito entre ellos, solo deseo y placer, y era justo eso lo que necesitaba.

Mientras la boca de Troy la volvía loca en aquellos puntos sensibles de sus pechos que tenía olvidados, sus manos descendieron hasta las bragas y las bajaron con fluidez.

Anne sonrió antes de gemir al sentir un tirón un poco más fuerte en uno de los pezones. Había sido lo suficientemente precavida como para no usar aquella estúpida braga-faja que se había puesto la primera vez y que tanto le costó sacar a Troy.

Cuando las braguitas salieron por sus pies, él le abrió las rodillas y metió su mano en aquel lugar cálido y húmedo que se derretía por él.

Ascendió para mirarla con los ojos nublados, la besó de nuevo en la boca y jugó con aquella endemoniada mano, que acarició y rozó sus pliegues con la pericia con la que un pianista domina las teclas de su piano.

Ella se arqueó, jadeando.

—Me encantas cuando haces ese ruidito —le susurró él al oído.

—¿Qué? —Estaba tan concentrada en aquel punto erógeno de su cuerpo que su voz la descentró, pero al tocarla de nuevo en ese lugar tan sensible de su anatomía, volvió a gemir o, más bien, a emitir un pequeño grito.

—¿Ves? Eso... Eso que acabas de hacer. Me encanta provocártelo —volvió a repetirle al oído en un tono tan ronco, que su voz era casi irreconocible.

El dedo índice de Troy se introdujo con suavidad en su interior mientras que, con el pulgar, continuó jugando con su clítoris. Anne se excitó tanto que se olvidó de quién era, de dónde estaba y a dónde quería ir. Solo deseaba eso, y más. Mucho más.

Cuando la boca de Troy comenzó a descender de nuevo por su cuerpo, lamiendo su piel y dejando un húmedo y cálido rastro por su ombligo hasta llegar a su sexo, gritó sin poder contenerse. Ni siquiera escuchó el momento en que, con gran destreza y usando una sola mano, él buscó el condón en el bolsillo del pantalón que había dejado tirado a su lado, rasgó el paquete y se lo colocó tras bajarse los calzoncillos. Después se irguió hacia ella, le levantó las piernas para sujetarlas con firmeza entre sus brazos, y la penetró mientras la miraba con intensidad.

Ella se aferró a él como si fuera un salvavidas. Le agarró por la nuca, después por los brazos, le pasó las manos por la espalda e intentó asirle de todas las maneras posibles, porque le necesitaba. Así, tal cual, como estaba dentro de ella, con fuerza, a su manera ruda y básica, justo como él era.

Él comenzó a moverse de manera acelerada pero con maestría, haciéndola emitir esos gritos que tanto le gustaban cuando rozaba ese punto tan erógeno en su interior. Pegó sus caderas a las de ella, la aferró fuerte bajo las nalgas y la cabalgó, una y otra vez, de manera casi salvaje, hasta que, no mucho más tarde, ambos terminaron uniendo sus gemidos y, después, sus labios. Esta vez no había sido tan delicado, ni tan cuidadoso, ni tan caballero. La había devorado a placer, la había tomado sin demasiadas florituras, sin palabras de cariño, casi con rudeza y un ardiente anhelo que ella misma sentía.

Se sorprendió de que todo hubiera acabado ya, tan rápido. Quería más.

Poco a poco fueron recuperando la respiración, el uno contra el otro, respiración contra respiración. Un mechón de pelo de Troy se había escapado y le caía a Anne por la mejilla, provocándole cosquillas. Se lo echó hacia atrás y se lo colocó detrás de la oreja, y entonces abrió los ojos, que ahora parecían haberse adaptado a la penumbra del salón.

La luz plateada de la luna se colaba por la ventana que había a su derecha y lanzaba destellos sobre los hermosos tatuajes de Troy. Le acarició la oreja, esa que todavía llevaba decorada con los anillos, y descendió las manos por su cuello hasta llegar a sus hombros. Unos hombros grandes, fuertes, amplios y en tensión, cuya piel se estremeció al sentir el suave roce de los dedos de Anne.

Él continuaba mirándola de la misma forma en que lo hacía ella: sus párpados estaban algo pesados, tenía la mirada lánguida y relajada de quien acaba de disfrutar de una buena ración de sexo y los labios hinchados y mojados. Era la viva imagen de la sensualidad.

Suspiró.

—No hemos llegado a la cama —le dijo para tratar de aligerar el ambiente.

Él sonrió y le besó el hueco del cuello.

—Lo siento —le respondió al tiempo que continuaba depositándole suaves besos en dirección a su oreja.

—No lo sientas, ha estado muy bien.

—Podemos repetirlo de nuevo en la cama. Dame dos minutos —bromeó junto a su oído.

Después, le lamió el lóbulo y se lo mordisqueó.

Ella rio y encogió el hombro. Los besos y caricias en esa parte de su cuerpo le provocaban cosquillas.

—Ese sonido también me gusta —le confesó él, y volvió a mordisquearle el lóbulo.

Ella volvió a reír. Y rio más todavía cuando él abrió la boca e imitó el mordisco de un vampiro en su cuello, con el grito de placer incluido.

Ni siquiera aquella primera vez en que lo hicieron, años atrás, se había sentido Anne tan bien. Estaba cómoda, estaba... tranquila, y estaba además muy, muy a gusto. Tanto que casi le daba miedo pensar en ello, por eso decidió no hacerlo.

—Creo que necesito estirar las piernas —le dijo, todavía riendo a causa de

las cosquillas.

Él suspiró, salió de su interior aferrando el preservativo para que no se moviera, y se lo quitó de un tirón. Anne, mientras le observaba, estiró las piernas una y otra vez hasta que empezó a notar que la circulación volvía a sus venas. Verle erguirse sobre su erección y manejar el condón era una imagen de lo más sexy.

Troy se levantó y la miró con picardía.

—No te muevas de aquí ni un milímetro —dijo antes de girarse hacia el pasillo.

Ella observó cómo se movían sus músculos al caminar, cómo su culo perfecto se mecía hacia arriba y hacia abajo y los tatuajes le conferían un aire casi fantasmagórico en la oscuridad.

¿Sería eso, un fantasma? ¿Una visión pasajera? ¿El ángel de la muerte? Las alas de su espalda así lo decían, dos enormes alas negras que ocupaban sus omóplatos y parecían moverse al hacerlo él.

Anne se tendió de lado en el sofá y se acurrucó contra la almohada. La melena caía despeinada hacia atrás, inundando el reposabrazos con sus rizos de color chocolate. Observó la habitación. Tal y como se había percatado la primera vez, era sencilla pero acogedora. Debajo del sofá había una alfombra y una pequeña mesita tallada que, supuso, debía ser obra del mismo Troy. En una esquina había una estantería con unos cuantos libros y un antiguo equipo de música.

No notó el momento en que se le cerraron los ojos.

Tampoco notó el instante en que unos fuertes brazos la levantaron con delicadeza, como si tan solo pesara como una pluma, y la llevaron hasta la mullida cama del dormitorio principal, donde la recostaron y cubrieron como si fuera una niña.

Ella solo sintió la suavidad de las sábanas, suspiró y sonrió, feliz.

A su lado, Troy se echó sobre las sábanas, todavía desnudo al igual que ella, y la observó con el ceño fruncido.

Nunca se había mostrado tan sentimental cuando estaba con una mujer. Nunca. Observó cómo el pecho de Anne subía y bajaba al respirar, cómo las puntas rosadas de sus pezones se erguían, algo erizadas, y le invitaban a acariciarlas. Deslizó la mirada por sus suaves caderas y se imaginó esculpiéndola, con sus torneadas piernas en la misma posición en la que

estaban en ese momento y su larga y rizada melena bordeando esas redondas montañas que tanto le gustaban.

Podría inmortalizarla, sí. De hecho, sintió unos deseos tan apremiantes de hacerlo, que se levantó y comenzó a bosquejarla mientras dormía.

Por qué le ocurría todo aquello precisamente con Anne, no lo sabía. Ese afán de protección, de desear tenerla a su lado, de saber que nada malo le ocurriría... Era extraño para él. Extraño en el sentido afectivo, porque él ya tenía muchas personas de las que preocuparse y a las que cuidar, y en realidad no necesitaba a nadie más. No recordaba haber experimentado nada similar con ninguna chica, solo con ella, años atrás. Y ahora, ese sentimiento era todavía más fuerte, más... imperioso, casi exigente.

Dibujó el contorno de su cabeza, sus hombros, su cintura y sus caderas desde varios ángulos, el mejor de todos el trasero. Le pareció glorioso dibujar su espalda, suave y nívea, que acababa dividida por la suave línea de la columna vertebral y en aquellos dos hoyuelos sobre el trasero que le fascinaban. Le pareció tan hermosa como una ninfa de los bosques, como la protagonista del cuadro trágico de *La Ofelia*, de John Everett Millais, una dama medieval que no yacía dormida, sino en su lecho de muerte...

Entonces dejó a un lado los papeles, se metió en la cama junto a ella, cubrió a ambos con el edredón y la abrazó contra su cuerpo. No sabía por qué había recordado esa imagen en ese preciso momento, pero tenía que borrarla de su mente.

Ella era Anne. Su Anne. Y a ella no le ocurriría nada. Al menos, no mientras la tuviera cerca.

Anne sintió que algo le hacía cosquillas en la espalda y se removió.

Estaba muy bien así dormida. Había hecho turno doble en la residencia y estaba tan cansada, que podría dormir veinticuatro horas seguidas, sobre todo por el ligero dolor que sentía en...

Abrió los ojos, de repente. Las cosquillas continuaban haciendo de las suyas en su espalda, y al no reconocer la habitación en donde estaba, se dio cuenta de que lo que había ocurrido la noche anterior no había sido un sueño.

Entonces, las cosquillas dejaron de ser cosquillas para convertirse en una mano completa. Una mano grande, fuerte y con dedos rugosos que acarició su

espalda de arriba abajo, apartando los mechones de pelo que se interponían en su camino.

—¿Estás despierta?

La nariz de Troy rozó su nuca y se movió ligeramente, inspirando el olor de su cabello.

—Ahora sí. ¿Qué hora es? —Miró a su alrededor, pero nada podía indicar qué hora de la noche, o del día, o del día siguiente podría ser, porque había caído en un sueño tan profundo que ni siquiera recordaba haber soñado nada.

—¿De verdad importa? —ronroneó él a su oído. La mano que recorría la espalda se dirigió hacia la cadera y la apretó contra él, haciéndole sentir la calidez de su erección contra el trasero.

Ella cerró los ojos y jadeó.

—Tengo que trabajar el lunes —dijo a media voz.

—No te preocupes, el lunes estarás allí.

Y dicho esto, la hizo rodar hasta quedar boca abajo sobre el colchón, le abrió las piernas con una de sus rodillas y le levantó los brazos hasta colocárselos sobre la cabeza, sin desasir ni por un momento sus manos de las de ella. Le lamió el cuello, se lo mordió con un poco más de fuerza de la necesaria y ella dio un respingo, pero eso la excitó todavía más de lo que ya estaba. Después, Troy lamió el lugar donde la había mordido y, de un suave y certero movimiento, se introdujo en ella.

Ahogó una exclamación ante la repentina invasión, pero no se sintió incómoda en absoluto, sino todo lo contrario. En el momento en que él estuvo por completo en su interior, ella levantó el trasero buscando más, acoplándose a él hasta quedar completamente unidos el uno al otro. Lo sentía dentro de ella, a su alrededor, sobre su piel, en la raíz de sus cabellos... Todos sus sentidos estaban inundados de Troy, y era una experiencia única y maravillosa.

Entonces, él comenzó a mecerse poco a poco, muy despacio, y ella sintió que comenzaba a derretirse desde el interior. Con cada fricción no podía evitar gemir de placer, y aunque trató de ocultarlo pegando la cara a la almohada, Troy no le daba tregua y continuaba penetrándola a un ritmo cada vez más sexy, como si se mecieran contra las olas del mar.

Le soltó las manos y las deslizó por sus costados, rozando los pezones con las yemas de sus dedos hasta llegar a la cintura. Una de esas manos se introdujo por su vientre y llegó hasta su sexo para abarcar el clítoris entre el

índice y el pulgar y presionarlo, una y otra vez, siguiendo el ritmo de sus embestidas.

Anne ya no pudo evitar gritar. Gritó, y gritó y se dejó llevar, hasta que Troy volvió a provocarle uno de esos orgasmos de los que tan poco había disfrutado.

Cuando, agotada, sintió que él también se corría en su interior, sonrió y cerró los ojos. Troy dejó descansar su peso durante unos instantes sobre ella, con la cabeza metida en su cuello y su respiración rozándole el oído. Era una intimidad distinta, que antes no habían compartido y que hizo florecer algo dentro del corazón de Anne.

Troy comenzó a salir de ella con delicadeza, se quitó el condón y la giró para colocarla contra su pecho.

—Ya puedes volver a dormirte, princesa.

Anne volvió a sonreír y, sin necesidad de mayor insistencia, comenzó a quedarse dormida... Esta vez apoyada en la dureza de su pecho, cuya suavidad la sorprendía cada día más, y con una pierna rodeando la larga pantorrilla de Troy. Su mano, que acariciaba los tatuados pectorales y descendía por sus marcados abdominales, fue dibujando círculos con cada vez mayor lentitud hasta, al fin, detenerse sobre el ombligo.

Si alguna vez le preguntaran, podía decir que la felicidad era exactamente eso.

Capítulo 13

A la mañana siguiente volvieron a despertarse y a hacer el amor. Troy, que había preparado café cuando ella se despertó, se lo había llevado a la mesita de noche y le había dado un beso en la frente. Después, otro en la mejilla.

Después, otro en la boca.

Y el resto llegó solo.

Habían terminado enredados de nuevo entre las sábanas, con Anne subida a horcajadas sobre Troy y besando cada milímetro de su cuerpo. Quería recordar cada tatuaje, cada trazo, cada línea que marcaba el cuerpo del hombre a quien en esos momentos sentía como suyo para no olvidarlo jamás.

Le había montado así, sentada sobre él, que la guió con sus manos en todo momento para enseñarle cómo moverse y frotarse contra su sexo, y Anne había descubierto nuevas y muy placenteras formas de obtener placer al hacer el amor. ¡Podían hacerse tantas cosas! Tantas, sobre las que había leído y nunca creído... Pero ahí estaba, experimentándolas por ella misma, dejándose guiar y dando tanto placer como recibéndolo. El sexo con Troy era maravilloso. Era impetuoso, viril y muy, muy seductor, incluso en los momentos en que mostraba su cara más salvaje y la hacía cabalgar sobre él a un ritmo enloquecedor. Se había encargado de recorrer cada recoveco del cuerpo de Anne hasta averiguar cuáles eran sus puntos erógenos, lugares que ni siquiera ella sabía que poseía.

Con el café ya frío, se separó de él y se tumbó sobre la cama, exhausta.

—Creo que me duele todo el cuerpo —susurró, todavía con la respiración acelerada.

Sintió cómo la risa silenciosa de él hacía retumbar un poco la cama.

—Creo que nos vamos a tomar un descanso —añadió él—. Por hoy.

Se levantó de la cama, entró en la pequeña puerta que había a la derecha y Anne escuchó el ruido de la ducha.

¿Por hoy?

No sabía qué tipo de relación acababan de iniciar, pero estaba claro que él quería continuarla. Sin embargo, Anne era una completa ingenua en lo que a intenciones masculinas se refería. ¿Qué querría de ella? Tampoco podía pedirle explicaciones, porque entonces lo más seguro era que el tipo se asustara y echara a correr despavorido. Tenía que proteger su corazoncito. No sabía si él estaba abierto a tener una relación más seria y continuar conociéndose, o si quizá solo quería follar de vez en cuando.

Ninguna de las dos opciones era mala, pero ella prefería la primera. Porque sabía que, aunque eligiese la segunda, no era una chica de relaciones pasajeras y, tarde o temprano, aquello terminaría mal. Mal para ella, que sería quien probablemente acabara enamorada hasta las trancas de ese hombre.

Intentó ahogar sus pensamientos cuando lo vio aparecer con un pantalón de chándal y sin camiseta.

—Puedes ducharte, si quieres. Solo tengo café para desayunar, no me gusta el té, pero puedo preparar unas tortitas, o unos huevos revueltos... —sugirió mientras se acercaba hacia la cama y se sentaba sobre ella.

El colchón se hundió bajo su peso y Anne, que se había cubierto el cuerpo con la sábana, se inclinó por inercia hacia él. Se miraron a los ojos durante un instante en el que la sombra de la duda hizo su aparición, pero entonces él levantó la mano y le acarició la mejilla.

—¿Qué prefieres?

Ella pestañeó. ¿A qué se refería?

¡Ah, sí! Al desayuno, sí.

—El café está bien, yo también lo prefiero al té. Y... por mí no te molestes, con cualquier cosa me vale —se apretó todavía más la sábana contra el pecho y sonrió.

Él frunció el ceño.

—Vamos, no me digas que te vas a cubrir ahora... después de todo lo que hemos hecho, princesa.

Ella sonrió y se puso colorada.

—Es que es de día. ¡Y con esta luz se ve todo! —confesó, medio en broma. Pero mucho más en serio que en broma, aunque pareciera lo contrario.

—Te olvidas de que ya he visto todo lo que tenía que ver a plena luz del día. ¿O es que ya no recuerdas que has cabalgado sobre mí como una verdadera amazona?

Ella se puso todavía más colorada y él estrechó su cabeza contra su pecho, riendo.

—Vamos, vete a la ducha. Y ven a desayunar cuando termines, ¿de acuerdo?

Se levantó y se dirigió a la cocina, dejándole espacio para que pudiera levantarse sin tener un ataque de vergüenza y dirigirse desnuda al baño. Una cosa era desmelenarse en un momento dado del acto sexual, y otra muy distinta pasearse con todas las cosas al aire por delante de un tipo que todavía no había experimentado en sus propias carnes lo que significaban las leyes de la gravedad.

Se duchó y, con el pelo todavía mojado, salió a la concina envuelta en una enorme toalla de color marrón que Troy le había dejado preparada sobre la encimera del baño.

—¡Huele de maravilla! —exclamó al entrar en la cocina.

Se había guiado por el olor de los huevos revueltos, pero era fácil llegar porque, por lo visto, la cabaña no tenía más que un par de habitaciones, la cocina, el salón, el despacho de Troy y el baño.

Él se dio la vuelta y le sonrió. Se había recogido el pelo en una cola alta y parecía de lo más sereno y apacible bajo la luz grisácea de aquella mañana.

—Siéntate, ahora mismo te sirvo.

Le colocó delante una taza de café con leche y el azucarero y se giró para servir los huevos que había hecho en la sartén en dos platos. Después, se volvió hacia ella y los colocó sobre la encimera, delante de Anne.

¿Alguna vez le había parecido tan atractivo un hombre que cocinara? Y no era solo un hombre que cocinara, era un hombre sumamente masculino que cocinaba sin camiseta. Y que le servía la comida.

Él no se sentó. Cogió su tenedor, pinchó en el plato y se metió un buen bocado a la boca. Entonces levantó la mirada y se encontró con la de ella, que le observaba con atención.

Frunció el ceño.

—¿Hay algo que no te guste?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Para nada. —Agarró su tenedor y comenzó a comer, tras darle un sorbo al café—. Está todo perfecto.

Las burbujas le subían por la espalda y le provocaban cosquillas en la nuca. El gorro no era capaz de cubrirle todo el pelo y algunos mechones largos y rebeldes flotaban a su alrededor, dando saltitos y lanzándole gotas de agua sobre los ojos.

—De verdad, no sé cómo podéis encontrar esto relajante —se quejó—. Llevo cinco minutos aquí y ya me duele el cuello de estar en esta posición. Es muy incómodo. El culo me flota y no puedo mantenerme sentada, y encima me cae toda esta agua dentro de los ojos. ¡Y pica mucho!

Las chicas, que habían estado sentadas con los ojos cerrados y suspirando de placer, ni se inmutaron. Fue solo su hermana Nicky la que rompió el silencio.

—A lo mejor el culo te flota porque lo tienes magullado.

Ella se puso roja como un tomate, pero en el calor del agua del spa de Scarborough tampoco se notaba demasiado. Habían acudido allí porque una vez al mes, una de las chicas decidía sobre un lugar a donde ir sin sus familias. Es decir, sin sus maridos e hijos... A Anne le daba igual, porque estaba sola, pero ellas parecían eternamente desesperadas por esfumarse de su maravillosa de vida de casadas, incluso teniendo aquellos maridos e hijos perfectos —a excepción del doctor Morgan, a quien ella seguía considerando un tirano en potencia.

Bueno, igual no eran tan perfectos, a lo mejor eran un poquito cargantes, pero oye, no se le podía pedir todo a la vida. Tenían un marido e hijos, una vida completa y ajetreada, trabajos. ¿De qué se quejaban?

—Yo no tengo el culo magullado —replicó, y apretó la boca para no decir nada más.

—Pues el culo no lo sé, cariño, pero tienes un chupetón en el cuello que ya lo querría yo —añadió su hermana mayor, Linda.

Ella cerró los ojos con fuerza y frunció el ceño.

—No es un chupetón. Es...

—*Ja. Ja. Ja.* ¿Te piensas que nacimos ayer? —volvió a terciar Nicky—. Te has ido por ahí de picos pardos y no nos quieres contar con quién ha sido. Cosa muy extraña en ti, por otra parte, porque por lo general nos tenemos que poner los cascos para dejar de escucharte. ¿Qué nos escondes, bribona?

Ella abrió los ojos y las observó. Las tres, incluida Lillie, la miraban ahora con atención.

—Yo no escondo nada. No tengo nada que esconder.

—¿Te da miedo decirnos quién es, cariño? ¿Es que está casado? —insistió Linda.

Ella se sofocó todavía más y dio un rebote en el agua. ¡Malditas burbujas!

—¡No está casado, por Dios!

—¿Veis? Acaba de confirmar que hay alguien —dijo Nicky mientras se erguía para mirarla con más atención.

—Normal. A mí hace tiempo que Tanner no me hace uno así, voy a tener que preparar una cena romántica —dijo Linda.

—Ian procura hacérmelos en sitios en donde nadie pueda verlos. Es defecto de profesión —Lillie le guiñó un ojo a Anne.

—Por favor, dejad de contarme vuestras vidas sexuales. Os recuerdo que os conozco a todos y cada uno de vosotros mejor que si os hubiera parido, y me da mucha grima —gimoteó.

—Oh, vamos, Anne, no puedes dejarnos así. Nunca te habíamos visto un chupetón. Y ese es... Bueno, parece como si te hubiera mordido un lobo. Es evidente que te ha dejado su marca. ¿Quién es ese portento de la naturaleza? ¿Por qué no quieres que lo sepamos? —insistió Lillie.

Desde su llegada al pueblo, Lillie se había convertido, al principio, en su peor pesadilla —era la cantante más reconocida de la época y bastante excéntrica— y después en su mejor amiga. Se sentía como si estuviera traicionándola al no contarle lo que pasaba con Troy... Pero la verdad era que se avergonzaba. Ella no era de las que tenía líos por ahí, pero él... Joder, él era como uno de esos dioses del inframundo: peligroso, atractivo, tatuado y, por si fuera poco, una máquina del sexo.

¿Y quién era ella? Era solo Anne. La pequeña, rechoncha e insignificante Anne. Si lo contaba... ¿Se reirían de ella? ¿Pensarían que era tonta? ¿O que les estaba tomando el pelo?

—Para vosotras es muy fácil hablar de vuestras cosas —comenzó—, pero para mí no. Yo no he tenido prácticamente ningún novio, porque Nick no cuenta para nada, y no puedo hablar de las relaciones tan fácilmente como lo hacéis vosotras.

—¿Nos estás llamando pendonas? —dijo Lillie, divertida.

—¡No! Jolines, ya sé que no sois pendonas, pero yo... —se puso muy colorada y cerró los ojos—. Vosotras sois guapas. Habéis tenido vuestras cosas con los chicos, no habéis tenido ningún problema para tener relaciones y...

—No hablarás por mí —dijo Nicky—. Porque mis relaciones con los tíos no es que hayan sido fáciles.

—¡Pero al menos las tenías! —replicó ella, indignada—. Pero yo no. No soy como vosotras.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se supone que eres? —inquirió Lillie, pensativa.

—Eso, ilumínanos. ¿Qué es lo que te hace diferente? —insistió Linda.

Ella las miró de una en una.

—Para empezar, todas vosotras sois guapas. Todas estáis preciosas cuando os ponéis un vestido y os maquilláis, e incluso sin maquillaje.

—Ni de coña estamos perfectas —protestó Nicky—. La gente siempre ha tenido miedo de mis ojos y me ha llamado bruja. A la cara. No es que me moleste, pero tampoco es para que me metas en el saco de estas dos —continuó, recibiendo las miradas indignadas de las aludidas pero nula atención de Anne.

—Y yo tuve que pasarme tres meses comiendo apio para perder el peso que he cogido con los niños. No sabes la presión que es estar con alguien como Tanner, que había tenido antes una relación con alguien como Lillie —su hermana Linda miró a la interpelada y se confesó por completo—. Cada vez que ella aparecía, yo quería meter la cabeza debajo de la tierra, como las avestruces. O mejor habría metido el cuerpo, porque es obvio que no hay ni punto de comparación.

—¿Perdona? —Lillie alzó una ceja, indignada—. A mí Tanner me dejó por ti, no sé si lo recuerdas. Y yo sí que he estado toda la vida a base de comer apio, no solo tres meses. Tanto esfuerzo, ¿y para qué? No me sirvió de nada, porque en cuanto él volvió a verte salió corriendo con la cola entre las piernas y la orejas gachas, como un cachorrito desvalido. No todo se centra en el físico, te lo puedo confirmar yo. Y, es más, yo opino que tú eres preciosa.

Ella resopló.

—Claro, porque no estás en mi piel.

—No nos hace falta estar en tu piel —insistió Linda—. Todas tenemos miedos e inseguridades, ninguna de nosotras es perfecta. Yo, por ejemplo, siempre tengo miedo de que Tanner se canse de mí y encuentre a alguien mejor. Conoce a muchísima gente, sobre todo mujeres, y todas ellas son tan perfectas que...

—Eh, colega, *yo* era la mejor —bromeó Lillie— y me dejó por ti. Ya no se puede subir más en el escalafón —le dio una pequeña patada a Linda y rio por

lo bajo—. Creo que sabes muy bien en qué situación me encontraba cuando me conociste, Anne, y no era nada buena. Estaba hecha un desastre, había pillado a mi novio con otra y encima esperaba un bebé suyo, que perdí. Pero de todo aquello aprendí algo... Que por mucho que te esfuerces, no puedes tener una vida perfecta. Nadie es perfecto. Siempre habrá otra persona mejor que tú en algo, y luego vendrá otra más joven, y con más oportunidades... Así es la vida. Además, Ian no me encontraba nada atractiva al principio, no sé si lo recordáis.

—A mí tampoco me gustaba Milo, y mira que él le gusta a todo el mundo. Y cuando digo a todo, es a TODO. Es irritante. Creo que es la única persona que puede decir que es casi perfecta —continuó Nicky—, pero ¿sabéis qué? Que yo también conozco sus defectos.

Las tres la miraron atentamente. Milo, su marido, siempre había sido el chico más guapo del instituto, de su generación y de toda la ciudad. El más guapo, el más simpático y el más popular.

—¿Y cuáles son?

Nicky alzó su mirada verde hacia arriba y suspiró.

—Es muy, muy muy cabezota. No se puede discutir con él. Cuando se empeña en algo, es como un crío de cinco años, no para hasta conseguirlo y nadie puede hablar con él hasta que lo hace. Y es más crío que mis propios críos. Y como come tanta verdura, se tira unos pedos apestosos.

—¡Puaj! —dijeron Lillie y ella.

—¡Calla! —Linda le chapoteó agua en la cara pero no podía aguantar las carcajadas.

—No queríamos saber eso de Milo, ahora nunca le miraremos igual —dijo Anne, enfurruñada.

—Eh, que es algo natural. Yo también me los tiro, y tú, y tú. ¿O es que no os acordáis de cuando hacíamos luchas de pedos para ver quién aguantaba más debajo de las sábanas de la cama? —les preguntó a sus hermanas.

Entonces todas comenzaron a reír y, cuando acabaron, se hizo un silencio extraño.

—Os echo de menos —les dijo Anne.

Ella era la hermana pequeña, la que siempre había vivido en su mundo de fantasía, cuidada por sus hermanas mayores... Y ahora solo quedaban ella y su madre en una casa lúgubre y oscura.

—Nos tienes siempre que quieres, Anne. Ahora tienes una familia más

grande —le dijo Linda.

Nicky entrecerró los ojos.

—No te tomarás en serio eso que te digo del culo gordo, ¿verdad? Porque sabes que lo digo en broma. Casi nunca sale nada agradable de mis labios porque soy patológicamente desagradable. Pero para mí eres... —carraspeó antes de continuar—, y sabes que me resulta extremadamente complicado decir esto, pero eres una chica adorable. Sí, si tuviera que definirte, diría que eres asquerosamente adorable.

Anne abrió los ojos como platos y contempló a su hermana, incrédula.

—¿Adorable? ¿En serio? Como... No sé, ¿como un osito de peluche? En plan... ¿adorable, aunque pobrecita, qué feucha es?

—¡No eres fea! —recalcó Lillie—. Eres preciosa. Tienes unas cejas envidiables, seguro que no te las tienes que tatuar cuando pases la treintena, como yo. Y unos labios preciosos, y tus ojos son muy expresivos. Toda tú eres expresiva, por eso eres adorable.

—Y además, y no vamos a mentirte, aunque no seas delgada como una sirena, tienes unas curvas preciosas, nada desproporcionadas, y no estás para nada gorda. Seguro que hay más de alguna por ahí que envidia tu culo, o tus tetas —Linda se las miró con codicia.

Nicky y Lillie también lo hicieron.

—¡Eh! ¡Basta ya de mirarme así las tetas! —gruñó.

—Bueno, ¿y quién es? ¿Quién te las ha manoseado? —bromeó Lillie.

Ella bajó la mirada y miró las burbujas del agua con máxima concentración.

—¿Seguro que no os vais a reír de mí?

—No —bromeó Nicky.

—Seguro —dijeron Linda y Lillie, al unísono.

Ella respiró hondo y las miró de una en una antes de susurrar:

—Es Troy Jackson.

Se hizo un silencio que a Anne le pareció espantoso. Todas le miraban fijamente, sin pestañear.

—¿Troy Jackson? —fue Nicky la primera en hablar, y lo hizo un feo mohín en la boca—. ¿Troy... Jackson? ¿El Troy que yo conozco?

—¿Quién es? —preguntó Linda.

—Sí, ¿quién es? —insistió Lillie.

—Tiene antecedentes. —Nicky la miró fijamente, como taladrándola con aquella aterradora mirada verde suya.

Ella asintió con la cabeza.

—Eso fue hace mucho. Es un buen tipo —logró decir.

—Espera —Linda levantó la mano y meditó—, ¿ese Troy que es amigo de tu Milo? —preguntó, mirando a su hermana mediana. Esta asintió con la cabeza sin apartar la mirada de Anne, que tragó saliva—. ¿Ese Troy que parece un armario y lleva tatuadas hasta las cejas?

Todas volvieron a mirarla fijamente, y ella asintió con la cabeza.

Entonces, las dos hermanas comenzaron a reírse a carcajadas, agarrándose las barrigas por el dolor.

—Bueno, ¿puede alguien explicarme quién es ese Troy Jackson? —insistió Lillie.

—Claro que sí —respondió Linda tratando de recuperar la respiración—. Aquí mi hermanita pequeña se ha hecho mayor de pronto... Y se ha buscado al semental más imponente que hay en kilómetros a la redonda. ¡Ja! Me sorprende que solo lleves ese moratón. ¡Ese tipo es el doble de grande que tú!

Nicky no decía nada, seguía observándola con recelo, pero Lillie sonrió y asintió.

—Bien hecho, amiga. ¡Burro grande, ande o no ande!

—No, no es lo que pensáis. No es nada serio. Solo... hemos quedado —consiguió decir.

—Ya, habéis quedado y habéis echado un buen polvo —replicó Nicky en tono amenazador.

—Bueno, ¿y qué tiene eso de malo? —Anne se sentó y se apartó los dichosos mechones de la cara, indignada—. Todas vosotras lo hacéis. Tengo casi treinta años, y si me apetece echar un polvo... Pues lo echo, y ya está. ¿Qué problema hay? —terminó, con los labios temblorosos.

—Tú no eres de echar polvos, Anne —volvió a repetirle Nicky.

—Pues a lo mejor he cambiado. Y ya iba siendo hora, ¿no? ¿O qué pasa, que creéis que se está burlando de mí o algo? ¿Es eso lo que pensáis? No me estaréis tomando por estúpida, ¿no?

Nicky negó con la cabeza.

—Yo no creo nada, pero si lo hace, te puedo asegurar que encontrarán sus huesos machacados y esparcidos por el cementerio de Whitby.

—Otra vez pensáis que soy yo la débil. ¿Veis? Por eso no quería contároslo. No ha sido nada. Él es... —se encogió de hombros—, es agradable, me gusta, pero soy consciente de lo que hay entre nosotros. Ya sé que nunca podría

enamorarse de mí, no hace falta que me advirtáis. Lo tengo muy claro, pero pienso aprovechar cada minuto porque es lo mejor que me ha pasado hasta ahora, y eso nadie me lo va a impedir —confesó.

Sus tres amigas la observaron sin decir nada durante unos momentos, pero entonces Nicky volvió a hablar.

—Sabes que la vida no es una novela romántica, ¿verdad, Anne?

Ella apretó los labios.

—Sí, lo sé. El chico guapo y malo no acabará enamorado de la chica tonta y fea, puedes estar tranquila. Lo tengo muy presente.

—¿Por qué eres tan dura con ella, Nicky? —la apoyó Linda—. Puede que sí se enamore. Anne no es tonta y fea, y él tampoco es... malo.

—Eh, estáis hablando de mí. Sigo aquí. ¿Y qué pasa si solo quiero follar porque lo hace muy bien? A lo mejor solo quiero eso, aprovecharme de que es un monstruo en la cama—insistió ella.

—Entonces es él quien está en peligro, cariño, porque no hay hombre en el mundo que pudiera ser capaz de resistirse a tus encantos —terminó Lillie con una mirada de picardía.

Capítulo 14

*T*roy se bajó la mascarilla y dejó el cepillo a un lado de la mesa, donde había estado trabajando la base de la escultura, para coger el móvil que le estaba vibrando en el bolsillo trasero de los pantalones.

Vaya, por fin su hermano daba señales de vida. Había estado intentando llamarle durante varios días sin respuesta alguna, y cuando algo así pasaba, es que nada bueno ocurría. No había acudido al trabajo y tampoco se había quedado en casa de su madre, con lo que estaba, como en muchas otras ocasiones, en paradero desconocido.

—Eh, tío, ¿de qué coño vas? —le replicó nada más descolgar.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio.

—Hola, Troy —contestó Skip al fin. Tenía la voz ronca, como si hubiera estado durmiendo mucho tiempo... o borracho.

—Sí, vale, déjate de estupideces. ¿Dónde coño te has metido? —Se sacudió el polvo de los guantes, se los quitó con un gesto brusco y salió al jardín, donde tenía mejor cobertura.

—Eh... Verás... He estado con unos amigos.

—¿Con unos amigos? ¿Cuántos días has estado con ellos? ¿Qué has estado haciendo, y dónde? Vas a matar a mamá de un disgusto, joder.

—Sí, lo sé —replicó su hermano—. Tenía buenas intenciones, Troy. Quería hacer algo útil. Quería demostraros que puedo encontrar trabajo por mi cuenta y ganarme la vida, pero... algo ha salido mal, y necesito tu ayuda.

Troy cerró los ojos, respiró hondo y observó las copas de los árboles y el cielo, que ese día, lucía azul. Escuchó además el trinar de los pájaros, sonido que le hacía tranquilizarse todas las mañanas porque apagaban los gritos de su difunto padre que resonaban al amanecer, justo cuando solía levantarse cada día. Como él.

—Qué has hecho ahora, Skippy —dijo al fin. Un escalofrío le había recorrido el cuerpo, y algo le decía que, esta vez, su hermano estaba en problemas mucho más graves que en las anteriores ocasiones.

—Necesito que vengas a buscarme a Newcastle.

—¿Qué? ¿A Newcastle? ¿Estás hablando en serio?

—Sí. Lo siento, hermano. Me marché porque un amigo me dijo que tenía un curro fácil aquí, pero... en fin, que la cosa se lió y estoy en comisaría.

Troy cerró los ojos con fuerza y se los apretó con el dedo pulgar e índice.

—Dime qué coño has hecho.

—Escucha, Troy, solo necesito que vengas, pagues la fianza y me ayudes a salir. Yo no estaba haciendo nada. Me engañaron, ¿entiendes? Te estoy pidiendo este último favor. Después me iré de casa y desapareceré de vuestras vidas.

La seriedad del tono de su hermano le hizo darse cuenta de que iba en serio, el lío en que se había metido debía ser gordo. Y no estaba lloriqueando ni quejándose como otras veces, sino que se lo pedía orgulloso, incluso altivo.

Suspiró.

—Dame la dirección y estaré allí en cuanto pueda.

De camino a Newcastle, la cabeza le estallaba con multitud de pensamientos. El primero de ellos era el arrepentimiento: había seducido a Anne para que no estuviera con Skippy. Y si ella hubiera estado con él, no se habría ido a Newcastle. A lo mejor Anne podría haber ejercido una buena influencia sobre su hermano, porque sabía que él necesitaba a alguien que le guiara.

—Maldita sea —gruñó entre dientes, dándole un golpe al volante.

Sí, necesitaba rodearse de personas buenas, pero no solo dependía de ellas. Debía ser su voluntad salir adelante, y por el momento no estaba mostrando demasiada. Por el contrario, iba cada vez peor.

Y por mucho que quisiera proteger a su hermano, como había protegido a toda su familia hasta que fueron todos mayorcitos para hacerlo por sí solos, no podía hacer nada si él estaba empeñado en autodestruirse. Por no hablar de que no soportaba la idea de imaginarse a Anne en brazos de Skippy, justo como había estado con él.

Joder. Joder, joder y joder.

Llevaba en el bolsillo mil de las preciadas libras que había cobrado para pagar la fianza. Le dolía el dinero, por supuesto, porque lo necesitaba para continuar su negocio, pero le dolía todavía más que su hermano pensara que todo iba a ser tan fácil en la vida. ¿Debería dejarle allí, encerrado, hasta cumplir con sus responsabilidades?

No podía hacerlo. Él mismo se había visto envuelto años atrás en una buena pelea de la que no había salido bien parado, y eso le había generado unos antecedentes penales que salían a la luz cada vez que intentaba buscar un trabajo decente.

Necesitaba ver a su hermano y que le diera una explicación. Al menos, tenía que concederle eso.

Su mente voló de nuevo hacia Anne. Se sentía un poco... No sabía cómo explicarlo, pero eran casi como... remordimientos.

Pero ¿de qué?

No se había portado mal con ella, al contrario. Había dado de sí muchísimo más que lo que solía darles al resto de las mujeres con las que había estado. La había llevado a su casa, para empezar, e incluso le había preparado el desayuno. Y se había permitido olvidar, tan solo por una noche, que no deseaba, ni necesitaba, una pareja. Sencillamente, se dejó llevar e hizo todo cuanto le apetecía. Y le apetecía hacer muchas cosas con ella. No se había cansado, ni había deseado que desapareciera después de follar. De hecho, habían repetido varias veces y, de no ser porque ella se tenía que marchar a trabajar, habría batido un récord de polvos en un solo fin de semana.

Pero lo que le causaba remordimientos era su cara al despedirse. Su sonrisa, de felicidad. No podía ser tan inocente como para esperar mucho más de él, ¿verdad? Tampoco habían hablado sobre ello. Tan solo de pensarlo se le removía el estómago... ¿Cómo iba a decirle, después de haberlo hecho varias veces, que no quería nada serio con ella? Y no valía el discursito de que «no eres tú, sino yo, que no me ato a nadie», aunque fuera verdad. Quería repetir. Repetir sin compromisos. Y eso le sabía mal, porque sabía que ella terminaría queriendo más. Algo le decía que era distinta, más ingenua e inocente que el resto, aunque nunca antes había conocido a nadie que fuera realmente así.

Trató de acallar a su conciencia cuando al fin llegó a la ciudad indicada y buscó la comisaría que le había indicado Skippy. Aparcó lo más cerca posible y entró.

No había jaleo. De hecho, casi no había nadie dentro, aparte del oficial

sentado tras el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo este al levantar la vista.

—Vengo a pagar la fianza de mi hermano.

—¿De quién se trata?

—Adam Jackson —contestó. Era el verdadero nombre de su hermano, aunque todo el mundo le llamaba Skippy desde pequeño—. ¿Puedo saber de qué cargos se le ha acusado?

El hombre, de unos cincuenta años y con una barriga considerable, tecleó en el ordenador.

—Delito de hurto. Pase por aquella puerta a la derecha, señor, e identifiquese. Es allí donde deberá abonar la fianza.

El asintió con la cabeza, algo distraído. ¿Hurto? ¿Su hermano había robado?

Caminó en la dirección que le habían indicado y soportó con estoicismo todo el laborioso proceso de identificación y pago de la fianza hasta que, al fin, le mandaron a esperar en el pasillo de nuevo.

Y allí se quedó durante unos cinco minutos, que fue lo que tardaron dos agentes en traerle escoltado a su hermano pequeño.

Troy levantó la cabeza al ver las conocidas zapatillas de Skippy detenerse delante de él. El chico, que ya no era tan chico, se metió las manos en los bolsillos y le miró con seriedad.

—Gracias.

Él se encogió de hombros, se levantó y miró a los agentes.

—Gracias, agentes.

—Cuide de las compañías en que anda su hermano, señor.

Él asintió con la cabeza, miró a Skippy y le indicó que le siguiera con un ademán.

Sin más, los dos estaban en la calle y, si se daban prisa, llegarían a casa antes del anochecer.

Cuando subieron a la furgoneta, sin embargo, no pudo esperar más.

—¿Y bien? —inquirió, tras arrancar y salir de su plaza de estacionamiento.

—Me dijeron que era un negocio legal. Me dijeron que se pagaba bien, y vine. Eso es todo —respondió Skippy, apagado.

—¿Y de qué negocio se trataba?

—De recoger palés de madera. Los recogíamos y los llevábamos a donde nos pagaban por ellos. Se suponía que los palés estaban descartados, no que los estábamos robando. Yo no lo sabía.

Se hizo un silencio incómodo. Troy suspiró, pero se encontraba sin palabras, en un callejón sin salida. No dudaba de la palabra de su hermano, pero no sabía qué más podía hacer por él.

—Ya sé que piensas que soy idiota. ¡Yo también lo pienso, joder! Pero es que nada me sale bien. Lo hice por quitaros un peso de encima. Odio que estéis siempre pendientes de mí.

—Entonces madura de una vez —gruñó él.

—¡Bueno, pues lo siento, pero para algunos no es tan fácil como para otros!
—le respondió su hermano, irritado.

—Quizá no lo intentes con todas tus fuerzas.

—O quizá lo hago lo mejor que puedo.

—¿Cómo piensas devolverme esas mil libras?

—¿Es eso todo lo que te importa, el dinero?

Troy volvió a suspirar y negó con la cabeza.

—No, pero quiero que seas responsable, y que sepas que es un dinero que tienes que devolver, porque yo lo necesito para pagar mi material. Y espero que esta vez me demuestres que eres capaz de salir adelante como un hombre honrado.

Skippy resopló.

—Nunca antes había hecho nada parecido. No era mi intención robar, y lo sabes. Nunca se me pasaría por la cabeza.

—Bueno, pues ahora lo has hecho. Y tendrás que cargar con las consecuencias. Más vale que te vayas haciendo a la idea de que, a partir de ahora, te va a ser mucho más complicado encontrar un trabajo decente.

—No pienso pedirlos ni un favor más —replicó.

—¿Y a quién se lo vas a pedir? —Troy le miró con suspicacia. Sabía que su hermano no tenía demasiadas opciones, ya había fallado a demasiada gente.

—No sé. Conozco a mucha gente. Ya se me ocurrirá algo, pero tendrás tu dinero.

—No solo es mi dinero. Quiero que sientes cabeza, ¿lo entiendes? Quiero que seas un hombre de provecho, joder, que ya tienes veintinueve años.

Su hermano giró la cabeza hacia la ventanilla y miró por la ventana.

—Nadie lo sabe mejor que yo.

Siguieron conduciendo durante varios kilómetros más hasta que, de nuevo, Skippy volvió a hablar con voz pensativa.

—Quería un trabajo digno. Estoy harto de fallar. No os voy a pedir más

favores, en serio. Voy a buscar el trabajo, y buscaré a una chica, y trataré de...

Troy le interrumpió.

—Quizá antes de buscar a la chica debes buscar un trabajo serio para poder mantenerte. ¿O esperas que lo haga ella?

Él se encogió de hombros.

—Tendré un trabajo. Y tendré una chica. Y todos estaréis orgullosos de mí. Ya lo veréis.

Troy volvió a negar con la cabeza sin apartar la vista de la carretera.

—Dime, Skippy, ¿cuántas oportunidades te he dado ya de tener un empleo digno? Dímelo. ¿Las has contado?

Hubo un breve silencio.

—Seis. Mierda, he perdido la cuenta, pero eso no es lo que importa. Lo que importa es que he pisado fondo, y de ahí solo puedo ir hacia arriba.

—¿Piensas que has pisado fondo? No sabes lo que es pisar fondo, porque siempre has estado protegido por todos nosotros.

—No por papá.

—Porque papá era un viejo cascarrabias al que le gustaba demasiado azotarnos, pero tú al menos me tenías a mí. Te has amparado tanto en mí, que no sabes buscarte la puñetera vida solo.

—Sí sé buscarme la vida, ¡es justo lo que trataba de hacer! Pero todo el mundo puede cometer un error, ¿no?

Troy apretó los labios y se calló. No podía negar la evidencia, pero se sentía impotente. Su hermano no solo había cometido un error, había cometido demasiados.

—Además —continuó, desesperado—, sí hay una chica. Y es una buena chica, créeme. Me gusta, y he estado pensando en que podía llamarla y...

Troy sintió como si la sangre se le espesara en las venas.

—¿Se puede saber qué chica es?

Su hermano carraspeó.

—Ya la conoces. Estuvimos con ella el viernes que... Eh... Bueno, es Anne Mayers. Me gusta, es una buena chica. Y es cuñada de Milo, ¿lo sabías? Creo que podría funcionar. Creo que ella podría convertirme en un tipo mejor.

Ahora sí que Troy se había quedado congelado en su asiento, incapaz de hablar. Mantener a su hermano alejado de Anne era un objetivo primordial, pero en ese momento todo su ser gritaba «es mía, ni se te ocurra acercarte a ella». ¿Desde cuándo pensaba que era suya?

Frunció el ceño.

Bueno, no era suya, pero no podía dejar que su hermano siguiera por ese camino... Puede que tuviera razón y que Anne fuera buena para él, pero no podía ser. Ahora sí que no, de ninguna de las maneras.

—No funcionará —fue lo único que pudo decir.

—¿Y tú cómo lo sabes? Hasta ahora no he salido con ninguna chica en serio. Podría ser ella. Es buena, y trabajadora, y no está mal físicamente...

¿Que no estaba mal? ¿Que no estaba mal? ¿Es que su hermano tenía los ojos en el culo? Anne no solo no estaba mal, era preciosa. Con ropa y, sobre todo, desnuda. Era guapísima. Y tenía una sonrisa que...

—O sea, todo lo que tú no eres —replicó, sintiendo cómo la cólera le subía hasta las pestañas.

—Eh, yo soy bastante guapo.

Troy se volvió hacia Skippy y sintió deseos de pegarle un puñetazo.

—No te acerques a ella —gruñó por lo bajo.

Él le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué te empeñas tanto en que no me acerque a ella? Hasta ahora nunca te había importado con quién me acostaba. Yo no me meto en tus cosas.

—Es demasiado buena para ti —volvió a refunfuñar.

—Con que demasiado buena, ¿eh? ¿Sabes cuál es vuestro problema, Troy? Que siempre me estáis subestimando, y eso no hay manera de superarlo.

¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué no era capaz de confesar que era él quien estaba saliendo con Anne? Porque se negaba admitir que estaba saliendo con ella. Deseaba verla otra vez, quería estar con ella de nuevo, acostarse con ella, escuchar su risa, sus jadeos cuando estaban en la cama... Pero no sabía cómo manejar la situación.

Y menos con Skippy de por medio.

Cuando eran pequeños, su hermano siempre iba corriendo detrás de él como un perrito faldero. De ahí que le llamara Skippy, un nombre muy común de perro, y pronto todo el mundo comenzó a usar el mismo apelativo hasta olvidarse de que, en realidad, se llamaba Adam. Su padre, el «viejo Jackson», como todo el mundo le llamaba, era un tipo con muy mal carácter, y siempre era Troy quien salía en defensa de sus dos hermanos pequeños cuando algo le cabreaba. Se enfurecía por cualquier cosa y, cuando la travesura era más bien grave, los niños podían llegar a temerle en serio.

Todos, menos Troy, que siempre había sido el más corpulento y atrevido de

todos. Tenía miedo, pero no le importaba el castigo... Prefería tener él el culo magullado a que cualquiera de sus enclenques hermanos terminara mucho peor que él.

Y así había sido hasta que el viejo murió, casi diez años atrás. No es que no se hubieran querido... Él quería a su madre, a su manera, y a ellos también, a su manera. Pero no era la manera más adecuada de querer a unos críos, en su opinión. Nunca comprendió qué vio su madre en él ni qué le hizo a él acceder a tener una familia con ella, cuando estaba claro que no tenía paciencia para los niños. A esas alturas, Troy suponía que les había querido, pero su carácter le había impedido demostrárselo de ninguna otra forma que no fuera a través de castigos.

Y ahí estaba él, el mayor y más fuerte de todos, a veces pensaba que el más parecido en carácter al viejo. Era demasiado serio, demasiado gruñón, demasiado como él.

Pero trataba de no serlo día tras día. Cuidaba de sus hermanos como debiera haberlo hecho un padre, pero no quería más responsabilidades que esas. Sabía que tampoco sería un buen padre. No tendría paciencia, al igual que no la estaba teniendo con Skippy en esos momentos, y siempre estaba tratando de controlar su ira desmedida, que muchas veces amenazaba con desbordarse.

¿Qué demonios pasaba por la cabeza de un tipo así, que con casi treinta años no hubiera sido capaz de hacer nada en la vida?

Insistió en que se quedara en su casa a dormir aquella noche, porque no se fiaba de él. Tampoco tenía adónde ir, y no quería que su madre se enterara del último lío en el que se había metido, que era el peor de todos. Cuando llegara el juicio, la notificación le llegaría a él mismo. Antes de acostarse en el sofá, Skippy le había prometido que al día siguiente saldría a buscar trabajo en serio. Un trabajo de verdad.

No tenía demasiada fe en él.

Harto de discutir, preparó sendos sándwiches para cada uno y se encerró en su habitación. Era tarde, estaba cansado, y tenía demasiado trabajo por hacer al día siguiente.

Y sin embargo, en lo último en que pensó antes de quedarse dormido, fue en Anne, en cuánto le gustaría hablar con ella, escuchar su risa, sentir el roce de sus caricias sobre su piel.

Cuando despertó a la mañana siguiente, el sándwich de Skippy y su vaso de leche estaban sin tocar. Tampoco había señales de él por ninguna parte.

Capítulo 15

No quería despertar. Estaba teniendo un sueño de lo más entretenido... De hecho, si no fuera por ese molesto ruido, seguiría acostada en la cama de Troy, disfrutando de una buena sesión de labios húmedos por todo su cuerpo.

Pero estaba ese pitido.

¿Por qué rayos no paraba? Estaba perdiendo la concentración.

—No pares, Troy... Luego contesto —susurró.

Pero el pitido no cesaba, y al final Troy levantó la cabeza de su ombligo y la miró frunciendo el ceño.

—Vale, tendré que ver quién es... —rezongó, removiéndose en la cama.

Sin darse cuenta, se salió del estrecho catre que usaban en la planta para descansar entre horas y cayó de bruces al suelo, dándose un buen golpe en la nariz.

—¡Jolines! —se tocó la nariz y terminó de despertar del todo.

Recordó que estaba en el trabajo, no en la cama de Troy, y que ese pitido incesante provenía de una de las habitaciones de los ancianos de su planta, que eran los de salud más delicada.

—Mierda, ¿cuánto tiempo llevará sonando? —se quejó.

Movió la cabeza a ambos lados para espabilarse, se puso de pie en un salto —o algo parecido, teniendo en cuenta que hacía años que no practicaba deporte— y acudió corriendo a la habitación doscientos siete, la que indicaba la señal luminosa.

—¿Qué sucede, señor Digby? ¿Se encuentra bien?

El señor Digby había perdido la visión y tampoco podía caminar bien a causa de un ictus, con lo que era uno de los residentes más dependientes y de mayor antigüedad de View Court. Además, Anne adoraba al viejo marinero, que no se había vuelto a casar desde que perdió a su esposa durante un

bombardeo en la Segunda Guerra Mundial. Sabía que tenía los días contados, y por eso trataba de hacerle la vida lo más fácil posible.

—¿Eres tú, Agnes?

Siempre la confundía con su difunta esposa, y ella se había acostumbrado a hacerse pasar por ella para que el pobre disfrutara de un poco de felicidad. Anne, Agnes, ¿qué más daba?

—Sí, soy yo, querido. ¿Cómo te sientes?

Los ojos apagados del anciano miraron hacia los lados, sin ver nada.

—He tenido un sueño. He soñado que teníamos una hija preciosa, y que la llamábamos Anne. Pero se la llevaron. Se la llevaron los nazis. ¿Lo recuerdas? ¿Te acuerdas, querida Agnes?

Anne estaba dividida entre la sonrisa y el llanto.

—Claro que me acuerdo, mi amor. Era una niña preciosa.

—Era muy buena, y tenía una sonrisa... Una sonrisa como la tuya, Agnes. Me duele...

—¿Qué te duele, Craig? —tomó la mano que el anciano buscaba a tientas y se la apretó.

—La pierna. Me duele mucho la pierna, Agnes. Por favor, haz que pare...

Anne suspiró. La medicación que le daban era, en muchas ocasiones, insuficiente... Y era peligroso superar la dosis porque el señor Digby estaba comenzando a negarse a comer nada más. Estaba claro que quería abandonar este mundo, y Anne sabía que estaba muy cerca de hacerlo. Llevaba tantos años allí, con ellos, que apreciaba a todos y cada uno de sus abuelitos como si fueran de su propia familia, desde los más gruñones y quisquillosos hasta los más débiles y entrañables, como era ese caso en concreto.

Volvió a apretarle la mano antes de contestar.

—No te preocupes, Craig, ahora mismo se te pasará.

Le levantó el pantalón del pijama para dejarle la pierna libre y le aplicó un bálsamo para la circulación haciéndole un pequeño masaje. No podía darle más medicación para el dolor, pero sí observó que, esa noche, no le habían dado nada para dormir. Tomó una de las pastillas, le acercó el vaso de agua y le animó a beber.

—Toma la medicación, Craig. En cuanto duermas, volverás a soñar conmigo y con nuestra pequeña Anne.

—De acuerdo, querida —le contestó el anciano.

Le ayudó a levantar un poco la cabeza, le puso la pastillita en la boca y

después llevó el vaso a sus labios. Cuando se la tomó, volvió a apoyar la cabeza en la almohada y suspiró.

—Estoy deseando poder verte de nuevo, Agnes. No sé cuándo podrán mis ojos volver a ser lo que eran antes, pero espero que la primera cosa que vea cuando vuelva a abrirlos sea a ti.

Anne no pudo controlar las lágrimas, que caían silenciosas por sus mejillas.

—Claro que sí. Allí estaré, esperándote.

Se quedó un rato más de pie, agarrándole la mano y observando cómo Craig volvía a sumirse en un sueño un tanto agitado, hasta que por fin se calmó y su rostro pareció en paz. Volvió a colocar el botón de llamada junto a su mano derecha, por si acaso despertaba y sentía dolor, y le observó durante un rato antes de marcharse a pasar una breve y silenciosa ronda por el pasillo, donde todo continuaba tranquilo.

A la mañana siguiente, el señor Digby no amaneció en este mundo y, cuando Anne abandonó el trabajo, la luz cegadora del día pareció burlarse de ella.

Se sentó en los últimos escalones de acceso al edificio principal y agachó la cabeza.

El médico forense había certificado la muerte del señor Digby y la había descrito como «una muerte plácida». Anne suponía que había sido una muerte plácida para él, y se consolaba pensando que, la misma noche en que deseó verla con sus propios ojos de nuevo, Craig habría vuelto a reunirse con ella allá donde le estuviese esperando. Quería pensar que existía algo así. Necesitaba aferrarse a esa idea...

Lloró por la pérdida. Tantos años atendiendo a Craig, escuchando sus historias sobre la guerra, sobre el hambre, sobre la pérdida... Aferrándose a él cuando le pedía la mano y la llamaba Agnes, consolándole.

No era su primera pérdida, ni mucho menos, pero era una de las más dolorosas por los lazos que la habían unido al anciano. Había permanecido fiel a su esposa hasta su muerte, incluso aunque continuara trabajando y su granja prosperase, y no fueron pocas las mujeres que estaban dispuestas a unirse a él, tanto en su juventud como al llegar a la vejez. Pero él nunca había estado con nadie más.

Había fallecido allí, solo, esperando ver a Agnes y a esa pequeña a la que había llamado por primera y única vez. ¿Sería cierta la historia? ¿Habrían perdido a una hija que se llamaba como ella, o sería tan solo algo simbólico, una ilusión del anciano?

Se limpió las lágrimas y suspiró.

—Tienes que hacerlo, Anne, tienes que hacerlo. Eres fuerte —se repitió.

Cada vez que perdía a alguien, se repetía las mismas palabras. Ella era fuerte. Podía hacerlo. ¿Quién, si no? Había mucha gente dispuesta a trabajar, sí, pero no con verdadera vocación hacia su trabajo. Muchos les trataban con respeto, con educación, pero muy poca gente les trataba con cariño y comprensión, algo que, en su soledad y en la época de la vida en que se encontraban, sus internos necesitaban como el aire para respirar. Les daba la vida, literalmente.

No había nadie mejor que ella para realizar ese duro trabajo, para darse a sí misma y hacer felices a los demás mientras era posible. Nadie podía hacerlo mejor que ella y, por eso, a veces debía sacrificarse y sufrir.

Porque merecía la pena aunque tan solo fuera por haberles regalado unos minutos de felicidad antes de morir.

Siguió allí sentada hasta que las nubes taparon el sol y una brisa fría le revolvió el pelo.

Necesitaba un abrazo. En otras circunstancias habría ido a casa de Linda o de Lillie y se habría dejado mimar por ellas y los niños, pero ahora necesitaba un abrazo de verdad. De los que te hacen sentir protegida, de los que te hacen pensar que nada malo puede ocurrir, que todo pasará.

Necesitaba sentirse tranquila y segura en los brazos de Troy. Su calma, su carácter sosegado, su fuerza... Todo en él la hacía sentirse primitivamente protegida, como si nada en el mundo pudiera importar cuando estaba con él. Necesitaba un subidón así. Sabía que sería temporal, pero en esos momentos era lo que quería.

Se levantó con aplomo, se dirigió a su coche y, en menos de quince minutos, se encontraba en la puerta de la cabaña de Troy. Aparcó con las manos y la barbilla temblorosas. Le sabía mal aparecer en su casa así, pero de verdad necesitaba perderse en la forma en que él la hacía sentir para no perder la esperanza.

Salió del coche y se dirigió, con paso decidido, hacia su taller. De él procedían sonidos de corte de alguna sierra, que trabajaba sin cesar. No quería interrumpirle, ni quería asustarle por miedo a que se hiciera daño.

Por lo tanto, abrió la puerta del taller en silencio y se asomó. Troy estaba inclinado sobre un trozo enorme de madera, cortando los cantos y equipado

con sus gafas, guantes e incluso mascarilla, y no se dio cuenta de que ella se encontraba en el umbral.

Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. El simple hecho de observarle le calmaba, borraba de su mente las imágenes que aparecían una y otra vez de una mano ajada agarrando con fuerza la suya, de ella administrando una píldora para dormir, de un rostro con unos ojos cuya vida se había agotado mucho tiempo antes. Parpadeó varias veces para reprimir las lágrimas, e inhaló con fuerza.

En ese momento, Troy pareció percatarse de que había una presencia en la estancia. Se detuvo, y el ruido atronador de la sierra caladora cesó de repente. Irguió la espalda un segundo y, como temiendo alguna intrusión extraña, giró la cabeza a toda prisa al tiempo que se levantaba las gafas de protección.

Se quedó quieto, observándola, y ella tampoco pudo decir nada. No pudo aguantar más las lágrimas, y comenzó a llorar amargamente, como si la dulce y penetrante mirada de él hubiera abierto las compuertas de su delicado corazón.

Se tapó la cara por vergüenza y se giró para que él no la viera en ese estado. ¡No sabía por qué había venido! No debería haberlo hecho.

Volvió a agarrar el picaporte, pero justo en el momento en que empujaba de él la mano de Troy le detuvo y sintió su cuerpo cernirse sobre su espalda, cálido, invitador como los días más apacibles del verano.

—Ey, cielo... ¿qué te ha ocurrido? —le susurró al oído mientras la giraba hacia él y le colocaba ambas manos en las mejillas para alzarle la cara hacia él—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño alguien?

Anne abrió los ojos con reticencia y le miró.

—Lo siento. Siento haberme presentado así, sin avisar... Yo... lo siento —y apoyó la frente en el pecho de él, tan invitador, para ocultar las lágrimas que no podían dejar de caer.

De pronto se sintió estúpida.

Sin embargo, él la rodeó con sus brazos y apoyó la barbilla sobre su pelo. Poco a poco, y de manera casi imperceptible, la meció contra él y la estrechó con fuerza.

Eso era lo que ella necesitaba. Un abrazo. Un abrazo con el que se sintiera... consolada. Por primera vez en su vida había encontrado verdadero consuelo en los brazos de una persona. Su madre solía abrazarla y acariciarle de manera similar cuando acudía a casa en un estado parecido, pero ese día...

ese día era algo especial. El señor Digby había desaparecido y se había marchado con la esperanza de reencontrarse con su viejo amor, y por Dios que ella deseaba que hubiera algo más allá que le esperase. Quería su final feliz. Necesitaba que lo hubiera.

¿Cómo podría el mundo seguir girando si, después de tantos años, no lo encontraba?

Se aferró a su camiseta y sollozó con renovadas fuerzas hasta agotar toda la pena que la había inundado. La dejó salir, sin filtros, sin pararse a pensar si le estaba destrozando la camiseta o si se estaba poniendo en evidencia.

Lloró y lloró hasta que salió todo, y una vez fuera, volvió a apretar las manos contra su camiseta e inspiró el aroma de Troy. Olía a madera, a su aroma natural y a bosque, a refugio. Y entonces se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir, y se separó con brusquedad de él.

—Lo siento —susurró, e intentó apartarse.

Sin embargo, las manos de Troy le aferraron la espalda y sus ojos trataron de volver a atrapar los de ella, esquivos.

—¿Qué ha pasado, Anne? ¿Por qué estás así?

—Yo... No debería haber venido, pero gracias. De verdad. Gracias por abrazarme. Yo... Tengo que irme. He de...

Las manos de Troy volvieron a agarrarle la cara antes de que abriera la puerta y la aferraron con fuerza. La miró con atención, escudriñó sus ojos, sus mejillas sonrosadas y llenas de lágrimas, sus labios entreabiertos.

Y la besó.

La besó con dulzura, acariciándole la cara como si de una delicada flor se tratara, secándole los restos de lágrimas que todavía la inundaban. La besó una y otra vez, con suavidad, posando sus labios sobre los de ella, rozándole la comisura de la boca.

La besó hasta que la respiración de Anne volvió a la normalidad, y entonces la tomó entre sus brazos. La levantó como si tan solo pesara una pluma, abrió la puerta y se dirigió con ella hacia su cabaña mientras continuaba besándola, y ella fue incapaz de oponerse.

Había venido buscando consuelo, y estaba dispuesta a aceptar todo lo que él deseara darle. Porque necesitaba creer en los finales felices. Necesitaba creer en el amor. Necesitaba...

Sintió cómo Troy la llevaba hasta su cama y la depositaba sobre ella con suavidad para después tumbarse a su lado y tomarla entre sus brazos. Continuó

besándola y acariciándole el cabello y la cara con suma ternura durante un rato, y ella suspiró, cada vez más aliviada.

En el mundo existía algo. Debía existir. Algo que nos movía, que nos empujaba a seguir luchando, algo más fuerte que nosotros mismos... Y algo capaz de consolar y devolver la esperanza cuando creías haberla perdido.

Anne se separó de él con algo de reticencia, le miró, y suspiró.

—Gracias.

Él sonrió y pasó las yemas de los dedos por su mejilla y hasta el nacimiento de su pelo, que echó hacia atrás. Sus ojos estaban más claros que nunca a la luz del atardecer que entraba por la ventana.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado? —le susurró.

Ella volvió a cerrar los ojos. No tenía derecho a pedirle más. No podía descargar sus sentimientos así como así. Si lo hacía, su corazón quedaría completamente expuesto y ya no habría vuelta atrás para ella.

Entonces él volvió a besarla.

—Cuéntamelo. Sea lo que sea, te escucharé —le dijo al separar los labios.

Anne supo que lo haría. Era un hombre que sabía escuchar. Pero ¿la entendería? ¿Si le decía cómo se había sentido, pensaría que era una estúpida idealista? ¿Estaba dispuesta a mostrarle cómo era ella por completo, sin tapujos? ¿Le importaba tan poco su corazón como para permitir que, posiblemente, se lo rompieran?

Al ver que no contestaba, Troy se separó de ella y se levantó despacio.

—Voy a prepararte algo caliente, ¿de acuerdo?

Ella asintió. No había sido capaz de tomar nada en todo el día, y la cabeza comenzaba a martillearle como si se hubiera colado dentro la sierra que estaba utilizando antes Troy.

Debería haberse marchado a casa y no haberle puesto en un compromiso. Debería haber tomado prestadas unas cuantas pastillas para el insomnio y haberse ido a casa a dormir, y no molestar a Troy con sus neuras y sus ataques de repentina tristeza. Se conocía muy bien a sí misma y sabía que lo superaría, y ahora que se encontraba un poco mejor, estaba cada vez más avergonzada.

¿Por qué insistía en ponerse una y otra vez en ridículo? Era un desastre. Un desastre con patas, y seguramente Troy estaría deseando que se levantara y se marchase de casa, porque no la había invitado. Ni siquiera la había llamado en esos días. No quería ser una de esas chicas plastas que se colgaban al cuello de un tío solo porque, un día, él les había prestado un poco de atención.

Se levantó de la cama y se notó un poco mareada, pero fue al baño para lavarse la cara para que el agua fría la calmara.

Dios, qué aspecto más horrible tenía, pensó al mirarse al espejo. La cara y los ojos hinchados, el pelo mucho más revuelto de lo usual, unas ojeras demasiado marcadas. No había dormido, no había comido y, sobre todo, no había descansado prácticamente nada en veinticuatro horas.

Se echó agua helada varias veces sobre la cara, intentó peinarse un poco la rebelde melena y volvió a mirarse al espejo.

—Mañana será otro día, Anne —se dijo a sí misma.

Otro día en que la necesitaría más gente. En que quizá tuviera que recibir a otra persona que había perdido a alguien, o que se hubiera perdido a sí misma.

Era hora de marcharse a casa.

Capítulo 16

Salió del baño decidida a reparar su imagen lo máximo posible, teniendo en cuenta el desastroso colapso que acababa de tener.

A todo el mundo podía ocurrirle de vez en cuando, y ella era una persona normal y corriente, como el resto, ¿no?

Cuando salió al salón, Troy había preparado dos infusiones y había colocado un plato de galletas junto con las dos tazas en una bandeja. Lo pilló justo en el momento en que la había cogido con las manos para transportarla a la habitación.

Se quedó quieto al verla salir, la observó de arriba a abajo y se giró para volver a dejar la bandeja sobre la encimera.

—¿Quieres marcharte?

—Lo siento. Sé que soy repetitiva, de verdad, pero no quería derrumbarme así delante de ti. No quería ponerte en esta situación, perdóname.

Troy se acercó a ella y le tomó de las manos. La llevó hasta el sofá y la hizo sentarse junto a él sin soltarle las manos y sin dejar de mirarla a los ojos.

—No soy un hombre de piedra, Anne. No voy a burlarme de ti, ni te voy a tener en menos estima por haberte visto sufrir. Pero no puedes llegar, mostrarme cuán destrozada estás y después marcharte sin ninguna explicación. Como te he dicho, no soy un hombre de piedra. Yo también sufro si te veo sufrir a ti.

Continuó mirándola con semblante preocupado, y Anne suspiró y cerró los ojos, de nuevo avergonzada.

—Lo sé. Sé que no he sido justa. Es que... he tenido un mal día en el trabajo, y cuando eso me pasa... bueno, cuando eso me pasa suelo pasar un mal rato. Siento haberte puesto en esta situación, sé que no tenemos nada y que...

Él le apretó las manos para que ella volviera a mirarle los ojos.

—Tenemos una amistad. O eso espero —replicó él.

Anne asintió.

—Yo también lo espero.

Independientemente de que tuvieran una relación o no, él era un hombre bueno, íntegro. Le gustaría que fueran amigos. Troy era un volcán, pero también era un bálsamo para todos sus pesares.

—Entonces, ¿por qué no me cuentas qué ha ocurrido?

La atrajo hasta su cuerpo y apoyó su cabeza en su pecho para acariciarle el cabello como si fuera una niña. Ella se acomodó entre sus brazos. Había querido marcharse. No quería contarle los escondrijos más recónditos y oscuros de su corazón, pero era injusto utilizarle como tabla de salvación y después echarle de nuevo al mar.

—Hoy falleció un paciente. Era... era un caballero, llevaba muchos años con nosotros.

Notó que él la presionaba un poco más fuerte contra su cuerpo antes de volver a hablar.

—Lo siento —murmuró, y le dio un beso en la sien.

—Sé que mi reacción puede parecerle un poco excesiva, que debería estar acostumbrada a perder a la gente con la que trabajo porque llegan a nosotros cuando ya están muy mayores o enfermos... Pero no puedo evitar sentirme fatal cada vez que ocurre. Y este caso era especial. Él era especial. —Troy comenzó a acariciarle la espalda, arriba y abajo, con suma lentitud, y ella se separó de él para volver a mirarle a los ojos—. No sé por qué he venido aquí hoy. Bueno, sí lo sé, pero sé que no debería haberlo hecho.

—¿Y por qué no deberías haberlo hecho? —volvió a preguntarle él. Se había apoyado en el respaldo y ahora le rozaba uno de los hombros.

—Porque tú y yo... —se encogió de hombros antes de proseguir—. En fin, no tenemos nada serio. No quiero agobiarte. No quiero que pienses que, por habernos acostado juntos, ya creo tener otros derechos sobre ti, porque no es así.

Él entrecerró los ojos, como si estuviera disgustado.

—¿Otros derechos sobre mí? Anne, ya te he dicho antes lo que siento y pienso. Nos hemos acostado, sí. Pero no voy a darme la vuelta cuando te vuelva a ver y hacer como que no te conozco, ¿lo entiendes? No sé con qué clase de hombres has estado últimamente, pero yo no soy de esos.

Ella se avergonzó un poco. ¿Por qué nunca sabía arreglar las cosas, sino que

las empeoraba cada vez más?

—No me refería a eso. Sé que eres un buen tipo, pero solo quiero que sepas que no espero nada más de ti, eso es todo. Solo necesitaba... un poco de cariño.

Troy parpadeó varias veces y continuó estudiándola. Se hizo un silencio tenso, él se removió en su asiento y, tras pasarse una mano por el pelo, que le caía a mechones revueltos por la cara, volvió a mirarla y la tomó de una mano.

—¿Qué tal si ninguno de nosotros espera nada del otro, pero está ahí si se le necesita?

—¿A qué te refieres?

—A esto. Yo estoy para ti si me necesitas, tú estás para mí si yo te necesito.

En su fuero interno, Anne pensó que para qué iba él a necesitarla a ella, cuando era obvio que tenía mucha experiencia con las mujeres y seguro que hacían cola para meterse en su cama o cualquier otra cosa que él pudiera desear de ellas.

—Sin pensar más allá. Sin complicaciones. Solo disfrutando del presente —añadió él.

Podía permitirse ser egoísta, por una vez en su vida. Sí, quería algo así. No quería comenzar una relación en la que, desde el primer día, se estuviera preguntando adónde le iba a llevar aquello. No deseaba crearse expectativas para que después volvieran a defraudarla. Quería algo real.

Y no había nada ni nadie más auténtico y real que Troy.

—Me parece perfecto —respondió al fin.

Él sonrió de medio lado, y ella le devolvió la sonrisa.

—Pero vamos a hacer un trato —alzó ella el dedo, antes de nada.

Él levanto una ceja y la observó, divertido.

—Soy todo oídos.

—Seremos todo lo sinceros que sea posible, ¿de acuerdo? Y, si te quieres acostar con otras mujeres, también tengo que saberlo, ¿entiendes? Porque necesito saber en qué situación me encuentro.

Él agachó la cabeza, negando mientras sonreía, y luego volvió a levantarla.

—Lo mismo te digo, Anne.

Ella frunció el ceño.

—Sabes que yo juego con desventaja —susurró.

Él perdió la sonrisa.

—¿Qué tipo de desventaja?

No sabía cómo explicarlo sin ofenderle a él, o sin quedar ella como una estúpida mojigata.

—Yo no suelo tener encuentros con hombres. Ni casuales, ni serios, ni de ninguna manera. Mi vida es mi trabajo y mi familia y amigos. Nada más. Por eso te pido que seas en todo momento sincero conmigo. De eso se trata la amistad, ¿no?

Él se pasó el pulgar por los labios y la observó, pensativo.

—Nunca he tenido una amistad sincera con una mujer, a excepción de mi hermana. Pero nunca he ocultado la verdad a ninguna de ellas.

Anne entendió al instante cuáles eran las implicaciones de aquello. Él ya se lo había dicho antes, y aquello tan solo era la reiteración de que no le gustaba atarse a nadie.

—Si no eres capaz de hacerlo, te agradezco mucho tu sinceridad. Pero creo que tendré que agradecerte que me hayas escuchado y marcharme.

El ambiente pareció tensarse, el aire se espesó y ninguno de los dos movió un milímetro de su cuerpo, salvo para respirar.

Los ojos de Troy se le clavaban en el alma. Parecía como si estuvieran mirando a través de ella, descubriendo todos sus secretos... Que ella ya sentía haber confesado. Anne no tenía nada más que lo que se veía a simple vista, nada que esconder, nada que contar. Era un libro abierto.

Esperó con el corazón en un puño, porque sabía que no podría, nunca jamás, tener una amistad con él si no era sincero con ella.

—Te prometo que nunca te mentaré.

Troy se sentía incapaz de decir o hacer ninguna otra cosa. Frente a él tenía a una mujer como no había conocido antes a ninguna: abierta, sincera, valiente... y fuerte. Y decidida.

Y hermosa.

No podía hacerle daño. Jamás se lo permitiría. Pero tampoco podía alejarse de ella. Ahora no. ¿De dónde había salido esa estúpida idea de que todo sería tan fácil como con el resto? No, no lo sería. Y aunque pretendía seguir protegiéndola, ahora más que nunca, de las garras de su inestable hermano, era perfectamente consciente de que se quedaba con ella por él mismo, porque deseaba hacerlo, por puro egoísmo.

Seguía sin querer una relación seria, no podía prometerle que serían una pareja normal y que acudirían a cócteles cogidos de la mano, pero sí deseaba, necesitaba, estar a su lado. ¿Amigos?

Pues amigos serían. ¿Con sexo? Siempre que se pudiera, también.

Ambos eran adultos. Estaban sincerándose, y eso era todo lo que él necesitaba. Y deseaba. La estaba empezando a apreciar de verdad, a observarla bajo una luz distinta a la que la había observado en un principio: como una chiquilla ingenua, dulce y romántica a la que habían roto el corazón. Ahora sabía que era una mujer con un corazón enorme, duro y resistente, con una fuerza que destilaba delicadeza.

Y no, no le mentiría. En el momento en que otra mujer se cruzara en su camino, en el momento en que dejara de desearla, ella lo sabría.

Pero, por ahora, la deseaba. Todavía tenía los ojos un poco hinchados por haber llorado, pero eso hacía que le brillaran más. Estaba más guapa, con las mejillas sonrosadas y los labios hinchados, con el pelo cayéndole a mechones del recogido que llevaba ese día, como si... como si acabara de hacer el amor.

Troy bajó la mirada hacia su blusa y deseó quitar, uno a uno, esos botones que ocultaban lo que él ya conocía. Sabía que no era el momento. No podía serlo. Ella había tenido un día horrible, estaba triste y dolida, y...

Pero entonces le miró a la cara. Ella le miraba los labios y tenía la respiración agitada, y él no pudo controlarse por un segundo más. Ya se la estaba imaginando allí mismo, sobre el sofá, con la camisa abierta y sin los pantalones y con el pelo cayendo por el respaldo. Posando para él.

No pudo contenerse más. ¿Qué diablos? Quería besarla. Quería hacerle saber que no estaba sola, que él estaba allí para reconfortarla. Y aunque no era solo eso lo que deseaba, cuando acunó sus mejillas y unió sus labios a los de ella no pretendía llegar más allá, tan solo rodearla con sus brazos y probar aquellos labios que tan bien había llegado a conocer y que tanto deseaba.

¿Cómo podía haberle ocurrido aquello? No tenía ni idea de lo que Anne le daba, pero cuanto más tiempo pasaba con ella más quería estar, más la necesitaba. Quería borrar de sus ojos aquella mirada triste, quería... quería que fuera feliz, devolverle la esperanza, traer de nuevo la sonrisa a aquella preciosa boca.

Y fue así mientras solo acarició sus labios, pero todo se esfumó en cuanto sus bocas se abrieron y las lenguas se rozaron. Anne se abrazó a él con todas

sus fuerzas, y Troy se cernió sobre ella, apretándola contra su cuerpo y haciendo que le rodeara las caderas con las piernas. Sin saber cómo, ambos acabaron recostados en el sofá, él sobre ella, besándose como si no se hubieran visto en años, y no en días.

Troy le acarició los costados, los muslos, volvió a subir hasta la cintura y llegó hasta el nacimiento de sus senos, pero no fue más allá. Tenía que detenerse. Sabía que ese no era el momento, que acostarse con ella cuando estaba tan triste no sería lo acertado.

Se separó un poco de sus labios y la miró, estudiando en sus profundidades. Estaba triste, pero serena. Podía percibir que le deseaba tanto como él a ella, pero también estaba esa pequeña punzada de dolor allí, en las profundidades oscuras. No podía seguir, no debía.

Le rozó la nariz con la suya.

—¿Estás bien?

Necesitaba asegurarse. Quería saber si se había propasado, si se había equivocado al abalanzarse sobre ella en aquel momento, si devorarla como deseaba hacerlo era, en efecto, tan mala idea.

Ella asintió con la cabeza. Con los ojos cerrados mientras él le acariciaba con la punta de la nariz parecía más joven, más inocente.

—Me dijiste que te gustaba dar paseos por el campo, ¿verdad?

Ella abrió los ojos y le miró, sorprendida.

—Sí.

—Pues vamos, creo que es justo lo que necesitas en este momento.

Se levantó del sofá y le tendió la mano para que se levantara. Cuando lo hubo hecho, le dio un ligero beso en los labios y se dirigió de nuevo a la cocina. Cogió la mochila que había colgada de un perchero, metió las galletas de chocolate, una botella de vino blanco, un sacacorchos y un par de vasos de plástico con muñecos que tenía desde que era un niño. No era nada del otro mundo, pero serviría como refrigerio cuando se sentaran a descansar.

Agarró su chaqueta y dudó por un instante, pero después recordó que ella había venido con lo puesto, así que tomó una de sus sudaderas y se reunió con ella.

—Vamos, antes de que sea demasiado oscuro y no podamos ver nada —la animó.

No permitió que ella dudara. Un poco de ejercicio y aire libre le vendrían bien. A los dos.

Anne tomó la sudadera que él le tendía, le dio las gracias y salió con él al exterior, donde una suave brisa agitaba las copas de los árboles. Él miró al cielo para calcular si se avecinaba alguna tormenta, pero de momento solo algunas nubes lo surcaban. Bien.

Se giró hacia Anne y sonrió.

—Vamos, te enseñaré un lugar precioso aquí cerca.

Comenzó a caminar sin girarse a comprobar que ella le seguía. Sabía que lo haría. De hecho, escuchó sus pasos detrás de él en cuanto se internaron en el bosque. Sus pies crujían bajo las hojas húmedas, siguiendo el sendero que él marcaba.

—¿Vamos a ir muy lejos? —preguntó ella, algo falta de aliento.

Él aminoró un poco el paso. Estaba ansioso por llegar para que ella lo viera.

—No, está aquí cerca, pero es mejor llegar antes de que anochezca del todo.

Caminaron durante unos minutos más en los que ella no habló, pero quedaba muy poco. Ya se veía el claro al que quería llegar.

Cuando la línea de árboles dio paso a la enorme explanada que descendía por la alta colina, se detuvo. Una luz rosada lo inundaba y bañaba de los más preciosos colores el campo, salpicado de ovejas aquí y allá. Desde aquella altura, se podía distinguir a lo lejos el mar y el viejo castillo de Scarborough.

Anne se detuvo a su lado y se arrebujó en la sudadera que él le había prestado. La brisa hacía ondear su pelo, y los tonos rosados, casi violáceos, del atardecer, bañaban su cara de un abanico de colores. Él permaneció erguido a su lado, observando cómo ella entreabría los labios para admirar las preciosas vistas. Durante un momento se limitó a sonreír y mirarla, solo a ella. A él no le importaba el paisaje: ya lo conocía demasiado bien. Todos los días, muy temprano, recorría aquella ruta corriendo para mantenerse en forma y aplacar sus nervios.

Ahora, lo más bonito que había en todo aquel conocido paisaje era ella, aquella chiquilla menuda, de grandes ojos oscuros, que estaba llegándole al corazón.

Sintió un miedo atroz, tan repentino que tuvo que apartar la mirada de ella y fijarla en el horizonte, hacia el panorama que tan bien conocía. ¿Se estaba arriesgando demasiado con ella? Quizá estaba traspasando líneas que no debiera cruzar, pero había algo que le empujaba a seguir adelante, algo más fuerte que su propia voluntad.

—Es precioso, Troy —musitó.

Él volvió a girarse hacia ella y sintió cómo todos sus músculos se relajaban a la vez.

—Sí, lo es —le contestó, observándola solo a ella.

Capítulo 17

Anne admiró el paisaje durante un rato más, y comprendió entonces por qué él la había sacado de aquella casa. Merecía la pena ver aquello. El mar, a lo lejos, se veía oscuro, salvaje, y los pocos rayos del sol que se atrevían a cruzar las nubes formaban un arcoíris de colores cálidos y fríos.

La ciudad se perdía en la ladera, allá abajo, a lo lejos. Ella estaba acostumbrada a vagar por el campo, hacia el norte, en dirección Bay Town. No conocía ese lugar, pero daba lo mismo. Sabía que su tierra estaba poblada de laderas así, surcadas de ovejas y con unas vistas impresionantes, y se alegraba de que él le hubiera descubierto otra.

Le escuchó carraspear a su lado.

—¿Qué te parece si celebramos las vistas con un pequeño picnic?

Troy se quitó la mochila de la espalda, se agachó en el suelo y comenzó a sacar cosas de ella. Anne se sentó junto a él y le observó, divertida: dos vasos de plástico con dibujos de Winnie the Pooh, una botella de vino blanco que todavía conservaba el frescor y un paquete de galletas con pepitas de chocolate.

—Vaya, señor Jackson, ha preparado usted todo un manjar.

Él sonrió y se limitó a descorchar la botella.

—Espero que mi masculinidad no se vea afectada por la decoración de estos dos vasos de plástico —añadió, divertido—. Son solo un recuerdo de mi infancia, pero en realidad bebo solo en vasos tamaño pinta de cerveza.

Ella rio y tomó uno de los vasos que él le tendía. Los dedos de Troy le rozaron los suyos, y ambos alzaron la mirada. Se hizo un silencio cómodo.

—Por las cosas hermosas de la vida —dijo ella, al fin.

Sabía que ese era el motivo por el que él la había llevado allí. Parecía conocerla casi como ella misma, porque de algún modo, había adivinado que

el simple hecho de observar un bello atardecer en el campo, con el mar de trasfondo, la apaciguaría.

—Por todas ellas.

Troy sonrió, chocó su vaso de osito con el de ella, y bebió sin apartar la mirada. Acto seguido, se sentó a su lado, abrió el paquete de galletas y le tendió una.

Anne se la metió en la boca con sumo placer. Ya no recordaba cuándo había comido por última vez, y estaba hambrienta. Las galletas de chocolate eran sus preferidas, junto al helado de nata con caramelo.

Cerró los ojos y respiró el aire limpio del campo mientras saboreaba el chocolate. Cuando tragó aquel delicioso sabor edulcorado, le dio un trago al vino blanco y suspiró, alzando la cabeza hacia el cielo. Ya comenzaban a verse, entre las nubes, las primeras estrellas. Una de ellas brillaba mucho más que las demás y, en su mente, quiso pensar que era su querido amigo, que había partido junto a su eterno amor.

El brazo de Troy la rodeó, entonces, y la atrajo hacia sí. Ella se apoyó en su pecho y suspiró mientras daba pequeños sorbos a su copa de vino y comía galletas de chocolate.

—Creo que es la mejor cena de mi vida —le dijo al terminar.

—No hay nada como un vino con Winnie —contestó él.

Ella rio, y notó cómo el pecho de Troy subía y bajaba en una risa silenciosa.

—Siento no disponer de un manjar mejor.

—No importa, es perfecto así —señaló ella—. Vino y chocolate. Ninguna mujer puede pedir más en esta vida.

Suspiró y se acomodó más contra su pecho. Él la aferró todavía más y sintió cómo le daba un beso en la cabeza.

—Tenemos que volver, o no encontraremos el camino a casa. Si se hace completamente de noche no veremos el camino —le dijo él. Su voz le hizo cosquillas en el pelo.

—Está bien.

Él la ayudó a levantarse, recogió y metió las cosas en la mochila y volvió a ponérsela en la espalda. Anne caminó tras él durante todo el camino de vuelta, aferrada a su mano para no caerse, y se preguntó si tal vez, aquello de la amistad sin compromisos era lo que de verdad siempre había necesitado.

Llegaron a casa justo cuando ya no podían ver el suelo que pisaban, pero Troy tenía un sexto sentido para la orientación y conocía muy bien su entorno. De hecho, según él solía salir de madrugada, e incluso a veces cuando todavía no había amanecido, para hacer ejercicio al aire libre.

Anne admiraba a las personas que eran capaces de hacer aquello en libertad, sin nada más que su propio cuerpo y en soledad, y no metidos en edificios cerrados y con poca ventilación, como eran los gimnasios.

Troy se detuvo en seco y se giró hacia ella.

—No te muevas —le advirtió.

Ella intentó mirar qué ocurría, pero lo único que veía era que había una luz encendida en la casa. Giró la cabeza y advirtió un automóvil rojo aparcado junto al suyo.

—¿Ocurre algo malo? —susurró.

Él se quedó quieto, observando a su alrededor y escuchando. Al fin, contestó.

—No lo sé, pero creo que voy a tener que averiguarlo. Ponte detrás de mí y no me sueltes —le indicó, tras tomarle de la mano y apoyarla en la parte trasera de la cinturilla de su pantalón.

Ella se agarró y caminó detrás de él, como un ratoncito asustado. No se escuchaba nada en el exterior, pero dentro podría estar pasando algo totalmente distinto. Quizá habían entrado a robar... Suponía que Troy no tenía demasiadas cosas de valor, pero sí tenía su trabajo, y eso era algo muy valioso para él.

Sin embargo, antes de entrar en la casa, vio que la puerta del taller seguía cerrada.

Troy abrió la puerta principal con cuidado. No estaba cerrada con llave, como la había dejado él antes. La madera crujió al moverse, y él dio un paso hacia el interior.

Anne caminó con cuidado detrás de él, mirando hacia un lado y hacia el otro, justo como él hacía. Tenía los hombros tensos, todo su cuerpo estaba en tensión, como si fuera a saltar de un momento a otro sobre quien quiera que estuviese allí adentro, y Anne sintió miedo por primera vez. ¿Y si le golpeaban?

Entonces, se detuvo de golpe al llegar al salón. No se oía ruido alguno, pero Anne sí pudo oler el olor a tabaco en el ambiente.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó Troy en tono cortante.

Ella se asomó, pero solo vio a un chico tendido en uno de los sofás, con los pies colgando a un lado y una gorra tapándole la cara.

Troy puso los brazos en jarras y se dirigió a la persona a la que Anne no podía ver, ya que seguía aferrada a la cinturilla de su pantalón con todas sus fuerzas mientras rogaba, con cara compungida, por que no fueran ladrones ni delincuentes. ¡Ella no sabía pelear!

—He venido a devolverte el dinero. ¿Dónde te habías metido a estas horas?

El cuerpo de Troy se tensó todavía más. Parecía como si fuera a explotar de un momento a otro. Tanto era así, que Anne podía sentir el calor que comenzaba a exudar como ondas expansivas.

—No te importa donde yo esté o deje de estar. ¿De dónde has sacado el dinero tan pronto?

El chico del sillón se quitó la gorra y saludó a Troy, medio en broma.

—Encantado de conocerte. —Después volvió a ponerse la gorra y pareció volver a dormir.

—¿Qué coño es esto, Skippy? ¿Otra de tus bromas?

—¿No me vas a presentar a la chica que estás escondiendo?

Anne conocía esa voz. Vaya que sí. Exhaló el aire que estaba conteniendo y se asomó por el costado de Troy, sonriendo.

—¡Hola, Skippy!

El susodicho se quedó de piedra.

—¿Anne? —pestañeó varias veces antes de girarse a su hermano y mirarle con sorna—. ¿En serio, Troy? ¿Tenía que ser precisamente ella?

Vale, ¿ahora de qué iba aquello? Se puso roja como el tomate, pero esperó a que Troy dijera algo.

—Esto no es asunto tuyo, Skippy —gruñó.

Ella le soltó al fin la cinturilla del pantalón y él se quitó la chaqueta y la dejó encima del respaldo del sofá.

—Podría ser asunto mío, tío. Sabes que quería salir con ella.

Troy se tapó los ojos con los dedos y Anne levantó las cejas al oír aquello.

—¿Querías salir conmigo? ¿En serio? —preguntó, incrédula.

Los dos hermanos se giraron ahora hacia ella, y el tercer chico se rio bajo la gorra.

—Sí, mi hermano me lo impidió porque por lo visto tenía mejores planes para ti —escupió Skippy con amargura.

—Vamos a dejar ese tema a un lado y... —comenzó a decir Troy entre

dientes.

—Ah, no, de eso nada, no vamos a dejar ese tema a un lado. ¿Tu hermano quería salir conmigo y tú se lo impediste? Ya que estoy aquí, podrías explicármelo.

Troy apretó la mandíbula y la miró con los ojos entrecerrados.

—Tú y yo ya habíamos tenido algo, joder. ¿Cómo iba a dejar que te fueras con él?

Ella se cruzó de brazos.

—¿Y eso te da derecho a inmiscuirte en mis cosas? —inquirió al tiempo que alzaba la barbilla.

—¡Por Dios, no! Pero ¿qué querías? ¿Que te dejara en manos de este...? —no llegó a terminar, porque había extendido el brazo en dirección a su hermano y, de pronto, parecía haberse dado cuenta de que él seguía todavía allí.

—Sí, ¿de este qué? Vamos, dilo.

Troy inspiró y apretó los labios.

—He venido a dejarte el dinero que te debo, «hermano» —ironizó—, y a despedirme. Me marchó, y no pienso volver en mucho tiempo.

—¿De dónde has sacado este dinero? ¿Cómo lo has conseguido tan rápido? —Troy señaló el fajo de billetes que su hermano acababa de arrojar sobre la mesita.

—Eh, amigo, ya te he contestado —añadió el del sofá, que parecía estar muy cansado—. Eso es cosa mía, no tuya.

Troy se giró de golpe, le quitó la gorra al chico y le levantó agarrándole de la camiseta antes siquiera de que pudiera despertarse.

—Dime de dónde demonios sacáis ese dinero —le amenazó, su nariz casi pegada a la de él.

El chaval parecía aburrido, pero Anne se había metido los nudillos en la boca por la impresión.

—Si me tocas te denuncio —le dijo, tan fresco.

Troy volvió a agitar las manos, moviendo al chico hacia adelante y hacia atrás.

—Has entrado en mi casa sin mi permiso, puedo tocarte cuanto me dé la gana —le respondió con rabia.

—He venido a tu casa invitado por tu hermano, no lo olvides —le respondió el otro, ahora más despierto y con un gesto que decía a las claras que sabía de lo que estaba hablando.

Troy le soltó de golpe y le tiró contra el sillón en el que había permanecido sentado para dirigirse de nuevo hacia su hermano.

—Esto va en serio, Skip. Quiero saber en qué negocio andas metido, o...

—¿O qué? ¿Harás igual que nuestro padre? ¿Me darás una zurra y me encerrarás en un armario?

Anne observó cómo los hombros de Troy caían y este se pasaba las manos por el pelo, exasperado.

—Yo no soy nuestro padre. No te voy a pegar, nunca lo he hecho.

—Pues hace unos segundos parecías estar a punto de hacerlo. No tengo por qué contarte cómo voy a ganarme la vida, porque cada vez que os digo algo creéis que voy a decepcionaros. Me marchó. Ya tendréis noticias de mí. Despideme de mamá.

Su acompañante se levantó del sillón y miró a Troy con cara de pocos amigos. Este le miró de reojo, pero se giró para ver salir a su hermano por la puerta.

—Solo quiero que lleves cuidado, Skippy. Mamá no podrá soportar más disgustos, ¿entiendes? —parecía derrotado, como si no supiera qué más hacer.

Antes de salir tras su amigo, Skip se volvió.

—Y yo solo quiero que dejéis todos de estar encima de mí y de pensar que voy a fallar en todo. —Miró a Anne y sonrió de medio lado, justo la sonrisa que Troy a veces dejaba asomar en su boca—. Encantado de verte de nuevo, Anne, pero no te fíes demasiado de este controlador que tienes al lado.

Se giró hacia el umbral y salió de allí dando un fuerte portazo.

Anne miró a Troy, que se acababa de sentar en el sofá y se tiraba del pelo con actitud derrotada. Cambió el peso de una pierna a otra. No sabía qué hacer en aquella situación... No quería juzgarle, aunque por otra parte era bastante difícil no hacerlo después de lo que había revelado Skippy.

—¿Estás bien? —fue lo único que se le ocurrió preguntarle.

Él asintió con la cabeza.

—Siento que hayas tenido que ser testigo de todo esto —susurró, sin alzar la cabeza.

Anne volvió a cambiar el peso de su cuerpo a la otra pierna. Vale, puede que aquella conversación hubiera sido un tanto... peliaguda, y que además Troy le hubiera ocultado que su hermano quería salir con ella, pero no podía dejarle así y marcharse. Él la había apoyado unas horas antes, y un trato era un

trato: se suponía que debían estar ahí cuando el uno necesitara al otro, por mucho que ahora sintiera deseos de pedirle unas cuantas explicaciones.

Caminó hasta él y se sentó a su lado. Le acarició la espalda para tratar de reconfortarle a pesar de que sabía que, en esa situación, ella poco podía hacer.

—¿Estás realmente preocupado por tu hermano? —se atrevió a preguntar.

Él asintió con la cabeza, apoyó los brazos en sus rodillas y miró hacia el suelo.

—Ya no sé cómo hacer las cosas con él. No sé cómo actuar para no convertirme justo en quien no quiero ser, y sin embargo siento que también así he fallado.

—Bueno, Troy... Creo que tu hermano es bastante mayorcito para cuidar de sí mismo.

Él se giró hacia ella. Parecía enfadado.

—Nunca ha sabido cuidar de sí mismo. No sabe hacer otra cosa más que meterse en problemas, ¿entiendes? Y ninguno de nosotros ha sido capaz de ayudarlo.

—Pues entonces será porque es él mismo quien necesita aprender a resolver sus propios problemas —replicó ella, con más rotundidad—. Quizá por eso crea que eres un controlador.

—Cree que soy un controlador porque soy el único que le ha librado de cometer algunos de sus peores errores, y aun así, en ocasiones le he fallado.

Se levantó y giró los hombros y la cabeza para intentar liberarse de la tensión

Anne se levantó del sofá y le observó, impertérrita.

—Bien, pues si no hay nada que pueda hacer para ayudarte a que veas las cosas de otra manera...

Troy llegó hasta el mueble recibidor, apoyó ambas manos en él y agachó la cabeza entre los hombros.

—No, no hay nada que tú puedas hacer. Lo siento.

Se hizo un breve silencio, y ella se cruzó de brazos antes de atreverse a hablar de nuevo.

—¿Ah, no? ¿Y qué hay de esa charla de antes de que debíamos apoyarnos el uno al otro? Tú por mí y yo por ti, ya sabes.

Él negó con la cabeza, y ella le miró con incredulidad.

—Eso ahora no tiene sentido. No puedes ayudarme en esto, Anne. No puedes ayudar a todo el mundo.

Ella alzó las cejas por la sorpresa, tanto, que casi le llegan al nacimiento del pelo.

—Pues entonces va a ser que tu hermano sí que tiene la razón.

Se quitó la sudadera, la dejó sobre el sofá y caminó con decisión hacia la puerta.

—¿Sabes? No es justo eso que acabas de decir. No es nada justo. Adiós, y que sepas que yo no espero ayudar a todo el mundo, ni mucho menos. Pero sí ofrezco mis oídos para escuchar, que es lo mínimo que un amigo debe hacer por otro.

Anne salió de la casa y Troy escuchó el rugido del motor de su coche al arrancar.

En silencio, maldijo para sí mismo una y otra vez, pero no era suficiente. Sentía cómo la rabia le hervía la sangre y pugnaba por salir de su cuerpo, y cerró los ojos tratando de controlarla.

Dio un golpe al mueble en el que estaba apoyado, pero necesitaba más. Se alzó y dio un puñetazo a la pared, pero el dolor que sentía en la mano no era suficiente para aliviar la rabia que sentía por dentro. Una vez que había empezado, necesitaba más.

¿Qué demonios podía hacer para enderezar su vida? ¿Por qué se sentía como un fracasado? No quería ser como su padre, pero en el fondo lo era. No era de ayuda para su problemático hermano y tampoco podía controlar su furia. Y lo que era peor, tampoco era de ayuda para una chica que no merecía más que lo mejor, porque él no era lo mejor. Era un hombre solo, y solo debía quedarse si no quería destrozar las vidas de cuantos le rodeaban.

Salió al exterior, se dirigió al lateral de la casa y comenzó a cortar madera. A cada tronco que agarraba, su ira iba creciendo más y más. Se quitó la camiseta y comenzó por partirlos en dos, pero terminó haciendo añicos el último, entre gritos de rabia. Cuando hubo terminado, tiró el hacha hacia un lado y pateó el tocón, que se había llenado de restos y astillas de madera.

Una vez se sintió agotado, se tiró al suelo y observó el cielo. Merecía estar solo, porque no sabía cuidar de nadie como debía.

Capítulo 18

Untar pan, rellenar pan, cubrir pan.

Untar pan, rellenar pan, cubrir pan...

¿Cuántos sándwiches llevaba ya? Se giró hacia el plato donde los había estado colocando y se llevó un susto de muerte al descubrir la cara de Leo a pocos centímetros de ella.

—Eres mi tía preferida —le dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Tu tía favorita es Nicky, de toda la vida, así que no me vengas con milongas. ¿Qué quieres?

—No quiero nada, tía, en serio. Tú eres la única tía que me queda soltera, y por lo tanto eres mi tía favorita. Nicky ha pasado a ser un muermo.

—Ya —resopló ella—, eso de muermo no te lo crees ni tú. Suelta ya por esa boca qué es lo que quieres antes de que asesine más sándwiches.

Leo miró con repelús los bocadillos que Anne estaba untando con mantequilla y rellenando de fiambre. Se había pasado a la dieta deportista, como le había aconsejado Milo, y el pan blanco y la mantequilla eran ahora obras del demonio.

—¿Qué voy a querer, mi adorada tía? Soy un chaval de dieciocho años...

—Todavía no los has cumplido —trató de interrumpirle.

—Que tiene las necesidades normales de los chavales de dieciocho años, pero que lo lleva con mucha más responsabilidad. Sabes que soy un tipo deportista, ¿verdad?

Ella le miró de reojo. Ocho sándwiches. ¿Bastaría? Total, los más pequeños no comían. Bueno, un par más.

—Ajá —respondió sin escuchar en realidad. A Leo le encantaba hablar y darle mil vueltas a las cosas para preparar el terreno.

—Y además estoy a tope con los estudios. Fíjate, que he sacado dos notables y todo, quién lo iba a decir, ¿eh?

—Sí, sí, quién lo iba a decir.

—Pues eso, que soy un tipo decente. Todo el mundo que me conoce, lo sabe. Todo el mundo, menos mi madre, claro.

Ahí estaba el meollo de la cuestión. Anne abrió el armario y buscó una bandeja. Conocía la casa de su hermana mayor como si fuera la suya propia, de tantas horas que había pasado allí tanto haciendo de niñera como en diversas reuniones. Colocó todos los alimentos en su lugar y se volvió hacia Leo.

—Me voy al salón, con los niños. Si no me dices ya qué quieres, vas a perder tu oportunidad.

—Quiero ir a Ibiza.

Casi se le cae la bandeja al suelo.

—¿A Ibiza? ¿Y para qué quieres ir a Ibiza?

Leo se cruzó de brazos y la miró enfurruñado.

—Todos los chicos de mi curso van a ir, tía.

—Allí solo hay drogas, sexo y alcohol.

Leo levantó una ceja.

Ella levantó la otra.

—Me parece que te has equivocado de tía al pedirle este favor.

Trató de esquivarle y pasar por su lado, pero su sobrino fue más rápido que ella, le quitó la bandeja y volvió a colocarla en la encimera para después darle un abrazo.

—No, tía, yo sé que tú me entenderás. Tú, que has sido la hermana más pequeña de todas, la más protegida, a la que nunca han dejado hacer nada...

Anne no podía respirar dentro del aplastante abrazo de Leo, pero poco a poco fue asimilando las palabras que iba soltando por su linda boquita.

—La que ha disfrutado tan poco de la vida, que se está haciendo mayor sin probar las mieles de...

—¡Eh, para ya! —le gritó, echándole hacia atrás.

—Yo no quiero hacerme viejo sin probar esas cosas, tía. Tienes que hablar con mamá, por favor. Tienes que convencerla de que me deje ir a Ibiza, por favor, tía preferida —se puso de rodillas y le abrazó las piernas—, no dejes que me haga mayor sin saber lo que es haber sido joven.

Anne deseó poder tener un poco del cinismo de su hermana Nicky para

poder responderle como se merecía, pero era su sobrino... y lo quería.

—Escúchame, bribón. Vale que yo no pudiera hacer todas esas cosas a tu edad porque no teníamos ni un penique de sobra, pero que sepas que todavía soy joven y podría hacerlo si quisiera. ¡No soy una vieja!

Leo pareció sorprendido, se alzó y se irguió en toda su estatura sobre su tía. Le sacaba más de una cabeza.

—¡Pues claro que no eres vieja! Y puedes hacerlo si quieres. De hecho, necesitamos una monitora que nos acompañe, pero solo a modo simbólico, o sea que podrías irte de fiesta y disfrutar de las playas, no tendrías que hacer de niñera ni nada de eso.

¡Qué cara más dura! Lo tenía todo preparado, el listillo... El muchacho había sacado la labia y vena manipuladora de su tía Nicky, pero multiplicado por diez.

—¿De dónde te has sacado la idea de que ese plan me resultaría atractivo, Leo? Yo nunca voy de discotecas, ni siquiera sé bailar —le replicó, antes de girarse de nuevo hacia la bandeja.

—¡No dejes que la vida se te escape, tía! Aprovecha y hazlo ahora que puedes, mujer... —insistió él mientras ella se alejaba—, y bueno, si no quieres venir, intercede ante mamá por mí, ¡por favor!

Anne dio un portazo a la puerta de la cocina y se quedó tan ancha. Desde luego... Según estaban las cosas, podía montar cola para que la gente pudiera tomarle el pelo a placer.

Hacía más de dos semanas desde lo sucedido con Troy y no había vuelto a saber nada de él. Podría mentirse a sí misma y decir que ni falta que le hacía, pero la verdad era que estaba muy decepcionada. Creía haber visto en él el destello de un hombre decidido, un hombre hecho a sí mismo... y en su lugar se había encontrado con uno atormentado. Y ella, por ilógico que pudiera parecer, no era de las que deseaban salvar almas. Uno se salvaba si estaba dispuesto a hacerlo. Sabía que, aunque hiciera la idiota e insistiera en ayudarlo, si él no aceptaba la ayuda no tenía sentido hacerlo. Y no la aceptaría, visto lo visto.

«No puedes ayudar a todo el mundo», era la frase que él le había dicho y que se repetía una y otra vez en su cabeza. ¿Tan malo era sentir empatía por los demás? ¿Y tan malo era mostrarse vulnerable?

En absoluto. Y ella también tenía su orgullo, así que no iba a esperar sentada a que él se acercase a ella. Tenía mejores planes.

Como dar de comer a todo un equipo de fútbol formado por niños. ¡Yupi!

Se acercó a la mesita del salón y dejó la bandeja encima. Los niños, que habían estado distraídos jugando por todo el salón, se arremolinaron a su lado para ver lo que había traído.

—¡Puj, tía! ¿Jamón? ¿Es que no había mermelada? Mi madre tiene la mermelada escondida en el armario de arriba del horno, donde guarda las conservas de verduras, para que no la encontremos.

—No, Paulie, no había mermelada. Por lo visto, tu madre se la ha llevado al trabajo en previsión de esta tarde.

—No te preocupes, Paulie —intervino Hannah, la más madura de todos—. Si nos comemos uno entre las dos, seguro que después nos dejan tomar un helado. ¿Verdad, Anne?

La miró con aquellos enormes ojos oscuros y Anne casi se derrite.

—Hannah, si te doy un helado, tu padre es capaz de cambiarme el turno en el trabajo para que coincida siempre con las horas de fiesta de la señora Dennis —protestó—. Sabes que Lillie e Ian no os dejan tomar helado todos los días.

—Pero eso es porque temen que nos pongamos gorditos y nos suba el colesterol —protestó Hannah—, pero yo estoy muy delgada. Como verduras todos los días. ¿Tú también comes verduras todos los días, Anne?

Se hizo un silencio entre todos los niños. Algunos estaban masticando los sándwiches ya y la miraban con los mofletes llenos, otros sencillamente lo tenían entre las manos y lo miraban con tristeza.

Vale, ella no era una mujer de lo más sano, y la prueba estaba en aquellos sándwiches... ¿pero qué se le podía pedir a una niñera improvisada?

—¡Cariño, ya estamos aquí!

La aguda voz de su madre inundó el salón en cuanto esta abrió la puerta y colgó la chaqueta en el perchero. Vale que Linda y Tanner estuvieran ocupados, pero Lillie y Nicky habían aprovechado para ir a hacer la compra y, oh, ¡sorpresa, sorpresa! Su madre tenía que acompañarlas porque no tenía nada de nada en casa, según ella. De todas formas, lo único que Jeanette compraba últimamente eran envases de comida congelada, patatas fritas y vino, pero Anne lo agradecía. Mejor eso que morir envenenada antes de tiempo por una indigestión.

La única que había acudido a echarle una mano con los más pequeños era Trish, la madre de Tanner, que ahora estaba en la habitación intentando que durmieran un rato la siesta.

—Dichosos los ojos —les dijo ella.

—No te pongas respondona, que no va nada con tu personalidad —le dijo Nicky.

—Supongo que habréis hecho la compra para todo un mes, ¿no? —repitió, indignada.

Llevaban dos horas y media fuera, y Dios sabía que no había demasiado donde elegir en Scarborough.

—Bueno, querida, antes de hacer la compra Lillie y yo nos hemos hecho las uñas mientras tu hermana se metía en la tienda esa del demonio, la de los videojuegos. Y después solo nos hemos tomado un té, nada más.

Jeanette le enseñó las maravillosas uñas que acababan de hacerle, y Lillie movió los dedos junto a su cara como si fuera una bruja.

—Hacía tanto tiempo que no me las hacía que me habían salido ventosas en las yemas —le dijo su amiga.

Nicky puso los ojos en blanco y se tiró al sofá, junto a Phillip, que masacraba uno de los sándwiches con el dedo índice.

—No sé si os habréis dado cuenta de que se ha hecho un poco tarde, y yo también tengo cosas que hacer —refunfuñó.

—Últimamente estás de un humor de perros, chica. ¿Tengo que matar a alguien? —le preguntó Nicky a la vez que alzaba una ceja y le daba un mordisco a uno de los trozos de bocadillo que habían caído en el sofá.

—¿Y a quién vas a tener que matar, hija? —Su madre miró a la una y la otra con suspicacia—. ¿Están volviendo a hacerte la vida imposible en el trabajo?

Anne observó cómo se soplaba las uñas, perfectamente secas y brillantes, y se las observaba con arrobamiento.

—¿Y por qué tiene que ser el trabajo? A lo mejor es mi vida amorosa. Puede que esté saliendo con un chico. O con varios a la vez, porque me da la gana. ¿O acaso creéis que no puedo?

Se hizo un silencio sepulcral en el salón durante el cual las tres mujeres la observaron con distintas expresiones: una, de furia —Nicky—, otra, de fingido desconcierto —Jeanette— y la otra de «ya estamos otra vez con la misma cantinela» —Lillie, cuyos gemelos se habían aferrado a sus piernas y le estaban rompiendo a mordiscos las preciosas medias de rombos que se había puesto ese día.

—Lo sabía. Voy a matar a Troy —intervino Nicky.

—¿Troy es el chico ese tatuado que te llevó a casa? ¿El de los brazos como

las columnas de la National Gallery? —Su madre cogió un sándwich de la bandeja y se sentó en el sofá, mirándola casi sin pestañear.

—A ver, chicas, que no cunda el pánico —añadió Lillie. Se sentó en el suelo para que los niños se le pudieran subir por encima y trató de hablar a través de sus bracitos—. Anne, ¿qué vamos a hacer contigo? Eres tú misma la que sigues poniéndote trabas. Si no aceptas de una vez que eres una persona maravillosa, nadie lo aceptará. Yo no cuento. Y estas dos que hay aquí me parece que tampoco, porque te seguiremos queriendo por muy cabezota que te pongas.

—¡No es eso! Jolines, sé que soy genial. ¡Claro que lo soy! Soy divina de la muerte, aunque tenga que irme a tiendas de tallas grandes para poder ponerme unos vaqueros en condiciones. ¡Me da igual! Soy feliz con mi vida. Sabéis que lo soy. Es solo que... ¿no puede una estar nunca de mal humor?

Jeanette terminó de comerse el sándwich y se levantó del sofá como impulsada por un resorte.

—Voy a por unas copas, esto se pone interesante.

Anne se tiró hacia atrás en el suelo y cerró los ojos. Había metido la pata, pero hasta el fondo, y ahora tendría que contar todo lo que le había ocurrido con los hermanos Jackson. Se sentía como si estuviera violando su intimidad o algo parecido, porque a fin de cuentas, no era asunto suyo lo que le ocurriera a Skippy... y lo que quisiera hacer o no Troy. Tampoco podía contar todo lo ocurrido, porque ni en sueños le diría a su madre que se había acostado con el de los brazos como columnas dóricas... Por mucho que ella quisiera entrar en detalles.

Mamá necesitaba un novio.

Cuando cada una de ellas tuvo su refrigerio o cóctel en la mano, Anne supo que no tenía más remedio que contar aunque fuera la mitad de la historia. Así, por encima.

—¿Y te volviste a acostar con él? —soltó la voz incrédula de Nicky a medio relato.

—Nicky, ¡los niños! —Lillie le tapó las orejas a Evie, que las escuchaba como si fuera una más del equipo—. No digas eso. Di... Bailaste. Eso, bailaste.

—Bueno, lo que sea. ¿Bailaste con él?

—Eso, hija, ¿bailaste con él? Y lo más importante, ¿cuántas veces has bailado con él? Tomarías precauciones, ¿verdad? Porque no se puede bailar

sin unos zapatos buenos de verdad, ya sabes.

Anne suspiró y se tiró boca a abajo, en el suelo. En aquella familia era imposible esconder nada, porque Nicky siempre pensaba un poco más rápido que el resto de los mortales.

—He bailado con él, pero no ese día, sino otro anterior. Y eso no es lo importante.

—¿Cómo que no? —insistió Nicky—. Yo quiero saber cómo baila. ¿Es de los que menean las caderas o de los que son tiesos como palos? ¿Le va el swing? ¿Te hace un *Dirty Dancing*? Suéltalo, pero no entres en demasiados detalles. No olvidemos que tú también estás dentro de la ecuación, y eso no resulta tan atractivo para mi increíble imaginación.

Lillie estalló en carcajadas, pero su madre parecía estar todavía reflexionando sobre lo que acababa de decir su hija mediana.

—Le va el swing, sí. Solo os diré eso. ¡Y basta ya!

—A mí me gusta cómo lo hace John Travolta en *Grease* —sugirió Lillie, una vez terminó de reír. Después le guiñó un ojo a Anne.

—Pero qué petarda eres, Lillie. No puedes hacer mejor honor a tu nombre, de verdad. Lillie MacPetarda. ¡John Travolta en *Grease* era una nenaza!

—¿Sí? Pues te aseguro que es raro encontrar a alguien que sepa mover las caderas como lo hacía él, te lo digo por experiencia.

—¿Literal o retórica? —insistió Nicky.

Lillie puso los ojos en blanco y Anne resopló.

—Veo que ya habéis perdido el interés por mi historia, así que me iré marchando a casa.

Había comenzado a levantarse, pero la mano de Jeanette la detuvo.

—No sé de qué va todo ese rollo del baile, pero tú vas a contarnos por qué estás así.

—¡Tía Anne ha bailado *Dirty Dancing*! ¡Tía Anne ha bailado *Dirty Dancing*! ¿Me enseñarás a bailarla, tía? —insistió Eve, entusiasmada.

—Anda, vete a jugar con tus hermanos y los primos, pequeña curiosa. — Lillie la tomó del brazo, entre las quejas de la niña, y la llevó al rincón donde los niños estaban jugando con los bloques—. ¿Y cuál es el problema, entonces? —preguntó al volver.

—¡No lo sé! No sé cuál es el problema. Y a estas alturas, creo que ya poco debe importarme.

Les relató lo ocurrido con su hermano, sin entrar en demasiados detalles

para no traicionar una confianza que no sabía si se había depositado en ella, y cuando terminó todas la miraban con cara de póquer.

—¿Qué es lo que más te fastidia, Anne, que no todavía no confíe en ti o que no te dejara ayudarlo?

Ella miró a su hermana con cara de pocos amigos.

—Estoy fastidiada, y ni siquiera yo sé por qué.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —insistió Lillie.

—Casi dos semanas, y no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo.

Se hizo otro silencio en el que todas parecieron buscar un motivo para aquello.

—A ver, Anne... conozco a Troy desde hace años, y sé que es un tipo solitario y poco accesible. Milo le conoce mejor que yo, y supongo que tengo que darle un voto de confianza y pensar que es un buen tipo... Pero nunca le he conocido pareja. Es bastante ermitaño.

—Ya lo sé —le respondió a su hermana—. Pero no entiendo qué me quieres decir con eso.

—¿Qué esperas de él? Supongo que te dejaría claras sus intenciones —terció Lillie.

—Eso, ¿te las dejó claras? —intervino Jeanette, más interesada.

—Me sugirió que fuéramos amigos, que estuviéramos allí el uno para el otro cuando se nos necesitara. Y sin embargo, a la primera de cambio, me echa de su vida. Decidme, ¿eso es todo? ¿Se queda ahí? ¿Compartes cosas con una persona y así, sin más, se pierde todo? No lo entiendo. Sé que él sufre, y sé que fue sincero cuando hablamos. Se portó muy bien conmigo... Es decir, fue dulce, atento, yo diría que más que un amigo. Pero ya está. Justo después de que ocurriera aquello me suelta que no puedo ayudar a todo el mundo. ¡Como si yo ya no lo supiera! Si quisiera ayudar a todos, sería misionera. Y aun así me volvería loca...

—Es que tiene un poco de razón, hermanita.

Anne fulminó a Nicky con la mirada.

—¿Y se puede saber en qué?

Ella pareció pensárselo antes de hablar, cosa de lo más extraña.

—En que tú no puedes curar a nadie. Las personas necesitan curarse a sí mismas, ¿entiendes? Es él quien debe solucionar este tema por sí mismo, y en este caso tú no puedes hacer nada. Es más, si insistes, saldrás perjudicada.

—¿Y cómo sabes tú eso? —inquirió, algo molesta.

—Pues porque aquí la menda piensa un pelín como él... Necesito mi espacio, mi tiempo, y solucionar mis propios problemas. Aunque adore a Milo, siempre necesitaré mi tiempo para pensar por mí misma, ¿entiendes? Lo tuyo con Troy es muy... reciente. En mi opinión, es posible que necesite tiempo y espacio. Si le gustas, volverá.

Todas se giraron hacia Lillie que, supuestamente, era la que más relaciones amorosas había tenido de todas. Ella las miró, sorprendida.

—¿Qué esperáis que diga? Yo solo he tenido tres novios, y con uno de ellos me casé. Tú le conoces bien, Anne, y sabes cuánta paciencia tuve que tener con él.

Todas se echaron a reír de golpe.

—¿Se puede saber de qué os reís? —insistió la diva.

—¿Tú, paciencia con él? ¡Bendito doctor Morgan!

Lillie miró a Jeanette como si fuera un extraterrestre. ¿Cómo podía saber ella lo que había ocurrido entre ellos dos? Y lo peor de todo, ¿era ella quien había tenido que tener paciencia, no él!

—O sea —intervino de nuevo Anne—, que todas me decís, básicamente, que me quede como estoy y espere a que se nos pase el disgusto. Que me olvide de él, ¿no es así?

Miró confundida hacia el paisaje que se abría más allá del cristal, donde el mar embravecido se impregnaba de tonos blancos y grises. Estaba como su humor, oscuro y agitado.

No entendía las relaciones entre las personas. Con tanto como había leído, suponía que le sería más fácil entender los sentimientos de los demás, pero no era así. Para ella, Troy era un puzzle. Sabía que no debía rebajarse e intentar ver cómo se encontraba, pero tenía grabada a fuego aquella conversación, en el sofá, en que él le propuso estar ahí el uno para el otro, cuando se necesitaran.

¿Y si él la necesitaba y era demasiado orgulloso para decirlo? ¿Debía pasar página como si todo aquello no hubiera ocurrido? ¿Sería capaz de olvidarlo y seguir adelante, como si nada? Nunca había conocido a nadie como Troy, y dudaba de que fuera a conocer a alguien que le impactara tanto como lo había hecho ese hombre.

—Si te hace sufrir, entonces no es para ti, cariño —susurró Lillie.

El problema era que ella sufría porque él sufría, y no había podido hacer nada por ayudarle.

Capítulo 19

*T*roy se miró al espejo y se pasó las manos por la enmarañada barba. Había terminado su segundo encargo para Duncombe Park, no sin poca presión, pero no estaba demasiado contento con el resultado.

Había tenido demasiadas distracciones como para poder concentrarse como era debido. Sí, consiguió entregar a tiempo el pequeño tocador, pero lo había hecho de manera tan automática que se sorprendió cuando, al fin, dio la última capa de barniz.

Esta vez no había tenido que ir él en persona a Duncombe Park, sino que habían inspeccionado y recogido el encargo en su propio taller, lo cual le resultaba mucho más cómodo a él. Y no solo había venido el Barón, sino que también había traído a otros conocidos que se sentían atraídos por la peculiaridad de sus creaciones.

Y de él mismo, supuso. Llevaba el pelo más largo de lo normal y esa barba... Si además de todo ello le añadíamos los *piercings* que todavía no se había quitado y los tatuajes, algunos de ellos ya odiados, que cubrían todo su cuerpo, cualquiera diría que era un tipo que acababa de salir de la cárcel, y no un simple carpintero.

«Un artista», le había dicho Anne que era. En cierto modo, sí lo era. Era un estudioso, y le gustaba aplicar las técnicas más antiguas y artesanales en sus creaciones. Poseía la maquinaria justa... El resto, prefería hacerlo con sus propias manos, aunque le costara más tiempo de lo habitual.

Demasiado en esta última ocasión, diría él. Cada vez que se ponía a trabajar, miraba de reojo la escultura de una Anne desnuda y tendida sobre la cama, que estaba todavía a medio hacer, y lo único que deseaba era ponerse a trabajar con ella, moldear sus curvas, ponerle sentimiento a su rostro. Las manos, sin querer, iban y venían una y otra vez a esa pequeña pieza de madera,

la sopesaban, calculaban los ángulos y curvas, y volvían a dejarla con reticencia en su sitio, esperando un hueco para volver a retomarla.

Había reaccionado como un gilipollas la última vez que la vio, lo sabía. Ella no se merecía aquello, y sin embargo... no podía evitarlo. Llevaba el nombre de su hermano tatuado, junto con el de su madre y su hermana, en las costillas... Un símbolo de que separarse de alguno de ellos sería como arrancarse su propia piel, una parte de su propio cuerpo, y todo lo que estaba sucediendo últimamente con él le estaba matando por dentro.

También le mataba la posibilidad de haberle hecho daño, pero en aquel momento su alma se había rebelado contra cualquier tipo de amenaza que pudiera romper su coraza, o que pudiera siquiera sugerir nada con respecto a su relación con su familia, porque eso era algo que se guardaba tan solo para sí mismo. No estaba dispuesto a mostrar aquella debilidad ante nadie, ni siquiera ante la chica más dulce que hubiera conocido jamás. Menos todavía ante ella. Era su mayor signo de debilidad, y desde pequeño había aprendido bien la lección de que, las debilidades, había que mantenerlas bien ocultas a ojos de la gente.

Tras la visita de ese día, su cuerpo había necesitado liberarse de toda la adrenalina acumulada. Una carrera por el bosque después, unas cuantas flexiones y unos pocos golpes a su saco de boxeo, se encontraba más tranquilo y con la mente más clara.

Agarró la cuchilla de afeitar, se aplicó la crema con la otra mano y la pasó por toda la mejilla, sin pensarlo.

Casi una hora después, parecía una persona completamente distinta: ya no quedaba rastro de la barba, había sustituido el pendiente de la oreja por otro menos llamativo, y se había cortado más que unos cuantos mechones de pelo. Parecía haberse quitado unos cuantos años de encima.

Después, volvió a meterse en la ducha y se libró de cualquier rastro de cabello que pudiera quedarle en el cuerpo. Se vistió, mucho mejor de lo que lo había hecho en años, y cogió las llaves de la furgoneta.

Le debía una disculpa a alguien.

No sabía siquiera si la encontraría en casa, pero dos semanas después no pensaba ser tan cobarde como para enfrentarse a ella con solo una llamada de teléfono. A él le gustaba hacer las cosas a la cara.

Cuando llegó a View Court, entró como si hubiera estado visitando el lugar durante toda su vida. La recepcionista estaba al teléfono, y al principio solo

levantó la mirada levemente. Sin embargo, en cuanto se percató de quién era en realidad, volvió a mirarle con disimulado interés, sobre todo la zona de sus pectorales y caderas.

—¿Estaba en una residencia de ancianos, o en una agencia clandestina de contactos?

Frunció el ceño mientras esperaba a que ella terminara la llamada y se cruzó de brazos, impaciente. Cuando colgó el teléfono, la mujer giró la cabeza hacia él y le lanzó una demoledora sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero?

Troy observó cómo movía aquellas enormes pestañas postizas cargadas de rímel y se preguntó si no correría riesgo de quedarse ciega si alguno de aquellos pelos se le clavaba en el ojo.

—Estoy buscando a Anne Mayers. Trabaja aquí, ¿verdad?

La mujer levantó las cejas en un claro gesto de asombro y borró la sonrisa de su cara.

—Sí, ahora mismo está en la segunda planta. ¿Es algo importante? —trató de sonsacarle.

—Sí. Gracias por su ayuda —fue su única respuesta antes de dirigirse a los ascensores.

Mientras esperaba, sintió como si alguien estuviera devorándole la espalda y el trasero, pero se sacudió aquella sensación de encima en cuanto se encontró a salvo dentro del ascensor. Sabía que ejercía ese efecto en las mujeres, pero Anne era la única que no actuaba de aquella forma en su presencia. Cuando era un chaval solía encontrarlo divertido, pero las cosas cambiaban. Ahora era un hombre y no le gustaba andarse por las ramas cuando deseaba algo, así que tampoco le gustaba que lo hicieran con él, ni que le miraran como si fuera un objeto.

Cuando llegó a la segunda planta, le ocurrió algo parecido con la chica del mostrador de la misma.

—Está a punto de acabar su turno. Si desea esperar... —le indicó, señalando una de las sillas que había frente al mostrador con una sonrisa esperanzada.

Sin embargo, en ese momento se escuchó un grito en una de las habitaciones y él supo al instante que se trataba de Anne. Sin esperar un segundo más, se dirigió hacia donde provenía el ruido, temeroso de que pudiera haberle ocurrido algo, pero lo que encontró allí le dejó totalmente desconcertado.

Anne estaba teniendo un día horroroso, y mucho se temía que iba a acabar peor. Cuando había escuchado los gritos de la señora Miller desde el despacho, había salido despavorida para intentar ayudar a la pobre Nina, que seguramente estaría tratando de calmarla con sus escasos cincuenta kilos de peso.

Al llegar a la habitación, se encontró con que Nina había estado intentando lavar a la anciana y que esta había escogido justo ese momento para soltar todos los fluidos que su cuerpo fue capaz de liberar. Y parecía que había estado reteniéndolos una semana, por lo menos, a juzgar por el estropicio.

Trató de respirar por la boca y, con la ayuda de Nina, movieron a la señora de tal forma que pudiera estar de lado y les permitiera limpiarla a ella y, después, cambiar las sábanas manchadas de aquel oloroso pastel. Pero si algo podía salir peor, Anne sabía que Murphy estaría esperando para aplicar su ley hasta las últimas consecuencias.

Justo cuando Nina estaba agarrando de los hombros a la señora Miller y Anne de las piernas para limpiarle la espalda, hasta donde había llegado el líquido —vete tú a saber qué le habían dado de cenar la noche anterior—, el señor Baker entró como Pedro por su casa, se acercó a ellas sin mediar palabra y, cuando llegó a la altura de la cama, explotó, lleno de felicidad:

—¡Mi querida Elizabeth! ¡Tantos años te he estado esperando! Pero ahora estoy muy cansado, permíteme que me recueste junto a ti, querida...

Ninguna de las dos chicas tuvo tiempo para reaccionar. Antes de que se dieran cuenta, el anciano se había subido a la sábana llena de residuos y se había abrazado a la mujer como si fuera su tabla de salvación, pegando el pecho a la espalda de ella.

—¡Socorro! —fue lo único que pudo decir Anne.

Su compañera, que no era tan fina, maldijo por todo lo alto y se acordó de los antepasados de todos los presentes mientras tiraba del anciano para separarles.

—¡Señor Baker, señor Baker, baje ya, por favor! —pedía Anne una y otra vez al tiempo que tiraba de las rodillas del anciano, que parecían estar soldadas al cuerpo de la mujer.

Como vio que aquello no funcionaba, se separó, respiró hondo —por la boca, aunque de poco servía— y se acercó al oído del interno.

—Escuche, señor Baker —comenzó con la voz más relajada que fue capaz de fingir—, sé que a usted le gustaría que esta señora fuera Elizabeth Taylor, pero ella ya no está entre nosotros, señor. Está usted abrazando a la señora Miller. Si quiere, puede asomarse y ver su cara, y comprobará que no es Elizabeth.

El anciano se removió un poco y abrió los ojos.

—¿No es Elizabeth?

—No, no lo es. Le repito, es la señora Miller, y tiene que soltarla ahora mismo porque la pobre está muy enferma.

Los brazos del hombre se aflojaron poco a poco. Se asomó para comprobar si era cierto que no era Elizabeth, y pareció confundido.

—¿Y qué es ese olor que emana de su cuerpo? ¿Es la momia de Elizabeth Taylor, acaso?

Antes de que se apresurara a aferrarse a la mujer de nuevo, entre Nina y ella le tomaron de los brazos y le ayudaron a bajar de la cama, pero el desastre ya estaba hecho.

—Nina, acompaña al señor a su habitación y ayúdale a darse un baño. Yo me encargaré de la señora Miller —le encomendó, arremangándose mejor las mangas de la bata que ya estaban un poco perjudicadas.

—Pero yo no quiero dejar sola a Elizabeth. Ella me cantó desde el tejado de zinc, hace muchos años, y me mandaba cartas de amor desde Egipto en las que me rogaba que me reuniera con ella...

Mientras Nina se lo llevaba, Anne se fue girando para comprobar que conseguía alejarle sin ningún problema... Y entonces le vio, parado en medio de la puerta y con cara de haber visto un fantasma.

—¿Troy?

El interpelado se apartó para dejar pasar a Nina y pestañeó al volver a mirarla.

—Eh... Hola, Anne... Yo... pensé que estaba ocurriendo algo... Eh... Pensé que necesitabas ayuda.

Ella se lo quedó mirándole durante unos segundos, pero entonces recordó dónde estaba y qué tenía que hacer. Y, más que nunca, se sintió fuerte y orgullosa. Merecía una disculpa, y no que apareciera allí como si nada después de dos semanas de no tener noticias de él.

O algo.

Pero primero tenía que limpiar a la señora Miller.

Se giró y se dirigió hacia la mujer, que seguía dormida y sin enterarse de nada. El caballero la había vuelto a poner un poco perdida, pero era poca cosa en comparación con lo que habían tenido que limpiar entre Nina y ella. En un momento, la había aseado, colocado el camisón por encima y estaba empezando a cambiarle las sábanas cuando notó que Troy se ponía a su lado y le ayudaba a levantar a la anciana para que pudiera hacer mejor la cama.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo—, pero gracias de todos modos.

—Lo sé, pero quiero hacerlo de todos modos —bromeó él.

Si pensaba que mostrándose servicial, y con un poco de buen humor, iba a conseguir que ella se ablandara... lo tenía difícil. Porque ahora que estaba junto a ella, y que el orgullo había hecho su aparición en el cuerpo de Anne, se había fijado a ella como un clavo ardiendo.

Sí, sabía que él sufría, pero ella no merecía ni que la trataran con condescendencia, ni que la ignoraran, y mucho menos que la atacaran. Al menos, era así como se había sentido el último día en que le vio, en cierta forma... humillada por ser como era, que era mucho peor que ser humillada por simples rasgos físicos.

Y ella estaba muy orgullosa de ser quien era.

—Ya hemos terminado, y no puedes seguir aquí, Troy, así que... si quieres hablar conmigo, puedes esperarme afuera, por favor.

Él asintió y salió del cuarto sin decir nada más. Mientras tanto, Anne terminó de arreglar a la anciana y colocarle bien la cama y las sábanas para que durmiera cómoda. Sin embargo, durante todo el tiempo no hacía más que pensar en qué querría Troy de ella, qué sería tan urgente como para haberse acercado a su lugar de trabajo, por qué habría cambiado tanto su aspecto. Se reservaba, de momento, la idea de que era muy posible que, de tratarse de otra persona, no se hubiera acercado a ella y ayudado con aquel estropicio... Lo había hecho porque era él. Pero como ya decía, ese pensamiento se lo reservaba hasta ver qué era lo que tenía que decir. No quería pensar nada más bueno de él, prefería seguir enfadada.

Salió al pasillo y, sin mirar hacia donde él estaba sentado, entró en la habitación reservada al personal para cambiarse y averse. Cuando hubo terminado, salió al mostrador y comprobó que su compañera miraba fijamente y sin ningún disimulo, además con el bolígrafo en la boca, al tipo que estaba sentado esperándola.

A Anne no le gustaba tener espectadores.

—Hola —le dijo él al verla acercarse.

—Hola. Bueno, ya has visto dónde trabajo... No se parece en nada a tu arte, pero es de lo más digno, y me gusta —añadió a la defensiva.

Que la hubiera visto en plena faena de limpiar a una señora que estaba enferma y no podía controlarse no era humillante, todo lo contrario. Y esperaba que él pensase igual que ella, de otra forma estaba dispuesta a sacar sus arcaicas y oxidadas armas de artillería para utilizarlas contra él.

Le faltaba levantar la barbilla, ponerse las manos en las caderas y gritarle: «¿Qué pasa?», pero se abstuvo porque habría quedado demasiado fingido en ella.

Sin embargo, él la miraba fijamente, desde su asiento. Se levantó y entonces volvió a ser el hombre intimidante que siempre había sido, pero con un aspecto un poco más cuidado que le quitaba unos años de encima, por haberse librado de la barba.

—No tienes que darme explicaciones, te admiro por lo que haces —anunció con su voz grave.

Ella notó que el calor volvía a subirle por las mejillas y el escote, se giró para ver si los estaban espiando, que sí era el caso, y se acercó a él para hablarle más bajito.

—Creo que este no es lugar para hablar de nada.

—No, estoy de acuerdo. Yo... Vine porque necesitaba hablar contigo, perdóname si te he molestado.

—No, para nada, no te preocupes —se apresuró a decir ella demasiado rápido. Después apretó la boca y se regañó a sí misma por no ser capaz de cerrar el pico.

—¿Quieres dar un paseo? ¿O tomar un café? —le dijo él.

—Está bien, claro. Vayamos a tomar un café.

Salieron de View Court bajo la atenta mirada del personal, que seguramente la acribillaría a preguntas al día siguiente, y se dirigieron hacia el aparcamiento. Ella fue directamente hacia su coche y él la acompañó. Antes de abrir la puerta, se giró y le preguntó:

—¿Dónde nos vemos? —Ni de coña iba a subirse con él en un coche antes de hablar. Estaba demasiado nerviosa.

—¿Conoces algún lugar tranquilo en donde se pueda hablar?

Vaya, pues sí que parecía tenerle que decir muchas cosas. La curiosidad podía con ella, y también la esperanza de que le ofreciera una disculpa y

tratara de enmendar la metedura de pata del otro día.

—La taberna de la señora Hastings no está demasiado lejos, y es cómoda y tranquila. —Ups, aquello había sonado un poco extraño...

—Está bien, nos vemos allí entonces. —Él se agachó y le dio un ligero beso en la mejilla antes de marcharse hacia su furgoneta.

Sin embargo, Anne se quedó temblando durante unos instantes antes de poder abrir el coche y meterse dentro.

¿Por qué se estaba mostrando tan encantador, como si nada hubiera ocurrido? ¿Por qué tenía que estar tan guapo, con la cara afeitada y el pelo más corto de lo normal? ¿Por qué tenía que sentirse siempre a su lado como una persona pequeña e insignificante?

Su determinación fue aumentando conforme se acercaban a la taberna. Estar con Troy era como subirse a una montaña rusa, pero ella no podía dejar que la afectara tanto.

Lo que ocurría era que la voz de su propia conciencia no se callaba y le gritaba sin cesar que ella era carne de cañón para tipos duros como Troy. Era como estar acercándose a toda velocidad a un semáforo en rojo y no ser capaz de pisar el freno.

De todas formas, amordazó esa voz y salió del coche como si fuera una vaquera, decidida, valiente y, sobre todo, dura.

El coche de Troy ya estaba allí y, cuando entró, lo encontró en la barra hablando con Sue, la nieta de la señora Hastings y dueña actual del pub, también conocida por no tener un pelo de ángel.

Anne no pudo evitar sentir una punzada de celos, porque la misma Sue les había hablado en varias ocasiones sobre sus flirteos con miembros de ambos sexos y el éxito que tenía en sus relaciones, aunque las prefería pasajeras. Se preguntó si Troy había sido una de aquellas relaciones... y a juzgar por la manera en que hablaban, bien podía ser cierto.

Se acercó poco a poco, en parte esperando poder captar algún retazo de la conversación que estaban manteniendo y, en parte, porque le parecía estar inmiscuyéndose en una conversación privada. Troy tenía los codos apoyados sobre la barra y miraba fijamente a Sue, que acercaba su cabeza de pelo rojo y repleta de piercings para susurrarle algo al oído. Ambos comenzaron a reír y se interrumpieron justo cuando Anne llegó a su lado.

—¡Ey, pequeñaja! ¿Qué te trae por aquí? —la saludó la camarera con la mayor confianza del mundo.

Si hubiera un momento peor para llamarla pequeña, era ese, porque al lado de Sue —la experimentada, descarada y sensual Sue—, Anne no parecía más que eso, una colegiala inocentona. Troy la miraba con intensidad, y ese fue el momento en que Anne supo que debía ponerse en su lugar.

—Hola, Sue. He quedado con mi amigo Troy para tomar una copa —le contestó al tiempo que se sentaba en un taburete junto a él y le sonreía descaradamente.

Él arqueó las cejas y, en la comisura de sus labios, apareció un leve asomo de sonrisa.

—Vaya, vaya... No sabía que eras amiga de Troy. —Sue la miró con picardía, y luego se giró hacia él de nuevo. Sus pechos estaban alzados sobre la barra del bar, invitadores—. Eh, chaval, cuida de mi peque o tendrás que vértelas conmigo, ¿de acuerdo?

Troy desvió la mirada de Anne hacia Sue.

—Creo que Anne ya está lo bastante crecida como para tomar sus propias decisiones, ¿no crees?

«¡Toma ya!», pensó Anne. Ración extra de puntos para Troy. Observó, satisfecha, cómo Sue se hacía la sorprendida y se echaba hacia atrás para volver con sus quehaceres.

—De eso no tengo duda, guapo, pero tiene muchos amigos, así que... ándate con cuidado —le contestó con el ceño fruncido. Un instante después, volvió a cambiar el gesto por otro alegre y sonrió—. Bueno, ¿qué os pongo?

Ambos tomaron un par de pintas y se dirigieron a una de las mesas de estilo retro que había en el local. De hecho, Sue era la única que no encajaba allí, con su aspecto punk y atrevido, pero había querido conservar lo máximo posible la decoración original de su abuela y lo cierto era que a Anne le gustaba mucho, porque era un lugar con pocas pretensiones y muy acogedor.

Se sentaron el uno frente al otro, muy cerca, y las rodillas de Troy casi rozaban las suyas. Anne se reclinó en el respaldo de su silla, pero él apoyó los codos en la mesa y la miró sin titubear. A veces, la forma en que él la observaba la intimidaba, porque sentía que esos ojos tan claros eran capaces de acceder a todos y cada uno de sus pensamientos más íntimos, o como si ya los conociese y no hubiera nada de ella que él no pudiera ver.

—Sé que tengo que disculparme contigo por la forma en que actué el otro día.

Bueno, aquello era un paso, pensó Anne. Sin embargo, no era del todo el que

ella necesitaba.

—Sí, deberías hacerlo.

Él suspiró y se cruzó de brazos.

—Está bien, lo siento. No reaccioné de una forma demasiado... adecuada a la situación.

—No, no lo hiciste, pero disculpas aceptadas.

Troy hizo aquel gesto tan típico suyo de cuando estaba irritado, o confuso: se tapó los ojos con los pulgares y se los restregó. Eso le hizo que Anne se ablandara, porque por mucho que le gustara tener la sartén por el mango y que se disculpara con ella, no le gustaba ver a nadie sufrir.

—¿Quieres contarme qué es lo que ocurre con tu hermano?

Él se descubrió la cara y la miró.

—Mierda... —susurró.

De repente, dio un empujón a la silla y se levantó para tomarla a ella del brazo.

—Vámonos de aquí, no soporto los lugares cerrados.

Tiró de ella y salieron a la calle de nuevo.

—¿Y dónde vamos? —preguntó ella intentando seguir el ritmo de sus pasos hasta su furgoneta.

—No lo sé. A cualquier parte donde podamos estar solos.

—¿Y mi coche?

—Ya lo recogeremos luego.

Le abrió la puerta, ella se sentó, y observó perpleja cómo él daba la vuelta al coche y se ponía al volante. Arrancó y condujeron en silencio durante unos minutos en los que ella se dedicó a observarle de reojo e intentar adivinar qué mosca le había picado. ¿Por qué tenían que ser tan difíciles los hombres? ¿Por qué no decían a las claras qué es lo que sentían y lo que querían? Si por ella fuera, todo sería mucho más simple.

Troy tomó el desvío de Sal Pans Road y continuó hasta la playa. Aparcó justo delante del pequeño banco verde que miraba hacia los acantilados. A su alrededor no había más que colinas agrestes y el gris furioso del mar de septiembre.

Se bajó del coche y ella le siguió. Le observó respirar profundamente, abrir los brazos y cerrar los ojos.

—Esto es otra cosa —susurró.

Allí de pie, con la brisa del mar removiéndole los mechones de pelo, su

camisa de cuadros y los vaqueros viejos y ajustados, Troy daba la impresión de ser exactamente lo que era: un hombre solitario, taciturno y muy, muy atractivo.

De repente abrió los ojos y la miró.

—Ven, vamos a sentarnos en el banco —le dijo con un ademán de la cabeza.

Anne caminó hasta el viejo banco de madera, se sentó y sonrió. Se cubrió bien el cuello con la chaqueta y metió las manos bien adentro en los bolsillos, porque a esas horas el viento de septiembre comenzaba a ser implacable.

—Este lugar es precioso —susurró al notar cómo él se sentaba a su lado.

—Sí, lo es. Y sobre todo, es pacífico.

Se giró hacia él y le miró con curiosidad.

—¿Y por qué pretendes dar una imagen que no eres, Troy? Sé que eres un hombre tranquilo y trabajador, y sin embargo has elegido llenar tu cuerpo de tatuajes, piercings y...

Troy se recostó en el banco y la miró.

—No hace falta que sigas. —Volvió a desviar la mirada hacia el mar antes de proseguir—: Voy a tratar de ser sincero contigo, Anne, porque es lo que acordamos y es lo que voy a hacer, por mucho que me pese. No sé si estoy preparado para compartir contigo partes de mí que nunca he mostrado a nadie.

Él tenía las manos dentro de los bolsillos, al igual que ella, pero Anne sacó la suya y la metió dentro de uno de los bolsillos de Troy para agarrar su mano fuerte y endurecida por el trabajo.

—Quizá no puedas compartirlo todo, pero sí pequeñas partes. ¿Por qué me has traído hasta aquí cuando te pregunté por tu hermano?

La mano de Troy reaccionó al suave contacto de la de ella, y aferró sus pequeños dedos con fuerza.

—No es una pregunta fácil. Nada de lo que tenga que ver con Skippy lo es. Ni con mi vida, supongo —respondió, encogiéndose de hombros—. Él es... Siempre ha sido un chico problemático. De pequeños solíamos jugar en el patio de casa, mientras nuestra madre cosía en la ventana, y siempre se metía en todo tipo de líos de los que yo tenía que rescatarle. Lo peor de todo era que mi hermana, al ser más pequeña, pretendía imitarle en todo —sonrió ante el recuerdo. Después, volvió a ponerse serio y frunció el ceño—. Una vez cavó un agujero y metió a nuestra hermana. La tapó con ramas y hojas, y no la encontramos en dos horas... Se había quedado dormida y él no recordaba dónde había hecho el agujero. Nos dio un susto de muerte a todos.

Anne intentó imaginar aquella escena y se estremeció.

—Mi padre le encerró en el armario durante dos días enteros, hasta que se le pasó el enfado. Solo podíamos darle agua y un orinal.

—Eso que estás diciendo... ¿va en serio? —replicó ella, perpleja.

Él continuó sin mirarla.

—Claro que lo es. No era un hombre muy paciente, que digamos. Era un viejo cascarrabias... Todavía no sé por qué mi madre se casó con él, pero le quería, aun con todos sus defectos. —Se hizo un leve silencio, y Troy comenzó a acariciar los fríos dedos de Anne hasta calentarlos—. Yo debería haber estado con ellos, pero en lugar de eso andaba por ahí, con mis amigotes, haciendo de las mías. Le había dicho a Skippy que cuidara de Savannah y me había largado con compañías que ahora sé que no eran las adecuadas, pero era un crío rebelde... Y enfadado. Normalmente era yo quien se llevaba los castigos, pero en esa ocasión me hicieron quedarme en la puerta del armario, escuchando cómo Skippy lloraba y rogaba para que le dejáramos salir, durante los dos días que duró el castigo.

—Dios, eso es... horrible.

Él se giró hacia ella, y en su mirada no había más que ternura.

—No todos los hogares son iguales, Anne, ni todos los padres son comprensivos y pacientes. Mi madre intentaba interceder por nosotros, pero el viejo era implacable. A veces no le culpo. ¿Qué habrías hecho tú si uno de tus hijos enterrara a otro vivo?

Anne intentó imaginárselo, pero el terror que le recorrió el cuerpo fue tan grande que ni siquiera fue capaz de hacerse una idea de las consecuencias.

—Podría haber sido peor —prosiguió Troy—. De críos éramos muy rebeldes, y yo... siempre debía interceder por mis hermanos, pero acababa fallando en algo. La mayoría de las veces era yo quien recibía los azotes, pero otras tenía que observar cómo se los daban a ellos.

Anne no sabía qué responder a todo aquello.

—Erais unos críos. Los críos hacen travesuras —fue lo único que pudo decir.

Él sonrió de medio lado y continuó mirando el mar.

—Es posible. Pero esto es lo que soy. Quizá los tatuajes fueron mi forma de rebelarme, o de tomar el control sobre mi propio cuerpo. No me arrepiento, al menos no de todos ellos —añadió en tono de broma mientras desviaba su

mirada fugazmente hacia ella para después volver a perder la sonrisa—. Pero hay una cosa que sí temo, y es terminar siendo como mi padre.

En ese instante, el sonido del viento pareció hacerse mucho más fuerte, hasta el punto de casi ensordecer a Anne. Troy volvió a girarse hacia el mar y apretó la mandíbula.

—¿Por qué ibas a ser como él? —le preguntó ella, casi con miedo.

Él se giró y la miró con el ceño fruncido.

—Porque a veces le justifico. Porque a veces pienso que tenía razón, y que nos merecíamos todos esos castigos. Porque no he podido cuidar de mis hermanos y estoy seguro de no poder cuidar de unos críos, por eso lo creo.

Intentó asimilar todo lo que acababa de decir con tan pocas palabras, pero estaba tan confusa y necesitaba saber tantas cosas, que no sabía por dónde empezar.

—¿A qué te refieres?

Troy se giró hacia ella, le tomó las dos manos y se las juntó. Le acarició los dedos antes de alzar la cabeza y mirarla a los ojos.

—No creo ser capaz de formar nunca una familia, Anne. ¿Cómo podría hacerlo, si no he sido capaz de cuidar de los míos? Vivo solo, estoy solo y quiero seguir estándolo, y sé que todo esto no es justo para ti.

Capítulo 20

Anne se repitió varias veces la frase que acababa de escuchar hasta que pudo asumir lo que él realmente le estaba diciendo.

—¿Me estás diciendo que no quieres tener nada conmigo porque no quieres tener una familia propia? ¿Es eso?

Él le apretó más la mano y desvió la mirada de nuevo hacia el océano.

—Lo siento —fue lo único que respondió.

Se quedó mirándolo durante un momento, intentando decidir cómo empezar a aclararle las cosas. Sintió que la indignación y la vergüenza se apoderaban de ella, le soltó las manos y se levantó del banco para ponerse frente a él y que la mirara a la cara. Quería que se le quedara grabada su expresión cuando le dijese un par de cosas.

—En primer lugar, Troy Jackson, quiero que me respondas a una pregunta: ¿de dónde demonios has sacado que yo quiero tener una familia contigo?

Él titubeó y apoyó un brazo en el respaldo del banco.

—Bueno, tú eres una de esas chicas que...

—Yo no soy ninguna de esas chicas —le advirtió al tiempo que levantaba el dedo índice y le señalaba directamente a la cara—. Yo soy yo. Y sí, me gustaría tener una familia alguna vez, pero eso no significa que esté evaluando a todos los chicos con los que me relaciono como posible marido y padre de mis hijos. Solo lo hice con una persona, y esa persona me había pedido matrimonio. Lo que sí te puedo decir es que me hacen falta mucho más que un par de polvos para poder enamorarme, de eso puedes estar seguro, y no, no tengo el lazo constantemente echado. —Estaba tan colorada que casi explotaba, y tuvo que hacer una pausa para poder respirar y atacar de nuevo—. ¿Por quién me has tomado? ¿Crees que soy estúpida o qué?

Él se levantó del banco y la miró desde su imponente altura, pero Anne no se dejó intimidar.

—Nunca he dicho que seas estúpida, ni lo he pensado.

—Pues es lo que parece —le replicó ella con acritud.

Era una cuestión que no soportaba, que la gente pensara que era la tonta de Anne... y era todavía peor que fuera Troy quien también lo pensara.

—Pues no lo es. Solo estoy tratando de decirte que sé que eres una buena mujer que merece a alguien mejor que yo.

Esas palabras deberían haberla tranquilizado un poco, pero surtieron el efecto totalmente contrario.

—¡Tú no me conoces de nada! No sabes si soy una buena chica, igual que yo no sé si lo eres tú. Pero te voy a decir algo más, Troy Jackson: lo que sí que no soy es una cobarde. Yo no me echo atrás antes de tiempo por miedo a nada, ¿te enteras? No termino las cosas antes de haberlas empezado, ni las dejo a medias por temor al fracaso. Tampoco te he imaginado a ti como el padre de mis hijos, nunca. Y ahora, llévame a recoger mi coche, por favor.

Él suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Anne, no quería...

—Cállate —le interrumpió, furiosa—. Cállate. En estos momentos no soportaría oírte decir ni una palabra más.

Sentía tanta rabia que casi podía notar que le ardían las orejas y pequeñas llamitas se formaban alrededor de sus cabellos. ¿Por qué todo el mundo daba por hecho que ella era una chica fácil? ¿Por qué tenía que ser Troy igual que todos los demás? ¿Y por qué era tan cobarde? Unos minutos antes había desnudado su alma frente a ella, y después la había expulsado de su vida con la única excusa de que era demasiado buena para él.

¡Que era demasiado buena para él!

Pues bien, si así estaban las cosas, seguramente sí lo sería.

Troy la siguió hasta la furgoneta, entraron y metió las llaves en el contacto, pero fue incapaz de arrancar.

—Joder, Anne, has malinterpretado todas mis palabras —dijo al fin, dándole un golpe al volante.

—Me parece que no. Me parece que he oído exactamente lo que has dicho. Has sido muy claro.

Se encogió de hombros y continuó mirando el paisaje sin siquiera pestañear.

—¡Bueno! Pues sí, he dicho lo que he dicho, ¿pero me puedes explicar en qué te he ofendido? Si lo único que he intentado decirte es que eres demasiado buena para mí.

Ella no pudo evitar resoplar. Se tapó los ojos con una mano porque era incapaz de seguir escuchándole. Si decía alguna estupidez más, lo más probable era que acabase pegándole una bofetada, algo que no había hecho nunca y que, en esos instantes, se moría por probar.

—Vete a la mierda, Troy.

Se hizo un silencio en el interior del coche. Ella no retiró las palabras, porque las sentía, y quería que él se callara de una vez y no continuara por ese camino. Había escuchado ese discurso tantas veces de boca de otras personas... No podía soportar que fuera él, precisamente él, quien se lo estuviera diciendo. Se sentía estúpida. Y aborrecía el hecho de que él pensara que lo era al contarle aquella estupidez.

Quería irse a casa a descansar. Quería descansar y olvidarse del hombre que tenía al lado, porque si esa era la verdadera cara de Troy, entonces prefería no tenerle en su vida.

Condujeron en silencio hasta llegar al Hastings', donde se había quedado el coche de Anne. Troy apagó el motor pero no se movió de su sitio. Sentía que había hecho algo mal, pero no sabía por qué. Y por si fuera poco, ella le acababa de mandar a la mierda.

Si se tratase de otra persona, quizá él hubiera hecho otro tanto, pero se trataba de Anne. Debía de haberle hecho demasiado daño como para que ella reaccionara así, pero no tenía ni idea de qué era lo que le había afectado tanto.

—Escucha, Anne...

Ella levantó la mano y la puso junto a su cara.

—No quiero escuchar nada. Ya has dicho bastante.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche, pero antes de cerrar la puerta de un portazo se agachó y le miró a los ojos.

—La próxima vez que quieras romper con una chica, no utilices esta excusa, ¿de acuerdo? Está demasiado trillada.

Dicho aquello, cerró y se dirigió a su coche, y Troy se la quedó mirando mientras arrancaba y salía a toda velocidad del aparcamiento del pub.

¿Qué demonios?

Él no estaba rompiendo con ella. Ni siquiera habían tenido lo que se dice una relación de verdad. Nunca la había tenido con nadie, aunque Anne era lo más parecido a una que pudiera recordar. Jamás se había abierto a nadie como

lo había hecho con ella, y no tenía ni idea de a qué demonios se refería con lo de la excusa.

Él no era un mentiroso. No se inventaba excusas para alejarse de las mujeres. Era directo y franco, y si todo lo que le había contado a ella esa tarde le sonaba a excusa, entonces es que estaba equivocado con Anne. ¿Cómo podía ella arrojarle a la cara todo lo que le acababa de contar? Se había abierto en canal, había mostrado todas sus debilidades y sus fallos y, encima, ella se había enfadado.

Ahora era él el que se sentía estúpido. No tendría que haberle contado todo aquello. Se lo debería haber guardado para sí mismo, como había hecho siempre, y haber seguido adelante sin intentar arreglar las cosas con ella. ¿Por qué no hacía más que meter la pata en cuanto la veía?

Puede que a ella le sonase a excusa, pero todo lo que le había dicho era la pura verdad. Anne era... demasiado para él. Era el símbolo de lo que nunca había tenido y nunca podría tener. Troy no podría formar una familia nunca, y sabía que ella lo deseaba. ¿Cómo podía fiarse de sí mismo? No quería tener hijos y criarles como lo había hecho su padre con él, porque si era capaz de justificar sus actos, ¿no cometería él los mismos errores?

Se había acostumbrado a estar solo, y así era como quería seguir estando. No podía estropear la vida de nadie. Lo mejor era continuar como hasta ahora, con su trabajo, su hogar alejado y su familia actual, que era más que suficiente. Continuar una relación con una chica como Anne significaría romperla... Y él no quería hacerle daño.

Y sin embargo, había terminado haciéndoselo. ¿Cuánto más podría herirla de seguir con ella? Si era capaz de herir sin quererlo, no podía imaginarse el día en que tuviera uno de sus ataques de furia.

Había empezado a llover y él no se había movido del sitio. Cuando ya no vio más allá del parabrisas, arrancó el coche y dejó que los bastoncillos limpiaran el cristal para poder ver con mayor claridad.

Ojalá todo fuera tan fácil como activar unos limpiaparabrisas.

Anne no fue directamente a casa. Necesitaba hablar con alguien, liberarse de toda esa rabia que se le había acumulado en cuestión de minutos... Y la persona más idónea para hacerlo no era otra que su hermana Nicky, que

parecía disfrutar liberando todo su mal carácter en cuanto se le daba la oportunidad. Sabía que ella no la juzgaría. Es más, puede que hasta la animara.

Su hermana vivía a las afueras de la ciudad, en un barrio de reputación bastante regular. Eso, por supuesto, a ella le daba absolutamente lo mismo, porque habían conseguido remodelar una antigua casa con jardín donde los niños tenían el espacio suficiente como para jugar a un partido de fútbol, que era lo que más le gustaba a Milo.

Le abrió la puerta justo él, su cuñado, sin camiseta y con Victoria subida a sus hombros. Estaba claro que había ido trotando hasta la puerta y no se había preocupado siquiera en su apariencia.

Claro que su apariencia nunca tenía nada de malo. Llevaba unos pantalones de chándal que le caían por las caderas, iba descalzo y se notaba a leguas que le importaba un bledo ir mostrando por ahí su anatomía masculina. Anne entrecerró los ojos y le miró con recelo. ¿Por qué algunos hombres tenían tan fácil lucir cuerpazos?

—¡Tita, tita, tita! —gritó Victoria.

—Oh, oh... —añadió él, moviendo su peso de una pierna a otra y sin soltar las de su hija, que se aferraban a su cuello—. Creo que la tita viene hoy un pelín enfadada... ¿Qué tal si la dejamos pasar para que hable con mami, caramelito?

—Eso, *caramelito*, déjame pasar a hablar con mami —espetó ella colándose por un lateral de la puerta antes de darles tiempo a contestar.

Su cuñado podía ser a veces un moñas. Más que ella, y eso ya era decir... ¡Mira que ponerles esos motes a sus hijos!

—¡Nicky! ¿Dónde estás? —preguntó ella mientras entraba por el pasillo.

—¡Limpiándole la caca a Fifi! ¿Quieres ayudar?

—¡No, gracias! ¡Prefiero seguir siendo la tía molona! Y borracha, por lo visto... —susurró al abrir el frigo y coger una cerveza.

A pesar de que no le gustaba la bebida, sospechaba que ese día se iba a apalancar en el sofá de Nicky y Milo y no se iba a mover de allí en mucho tiempo.

—Ejem, tita, si no te importa, ¿puedes pasarme otra?

Anne se giró y vio a su cuñado apoyando en el umbral de la puerta de la cocina, con una pierna cruzada sobre la otra y aspecto de estar posando para una revista de moda masculina.

—Solo porque eres tú —replicó.

Sacó la otra botella y abrió las dos. Pasó a su lado y se dirigió hacia el salón, donde se tumbó en un sillón como si fuera su propia casa.

—Ponte cómoda, si eso —bromeó Milo, todavía con Victoria enganchada a su cuello.

—Oh, cállate, Milo, hoy no estoy de humor.

—Ya veo, ya... Venga, pequeñaja, baja, que vamos a ver qué podemos hacer por la tita.

—¿Vamos a hacer a la tita? —replicó la niña.

Ella les lanzó una mirada de advertencia.

—La tita hoy ha tenido un día de mier...coles, así que os agradecería que fueseis buenos conmigo hoy.

Marie, el bebé rubio de un añito que estaba jugando en el parque, chilló y Victoria, que era la viva imagen de su madre pero con mejor carácter, se lanzó corriendo a los brazos de Anne para darle besos.

—Vaya, eso era justo lo que... —por la puerta entró Phillip, dando saltos y gritando, y se abalanzó sobre ella antes de que pudiera terminar—... ¡justo lo que necesitaba! Milo, mi botellín de cerveza peligrá.

Él tendió la mano y le quitó la botella para colocarla en la mesa, junto a la suya.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nicky.

—Me parece que tu hermana tiene una crisis —contestó Milo. Le pegó un trago a su cerveza y miró divertido a su mujer, que fruncía el ceño.

—¿Una crisis? Anne, ¿en serio?

—En serio —dijo ella desde debajo del montón de niños que la cubrían—. Quería despotricar, pero me parece que esto es la mejor terapia que podía recibir.

Cuando los niños se cansaron de intentar hacerle cosquillas y llenarla de babas, se irguió y les bajó al suelo para volver a retomar su cerveza.

—¡Vamos, vamos, vamos! Niños, todos al cuarto de los juegos. Y eso te incluye a ti, niño grande —Nicky señaló a su marido con el dedo, que retozaba tranquilamente en su sillón con una pierna por encima del reposabrazos.

—¿En serio? ¿No puedo quedarme a cotillear un rato?

Nicky se giró hacia su hermana y no le hizo ni caso.

—Ya puedes ir soltando qué ha pasado.

—Cuando se vaya tu sabueso —respondió ella.

Milo levantó una ceja.

—¿Sabueso? Es la primera vez que me lo dicen... Y creo que me gusta. Me hace parecer un tipo duro y todo —rio, pero se levantó del sillón y le dio un beso en la mejilla a Nicky—. Intentaré entretener a las fieras un rato.

—Gracias —le susurró ella para que Anne no pudiera escucharla. No le gustaba que los demás pensasen que era una blanda.

En cuanto Milo tomó a la pequeña de su parque y salió con los otros dos retoños, Nicky cogió la cerveza de su marido, le pegó un buen trago y se repantingó en el sofá.

—Ah, qué excusa más buena que me acabas de dar para beberme un par de cervezas.

Anne la miró con incredulidad.

—¿En serio? ¿Y no piensas preguntarme qué es lo que me pasa?

Su hermana se encogió de hombros y continuó con los ojos cerrados.

—Ya sé lo que te pasa. Y como sé que me lo vas a contar igual, pienso beberme esas cervezas de todas formas.

Apoyó la cabeza en el respaldo y miró hacia el techo. No sabía si sentirse insultada por las palabras de su hermana o simplemente resignarse a lo evidente.

—La vida es injusta —fue lo único que pudo decir.

—*Psé* —respondió Nicky.

—Eh, esperaba que cooperaras un poco más —se quejó ella.

—Oye, descarga ya ese mal humor, no conviene quedárselo dentro, te lo digo por experiencia.

Anne apretó la mandíbula al ver que su hermana seguía allí tendida, tan tranquila.

—¿Sabes de qué me han acusado hoy? De ser una buscamaridos. ¿Te lo puedes creer?

Nicky se echó a reír y le dio otro trago a su cerveza.

—Qué va, ni de coña.

—No seas idiota.

—Y tú no seas ridícula. ¿En serio te han dicho que eres eso?

—Pues más o menos. Me han acusado de buscar marido e hijos.

Nicky abrió los ojos y la miró con aquellos ojos que traspasaban almas.

—¿«Acusado» es la palabra correcta?

—Tú siempre con la semántica.

—La semántica es importante.

—A la mierda.

—Nunca te he visto tan...escocida. ¿Te habías hecho ilusiones con Troy?

Anne sintió que el corazón se le salía por la garganta.

—No va de eso.

—Anda que no. Si ha sido él quien te ha dicho eso, que creo que lo ha sido, deberías pensar muy bien en la forma en que te lo ha dicho. Troy es un tipo franco, no se anda con tonterías, pero no creo que pretenda hacerte daño. Simplemente estaría constatando una realidad al estilo en que lo hacen todos los hombres: directo y sin rodeos.

Anne volvió a sentir que los calores le subían por todo el cuerpo.

—¿Y por qué todo el mundo da eso por hecho? A lo mejor soy feliz como estoy. A lo mejor quiero seguir siendo la tía molona y borracha toda mi vida.

—Tú ni eres molona ni eres borracha.

—Pero podría serlo. Mira cómo bebo —le dio un último trago a su cerveza hasta apurarla del todo y la dejó de un golpe en la mesita, para después eructar—. No me digas que no soy molona.

—No, eres una guarra.

—¡Mejor para mí! Pero no soy una cazamaridos. Eso nunca. No es la razón de mi vida, ni el único objetivo que persigo. ¡Tengo muchas más cosas! Y odio que me encasillen sin conocerme de nada.

Nicky suspiró.

—Voy a por otra cerveza, esto va para largo.

Cuando volvió, Anne seguía con la misma rabieta de antes, así que cogió la botella y le dio un buen trago. Esta vez se ahorró el eructo, pero se quitó los zapatos y encogió las piernas en el sofá.

—¿Tú también crees que soy una cazamaridos? —le preguntó a su hermana, que se había acostado del todo en el sofá y tenía los ojos cerrados.

—¿Mm? —murmuró levantando las cejas pero sin abrir los ojos—. Ah, sí. No, que diga, no... Ay... —suspiró y se volvió a erguir—. Creo que me voy a quedar dormida. No eres una cazamaridos, Anne, de lo contrario ya estarías casada con el gay ese que tenías por novio, lo cual sería la mayor metedura de pata de toda tu vida. Cosa que tampoco me habría extrañado, por otro lado.

Anne agarró un cojín que tenía a mano y se lo tiró a su hermana, que lo esquivó con facilidad.

—¡Yo no sabía que era gay! Él solo... me gustaba.

Y era cierto. Le había gustado su forma de ser, su cortesía, su educación, su

saber estar... Creía haber estado enamorada de él, pero lo cierto era que, con el tiempo, se había dado cuenta de que no le había costado demasiado olvidarle. Eso no podía ser amor.

—Te gustaba como marido. No niegues que tú quieres una gran historia de amor, Anne, como esas de las novelas que tanto lees.

—Ahora solo leo novela negra, y eso no me convierte en asesina.

Nicky la miró con suspicacia.

—¿Qué novela negra estás leyendo?

Anne intentó pensar a toda prisa.

—Terror en el metro.

—¿Y de quién es?

—No sé, de un autor desconocido.

—¿Y de qué va?

—¡Yo qué sé! Déjame en paz de una vez.

Las dos hermanas callaron y volvieron a pegarle un trago a su cerveza. Pero Nicky no tardó en volver al ataque.

—O sea, que estás leyendo *Rendido ante tu corazón* o algo por el estilo, ¿a que sí?

—Por favor, ¿de dónde te has sacado ese título tan pasteloso? No estoy leyendo nada parecido —aunque lo cierto era que estaba leyendo uno titulado *Átame a tu cuerpo*—, pero aunque lo estuviera haciendo, eso no tiene absolutamente nada que ver. Claro que quiero una bonita historia de amor, como todo el mundo, ¿no? Pero eso no quiere decir necesariamente que no vaya a ser feliz si no la tengo. Tengo otras muchas cosas en mi vida. Y no me refiero a ti, que lo sepas.

Nicky sonrió y sus ojos se convirtieron en dos rendijas diminutas, parecidas a las de un gato antes de atacar a un ratón.

—Estoy muy orgullosa de eso que acabas de decir, pequeña —le dijo, señalándole con el dedo—. Y ahora, ¿quieres contarme todo lo que ha pasado o qué?

Ella se puso roja como un tomate.

—No lo sé.

—¿Y cómo quieres que le pongamos verde, si no?

Anne comenzó a tirar de la etiqueta de la cerveza con tal de no mirar a su hermana a la cara.

—Ah, venga ya... Sé que ya te lo has tirado, no pasa nada. Lo que me

puedas contar no me va a pillar desprevenida. ¿Acaso te crees que yo era virgen cuando me casé con Milo? Follar era lo que mejor se nos daba antes de salir juntos.

Ella movió la cabeza para intentar espabilarse.

—¿Perdona?

—Si lees sobre el sexo pero eres incapaz de hablar con naturalidad sobre él, es que eres una mojigata, hermanita. Mejor métete a monja.

—¡Yo no soy una mojigata! Y sí, me... acosté con él antes de todo este lío. Pero yo sabía que no podía haber nada entre nosotros dos. Sé quién era él, y vosotros también me lo habíais dicho.

—¿Pero...? —insistió Nicky, animándola a continuar.

—Pero nada. No sé. Las cosas han pasado... Es muy raro, porque somos, o éramos, casi amigos... Pero de repente aparece su hermano Skippy, que tiene problemas, y me echa de su vida diciendo que no me merece. ¿A qué viene todo eso? O sea, nunca me he sentido más humillada que en ese momento, ni siquiera cuando Nick se morreó con su novio en el funeral de su madre.

Nicky intentó procesar todo lo que su hermana acababa de decir, que era muchísimo, en unas pocas frases.

—¿Otra vez tiene problemas? —lo primero era saciar la propia curiosidad, por supuesto.

—Los mismos que os conté el otro día. ¿Es que le conoces?

Ella sonrió de medio lado.

—Es otro de los amigos de Milo. Y tuvo un lío con Lucy hace años.

—Vaya, no me imagino a Lucy liada con Skip.

—Bueno, es que fue hace mucho tiempo, y ella iba un pelín pasadita, la verdad. ¿En serio te dijo que eres demasiado buena para él?

—Ajá. —Anne se hundió en el mullido sofá y continuó pelando la etiqueta de la cerveza—. Me dijo que lo que yo necesitaba era un marido e hijos, y que eso era algo que él nunca me podría dar por... cosas de su pasado.

—Qué mono.

Anne casi fulminó a Nicky con la mirada.

—¿Acabas de decirme que es mono? ¿Cuando ha rechazado y humillado a tu hermana con la más pobre de las excusas? ¿Cómo te atreves?

—Deja ya esa jerga de novela romántica, Anne, que estás empezando a cansarme un poquito. —Se terminó su segunda cerveza y suspiró—. Ya te hemos contado todos quién es Troy. Nunca ha tenido una relación, y pasa los

treinta de largo. Es un tipo duro, lo ha pasado mal hasta conseguir estar como está ahora y supongo que la única manera de protegerse es alejando los peligros. Y tú, pequeña polilla, eres uno, y muy grande para él.

—¿Y por qué iba yo a ser un peligro? No tengo nada que esconder ni suelo engañar a las personas. Yo no soy un peligro para nadie, Nicky, y tú bien lo sabes.

—Es precisamente por eso por lo que eres un peligro para él, mi niña —le dijo, guiñándole un ojo.

—Acláramelo, por favor. Sabes que no soy tan lista como tú.

—Nadie es tan listo como yo.

De repente se escuchó un grito que provenía de las escaleras, y las mujeres supieron que el tiempo estaba a punto de acabárseles.

Nicky miró a su inocente y demasiado ingenua hermana menor, y le respondió:

—Es muy sencillo: tiene miedo de que rompas todos sus esquemas, aunque sospecho que ya has empezado a hacerlo.

Esa misma noche, antes de dormir, Nicky apoyó la cabeza en el pecho de Milo y le acarició el abdomen mientras pensaba.

—¿Qué ocurre? —susurró la voz ronca de su marido. Él tenía mayor facilidad para conciliar el sueño que ella, pero sabía exactamente que cuando le costaba más de lo normal era porque algo le rondaba por la cabeza.

—Es mi hermana. Creo que se ha enamorado de Troy.

Milo abrió los ojos de par en par y se quedó mirando el techo, confuso.

—¿Del Troy que yo conozco? ¿Del que yo le presenté hace años, cuando...?

—Sí, de ese mismo.

Se hizo un silencio.

—¿Y cuándo ha ocurrido eso? —volvió a preguntar él, esta vez más despierto.

Nicky sintió cómo la mano de su marido le acariciaba el pelo.

—En cualquier momento entre los últimos cinco años.

La risa de Milo hizo que le temblara la cabeza.

—Lo siento, perdona. El asunto es serio —se disculpó él antes de volver a serenarse.

Ella levantó la cabeza, apoyó la barbilla en su pecho y le miró.

—¿Y cómo de serio crees tú que es?

—Sería mejor que, en primer lugar, definiésemos «serio».

—¿Tiene mi hermana alguna posibilidad de que él se enamore de ella?

Milo volvió a suspirar y le dio un beso en la frente.

—Si te soy sincero... Es algo por lo que no apostaría en la vida... Pero míranos a nosotros, cosas más raras han pasado, ¿no?

Ella sonrió, pero la tristeza empañó su sonrisa.

—Sí, Milo, pero tú y yo podríamos haber sobrevivido a un terremoto incluso sin estar juntos. Pero Anne...

—Deja ya de preocuparte por tu hermana pequeña, Nicky. Ya no es tan pequeña, es una adulta de casi treinta años que necesita enamorarse, y equivocarse si es necesario.

Volvió a apoyar la mejilla sobre el pecho de su marido y respiró con profundidad.

—Sé que tienes razón, pero si ese hijo de puta le hace daño a mi hermana, te juro que le corto la polla.

La risa de Milo volvió a hacerle temblar la cara, y ella volvió a sonreír, esta vez más satisfecha.

Porque sabía que sería capaz de hacerlo, y ya estaba empezando a saborear la venganza.

Capítulo 21

*E*l teléfono sonaba sin cesar, pero le era absolutamente indiferente. Llevaba sonando toda la mañana y, por primera vez no se había levantado de un salto por si algo había ocurrido.

Estaba agotado.

El día anterior había acabado otro encargo para Duncombe Park y se había pasado el resto de la noche bebiendo *whisky* y tallando para relajarse. Antes solía fumar mientras tallaba, pero ahora solo bebía y había terminado por beber una copa tras otra hasta caer rendido sobre la alfombra del salón.

Cuando el sol comenzó a darle en la cabeza, gruñó y se desperezó. Tenía frío porque se había quedado dormido sin camiseta, pero prefirió darse una ducha caliente y lavarse los dientes para quitarse de encima aquel asomo de resaca que estaba comenzando a provocarle un molesto martilleo en la cabeza.

No fue hasta que se sintió algo más fresco y capaz de enfrentarse a la luz del día que salió a mirar el teléfono y descubrió que era Savannah quien le había estado llamando, y aquello no era en absoluto nada habitual. Desde que se marchara a estudiar, su hermana disfrutaba de una vida totalmente independiente y tan solo venía de visita en fiestas contadas o cuando sentía especial nostalgia, lo cual no era demasiado a menudo.

Le dio al botón de llamada a toda prisa y maldijo para sus adentros por no haber respondido antes. ¿Y si le había ocurrido algo? Si le había pasado algo mientras él estaba de resaca no se lo perdonaría en la vida...

—¿Troy? ¿Dónde demonios estabas? ¡Llevo toda la mañana llamándote!

—Lo siento, tenía el teléfono en silencio —mintió—. ¿Ha ocurrido algo?

Se pellizcó la nariz y trató de controlar su tono de voz, pero sentía que algo iba mal. Muy mal.

—Estoy en casa de mamá. Vine anoche y no estaba, pero me quedé dormida. Y esta mañana cuando me he despertado tampoco estaba, y no hay ni rastro de

que haya estado aquí. ¿Sabes dónde puede haber ido?

—Mierda —susurró—. ¿Has probado a llamarla a ella al móvil?

—Pues claro, idiota, ¿por quién me tomas? Pero lo tiene apagado.

—Estaré allí en diez minutos.

Cogió su chaqueta vaquera, las llaves y salió a toda prisa de la casa. Cuando llegó —a más velocidad de la estipulada, lo que bien podría haberle valido otra multa o mucho peor, otra noche en el calabozo—, trató de analizar si desde el exterior había signos de que alguien hubiera irrumpido por alguna parte de la casa, ya fuera por las ventanas o por el jardín trasero, cuya endeble valla de madera seguía intacta.

No había pisadas, ni ventanas rotas, ni nadie había intentado colarse por debajo de la valla. Todo parecía estar en orden.

Entró y encontró a Savannah sentada en el sofá, mordiéndose las uñas.

—¿Dónde te habías metido? —Se levantó de un brinco y corrió a abrazarle.

Era su hermana pequeñita, tan delgada y frágil como una mariposa. Su tono de piel era claro, como el de él, pero usaba productos para alisarse el cabello, que de natural era más rizado que el de él.

En realidad, solo parecía ser él quien pensaba que era frágil debido a su constitución, porque en realidad Savannah iba y venía siempre que le apetecía y hacía cuanto le venía en gana... Después de que el viejo se fuera al otro mundo, claro.

—He venido en seguida —le replicó mientras abrazaba a su traviesa hermana y colocaba la barbilla sobre sus brillantes cabellos—. Dime, ¿cuándo llegaste tú?

Savannah suspiró y se separó de él.

—Anoche, un poco tarde porque pillé el último tren del día. Tenía ganas de venir a veros.

Troy observó sus ojos claros, tan parecidos a los de él, y sintió una opresión en el pecho. No necesitaba pensar en Anne en esos momentos, y no sabía por qué se la había recordado. Es más, Anne no se parecía en nada a su hermana... o quizá sí, pero no podía ni debía pensar en eso. Había cosas más importantes que resolver.

—¿Y cuando viniste estaba todo igual que está ahora?

Ella se giró y observó el salón, tan ordenado como siempre.

—Pues supongo que sí.

—¿No has escuchado ningún ruido?

—Sabes que duermo como un tronco, Troy.

Él suspiró de impaciencia y se dirigió a la habitación de su madre. La cama estaba hecha. Abrió el armario, y vio que toda su ropa estaba allí. Buscó su bolso, pero no estaba colgado en el perchero, donde ella solía dejarlo. En la habitación de costura todo estaba ordenado también. No había signos de violencia, ni de que su madre se hubiera marchado por su propio pie.

Volvió a salir al salón, donde Savannah le esperaba abrazándose el cuerpo y con mirada expectante. Se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de su madre.

Un toque.

Dos toques.

Tres toques.

Cuatro toques.

—Hola Troy. ¿Qué ocurre?

Él se quedó paralizado durante unos instantes, mirando a su hermana. Los dos se miraron el uno al otro con cara de póquer.

—¿Troy? —insistió su madre al teléfono.

Entonces él pareció despertar y giró la cabeza para no fulminar a su hermana con la mirada.

—¿Dónde estás? —preguntó con brusquedad.

—Pues en casa, ¿dónde voy a estar?

Se hizo otro silencio de varios segundos.

—¿Troy? ¿Pasa algo malo? Tengo varias llamadas de Savannah, iba a llamarla ahora pero...

—¿En casa de quién? —la interrumpió él.

—¿Cómo? —su madre parecía genuinamente confundida

—Que en casa de quién estás, porque en la tuya no. En la tuya estamos Savannah y yo, y no hay rastro de tu delgado culo por ninguna parte, a menos que te hayas enterrado bajo el suelo.

Se oyó un carraspeo al otro lado de la línea y esperó a que ella prosiguiera, pero parecía incapaz de decir nada.

De repente, Savannah le quitó el móvil y se lo puso en la mejilla.

—Escúchame bien, pequeña fulana. Me has tenido toda la noche en vela, preocupada porque no aparecías por casa, así que te quiero aquí en diez minutos o llamo a la policía, ¿entendido?

Y dicho esto, colgó el teléfono y volvió a entregárselo a su hermano.

—¿Le acabas de decir pequeña fulana? —preguntó él, divertido.

—Con suerte estará tan muerta de miedo cuando llegue, que ni se acordará —le respondió ella, dándose la vuelta para tumbarse de nuevo sobre el sofá —. ¿Y qué hay de nuevo, hermano?

—Eso debería preguntártelo yo a ti. Me has dado un susto de muerte. Me haces venir a toda prisa y te encuentro aquí, tan fresca como una rosa.

—De eso nada. Fresca como una rosa estaré cuando llegue mamá. ¿Se puede saber qué mosca le habrá picado? Nunca ha pasado la noche por ahí afuera, ¿no? ¿O sí?

Troy se acercó a la ventana y miró a través de ella.

—Es difícil de decir cuando ya no vives en la misma casa.

—¿Y por qué no te la llevas contigo?

Troy se giró hacia ella y la fulminó con la mirada, pero Savannah no pudo reprimir las risas por más tiempo e irrumpió en carcajadas.

—¡Era broma! Claro que no te vas a llevar a mamá contigo. Yo tampoco me la llevaría conmigo... Se pasaría todo el día echando cuentas de con quién vas o vienes y cuándo sales y entras, y no me dejaría llevar puesta la mitad de la ropa que tengo, eso te lo aseguro.

—¿Y no te parece que eso es lo que estamos haciendo ahora nosotros? —replicó él, un tanto enfadado.

—Y si le hubiera ocurrido algo de verdad, ¿qué? ¿Cómo quieres que yo supiera que anda por ahí de picos pardos?

Ambos se miraron sin decir nada, y entonces se escuchó el sonido de unos neumáticos en el exterior de la casa. Los dos corrieron hacia la puerta y Savannah la abrió, dejando detrás a Troy, que miraba por encima de su cabeza a los recién llegados.

La primera en salir del lujoso sedán fue su madre, cuyos tacones asomaron por la puerta antes que ella. El segundo fue un tipo alto y recio que debía llevarle a Troy como mucho quince años y que les miraba con cara de desafío.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Savannah antes de que su madre llegara a la puerta.

El tipo la siguió hasta la entrada, y Troy abrió las piernas y puso los brazos en jarras.

Por encima de su cadáver iba a entrar ese tipo en su casa.

Sally se colocó delante de ellos, echó hacia atrás su rizada melena y levantó una ceja.

—Apartaos de la puerta de mi casa —les dijo con una mirada feroz.

Savannah se apartó con rapidez, pero Troy entrecerró los ojos y se hizo a un lado con bastante más reticencia. Dejó a su madre pasar, y después le sostuvo la mirada a aquel intruso, intentando medir su fuerza y, al mismo tiempo, dándole a entender que no lo iba a tener nada fácil.

De entrada, él sospechaba de todo el mundo... Y un hombre más joven que su madre y con un cochazo no eran, ni mucho menos, de su confianza. Si aquel tipo se estaba aprovechando de su pobre e inocente madre, pronto vería desfigurado todo lo que aparentemente más quería, es decir, su cara y su coche.

Sally entró y se dirigió directamente a su cuarto.

—Espérame aquí, Luke —le dijo a su acompañante.

Troy alzó una ceja. ¿Qué eran esas confianzas? No podía imaginarse a su madre con ese tipo. No en la cama. No haciendo cosas que... Le lanzó una mirada fulminante y el tal Luke les sonrió como si tal cosa y tomó asiento. Después, se dedicó a mirar por la ventana mientras Troy y Savannah se lanzaban miradas de curiosidad y advertencia. Parecía como si estuvieran manteniendo un diálogo en silencio, pero ninguno de los dos se sintió tan cómodo como para sentarse. Él permaneció erguido, junto a la puerta, de cara hacia el sofá y con las piernas abiertas y los brazos cruzados. Era consciente de que parecería un matón, pero esa era una de las ocasiones en las que su físico era una ventaja, y no al contrario.

Cuando Sally apareció en la estancia, ya sin los tacones y el bolso y con el pelo recogido, se plantó a un lado de los tres y miró a sus dos hijos de hito en hito.

—Bueno, ¿y qué pasa? Sí, he pasado la noche con Luke, pero creo que no debo rendir cuentas ante nadie.

Troy sintió cómo le hervía la sangre por dentro y fulminó al individuo con la mirada al tiempo que cerraba los puños para intentar no estallarlos contra su nariz. Haría caso omiso de las palabras de su madre, porque si pensaba en ellas a lo mejor era él quien la encerraba en una habitación y no la dejaba salir en días.

—¿Y quién coño eres tú y qué pretendes con mi madre? —Decidió volcar toda su ira contra el recién llegado, que para él era el responsable de todo aquello.

—Soy Luke, y mis intenciones con tu madre me parece que quedan entre ella

y yo, si te parece.

La actitud chulesca del tipo terminó por sacarle de sus casillas, y en esta ocasión no pudo resistirse y se abalanzó sobre él. Sin embargo, fue interceptado por Savannah antes de que se le echara encima.

—¡Para quieto, Troy! —le chilló ella—. No puedes pegar al novio de mamá.

Él bufaba por la nariz y lo veía todo rojo, solo sabía que necesitaba estampar a ese idiota contra la pared y lo necesitaba ya, pero no podía apartar a su hermana de un golpe.

—¿Novio? Ni siquiera sabemos qué quiere de ella este imbécil —bramó.

—¿Y qué va a querer de mí? Pues quiere lo que cualquier hombre, y yo soy una mujer, por si os habéis olvidado —Sally se colocó junto a Luke y se sentó sobre el reposabrazos para después colocarle una mano en el hombro—. Lo que yo tenga o deje de tener con otras personas no es asunto de mis hijos. Ya estáis bastante mayorcitos como para aceptar que vuestra madre salga con otros hombres.

Troy la miró e intentó calmarse porque sabía que tenía razón, pero aun así no podía evitar pensar en el hecho de que ese hombre podría estar intentando aprovecharse de ella de alguna manera. ¡Por Dios, era mucho más joven! Volvió a mirar al tipo de arriba a abajo, pero él no le hizo ni caso. Miraba a su madre con una sonrisa estúpida en la cara, como si....

Joder, como si estuviera colado por ella.

—¿Cuánto tiempo lleva pasando esto? —Apartó a su hermana a un lado cuando estuvo seguro que poder controlar su mal genio, pero cualquier chispa podría hacerle estallar de nuevo. Estaba seguro.

Sally frunció el ceño.

—Eso no importa. Semanas. Quizá meses.

—Tres meses, Sally —contestó él por ella y miró de nuevo desafiante a Troy.

—¿Tres meses? ¿Llevas tres puñeteros meses con un tipo al que no conocemos, que es más joven que tú y que lleva un coche de chulo? ¿En qué estás pensando, mamá? ¿Es que acaso no te equivocaste lo suficiente con papá?

Sin darse cuenta siquiera de lo que había ocurrido, Troy vio un borrón abalanzarse sobre él y sintió un escozor enorme en la mejilla.

—No vuelvas a faltarme al respeto así de nuevo, ¿me oyes? —La mirada

furibunda de su madre le hizo fruncir el ceño. Se tocó la mejilla magullada y la miró sin comprender. Ella nunca le había pegado—. Y tampoco te consentiré que le faltes al respeto a una persona que ya no está entre nosotros.

Se la quedó mirando sin comprender a qué venía aquel estallido de furia sin precedentes, algo que pensaba que no merecía en absoluto. Apretó la mandíbula, miró al supuesto novio de su madre, que se había puesto en pie y la agarraba de la cintura, no soportó más estar allí entre aquellas cuatro paredes. Un segundo más, y la casa acabaría destrozada.

Se dio la vuelta y salió a toda prisa al jardín. Estaba enfadado. En realidad, estaba tan lleno de rabia que, antes de hacer nada, tuvo que acercarse a uno de los árboles y darle unos cuantos puñetazos hasta sentir que los nudillos le sangraban.

Aquel bofetón había estado de más. Era una humillación. Él había cuidado de su madre toda la vida, se había ocupado de ellos y había pretendido hacerlo lo mejor posible, pero ahora llegaba un imbécil que no conocían de nada y de repente él se sentía excluido, como si no pintara nada en aquella familia.

Agarrándose las manos magulladas, le dio una patada al árbol y lanzó un gruñido lleno de rabia. Necesitaba algo. Necesitaba liberarse de toda esa ira.

Mierda.

Necesitaba a Anne. Quería hundirse en ella y perderse en su pecho, respirar hondo y olvidar todo lo demás. Eso era lo que le ocurría cuando estaba con ella, y era justo lo que necesitaba en ese momento. Echaba de menos su olor, su tacto, su risa. En ella había encontrado la paz que no encontraba en ninguna otra parte.

Pero no podía ir a buscarla. Él mismo se lo había ganado. Había tratado de ser sincero, pero su torpeza a la hora de expresar sus emociones había hecho que ella le echara de su vida.

—¡Mierda! —volvió a gritar y patear el árbol.

Entonces, unas suaves manos le agarraron de los hombros.

—Shh... Tranquilo, hermano. Tranquilo —susurró la voz de Savannah detrás de él.

De repente, fue como si el tiempo diera marcha atrás para retroceder hasta el momento en que se sentía un crío inútil e inseguro, un crío muerto de miedo.

Se le hundieron los hombros y comenzaron a temblarle las piernas, y tuvo que tirarse al suelo para que no le fallaran. Sin saber cómo, se encontró

encogido sobre sí mismo, hecho un ovillo sobre el suelo, y rodeado por los brazos de su hermana.

¿Eso que caía por su cara eran lágrimas?

Se las secó con rapidez para que ella no se diera cuenta, pero Savannah le conocía bien. Le acarició el pelo durante un rato y tarareó una antigua canción que solía cantarles su madre cuando eran niños hasta que, pasados unos minutos, Troy se sintió capaz de hablar.

—No sé qué mierda ha pasado. —Su voz sonaba ronca, casi rota.

—Yo sí lo sé —le contestó ella. Se sentó a su lado y apoyó la cabeza sobre su hombro, como cuando eran niños y leían juntos un cuento—. Te hemos pedido ayuda toda la vida, y yo soy también la culpable de que hayas aparecido aquí hoy con los nervios a flor de piel. Has intentado hacer de padre de nuevo, pero esas cosas ya no pueden funcionar. Creo que ha llegado el momento de alzar el vuelo, Troy. Quizá deberías buscarte una familia propia a la que proteger.

Su cuerpo se tensó bajo los delicados brazos de Savannah. Al fin, levantó la frente y la miró directamente a los ojos.

—Yo no necesito otra familia. Tengo suficiente con la que tengo, ¿no crees?

—Pero no somos tu responsabilidad, ¿es que no te das cuenta? Hace años que papá murió, y mamá es lo suficientemente lista como para mantenerse ella sola y encontrar a otra buena pareja para ella.

—Sí, tal y como encontró a papá, ¿no?

—No es asunto tuyo decidirlo.

—¿Ah, no? ¿Y quién la protegerá entonces? ¿Esperas que me quede aquí, sentado, mientras un idiota más joven que ella se aprovecha delante de mis narices? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Savannah frunció el ceño y le apretó el hombro.

—No, Troy, no es eso lo que estoy diciendo. Lo que trato de decirte es que debes dejar que hagamos nuestras vidas, eso es lo que te quiero decir.

Él la miró sin comprender.

—Yo os dejo vivir en paz. Sois vosotros los que necesitáis mi ayuda.

—No. No la necesitamos. Fui una estúpida al llamarte, pero es mamá quien debería habernos contado que tenía una relación. Es de lo más normal después de tantos años sola, ¿no crees? Tiene derecho a rehacer su vida, no podemos entrometernos.

Troy volvió a agachar la cabeza. Sabía que ella tenía razón, pero era

incapaz de desaparecer, quedarse quieto y ver cómo pasaba alguna tragedia.

Alzó la cabeza hacia el cielo e inhaló todo el aire que pudo.

—Sé que tiene derecho a rehacer su vida, pero se equivocó tanto con papá... Y yo...

—¿Por qué crees que se equivocó tanto con él?

Él la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Joder, era un maldito desquiciado.

Ahora le tocó el turno a Savannah de parecer sorprendida.

—Yo no le recuerdo así.

—¿Y cómo coño le recuerdas tú? Yo no tengo recuerdos de una infancia feliz, y tú eras demasiado pequeña. Estabas demasiado protegida por todos.

Ella endureció su expresión.

—No era tan pequeña cuando murió. Y recuerdo perfectamente que era estricto a la hora de educarnos, sí, pero también sé que nos quería.

—Tú no tienes ni idea —volvió a repetir él al tiempo que negaba con la cabeza.

Era un maldito loco, y cada vez estaba más convencido de que él podía convertirse en otro.

—¡Claro que la tengo! Yo también era hija suya. Sí, tenías que temerle cuando hacías una trastada, pero nos quería y quería a mamá. Nadie es perfecto en este mundo. ¿Es que no le vas a perdonar ni después de muerto?

Troy no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Estaban hablando de la misma persona, o es que había hecho de verdad tan buen trabajo a la hora de protegerla de sus arranques de cólera?

—No necesito perdonar a nadie, porque como bien has dicho, hace ya bastante que murió. Y no estoy tan seguro de que nos quisiera de la forma en que hay que querer a alguien, pero no seré yo quien te saque de tu error si tú eres feliz al pensarlo.

—No sabía yo que había una forma correcta de querer a alguien. Mamá le eligió porque le quería, y él la quería a ella, y punto. Los dos se aguantaban sus cosas, ella era demasiado tranquila y él tenía mal genio. Quizá era demasiado estricto cuando nos castigaba, eso lo sé, pero hay padres todavía peores, y ese era el que nos tocó. Y tú —volvió a repetirle mientras le acariciaba el pelo y le metía un mechón detrás de la oreja—, eres nuestro hermano mayor, y no nuestro padre, ¿lo entiendes?

Él volvió a mirarla, enfurruñado. Tenía los ojos rojos y, tras haber llorado,

sus pupilas eran casi transparentes.

—Ya sé que no lo soy. Ni quiero serlo, por Dios. Por nada del mundo.

—Pues yo creo que serías muy buen padre. Le has puesto los huevos de corbata a Luke... —Savannah comenzó a reírse y después volvió a abrazarle —. Creo que de verdad se quieren suspiró, apoyada sobre su hombro—, y no me parece mal hombre. Debemos darle otra oportunidad de ser feliz. Quizá este chico le venga bien. De momento, eso parece.

—O quizá no tenga un duro y la necesite para tener un lugar donde vivir.

—¿Si no tiene un duro por qué tiene ese cochazo entonces?

—Vende drogas.

—Ya, y mamá le ayuda, ¿no?

—Ha perdido todo su dinero en apuestas.

—Para ya... —le advirtió ella, divertida.

—El coche es de su amigo y lo tiene para aparentar, porque no ha dado un palo al agua en toda su vida.

—¡No tiene gracia, Troy! ¡Para ya!

Él comenzó a reír. Se sentía algo más relajado. Abrió los puños y los cerró, tratando de hacer caso omiso del dolor en los nudillos para que la sangre volviera a circularle bien por todos los dedos.

—No, no la tiene —dijo al fin.

—Va en serio. Relájate. Disfruta de tu vida. Déjanos a nosotros hacer la nuestra.

Él volvió a apretar la mandíbula.

—Es lo que trato de hacer, pero no hago más que equivocarme.

—¿Y en qué lo has hecho, que yo sepa? Hasta ahora, para mí has sido el hermano perfecto. Solo odio unos cuantos de estos tatuajes, pero todo lo demás me gusta bastante —bromeó.

—No logro... No tengo la sensación de haber hecho nada bien, Savannah. Mamá sufrió con papá...

—No sufrió como tú piensas —le interrumpió ella, aunque él no le hizo caso.

—Tú te has alejado de nosotros...

—Algo normal, por otra parte —volvió a añadir Savannah.

—Y Skippy está por ahí, desaparecido y metiéndose en más líos.

Su hermana se irguió y cambió de postura para arrodillarse delante de él.

—¿A qué te refieres?

—No sé dónde está, y mucho me temo que cada vez vaya a peor. La última vez tuve que sacarlo del calabozo, Savannah, y ahora se ha largado con no sé quién y...

—Se ha ido con Thomas, Troy. Thomas Walker, el de la pirotecnia. Está haciendo de cebo.

—¿De cebo? —preguntó él con incredulidad.

—Sí, de cebo. Ya sabes. Se pone un traje de esos que lo cubren todo y cuando prueban un explosivo él...

—¡Joder! ¿Y cómo sabes tú eso?

—Pensaba que tú también lo sabías. Me mandó una foto cuando volaba por los aires.

Troy se tapó la cara y trató de controlar la respiración e inhalar el suficiente aire para no caerse de un plumazo.

—¿Ves lo que te estoy diciendo? ¿Cómo se le ocurre hacer eso? ¿Es que está loco? Joder, Skip...

Se levantó del suelo y Savannah le siguió.

—¿Qué piensas hacer?

—¡Yo qué sé! Ir allí y sacarle del pescuezo o...

—¡De eso nada! —le gritó Savannah tras agarrarle con fuerza por el brazo—. No vas a hacer nada, Troy Jackson, porque si lo haces no estarás más que dándome la razón. Déjale en paz. Déjale que haga con su vida lo que le dé la gana, ¿me entiendes? Y tú, hazme el favor de empezar ya la tuya y dejarnos a nosotros seguir con la nuestra.

Troy se quedó quieto delante de su hermana. De todas formas no habría podido moverse, porque ella le tenía inmovilizado tanto con los brazos como con su mirada furibunda.

Era la primera vez que Savannah le había puesto contra las cuerdas. Su madre y Skip siempre se habían quejado y le habían tratado de déspota en más de una ocasión, pero él siempre había creído que era por el propio bien de su familia. Necesitaba pensar en la posibilidad que le acababa de sugerir, necesitaba meditar sobre el hecho de que quizá pudiera tener razón. Aunque solo un poco.

Muy poco.

—No estoy capacitado para tener mi propia familia, Savannah. Ya te lo he dicho.

Ella sonrió de medio lado.

—Tonterías. Serías el mejor padre del mundo, y te lo estoy diciendo yo, a quien llevas cuidando desde que era un bebé. Nos has ayudado a todos a crecer sin siquiera ser nuestro padre, ¿no te parece eso suficiente muestra de tu valía? Lo has hecho maravillosamente bien.

—No siempre he sido perfecto. He cometido errores. Yo... —se pasó una mano por el pelo. Estaba tan perdido que no encontraba siquiera las palabras con que expresarse.

—Tú nada. No vuelvas a sacar a relucir ahora cosas de cuando éramos críos. Troy, eres un hombre. Un buen hombre. Y sé que hay alguien en tu corazón. Lo puedo ver en tus ojos. Has sido el mejor hermano mayor del mundo y estoy segura de que serías el mejor marido y padre también, e incluso mejor. Anda, olvídate de nosotros por un rato y vete a buscar a esa afortunada chica que tienes en la cabeza.

Por segunda vez en el mismo día, sintió que le escocían los ojos y no fue capaz de mirar a su hermana a la cara. Desvió la mirada hacia el cielo, gris y taciturno, como su humor los últimos días, y tras respirar hondo tomó la pequeña mano de Savannah y la besó.

—Te quiero, pequeña. Pensaré en tus palabras.

Savannah le regaló una de sus hermosas sonrisas, y él dio gracias al cielo por haber podido salvarla aquel día, tantos años atrás. Era algo que no sabía si podría perdonarse alguna vez... Quizá nunca fuera capaz de hacerlo, o a lo mejor es que, en el fondo, no quería. De esa forma se mantendría más alerta, sería más cuidadoso, se mantendría a salvo a él y a su propia familia.

Ante la magnitud de aquel pensamiento, lo único que fue capaz de hacer fue subirse a la furgoneta y conducir como un autómatas.

Savannah había sembrado una semilla muy peligrosa en su interior. Nunca antes había pensado nada remotamente parecido, y la mera idea le daba escalofríos.

Pero entonces pensó en Anne, en sus preciosos ojos y en su sonrisa, y miles de imágenes de ella, de todos los instantes que habían pasado juntos, le inundaron la mente. En los últimos días solo había podido pensar en la Anne triste y enfadada, en su cara cuando le dijo que él era incapaz de darle lo que sabía que ella deseaba... Aquella imagen le había rondado una y otra vez, le había martirizado día y noche. No fue su intención hacerle daño, era la persona a la que menos hubiera deseado dañar en su vida.

No podía continuar así. O bien solucionaba su supuesta metedura de pata, o

bien la debía olvidar para siempre y continuar con su cómoda vida, porque tal y como estaba haciendo ahora las cosas su vida era un completo desastre.

Capítulo 22

Cuatro días en Ibiza.

Cuatro malditos días en el infierno que llamaban Ibiza.

Sin dormir, sin poder meter un dedo en el agua y subsistiendo a base de pizzas y hamburguesas.

¿Cómo se le podía haber ocurrido aceptar la sugerencia de su sobrino? Ahora, sentada en el avión y mientras dormitaba, se sentía más aliviada que nunca en su vida. Ni siquiera lo había pasado tan mal cuando empezó a trabajar en la residencia, en aquellos tiempos en que estaba aprendiendo y su supervisora, una señora mayor a punto de jubilarse, no paraba de lanzar grititos de asombro cada vez que hacía algo con un paciente, lo cual la hacía ponerse sumamente nerviosa y pensar que estaba haciendo algo muy mal... Hasta que se dio cuenta de que era un tic de la señora que repetía en cualquier situación, estuviera donde estuviese. Y ni aun así consiguió que dejaran de temblarle las manos durante un tiempo bastante largo, porque el miedo se le había metido dentro y el temor a equivocarse la seguía persiguiendo como un fantasma.

Pues ahora era todavía mejor. A su lado, el mafioso de Leo roncaba como un descosido, provocando las miradas airadas de algunos pasajeros de avión. ¿Sería posible que ni en ese momento pudiera descansar un poco?

Durante los días que habían estado en la isla, su sobrino y amigos se habían dedicado a meterse en una piscina en la que no cabía ni un alma —menudo ascazo, los chavales se rozaban unos a otros y bebían alcohol dentro de la piscina, o sea que en vez de agua suponía que lo que la llenaba era en realidad orina—, a beber como descosidos, a ir de habitación en habitación montándose su propia fiesta, a ligar con chicas que estaban en su mismo estado y, muy de vez en cuando, bajaban a la cala de San Antonio que estaba igual de atestada que la piscina.

A ella le hubiera gustado ver alguna que otra parte de la isla, pero al no poder echar siquiera una cabezada por las noches, durante el día estaba tan cansada que se limitaba a dormitar en la habitación, con los gritos de los chavales que se bañaban en la piscina de orines de fondo.

Y el peor de todos, Leo. Su padre, el primer marido de Linda, había sido un pieza que había estado en la cárcel por malversación y le había hecho la vida imposible años atrás a su familia, y Anne temía que el chaval fuera por el mismo camino. ¡Era el peor de todos! Día y noche de fiesta, tonteando con cientos de chicas —no quería ni pensar en esos ruidos que procedían de la habitación que compartía con su amigo cada madrugada—, bebiendo hasta casi caerse de culo y volviendo a empezar al día siguiente.

En resumen, un horror de vacaciones. Había desperdiciado sus días libres intentando demostrar que ella también era una tía «guay», que salía, se iba de fiesta y no pensaba más que en el presente. Pero ¿a quién se lo pretendía demostrar?

Quizá a ella misma. Y habría fracasado rotundamente.

Además, ¡qué calor hacía en Ibiza en octubre! No podía creerlo. Solo por las noches refrescaba un poco, pero entonces comenzaba la bacanal de los adolescentes y no tan adolescentes, y el día se estropeaba todavía más.

La cabeza de Leo se le cayó sobre el hombro y su sobrino se cobijó todavía más hasta colocarle la boca sobre la misma piel del hombro. Un chorrillo de baba comenzó a caerle por el brazo.

¿Cómo era posible que este engendro del mismísimo Belcebú fuera el dulce chiquillo pelirrojo y pecoso que había mecido en sus brazos solo unos años atrás? Le movió la cabeza con cuidado para no despertarle —¡como si él hubiera tenido la misma deferencia con ella!— y se limpió la humedad que le bajaba por el brazo.

Obviamente, Anne ni era ni sería nunca el alma de la fiesta.

Cuando bajaron del avión tenían una comitiva de bienvenida tan grande como si se hubieran marchado durante años. Linda estaba con Tanner, que se había traído la furgoneta para llevarles a todos, y esperaban junto a su madre, Nicky, Milo y los niños y los familiares de los demás amigos de Leo.

Jeanette se abalanzó sobre ella y la aplastó contra su pecho.

—¡Ay, por Dios! ¡Estás viva!

Comenzó a toquetearla por todas partes, como si estuviera comprobando que todas sus piezas estaban donde tenían que estar y no había perdido nada por el

camino.

—Pero mírate, qué mala cara tienes... ¿Has pasado miedo? ¿Hambre? ¿Calor?

Se notaba a las claras que los Mayers no solían viajar demasiado.

—Estoy bien, mamá. Solo quiero irme a casa y dormir durante una semana.

Nicky rio a su lado.

—¿Es verdad eso que dicen? ¿Que allí hay fiesta durante todas las horas del día y la gente tiene sexo delante de todos, en cualquier parte?

Anne la miró y trató de juntar la imagen doble que veía en una sola.

—¡Yo que sé! No he salido del hotel. Pregúntale a tu sobrino.

El viaje de vuelta fue similar, solo que esta vez no fue ella quien habló, sino Leo, y Anne se limitó a tratar de mantener la cabeza en alto y los ojos un poco abiertos.

Una vez en casa, se tiró a la cama, o lo que ella pensaba que era la cama, y no escuchó nada más. Se sumió en un sueño profundo, largo, algodónado... ¡Por fin estaba en casa! Aquello sí era el paraíso.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Linda.

Estaban en el salón de su casa. Hacía tan mal tiempo en Scarborough que habían encendido la chimenea del salón, y Anne, pensando que estaba en su propia casa, se había tirado encima de la alfombra junto al calorcito y había caído rendida en cuestión de segundos.

—Déjala dormir —le respondió Tanner—. Seguro que han estado de fiesta sin parar durante los cuatro días y la pobre ya no sabe ni dónde está.

—Pero ¿la vamos a dejar dormir en el suelo? —se apresuró a preguntar Jeanette.

—Vete tú a saber en qué otros lugares ha dormido estos días, mamá —contestó Nicky—. O mejor dicho, «no» ha dormido.

—¿Le hacemos un test de enfermedades de transmisión sexual?

Nicky comenzó a reír, pero Linda se puso delante de Anne y puso los brazos en cruz.

—Mamá, si te acercas a ella te juro que te atizo. Y ni por asomo nombres las enfermedades de transmisión sexual, ya controlaré yo misma a Leo. Es muy fácil, a tenor de la cantidad de veces que moja las sábanas... En fin, dejad a mi hermana dormir tranquila. Vamos. ¡Todos a casa!

—¿Y quién va a cuidar de ella? —insistió su madre.

—¿Quién va a ser, mamá? Yo lo haré. La he cuidado desde que nació, creo

que te puedes fiar de mí —insistió la mayor de las Mayers.

—Vale, pues yo me piro —anunció Nicky.

A trancas y barrancas, Linda consiguió echar a toda la familia pero, antes de marcharse, Nicky se volvió hacia ella y le dijo al oído.

—Avísame cuando se despierte. Tengo que contarle una cosa.

Varias horas más tarde, y tras haber acostado a los niños —a Leo no había hecho falta acostarle, porque ya se había marchado él solito a la cama nada más llegar para no tener que hacer frente a las preguntas indiscretas de toda la familia—, Tanner y Linda se sentaban en el sofá y miraban hacia el lugar donde Anne seguía dormida como un tronco.

—¿Respira? —le preguntó él.

—Ajá. Acabo de comprobarlo hace cinco minutos —Linda le dio un sorbo a su copa de vino tinto.

—¿Y qué hacemos con ella? Son más de las diez de la noche... Si se queda ahí, mañana por la mañana no podrá ni moverse.

Linda sopesó a su marido disimuladamente. Estaba fuerte, porque él siempre había sido deportista, pero igual no tanto como para llevar a su hermana a cuestras escaleras arriba.

Notó una vibración en el móvil y se lo sacó de debajo del trasero, donde había ido a parar como por arte de magia.

—¿Quién demonios será a estas horas? —se preguntó en voz alta.

«Lo siento, no podía contártelo delante de mamá... Ya sabes cómo es. Le he dado a Troy tu dirección, va hacia allí a buscar a Anne», decía el mensaje de Nicky.

«¿Troy? ¿A buscar a Anne? ¿De qué me estás hablando?»

«Lleva varios días intentando hablar con ella. Es un buen chico. Anne le quiere y todas esas cosas», volvió a responderle su hermana, tan romántica como siempre.

Linda suspiró. ¿Y ahora qué?

—¿Qué ocurre? —le preguntó Tanner mientras depositaba suaves besos en su cuello.

—Que creo que vamos a tener que hacer de niñeras... hasta que llegue su caballero andante.

Él levantó la cabeza de repente y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con su caballero andante?

Linda miró aquellos ojos azules que siempre la maravillaban, aun tras tantos años, a pesar de haber estado juntos casi toda la vida.

—Me parece que viene a por ella un caballero andante con aspecto de villano.

—¿Puedes decirme de una vez qué ocurre?

Justo en ese momento llamaron al timbre, y Tanner se apresuró a abrir la puerta por temor a que despertaran a los niños pequeños. Cuando lo hizo, se quedó de piedra al ver quién ocupaba su umbral.

—¿Perdona? Si eres de la discográfica, creo que es un poco tarde para empezar a trabajar, ¿no crees? Mejor vuelve por la mañana —agregó, ceñudo.

—Lo siento —se disculpó y le tendió la mano—. Soy Troy Jackson, amigo de Anne. Nicole me dijo que estaba aquí con vosotros. ¿Podría verla?

Tanner hizo un gran esfuerzo por no abrir la boca de par en par, pero volvió a darle un repaso completo al tipo. Era enorme, se asomaban tatuajes por su cuello y manos y llevaba piercings en las orejas. ¿Con quién demonios se estaba juntando su cuñada? Este tipo no tenía nada que ver con Nick, el único novio que le habían conocido a la benjamina.

—Mira, no sé si eres amigo o no de Anne, pero estas no son horas de...

Linda apareció junto a él y le sonrió a Troy.

—Hola, Troy —le dijo al tiempo que colocaba una mano conciliadora sobre el hombro de su marido. El aludido asintió con la cabeza, visiblemente nervioso—. No te preocupes, cariño, es amigo de Milo. Ha venido a ver a Anne, pero está dormida... frente a la chimenea.

Troy frunció el ceño.

—¿Se ha quedado dormida en vuestro salón?

—Bueno, más que en nuestro salón, en nuestro suelo —le replicó ella, sonriendo y tratando de aliviar un poco la tensión que rezumaba de cuerpo de Tanner.

Siempre había sido muy protector con la pequeña Anne. Como todo el mundo, esperaba que de un momento a otro se fuera a romper.

—No la dejaréis dormir así, ¿verdad? —preguntó Troy, incrédulo—. Podría hacerse daño. Mañana no podrá moverse y... —Suspiró, cerró los ojos y volvió a abrirlos de nuevo, esta vez más calmado—. Lo siento, ¿puedo verla? —preguntó de nuevo.

Linda se encogió de hombros.

—A ver si tú eres capaz de despertarla.

Linda tomó a Tanner de la mano, que miró de reojo a Troy, quien a su vez trató de desviar la mirada. Estaba claro que no se sentía cómodo allí, pero aun así había sido capaz de acudir a buscarla. Le recordaba de años atrás, cuando Milo organizó aquella encerrona para levantarle un poco el ánimo a su hermana... ¿Acaso llevaban manteniendo una relación desde entonces? No, era imposible. Todos los habrían sabido. Anne era un libro abierto.

Los tres se detuvieron ante el cuerpo inerte de Anne. Lo cierto era que sí parecía estar con un pie en el otro mundo, aunque en un momento dado soltó un sonoro ronquido y se giró un poco, para alivio de todos y, sobre todo, de Troy. Su silueta parecía abarcar todo el salón en penumbra. Tenía las manos apoyadas en las caderas, el pelo bastante más corto de lo que recordaba y una mirada casi imposible de olvidar, por su intensidad.

Se agachó junto a Anne y le susurró.

—Anne. Soy yo, Troy.

Nada. Ni una respuesta. Bueno, sí, otro sonoro ronquido y un chasquido de la lengua.

Troy alargó la mano y le rozó el hombro, pero no hubo respuesta. La zarandeó un poco y ella se giró, abrió un poco los ojos y habló:

—Si no me dejáis dormir aunque sea una sola noche, os juro que os mato — y volvió a cerrar los ojos como si no hubiera visto a nadie en realidad.

Troy se giró y miró a Linda.

—¿Os importa si me la llevo?

Ella se quedó perpleja, pero Tanner intervino de inmediato.

—¡No! Ni de coña, tío. No te conocemos de nada y...

—¿Llévartela a dónde? —preguntó su mujer.

—A casa. Estará más cómoda.

Ella pareció evaluarle, pero Tanner no fue tan comprensivo.

—Linda... Ni lo consideres. No. No voy a dejar que se la lleve. ¡No le conocemos de nada!

Troy se irguió de nuevo y se colocó frente a Tanner. Era alto y delgado, pero Troy era más. Más alto, más musculoso, más imponente, más temerario.

—No te la vas a llevar —insistió Tanner.

Troy continuó mirándole a los ojos, sin pestañear, y Linda se puso en medio de los dos.

—Dame tu dirección y tu número de teléfono, ¿vale?

Troy se sacó el móvil, le preguntó por el suyo y le hizo una llamada perdida para que ella estuviera más segura.

—¿Puedo ya?

—No —continuaba Tanner obcecado.

—Está bien, pero...

—¡Yellow! —cuando querían tener una conversación íntima, su marido volvía a llamarla como cuando eran unos críos.

—Déjame a mí, por favor —se giró hacia Troy de nuevo—. Te la llevarás, pero vas a mandarme una foto de ella cuando te lo pida, ¿ok? Y en cuanto se despierte, que me llame. ¿Estamos?

—No podría estar más de acuerdo.

—Te has vuelto loca... —suspiró su marido.

—Si hacéis el favor de abrirme la puerta de la calle...

En cuanto terminó de decir la frase, se agachó junto a Anne, colocó un brazo debajo de su cuello y otro debajo de sus piernas, y la alzó como si no pesara nada. Desde luego, aquello había que verlo. Linda sonrió y sintió una punzada de admiración por ese tipo, y por su hermana, que parecía tenerlo rendido a sus pies. ¡Quién lo habría dicho! Con toda la rapidez que pudo, agarró una de las mantitas que había sobre el sofá y se la colocó encima para que no se enfriara al salir.

Quizá su pequeña y romántica Anne pudiera tener el final feliz que tanto se merecía.

La llevó hasta la puerta caminando como si tal cosa, con los músculos de la espalda apretando la camisa de cuadros que llevaba puesta. Linda le abrió la puerta de la furgoneta y él la sentó con sumo cuidado, aunque ella no se despertó, tan solo gruñó un poco.

—Gracias. —Troy se volvió e hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza—. Prometo que cuidaré bien de ella.

Linda le mantuvo la mirada y sonrió.

—No lo dudo.

Tanner resopló a su espalda y se cruzó de brazos, enfurruñado. Troy se giró hacia él, le hizo un pequeño saludo militar y se montó en su furgoneta, para desaparecer de allí ante la atenta mirada de los dos familiares de Anne.

—Espero que esto no acabe mal, Linda.

Ella suspiró.

—Ten un poco de fe, Tanner. Ella le quiere.

—¿Es eso cierto? ¿A... ese tipo? Es como.... dos veces más grande que ella.

Su mujer asintió con la cabeza.

—Eso parece. Y si es él a quien ha elegido, solo podemos desearles buena suerte, ¿no crees?

Troy salió del coche, abrió todas las puertas y después volvió a tomar a Anne entre sus brazos para llevarla adentro.

No podía creer lo que estaba haciendo, pero lo estaba haciendo. De hecho, no podía creer que ella estuviera al fin allí, entre sus brazos, aunque fuera dormida o casi inconsciente. ¿Qué demonios habían hecho con ella?

En sus días de ausencia se había vuelto loco. Al principio había acudido a su casa, había hablado con Jeanette y esta le había hecho pasar y probar unas galletas de cemento que parecía haber cocinado esa misma mañana, a juzgar por el humo que todavía quedaba en la cocina. Se había tenido que comer tres para poder hacerla hablar un poco, y al final le confesó que su pequeña se había marchado de niñera a Ibiza.

¡A Ibiza! ¿Es que estaban locos? ¿Estaba loca ella? Desde luego, quien sí se había vuelto loco era él. Conforme pasaban los días no podía parar de pensar en ella, en qué estaría haciendo por aquella locura de lugar, en si le estaba sucediendo algo malo... Y se la imaginaba de las peores formas posibles. A su mente acudían imágenes de todo tipo de atrocidades, y había terminado por cortar leña para tres inviernos tan solo con el fin de quitarse aquellas estúpidas ideas de la cabeza.

Se había olvidado de Skip, de Savannah y de su madre. Todo desapareció y no hacía más que pensar en ella y en los peligros que podría estar corriendo allá afuera. ¿Cómo podía apartarla de su vida? Era imposible. Se le había metido dentro, muy dentro, en un lugar solo reservado a sus seres más queridos y, por si fuera poco, les había hecho a un lado sin apenas esfuerzo.

Sus días y sus noches eran solo para Anne. Le había consumido su ser, su alma, y no había sitio para nada más.

La observó mientras la depositaba con sumo cuidado sobre su cama. Su propia cama. No lo sintió extraño. Era como si ella siempre hubiera pertenecido allí... Era allí donde debía estar. Su corazón, al fin, se tranquilizó.

La cubrió con la colcha y se sentó en el butacón a observarla.

Al fin estaba sana y salva. Nada le había ocurrido, salvo por un supuesto caso de extenuación. O eso esperaba, porque pensaba asegurarse de que todo iba bien en cuanto ella se despertara.

Su cuerpo comenzó a relajarse, pero no desvió la vista de ella. Quizá era eso precisamente lo que le ayudaba a relajarse, ver que ella dormía plácidamente, sana y salva. ¿Cómo podía ser tan hermosa? Nunca había pensado en una mujer en esos términos. De alguna manera pensaba que todas las mujeres eran bellas, pero hermosas... Era una palabra que iba mucho más allá. Implicaba belleza, sí, pero también englobaba candor, inocencia, pureza... No sabía cómo explicarlo. Sintió un dolor en el corazón al observarla. Los nervios se le habían aplacado, sí, pero aquel dolor en el pecho era imposible de eliminar, ni aun teniéndola a ella delante.

Era lo que siempre había evitado: el amor. No podía ser otra cosa. El amor dolía, eso ya lo sabía de antes. Pero, por otra parte, ese amor que sentía por ella era... desgarrador. No podía alejarse de ella, tenía tal necesidad de asegurarse de su bienestar que moriría si a ella le ocurriera algo. Y moriría de todas formas si no, porque el deseo de tenerla a su lado le estaba consumiendo.

No sabía cuánto tiempo transcurrió mientras estaba allí sentado, esperando a que despertara y perdido en sus propios pensamientos y ansiedades, pero la luz comenzó a entrar por la ventana y, poco a poco, comenzó a bañar la silueta de Anne en tonos rojizos y dorados.

Hermosa era la palabra, sí. Tomó papel y lápiz y comenzó a dibujarla. De nuevo. Las curvas debajo de las sábanas, sus cabellos cayendo en desmadejadas ondas en torno a su cuerpo y rozándole la mejilla, la pierna inclinada hacia adelante, las dos manos debajo de la mejilla.

Los pájaros comenzaron a trinar. Hacía un día soleado. Se quedó contemplando el dibujo y a la chica, calculando volúmenes, sopesando los ángulos.

Y poco a poco, sin saber cómo, se quedó dormido con todos los papeles esparcidos sobre sus rodillas.

Capítulo 23

Anne abrió los ojos y miró a su alrededor, extrañada. No sabía dónde estaba. Sus ojos se desviaron hacia la ventana, las cortinas que ondeaban, la puerta del baño.

Jolines, parecía la casa de Troy, pero no podía ser la casa de Troy, ¿verdad?

Se puso boca arriba y entonces se alzó, apoyándose sobre los codos para observar mejor la estancia.

—Joder... —susurró.

Sí, era la casa de Troy, porque Troy estaba despatarrado en un sillón frente a ella, dormido y sin camisa.

En cuanto escuchó la suave imprecación de Anne, se despertó y tiró todos los papeles al suelo al erguirse. La miró con cautela y los ojos un poco hinchados.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —le preguntó ella sin darle tiempo a espabilarse.

Necesitaba saberlo, y ya. Porque no había consumido drogas. O al menos eso creía.

Él se restregó los ojos y recogió todos los papeles que había tirado. Se estaba tomando su tiempo en responder, y Anne se miró el cuerpo.

Vale, estaba vestida. Todavía llevaba la ropa del viaje.

—Yo te traje aquí. Te quedaste dormida en el suelo del salón de tu hermana.

Anne levantó la cabeza de repente.

—¿Qué? ¿De qué hermana?

Troy frunció el ceño.

—De Linda.

—Ah. ¿Y por qué me has traído aquí?

Él frunció todavía más el ceño.

—¿Preferirías dormir en el suelo?

Ella ladeó la cabeza.

—¿Me estás tomando por tonta? Porque si me estás tomando por tonta otra vez, te juro que me las vas a pagar.

Troy sonrió. Fue un pequeño asomo de sonrisa, pero ahí estaba.

—¿Y cómo me las ibas a hacer pagar, pequeña?

Ella entrecerró los ojos.

—No conoces mis trucos. Tengo muchos. Pero no desvíes el tema... ¿Por qué me has traído?

Él la seguía mirando, pero esta vez sus ojos adquirieron una intensidad que no tenían antes.

—Quería... Necesitaba disculparme contigo —sentenció.

Anne suspiró.

—No tenías por qué haberme traído aquí para eso.

—No podía dejarte allí. Simplemente, no podía... —Troy volvió a pasarse las manos por el pelo y apoyó los codos sobre las rodillas, sin mirarla de frente—. Llevaba varios días intentando contactar contigo. Hable con tu madre y hablé con Nicky, pero ella no sabía nada de ti y yo...

Él hizo una pausa, y Anne desvió la mirada hacia la ventana. El día tan bonito parecía brillar y apagarse al mismo tiempo.

—¿Por qué tienen que ser las cosas tan difíciles entre nosotros, Troy? No puedes hacer esto. No puedes rescatarme de nada.

Él se tapó la cara con las manos.

—Lo sé —su voz sonó amortiguada—, pero me estaba muriendo por dentro, ¿sabes? Los días se me hicieron eternos, y no podía pensar en otra cosa que en ti. En si te había ocurrido algo malo, en si no volverías, en... —su voz se apagó y alzó de nuevo la mirada. Esta vez había un ruego en ella—. Sé que no te voy a poder salvar de nada, pero traerte aquí y cuidarte fue lo mejor que se me ocurrió.

A Anne se le enterneció el corazón.

—Eso es precioso, Troy, pero yo no soy tu hermana. No puedes controlarme. Ni tú ni nadie. Sé cuidarme sola.

Él apretó la mandíbula.

—Eso ya lo sé, Anne, y perdóname por haber sido tan... impulsivo al haberte traído aquí. Pero estabas allí, en el suelo, y yo necesitaba saber que estabas bien y...

—Vale, vale, está bien. Ya lo he pillado. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

Él se miró el reloj.

—No sé las horas que llevabas dormida en casa de Linda, pero aquí unas doce. Son las diez de la mañana.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿En serio? Por favor, dime la fecha. Dime que no estamos en dos mil treinta o algo así.

Él volvió a sonreír, pero aquella sonrisa no le llegó a los ojos. Ella no le había perdonado.

—No, seguimos en el mismo mes, misma semana, mismo año.

Se levantó, se puso la camiseta y se acercó a la ventana.

—Necesito que me perdones, Anne. Por favor. Te lo estoy rogando.

Ella observó su fuerte espalda, y sus brazos, cuyas manos se apoyaban ahora sobre las caderas. Su cuerpo casi cubría por completo la ventana. Era tan... grandioso. Y tenía tantos miedos... Aunque su corazón se había ablandado cuando él le confesó que deseaba su bienestar, no era eso lo que ella buscaba de él. No sabía lo que quería, pero algo en su interior se aferraba a la idea de que, si no se ponía en su lugar, su autoestima terminaría destrozada. Era fácil sucumbir a su tono de voz y su presencia, pero Anne no era tan débil como todos parecían pensar.

Desvió la mirada de su imponente silueta y volvió a recostarse sobre la cama.

—Explícame en qué debo perdonarte exactamente. Ya he perdido la lista.

Él se giró hacia ella.

—Lo sabes muy bien. La última vez que hablé contigo yo... —se encogió de hombros—, fui un estúpido. Sigo siéndolo, pero no puedo evitarlo. Son demasiados años siendo como soy, ¿sabes? Demasiado tiempo tratando de cuidar a mi familia, de protegerles de todo, sin conseguirlo.

Se acercó a la cama, se colocó de rodillas a su lado y le tomó de la mano para apoyar su frente sobre la de ella.

—He pasado los peores días de mi vida, Anne, y sé que es una estupidez. Sé que era un simple viaje, pero he sufrido por ti como no lo había hecho por nadie. Mi vida es ahora un caos. Todo en lo que creía está patas arriba... Y lo único que sé con certeza es que te necesito a mi lado. Si no estás, me vuelvo loco, me desvanezco, pierdo todo lo que era.

Anne le observaba casi sin creerlo. Giró todo el cuerpo para verle mejor y removió la mano que había encerrada entre las suyas para agarrarle los dedos.

—Sabes que no me iba a pasar nada. No puedes ser tan catastrófico, tienes que tranquilizarte —le replicó ella.

«¡Menudo romanticismo!», pensó. Él se le estaba declarando y ella, después de leer quinientas mil novelas románticas, saltaba ahora por el lado práctico. Era curioso cuánto podían cambiar las tornas entre dos personas tan distintas.

—Ya lo sé. Pero quiero retractarme. Sé que eres una mujer que cree en el amor. No sé si quieres una vida estable, con un marido e hijos, pero lo que sí sé es que yo te quiero a ti, y me ofrezco tal y como soy. —Le besó la mano con ternura y alzó la cabeza hacia ella para mirarla con devoción—. Quiero estar contigo, Anne. Quiero verte cada día, que me hagas sonreír como solo tú lo haces, que soportes mis manías y me ayudes a luchar contra ellas. Quiero que me ayudes a convertirme en un hombre mejor para ti.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, que dejó resbalar porque sí, ella era muy llorona y él tendría que soportar esa parte de ella también.

Se limpió una mejilla con la mano que tenía libre y le respondió.

—Yo no tengo por qué cambiarte, Troy. Si no fueras tal y como eres, no me habría enamorado de ti.

Contuvo la respiración al confesar aquello que tanto se había negado a sí misma, pero que no era más que la pura realidad. Lo quería tal y como era, con su obsesión sobreprotectora y su tendencia a cubrir todo su cuerpo para tratar de ocultar quien realmente era.

Él levantó la cabeza y la miró sin pestañear.

—¿Qué acabas de decir?

Ella le soltó la mano y se levantó de la cama, dejándole a él arrodillado y mirándola desde abajo.

—Pues eso, Troy. Sí, te quiero. ¿Que cómo ha sucedido? Pues no lo sé, porque sinceramente, el otro día me dijiste una sarta de estupideces y pensaba que te odiaba. Mucho. Pero ya es demasiado tarde para echarme atrás. Yo no quiero y dejo de querer tan fácilmente... Así que así son las cosas. No sé cuándo ni cómo pasó, pero pasó.

Esta vez se acercó ella a la ventana y apartó la cortina. No podía enfrentarse a su mirada. Era la primera vez que confesaba algo así sin estar completamente segura de que todo iría bien. Lo había hecho con Nick, porque confiaba en él y creía que todo iría a la perfección... Y mira cómo había salido la cosa.

Escuchó el suave ruido de su cuerpo al moverse y acto seguido pudo notar

cómo el calor de Troy le inundaba toda la espalda. Cerró los ojos. El cuerpo de él casi rozaba el suyo, pero todavía no la tocaba. Comenzó a temblar. Lo suyo con Troy no podía haber empezado de una manera más ilógica, y no sabía cómo terminaría... Pero ahí estaba, con él irradiando calor contra su cuerpo y ella deseando que la abrazara.

Las manos de Troy se posaron entonces en sus hombros, descendieron por sus brazos hasta llegar a las manos, que agarró con fuerza y después las subió hasta la altura de su pecho para poder abrazarla contra sí. Anne apoyó la cabeza en su pecho, todavía sin abrir los ojos, y suspiró al notar que la mejilla de Troy se apoyaba sobre ella.

—¿Significa eso que me perdonas? Sé que mereces a la mejor persona del mundo, Anne, y que esa no soy yo, ni mucho menos... Pero si estuvieras dispuesta a darme una oportunidad, te prometo que me esforzaré. Nunca pensé que diría esto, lo haré. Lo quiero todo contigo. Quiero pasar cada minuto a tu lado. Dios, incluso he llegado a pensar en pequeños niños sonrientes haciendo travesuras en mi jardín. No sé si seré capaz de hacerlo, Anne, ¿pero estás dispuesta a arriesgarte conmigo? ¿A llegar hasta donde esto nos lleve?

Ella se soltó de su abrazo y se giró para mirarle a los ojos. No podía parecer más sincero. Allí estaba él, abriéndose por completo a ella, intentando enmendar sus errores y ofreciéndose tal y como era, algo que nunca había hecho en la vida.

—Yo lo estoy si tú lo estás.

Levantó la mano y le acarició la mejilla, que ahora llevaba muestras de la barba incipiente de un día. Le gustaba así, algo desaliñado, tal y como él solía ir siempre. Estaba guapísimo con el pelo corto y sin barba, pero le hacía parecer más joven, menos maduro. No era del todo su Troy.

Él cerró los ojos y los apretó.

—No sé tener relaciones largas. Prométeme que me enseñarás. Prométeme que no te rendirás a la primera.

Ella soltó una carcajada.

—¿Crees que yo sé tenerlas? También tendré que aprender contigo. No soy perfecta.

Él abrió los ojos y acercó su cara a la de ella.

—Sí lo eres. Pero aprenderemos juntos.

Y al fin, la besó.

¡Cómo lo había echado de menos! Todas las noches soñaba con él, con su

cuerpo cubriéndola, con sus labios llenándola de besos. Adoraba sentirse sensual, deseada, y eso solo lo conseguía Troy. Su Troy.

Sonrió mientras le besaba, y él separó sus labios brevemente para preguntar.

—¿Por qué te ríes?

—No me río. Sonríó porque soy feliz —le respondió ella mirándole a los ojos.

Él, entonces, también sonrió, le acunó la cara entre las manos y se acercó a sus labios para susurrarle.

—Y prometo hacerte muy, muy feliz. Extremadamente feliz. Vas a ser tan feliz, que no podrás parar de gritarlo.

—¿En serio? —susurró ella también contra sus labios.

Él asintió con la cabeza y murmuró una afirmación. Comenzó a bajar sus manos por el cuello de Anne, recorriendo cada milímetro, reverenciándolo, y rozó sus pechos al bajar de camino a su cintura, que estrechó contra sí.

—Nunca he hablado más en serio.

Epílogo

Cinco años después

Troy frunció el ceño.

Aquello no podía estar ocurriendo.

¿Cómo podía separarse de otra de las personas a las que más quería en el mundo? No era tan fácil. De eso nada.

Se metió las manos en los bolsillos y trató de mantenerlas allí, quietas, donde no pudieran hacer otra cosa que cerrarse en un puño que no iría a parar a la cara de nadie. Se repitió a sí mismo, una y otra vez, que debía tranquilizarse. Lo había prometido. Había prometido que se comportaría como un ser racional y controlado, y que había entendido que esa separación era natural y obligada. Todo el mundo pasaba por ella alguna vez.

El caso es que lo había entendido, pero no lo compartía. Puede que para otros no fuera tan difícil, pero para él era un puñetero infierno.

A su lado, Anne levantó la mano y la agitó.

¿Cómo podía estar tan feliz y tranquila?

Cinco años juntos. Habían pasado por tantas cosas... Cosas que él nunca se creyó capaz de superar, pero allí estaba, diciéndole adiós a su pequeña, su hija mayor, que empezaba su primer día de colegio. Anne, feliz, y él, tratando de ocultar su ansiedad.

—Está llorando —susurró al verla alejarse.

—No, no está llorando —le respondió su mujer entre dientes—. Y sonrío, porque si sigue viéndote esa cara seguro que terminará haciéndolo.

Troy movió los labios y trató de sonreír, pero solo consiguió emitir una mueca que le hizo parecer un asesino en serie. Para despistar, Anne se colocó delante de él y gritó a todo pulmón:

—¡Charlotte, cariño, te queremos! ¡Pásalo bien!

La niña, que caminaba sola pasillo adentro como si de una niña mayor se tratase, con sus delgadas piernecitas y su largo cabello rizado flotando sobre los hombros, agitó la mano y le sonrió de vuelta, se ajustó la mochila en la espalda y volvió a adentrarse en el pasillo, donde se encontró con sus compañeros de colegio y su nueva maestra.

Las puertas del colegio se cerraron.

Anne y Troy se quedaron allí, quietos, junto a otros padres que eran incapaces de moverse por si alguno de los niños se escapaba del colegio para volverse a casa.

Esa era la esperanza de Troy. Que su pequeña Charlotte se escapara y pusiera tantas trabas, que se vieran obligados a llevársela a casa y ofrecerle una educación alternativa en donde ella pudiera sentirse segura, junto a sus padres. De hecho, había llegado a sugerírselo a Anne, pero ella había arqueado las cejas y le había mirado con esa cara de advertencia que sugería que estaba por caerle una buena reprimenda.

Cosa que ocurrió.

—¿Nuestra pequeña marginada en casa? Ni hablar. No voy a satisfacer ese deseo tuyo, Troy. Además, creía que ya lo habías superado. Has conseguido dejar de llevarme y recogerme del trabajo, ya no me llamas tres veces al día y la dejas jugar en el parque con los otros niños. ¡Si hasta has consentido en que le quitaran el flotador en la piscina! O sea, cariño, no. La niña irá al colegio normal como el resto de la gente, y tú esperarás en casa, al igual que yo, a que ella vuelva. Y cuando nazca Jacob pasará lo mismo. No puedes protegerles siempre, tendrán que vivir su propia vida.

Y *bla, bla, bla...* Troy había oído la misma cantinela varias veces, pero eso no hacía menguar su desesperación. Cuando la puerta se cerró frente a ellos sintió deseos de acampar allí mismo y quedarse a escuchar bajo la ventana, no fuera a ser que su Charlotte se pusiera a llorar y nadie le hiciera caso.

Sin embargo, Anne, que seguía delante de él, se giró y le puso una mano en el pecho. Su barriga de ocho meses de embarazo le rozó la parte baja del abdomen.

—Ahora, nos vamos a ir a casa. Tú vas a trabajar, y yo seguiré preparando la habitación del niño. Vas a estar tranquilo, almorzarás como cualquier otro día y hasta saldremos a caminar para que mis pies no se conviertan en botas, ¿de acuerdo?

Él suspiró y la abrazó contra su pecho.

—Gracias por tratar de mantenerme cuerdo.

De todas formas, ella podía notar cómo el corazón de Troy palpitaba a un ritmo frenético, imitando su estado de ánimo. Sabía que se estaba controlando al máximo, le conocía tan bien que le extrañaba que fuera capaz de mantenerse allí, quieto, frente al colegio infantil en vez de salir corriendo y aporrear la puerta como un poseso para que le dejaran sentarse en el pupitre de al lado de su pequeña.

No pudo evitar echarse a reír tan solo de imaginárselo con las piernas encogidas y aquel aspecto de vagabundo errante al lado de una dulce y tierna niña de cabellos oscuros y rizados. Se había vuelto a dejar el pelo largo y la barba le había crecido, y aunque llevaba una coleta para la ocasión, era difícil ocultar su imponente imagen tras una fachada de pulcritud.

—¿Te estás riendo de mí? —le preguntó él.

Sin embargo, y a pesar de que era más o menos cierto, Troy sonrió y consiguió relajarse.

—Sí, te estaba imaginando sentado en una de esas sillas pequeñas, junto a Charlotte.

Ahora comenzó a reír con más fuerza, y él se sumó a ella.

—Podríamos rodar de nuevo *Poli de guardería*. Eso me garantizaría estar junto a ella al menos durante unos meses.

—Oh, le darías cien mil patadas a Arnold, cariño. Y no querría compartirme con una horda de mujeres locas por meterse en tu cama. —Le dio un pequeño codazo y se separó de él para mirarle a los ojos.

Los dos dejaron de sonreír.

—¿Nos vamos a casa? —le preguntó, expectante. Todavía no estaba segura de que su marido fuera capaz de moverse de allí.

No obstante, él asintió al fin.

—Vámonos. Sácame de aquí antes de que eche abajo esa puerta, por favor.

Comenzaron a reír de nuevo, Anne apoyó su frente sobre el musculoso pecho y después se separó de nuevo para alzar la cara y cerrar los ojos. Troy descendió y rozó sus labios con los de ella al tiempo que deslizaba las manos por la suave barriguita de su mujer.

Cuando se separaron, algunos abuelos que habían acudido a llevar a sus niños les miraban con recelo, pero a ellos no podía importarles menos.

Siempre les había importado muy poco lo que pudieran pensar los demás. Desde el principio, cuando comenzaron una relación que no sabían hacia

dónde les llevaría. Los dos tenían miedo a perderse, a no saber compenetrarse, a no saber reconocer los límites de cada uno.

Comenzaron con miedos que fueron apagándose poco a poco, como las llamas de una hoguera nocturna. No fue sencillo adaptarse el uno al otro: Anne siguió pensando durante un tiempo que aquello tendría pronto un fin, que no era lógico que dos personas tan distintas pudieran estar juntas, y Troy creía que no podría soportar una relación en la que se pasaba todo el rato sufriendo por la otra persona.

Sin embargo, lo superaron. Ella aprendió a creer en él, y él aprendió a dejar sus miedos a un lado. Aprendió a cuidarla sin pensar que podía romperse, a amarla sin sufrir por los momentos en que no estaban juntos, sin pensar en que un día podía desaparecer de su vida. Aprendió a amarla sin más, pero no fue fácil, ni lo seguía siendo. De vez en cuando la vieja fiera se despertaba en su interior y reclamaba el control, control que él conseguía retomar a duras penas, como en aquella ocasión.

Su hija comenzaba una nueva etapa, y esa nueva separación era el reto más difícil al que había tenido que enfrentarse en los últimos años.

Aun así, tomó la mano de su mujer y se dirigió a casa.

A su hogar. A la cabaña que habían compartido desde que decidieran enfrentarse juntos al mundo, años atrás. Se habían casado poco después en una boda que pretendió ser íntima pero que terminó por juntar a casi doscientas personas y para la que Anne lució un precioso vestido blanco, el que ella siempre había deseado llevar, aunque después confesara que no había sido para tanto. Lo importante era que estaban juntos, rodeados de toda su familia y amigos, ya había sido uno de los días más felices de su vida porque había celebrado el éxito de su amor con Troy. ¿Quién lo diría?

¿Y Troy? Estuvo espectacular. Desde el momento en que se introdujo en la familia, los niños le habían adorado y él les había adorado a ellos. Le trataban con un gigante, el ogro de los juegos, le decían. Se subían por encima de él y reían sin parar cada vez que él hacía de monstruo devorador de niños, un papel que le iba que ni pintado, por otra parte.

Durante la boda, los niños habían correteado entre las faldas de Anne y las niñas se habían subido a los pies de Troy para bailar un vals. Era como ver una imagen, o varias de ellas sucesivamente según la niña que estuviera en sus brazos, de *La bella y la bestia* en vivo y en directo. Solo que la bestia sí era un hombre atractivo en realidad.

Cuando llegaron a la cabaña que una vez fue solamente de él y ahora era el hogar familiar, Anne bajó del coche con algo de esfuerzo y se dirigió hacia los escalones.

Troy le agarró del brazo antes de que pudiera comenzar a subirlos.

—Ven conmigo, tengo una cosa que enseñarte —le dijo.

—¿En serio? ¿Ahora?

Él asintió con la cabeza y la miró con intensidad.

La llevó hasta el taller, que ahora estaba ampliado para poder albergar más material, y le hizo cerrar los ojos hasta llegar a donde él quería que estuviera.

—Ya puedes abrirlos.

Cuando asó lo hizo, se quedó maravillada.

—¿Qué es esto?

—Siéntate y pon los pies aquí, te lo explicaré.

La hizo sentarse sobre una gran mecedora que acababa de terminar para que acunara a su segundo hijo, y le mostró la estantería que mantenía siempre cerrada con sus secretos más íntimos.

—Esta es de cuando nos peleamos la primera vez.

Le mostró una pequeña figura tallada con una capa de barniz que hacía brillar todas las partes de su cuerpo. Era el cuerpo de una mujer recostada, con cabellos enredados que cubrían sus brazos y pechos. Una mujer con curvas, caderas y unas piernas que reconocería siempre aunque hiciera años que no las había vuelto a ver.

—¿Era yo?

—*Eres* tú —le corrigió él.

Ella observó la pequeña talla, maravillada. ¿Cuándo había pensado que le sobraban kilos, o que no era hermosa? Si él la veía así, desde luego que debía haber sido muy hermosa. Y no como ahora, con una barriga enorme y piernas de elefante. Esa chica era... delicada, curvilínea y sensual. Le gustaría ser esa chica. Era esa chica.

—¿Y las has tenido guardada todo este tiempo?

Él se encogió de hombros.

—¿De qué me servía mostrártelo?

Ella le miró algo enfurruñada.

—¿Cómo que de qué? ¿Y de qué te sirve ahora?

Él pareció avergonzado.

—Me sirve para no volver al colegio y sacar a mi pequeña de las garras de

esos profesores que no conocemos de nada —bromeó—. Me sirve para agradecerte cómo eres, quién eres, y lo que haces por mí cada uno de los días de nuestra vida.

A ella se le empañaron los ojos y solo se dio cuenta de que estaba llorando cuando las lágrimas le mojaron el generoso escote.

—No seas así de malo conmigo. Estoy muy sensible. Mírame. Soy, literalmente, un saco repleto de hormonas revolucionadas.

Se acercó a ella y la abrazó.

—Eres un precioso saco lleno de hormonas revolucionadas, todas ellas mías —le dio pequeños besos en el escote, y después levantó la mirada—. Pero todavía hay más. Aunque no sé si mostrártelo a riesgo de que me mates.

Anne se limpió la cara con muy poco cuidado y le miró con recelo.

—Hazlo todo del golpe, no lo dosifiques.

Troy hizo un guiño de dolor, se levantó y abrió de nuevo el armario, pero esta vez de par en par. Dentro de él había una figura mucho más grande y cubierta con una lona. La quitó de encima y Anne casi se cae de culo de la mecedora.

—¿Qué demonios es eso? —entrecerró los ojos y giró la cara en ambas direcciones para tratar de entender la imagen que había delante de ella, pero era un poco difícil.

Su marido la sacó de allí y la colocó delante de ella, en pie.

Entonces la entendió.

Era un lío de piernas y carne. Bueno, de piernas, barriga, y carne de hombre y mujer.

Se puso colorada como un tomate.

—Troy, dime que no somos tú y yo.

—No somos tú y yo.

Le fulminó con la mirada.

—¿Y entonces quiénes demonios son?

—Solo te he dicho lo que querías escuchar, pero somos tú y yo.

—¿Desnudos?

—Desnudos.

—¿Y yo como una vaca?

—No. Tú embarazada.

—Dios mío, tienes que esconderlo.

—¿Por qué?

—¿Y si lo ven los niños? ¿Qué van a pensar? ¡Y estoy horrible! ¿Es así como me ves? —Giró la cabeza para tratar de ver con mayor claridad sus rasgos, para distinguir cuáles eran sus brazos de los de él.

—Es así como nos veo, y a mi parecer estás preciosa. Sigues siendo pequeña y delicada, y...

—Cállate. Estoy desnuda, y tengo unas tetas enormes, por no hablar de la barriga. ¡Y mira mi culo! Por eso no tengo espejos en casa. ¿Yo quito los espejos y tú vas y haces una escultura? Sí, puedes apostar a que querría matarte, Troy Jackson.

Él sonrió y se arrodillo frente a ella y al lado de la escultura.

—Pero no lo harás. Porque estás hermosa.

Ella bajó las piernas del taburete donde las había colocado y adoptó una pose amenazadora. Pero Troy se giró hacia la escultura y comenzó a recorrerla con sus dedos.

—Son tus mejillas —le tocó la cara con suavidad— y las mías. Tu cuello y el mío. Tus brazos.

Sus dedos fueron tocando con delicadeza todas las partes del cuerpo que él iba nombrando, con suma lentitud y una lascivia que hizo que Anne se derritiera por dentro. ¿Cuánto tiempo llevaban sin hacer el amor? No lo sabía, pero de repente el calor que se acumuló entre sus piernas comenzó a ascender hacia arriba.

—Tus pechos. —Le rozó la punta del tallado pezón con los dedos, y Anne cerró los ojos. Era como si se lo estuviera haciendo a ella misma, solo que no se había dado cuenta de cuánto había anhelado aquel contacto—. Tu figura cobijando a mi hijo. —Acercó la boca a la barriga de la imagen y la besó, colocando las manos a ambos lados de las dos imágenes.

Nunca había visto nada más erótico.

—Tu precioso trasero... —Su dedo índice recorrió la separación entre los dos glúteos y continuó hacia abajo—. Tus piernas. Las mías. Estamos haciendo el amor. Es vida. ¿Acaso es algo malo?

En ese punto, Anne había comenzado a hiperventilar y solo quería que Troy le quitara toda aquella molesta ropa e hiciera con ella lo que le estaba haciendo a la maldita escultura.

—No, pero más vale que me lo hagas ya y escondas esa escultura bajo tierra, ¿entendido?

Él se volvió hacia ella y levantó una irónica ceja.

—¿Qué quieres que te haga ya?

A ella le tembló la barbilla. Todavía seguía sintiendo pudor en todo lo tocante al sexo, como si se avergonzara de su propia y ardiente sexualidad.

—¿Quieres que te haga esto? —con un gesto travieso, se acercó a la talla, sacó la lengua y rozó el pecho de ella con la punta—. ¿O esto? —La giró para que ella pudiera ver perfectamente que la mano del Troy tallado se adentraba peligrosamente en el interior de su sexo, y el de ella se contrajo al ver los dedos de Troy acariciar esa parte.

Se imaginó tallando esa imagen, cada pedazo de sus cuerpos desnudos y entrelazados, sus dedos en el interior de ella, sus cuerpos totalmente unidos.

—Vale, sí. Eso me vale. Cualquier cosa.

Entonces Troy le sonrió con malicia.

—No, cualquier cosa no. Voy a hacerte exactamente eso, cariño.

Se dirigió hacia ella y la levantó de la mecedora como si no pesara más que una pluma. Era algo que siempre la maravillaba, su capacidad para hacerla parecer pequeña y delicada. La colocó sobre su mesa de trabajo, que en esos momentos estaba despejada, y le abrió las piernas.

—Voy a hacerte exactamente eso que ves. Voy a despojarte de todas y cada una de las capas de ropa, con suma lentitud —hizo lo propio, subiéndole la camiseta para sacársela por encima de la cabeza y mostrar sus enormes pechos enfundados en un sujetador con sujeción extra—. Te voy a liberar de todas estas restricciones —continuó mientras le soltaba el sujetador. Ella jadeó, y eso que todavía no la había tocado—, y vas a hacer todo lo que yo te diga. Ahora, este es mi momento. Levanta el culo.

Ella lo levantó tras apoyarse en la mesa con los brazos, y él le bajó los pantalones premamá. Fue pasando la lengua por cada milímetro de piel que quedaba expuesto, dejando un rastro de humedad allí por donde pasaba... Pero ella no deseaba eso. Deseaba su lengua y sus dedos donde habían estado antes, en esos lugares que le había mostrado.

Troy la desnudó por completo y ella estaba derretida. La barriga le pesaba, pero era mayor la necesidad de él, de sus labios, de sus manos. Tenía ciertas partes mucho más sensibles de lo normal, y casi le dolían por el deseo de ser acariciadas.

—Ahora sí —le dijo él cerniéndose sobre ella—, voy a besarte y tocarte donde tú más deseas. ¿Es aquí?

Ella suspiró. Troy había tomado uno de sus pechos y lo estaba masajeando

sin llegar a tocarle el pezón. Gimió y se arqueó un poco más.

—Responde, ¿es aquí? —volvió a insistir él sin llegar a donde ella más quería.

—Sí, sí, ahí, ahí —se quejó ella.

Él sonrió y acercó su boca al sensible pezón, que lamió de una sola pasada.

—Mmm... Echaba esto de menos. Es tan dulce...

Volvió a lamerlo, le apretó el pecho un poco más y se introdujo todo el pezón en la boca. Eso era lo que Anne quería, lo que necesitaba. Se retorció debajo de él y él comenzó a devorarla sin compasión.

Un pecho. Después el otro.

Anne levantó las piernas y le rodeó con ellas para atraerlo más hacia su cuerpo, pero no era tan fácil en el avanzado estado de embarazo en el que se encontraba.

—Troy... —susurró.

—¿Mm? —respondió él al separarse de uno de sus pechos, que observó maravillado.

Levantó los ojos llenos de deseo hacia ella. Tenía la comisura de la boca húmeda de aquellos besos, al igual que lo estaban sus pezones, que ahora se enfriaban por la falta del calor que le proporcionaban aquellos labios. Le agarró del pelo y lo acercó hasta su cara para besarle con fiereza.

Él se separó de ella.

—¿O es aquí?

Sin apartar su mirada de la de ella, le recorrió el interior de los muslos con la yema de los dedos y se fue acercando poco a poco a su sexo. Anne notó que ya estaba húmedo porque sus dedos resbalaron hacia arriba y hacia abajo en cuanto la tocaron, y en el momento en que alcanzaron su clítoris ella dejó escapar un pequeño grito.

—¿Es ahí? ¿Ahí también quieres que te toque?

Ella asintió con la cabeza.

Él apretó el clítoris entre sus dedos.

—Respóndeme.

—Sí, ¡es ahí! —gimió ella.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Troy se arrodilló en el suelo. Su cabeza quedó a la altura de su sexo, y se hundió en él para devorarlo como si del festín más sabroso se tratara. Anne se dejó caer sobre la mesa y colocó los pies sobre los hombros de su marido.

Dios mío, que aquello no acabara nunca. Quería llegar, pero al mismo tiempo no quería que aquella deliciosa tortura tocara a su fin.

—Así es como yo te quiero —dijo él contra su inflamado y sensible sexo. Le dio un lametón—. Dulce, tierna, abierta y preparada para mí.

Tomó el clítoris entre sus labios y sorbió, haciendo que Anne se arqueara sobre la mesa y se olvidara por completo de su propio cuerpo.

—Te quiero dentro de mí —le dijo.

Troy sonrió y miró a su esposa, que gimoteaba y se retorció encima de su mesa de trabajo.

—¿De verdad? ¿No tienes miedo?

Ella negó con la cabeza, sin abrir los ojos.

—No tengo miedo de nada. Te quiero dentro de mí. Ya.

—Como deseas...

Troy se levantó y se quitó la camiseta. En el corazón tenía ahora tatuado el nombre de Anne, junto a las palabras «Para siempre», porque como le había dicho hacía tiempo, una persona podía vivir sin costillas... pero no sin su corazón. Se bajó la cremallera del vaquero y la penetró sin más dilación, intentando encajar en su cuerpo poco a poco, abriéndolo hacia él. Le tomó las piernas, las abrió todo lo que pudo y observó cómo se introducía en ella hasta quedar completamente enterrado en su interior. Después, se meció.

Con lentitud, sin prisa.

Anne había muerto y estaba en el cielo. Cada roce del miembro de su marido le hacía estremecerse. Cada vez que entraba en ella notaba cómo las paredes de su vagina le apresaban y la suave piel de su pene rozaba todas y cada una de las fibras sensibles de su interior.

—Me encanta, no pares —le dijo.

—¿Sí? ¿Te gusta? —le dijo él.

—Sí.

—Es así como te gusta, ¿verdad? —continuó empujando contra ella, hundiéndose en su interior, bañándose en su humedad.

—¡Sí! —exhaló ella.

La alzó de la mesa, la abrazó contra su pecho y la colocó de tal manera que su pene tuvo total acceso a ella incluso estando su barriga de por medio. Estaba un poco encorvada, pero no le importaba. Aquello era maravilloso. Le dolía el cuerpo de estar sobre la mesa y aquel cambio de postura, el poder

apoyarse sobre la suavidad y dureza de sus músculos, era un alivio para sus músculos.

Él bombeó con más rapidez.

—¿Lo quieres así? —insistió.

—¡Sí! —contestó ella contra su cuello.

—Así es como yo te veo, Anne. Así de preciosa. Follándote.

Apretó más el ritmo y, en unos pocos envites más, ella notó cómo la fuerza del orgasmo la devoraba.

Se dejó arrastrar, gritó, le apretó, se aferró a él con todas sus fuerzas mientras echaba la cabeza hacia atrás y se dejó poseer hasta las últimas consecuencias, hasta que olvidó su propio nombre y solo existía un mundo anegado de placer, placer y nada más que placer.

Cuando él se corrió, se tomó unos minutos para calmar su respiración y después la alzó en sus brazos y la llevó consigo hasta la mecedora, para colocarla con mayor comodidad sobre él.

Troy ni siquiera se había quitado los pantalones, que seguía llevando puestos y ahora estaban manchados con los flujos de los dos.

—Dime ahora que no te gusta la escultura.

Ella sonrió contra su pecho.

—Me encanta la puñetera escultura, pero eso no significa que vaya a dejar que nadie más que tú y yo la veamos.

Él sonrió a su vez. Estaba feliz. Se había relajado al fin, completamente.

—Puedo hacer otras cuantas en diferentes posturas, si tanto te gustan —bromeó él.

—No seré yo quien te lo impida, pero por favor enciérralas con llave.

La risa de Troy sacudió su pecho.

—No necesito más esculturas. Solo te necesito a ti, a mi lado, durante todo el tiempo del mundo.

Ella sonrió y se rascó la nariz en el vello del pecho de Troy.

—Si sigues portándote así, no habrá problema —se mofó.

—¿Por qué te crees que lo hago? Soy tu esclavo, y te pago con sexo.

Anne rio con alegría y esa risa inundó de felicidad a Troy. Era todo lo que necesitaba. A ella, a sus niños y todo el tiempo que les quedaba por delante.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a todas esas fieles lectoras que han estado ahí desde el inicio, cuando comencé a publicar como Lorena Escudero y era una recién llegada a este complicado mundo de la literatura.

También quisiera dar las gracias a mis chicas del club de lectura, sobre todo a Iratxe y Claudia, quienes me han dado sus sabios consejos y han cuidado de que no meta la pata con los ancianitos a los que Anne tanto adora...

A estas alturas puedo afirmar que tengo muchas amigas en este mundillo, tanto escritoras como lectoras, y me gustaría rendirles un homenaje a todas ellas diciéndoles: GRACIAS. Gracias por luchar por las cosas bien hechas, por apoyar a los compañeros, por darte un consejo cuando lo necesitas, por regalarnos frases tan bonitas como «te voy a leer siempre, escribas lo que escribas».

Gracias a María José Losada, que está siendo un gran apoyo, a Ilu, por creer en mí, y a las hermanas Ordiales, dos bastiones de la literatura en este país. Muchas de nosotras no seríamos nada sin ellas.

Gracias, también, a mi familia, que me permite reservarme mis añorados ratitos de escritura y lectura, llueva o truene.

¡Gracias a todos!

© 2019, Lory Squire

Primera edición en este formato: julio de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-31-2

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.